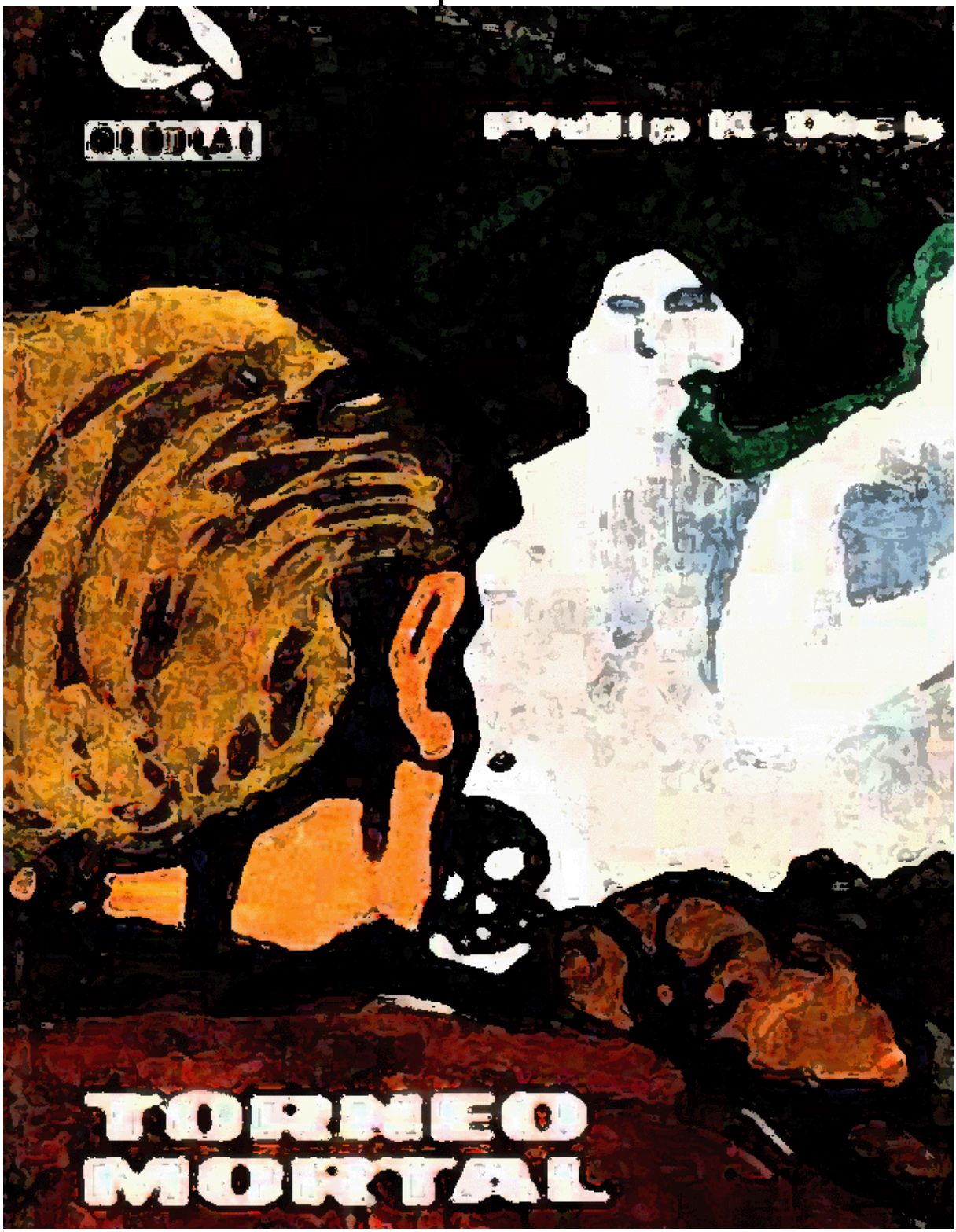
TORNEO MORTAL

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Había sido una mala noche y cuando trató de volver a casa, tuvo una terrible discusión con su coche.

—Mr. Garden, no se encuentra usted en condiciones de conducir. Le suplico que conecte el mecanismo auto-auto y se recline en el asiento trasero.

Pete Garden se sentó en el asiento piloto y dijo claramente:

—Mira, puedo conducir. Un trago, y aunque de hecho sean varios, es un buen estimulante para conducir mejor y estar despierto. No me fastidies y deja de decir tonterías. —Y empujó el botón de arranque; pero no ocurrió nada—. ¡Maldita sea, arranca de una vez!

—No ha colocado usted la llave, señor —repuso el auto-auto.

—Está bien —dijo Pete Garden, sintiéndose humillado. Quizá el coche tendría razón. Con resignación, puso la llave de contacto. El motor arrancó pero los controles permanecían mudos. El efecto Rushmore funcionaba en el interior de la cubierta del coche, y él lo sabía; pero era un caso perdido—. De acuerdo, te dejaré que conduzcas —dijo con la mayor dignidad posible—. Ya que te pones así, que remedio. Probablemente lo vas a fastidiar todo, como haces siempre cuando yo..., cuando no me encuentro bien.

Se situó en el asiento de atrás, se puso cómodo y el coche se elevó por los aires en la oscura noche, parpadeando con sus luces de posición. Dios, que mal se encontraba. La cabeza le estaba matando.

Sus pensamientos se volvieron, como siempre, a La Partida.

¿Por qué tenía que irle tan desastrosamente? Silvanus Angst era el responsable. Aquel payaso, su cuñado, o más bien el que había sido cuñado en relación con su última esposa. «Bien —se dijo Pete a sí mismo— tendré que recordarlo. Ya no estoy casado con Freya. Nuestro matrimonio naufragó y fue disuelto y ahora tendré que acostumbrarme a pensar que Freya está casada con Clem Gaines y yo no estoy casado con nadie; porque no me las he arreglado para sacar todavía un tres. Pero mañana lo sacaré. Y cuando lo haga, tendrán que importar una esposa para mí, no voy a seguir en el grupo sin pareja...».

El coche continuaba su vuelo por encima del desierto de California, lleno de tierras abandonadas y ciudades deshechas.

—¿No sabías eso? —le dijo al coche—. ¿No sabías que he estado casado con todas las mujeres que hay ahora en el grupo? Y que no he tenido nunca *suerte*, todavía, y es indispensable que la tenga. ¿No te parece?

—Es culpa suya —opinó el coche.

—Aunque así fuera, no sería por culpa mía, la culpa la tuvieron los chinos rojos. Les odio.

Y continuó echado sobre el asiento trasero, mirando fijamente a las estrellas que brillaban en el cielo nocturno por sobre la transparente cúpula del coche volador.

—Te tengo cariño, ya lo sabes..., te he tenido muchos años. Espero que no te estropees —dijo afectuosamente al coche volador—. ¿No es así?

—Eso depende del cuidado preventivo que siga usted conmigo.

—Me gustaría saber qué clase de mujer importarán para mí.

—Me gustaría, sí —repuso el coche, haciendo eco de las palabras de su dueño.

¿Con qué grupo tenía íntimo contacto el suyo, el de Pretty Blue Fox? Seguramente sería con Straw Man Special, que se encontraba en Las Vegas y representaba a los corredores de Nevada, Utah e Idaho. Cerrando los ojos, trató de recordar que aspecto tendrían las mujeres del Straw Man Special. «Cuando llegue a mi apartamento en Berkeley —pensó Pete— haré...». Y se detuvo recordando algo desagradable. No podía ir a Berkeley, porque había perdido Berkeley aquella noche en La Partida. Walt Remington la había ganado, al pedir que declarase su envite de farol en el cuadrado 36 de La Partida. Aquello era la causa de haber pasado tan mala noche.

—Cambia la ruta —ordenó con malos modos al coche, en el circuito auto-auto.

Todavía seguía teniendo la mayor parte de la propiedad del Condado de Marin, y allí

podría quedarse.

—Iremos a San Rafael —ordenó nuevamente al auto-auto, frotándose pensativamente una mejilla.

—¿La señora Gaines? —preguntó una voz masculina.

Freya, peinándose sus rubios cabellos ante el espejo, no hizo la menor intención de volver la cabeza, imaginando que sería la voz del temible Bill Calumine.

—¿Quieres que te lleve a casa? —volvió a preguntar la misma voz, cayendo entonces en la cuenta que era la de su nuevo marido, Clem Gaines—. ¿Irás ahora a casa, verdad?

Y allí estaba el grandote y atiborrado Clem Gaines, con sus ojos azules pegajosos y su fachosa presencia, que atravesaba la estancia de La Partida yendo a su encuentro. Freya le había gustado, indudablemente, como para que se hubiera casado con ella. Aunque quizá no sería por mucho tiempo. A menos que tuviera *suerte*...

Ella continuó arreglándose el cabello, sin dedicarle la menor atención al hombre. «Para ser una mujer de ciento cuarenta años —pensó coquetamente mirándose al espejo— tenía un aspecto estupendo». Pero no dependía en absoluto de ella, ni de ninguno. En realidad, todos estaban preservados contra la ausencia de la época de la edad madura, debido al tratamiento de las glándulas Hynes. El proceso de envejecimiento, por tanto, resultaba imperceptible.

—Me gustas, Freya, tu presencia es algo fresco y reconfortante —le dijo su nuevo marido—, aunque resulte evidente que yo no te guste a ti. —Y parecía no sentirse molesto en absoluto por aquello; realmente, un tontorrón medio idiota como Clem Gaines y los de su calaña, nunca lo estaban—. Vamos a alguna parte, Freya y tratemos de descubrir si tú y yo hemos tenido *suerte*... —Y se calló repentinamente, al entrar un vug en la habitación.

Jean Blau protestó, mientras se ponía el abrigo.

—Míralo, deseando ser amistoso. Siempre aparecen así —dijo, mientras se apartaba del vug.

Su marido, Jack Blau, miró al guardián del grupo que acababa de llegar, el vug procedente de Titán, el mundo satélite de Saturno.

—Dará un par de vueltas por aquí y se marchará —opinó.

—No —protestó Freya—. En realidad, no molesta a nadie.

—Tiene razón Freya —intervino Silvanus Angst, que se hallaba cerca de una mesa preparándose un trago—. Todo lo que hay que hacer es ponerle un poco de sal —concluyó riéndose de su propio chiste.

El vug parecía tener una especial preferencia por Clem Gaines. «Seguramente es que le gusta —pensó Freya—. Quizá podría irse a alguna parte con él en vez de conmigo».

Pero aquello no podía hacerlo Clem, porque ninguno de ellos podía emparejar con sus antiguos adversarios; era algo imposible de hacer, a despecho de los esfuerzos de los titanios para apagar el viejo odio de la guerra pasada. Eran unas criaturas cuyos organismos vivientes estaban basados en la sílice, en vez de una biología fundamentada en el carbono; su ciclo vital era lentísimo e implicaba el metano más bien que el oxígeno como catalizador metabólico. Y eran bisexuales...

—Húrgale —dijo Bill Calumine a Jack Blau.

Jack pinchó al vug en el citoplasma, que como una suave jalea formaba el componente de sus tejidos orgánicos.

—Vete a tu mundo —le dijo ásperamente. Miró a Bill Calumine haciendo un guiño—. Quizá pudiéramos tener alguna diversión con él. Vamos a charlar con él. ¡Eh, vug! ¿Te gustaría parlotear un poco con nosotros?

En el acto, vivamente, los pensamientos del titanio llegaron a todos los componentes humanos de la estancia.

—¿Hay informes de algún nuevo embarazo? De ser así, todos nuestros grandes recursos médicos están a vuestra disposición, y les urgimos a...

—Escucha, vug —dijo Calumine—, si tenemos alguna *suerte* la guardaremos muy bien

para nosotros. Trae mala suerte decírtelo a ti, todo el mundo lo sabe. ¿Cómo es que no lo sabes todavía?

—Lo sabe —intervino Silvanus Angst—, lo que ocurre es que no le gusta pensar en la cuestión.

—Bien, ha llegado la hora para que los vugs se enfrenten con la realidad —dijo Jack Blau—. A nosotros no nos gustan. Vamos —dijo a su esposa—, vámonos a casa. —Y con un gesto de impaciencia hizo señas a Jean.

Los diversos miembros del grupo, presentes en la habitación, fueron desfilando hacia la salida y en dirección a donde sus coches voladores estaban estacionados. Freya se encontró sola con el vug.

—No ha habido embarazo alguno en nuestro grupo —le dijo.

—Es trágico —murmuró el vug.

—Pero los habrá —continuó Freya—. Yo sé que pronto tendremos *suerte*.

—¿Por qué es tan hostil a nosotros su grupo, particularmente?

—¡Vaya! Ya sabe que les hacemos responsables de nuestra esterilidad —respondió Freya. «Especialmente Bill Calumine», pensó.

—Pero eso fue a causa de las armas militares —protestó el vug.

—No, no por nuestra parte. Las de los chinos rojos.

El vug no captó la distinción.

—En cualquier caso, nosotros estamos haciendo todo lo posible y...

—Es algo que no deseo discutir especialmente —dijo Freya—. Por favor.

—Dejen que les ayudemos —suplicó el vug.

—¡Vete al infierno! —Y Freya dejó el apartamento, bajando la escalera en dirección a la calle.

La fría y oscura noche de Carmel, en California, la revivió, tomó una buena dosis de aire fresco en sus pulmones y miró a las estrellas, mientras percibía el olor de las nuevas esencias del campo, arrastradas por la brisa. Se dirigió a su coche y le ordenó:

—Abre la puerta, me marcho.

—Sí, señora Garden. —Y el coche volador abrió inmediatamente la puerta de acceso.

—Ya he dejado de ser la señora Garden, ahora soy la señora Gaines. —Entró en el coche y tomó asiento en el control—. Recuérdalo bien.

—Sí, señora Gaines. —Tan pronto como Freya insertó la llave de contacto, el motor se puso en marcha.

—¿Se ha marchado ya Pete Garden? —Y se volvió en todas direcciones para mirar en la oscura zona que la rodeaba sin ver el coche de Peter—. Sí, supongo que ya se ha ido. —Y se sintió triste. Habría resultado encantador haber permanecido allí sentada, bajo las estrellas, a aquella hora tardía de la noche, y charlar un poco. Era como si todavía estuviesen casados... «¡Maldita Partida! —pensó— y sus complicaciones... Condenada *suerte*, en sí misma, era realmente la peor suerte concebible; eso es lo que todos parecemos tener... Somos una raza marcada».

Se puso el reloj de pulsera en el oído y la diminuta máquina, accionada igualmente por el efecto Rushmore, le contestó enseguida con una vocecita apenas audible:

—Son las dos y cuarto de la mañana, señora Garden.

—Señora Gaines —corrigió Freya.

—Las dos y cuarto de la madrugada, señora Gaines.

«¿Cuánta gente —pensó Freya—, vive sobre la superficie de la Tierra, en este momento? ¿Un millón? ¿Dos millones? ¿Cuántos grupos, jugando La Partida? Y cada vez que ocurría un accidente fatal, la población decrecía irrevocablemente en un individuo humano».

Automáticamente Freya rebuscó en la guantera del coche volador y tomó una tira de papel sensible, papel-conejo, como se le llamaba. Se la puso entre los dientes y la mordió. En el resplandor de la cúpula del coche, Freya examinó el efecto causado sobre la tira de papel-conejo. «Un conejo muerto», pensó, recordando los antiguos tiempos anteriores a su

nacimiento, cuando aquel animalito debería morir para producir tal efecto determinante en la comprobación del embarazo de una mujer. La tira de papel estaba de color blanco y no verde. Arrugando el papel lo tiró desilusionada por el dispositivo reactor del coche, quedando incinerado instantáneamente. ¡Qué mala suerte! Bien..., ¿qué otra cosa podía esperar?

El coche despegó suavemente del suelo y puso proa a su hogar, en Los Ángeles.

«Demasiado pronto para decidir si tenía *suerte* con Clem», reflexionó. Naturalmente. Aquello le dio algún aliento. Esperaría una o dos semanas más y quizá entonces, habría algo.

Pobre Pete... Todavía sin sacar un tres en la Partida... ¿Qué tal si se dejaba caer por el Condado de Marin y ver si estaba allí? Pero Pete estaba tan trastornado, tan inmanejable... Tan amargamente desagradable aquella noche... Pero no había ley ni reglamento que impidiera verse fuera de La Partida. Y con todo, ¿para qué servía? «No tuvimos *suerte* —pensó Freya—, ni Pete ni yo...». A despecho de nuestros sentimientos del uno por el otro...

La radio del coche volador se puso repentinamente en funcionamiento, y Freya pudo oír la llamada general de un grupo de Ontario, en Canadá, radiando en todas las frecuencias, con la mayor excitación:

—«Aquí es el grupo Pear Book Hovel —declaró loco de alegría el anunciante—. ¡Esta noche, a las 10, hora local, hemos tenido *suerte*! Una mujer de nuestro grupo, la señora Don Palmer, masticó la tira de papel-conejo, sin más esperanzas que las innumerables veces anteriores, y comprobó loca de alegría que...».

Freya tocó un botón y la radio quedó muda en el acto.

Cuando Pete Garden llegó a su antiguo apartamento de San Rafael, lo encontró abandonado, con las camas sin hacer y ligeramente oliendo a polvo. Se dirigió hacia la vitrina de los medicamentos en el cuarto de baño. Rebuscó para ver que medicina encontraba a mano. Parecía que nunca conseguiría conciliar el sueño. Con él, aquello ya era una vieja historia. ¿Tomaría Snoozex? Tendría que tomar tres tabletas de 25 miligramos del producto para que le hiciera algún efecto, había tomado demasiadas durante mucho tiempo. «Necesitaba algo más fuerte», pensó. Allí tenía, en todo caso, fenobarbital a mano; pero aquello le dejaría fuera de combate un día entero. Tomaría hidrobromuro de escopolamina, sí, probaría con aquello. O quizá, incluso con algo mucho más fuerte: el emfital. Tres píldoras de aquello..., y nunca más volvería a despertarse. Sostuvo en la palma de la mano las tres cápsulas, considerando la posibilidad. Nadie más volvería a molestarle, ninguno intervendría, nada volvería a hacerle sufrir más...

Pero la vitrina, con su efecto Rushmore, intervino.

—Señor Garden, estoy estableciendo contacto con el doctor May en Salt Lake City, debido a su estado.

—No me ocurre nada —repuso Pete—. ¿Ves? —Y puso nuevamente las cápsulas dentro del frasco de emfital—. Ha sido sólo un gesto momentáneo.

Y de pronto se encontró discutiendo del preparado con aquel macabro receptor de medicamentos.

—¿Está bien así? —preguntó, esperanzado.

Se oyó un clic. La vitrina se cerró sola.

Sonó en aquel momento el timbre de la puerta. ¿Quién sería ahora? Se dirigió hacia la puerta, con la mente preocupada todavía por el somnífero que debería tomar, sin activar el efecto Rushmore en su circuito de alarma. Pete abrió la puerta.

En el umbral apareció su última esposa, Freya, con sus bellos cabellos rubios sueltos.

—¡Hola! —saludó ella fríamente, entrando en el apartamento, segura de sí misma como si fuese la cosa más natural ir a buscarle allí estando casada con Clem Gaines—. ¿Qué es eso que llevas en el puño?

—Siete tabletas de Snoozex.

—Te daré algo mejor que eso. —Y rebuscó en el bolso—. Es un nuevo producto manufacturado en Nueva Jersey por un laboratorio automático de aquella ciudad —dijo. Y

extrajo un tubo—. Es Nerduwel —continuó, echándose a reír.

—Ja, ja —repuso Pete, sin pizca de diversión. Era un truco. Never-do-well = Nerduwel (no hacer nada bien)—. ¿Y has venido para eso?

Habiendo sido su esposa y su compañera de juego y de envite durante tres meses en La Partida, ella conocía, por supuesto, su insomnio crónico.

—He tenido una mala racha esta noche, Freya. He perdido Berkeley, que me ganó Walt Remington, ya lo sabes. Comprenderás que ganas tengo en este momento de bromear.

—Entonces, podrías prepararme un poco de café. —Y se despojó de su chaquetón de pieles que dejó sobre una silla—. O quizá será mejor que yo te lo haga a ti. —Añadió con simpatía—: Pareces tan triste...

—Berkeley —murmuró Pete—. ¿Por qué tendría que apostar ese título? Ni siquiera recuerdo por qué... Fue algo fuera de mi propio control, me sentí impulsado por un empuje destructor. —Permaneció unos instantes silencioso y finalmente añadió—: Por el camino he oído lo que estaban radiando desde Ontario.

—Yo también lo he oído —dijo Freya.

—La noticia de ese embarazo, ¿te ha entusiasmado, o deprimido?

—Pues no lo sé —repuso su antigua esposa, sombríamente—. Me alegro por ellos, de todas formas, pero...

—A mí me deprime —opinó Pete. Y llenó una cafetera de agua en la cocina.

—No tuvimos nunca relaciones fuera de La Partida —le recordó Freya—. Ya lo sabes.

—Eso no sería leal para Clem.

Sintió un impulso de camaradería hacia Clem Gaines y ello superó sus sentimientos, temporalmente al menos, respecto a ella.

De una u otra forma, se sintió intrigado sobre la que sería su futura esposa; más pronto o más tarde, tendría que sacar un tres.

II

Pete Garden se despertó a la mañana siguiente, oyendo un sonido tan maravillosamente imposible, que dio un salto de la cama y permaneció rígido, escuchándolo. Oyó niños. Estaban disputando sobre cualquier cosa, bajo su ventana, en San Rafael.

Eran un niño y una niña, comprobó Pete. Así, se habían producido nacimientos en el Condado desde que faltaba de allí. Y de padres que no eran No-B. Sin propiedades que les diera el derecho a intervenir en La Partida. Apenas si pudo creerlo. Sí, debería otorgar escritura a aquellos padres sobre alguna pequeña ciudad, tal como San Anselmo o Ross, o incluso ambas. Se merecían una oportunidad para jugar. Quizá no querrían...

—Tú eres uno —decía la niña irritada.

—Y tú eres otra —dijo el muchacho, con tono acusatorio en la voz.

—Dame eso. —Y se oyó el ruido físico de una pelea entre ambos.

Encendió un cigarrillo, tomó sus ropas y comenzó a vestirse.

En un rincón de la habitación, apoyado contra la pared, había un rifle *MV-3*. Lo miró de reojo y se detuvo, recordando por un momento todo lo que aquella antigua arma representaba. Una vez, estuvo preparado para hacer frente a los chinos rojos con aquel rifle. Pero no tuvo necesidad de usarlo, porque los chinos rojos no aparecieron..., al menos, en persona. Sus representantes, en forma de Radiaciones Hinkel, llegaron, no obstante, y no fue preciso que ningún ejército de hombres californianos tuviera que echar mano a los rifles *MV-3*, y combatir. La radiación, procedente de un satélite Avispa-C, había hecho el trabajo de destrucción esperado y los Estados Unidos habían desaparecido. Pero las gentes de China no vencieron en aquella guerra. Ninguno venció. La radiación, extendiéndose en una gigantesca ola envolvente y distribuida por toda la faz de la Tierra, lo envió todo al diablo.

Pete se aproximó al viejo *MV-3* y lo sostuvo en sus manos, como en su juventud lo había

hecho. Aquella arma tenía ciento treinta años de antigüedad. ¿Dispararía aún? Quién iba a preocuparse..., no había nadie a quien matar. Solamente un psicópata pensaría en buscar a alguien para hacerlo y, aún así, probablemente cambiaría de opinión. Después de todo, apenas si quedaban diez mil personas en toda California... Volvió a dejar el antiguo rifle en el rincón que antes había ocupado.

Aquella arma no había sido diseñada primitivamente como para atacar personalmente. Sus diminutos cartuchos A estaban preparados para penetrar en la sólida coraza de los tanques soviéticos *TL-90* y pulverizarlos. Recordando las películas de entrenamiento que había visto en aquellos días, Pete pensó que le habría gustado captar la visión de una gran muchedumbre humana, aunque hubiese sido de chinos rojos... «Yo te saludo, Bernhardt Hinkel —pensó cáusticamente—, inventor de las últimas armas indoloras..., no, no habían herido a nadie, tuviste razón. No sentimos nada, nadie se dio cuenta. Pero entonces...».

Se estimuló en la medida de lo posible el injerto de la glándula Hynes, y no fue tiempo perdido semejante esfuerzo, ya que gracias a ello, aún quedaba gente viva. Y si ciertas combinaciones de varón y hembra resultaban fértiles, no era, por tanto, la esterilidad una condición absoluta, sino más bien un estado relativo. Se podía, en teoría, tener hijos, de hecho, unos cuantos entre ellos los tenían.

Como los chicos que gritaban bajo su ventana, por ejemplo.

A lo largo de la calle, un enorme vehículo homeostático se deslizaba recogiendo desperdicios y comprobando el crecimiento del césped, primero por un lado de la calle y después por el otro. El rumor persistente de la máquina sobresalía por encima de las voces de los niños.

«La ciudad continuaba manteniéndose limpia —pensó Pete— conforme la máquina emitía unos pseudópodos para hurgar a tientas en un macizo de camelias». Aquella ciudad vacía, o virtualmente en tal estado, ya que sólo vivía un grupo reducido de personas No-B, al menos según el censo publicado recientemente.

Tras la máquina de limpieza, seguía otra, aún más complicada, parecida a una chinche gigantesca con veinte patas, movida por sí misma, que se ocupaba de reparar y reconstruir cuantas ruinas encontraba al paso, suprimiendo los antiguos destrozos y recomponiendo nuevamente los edificios caídos por el paso del tiempo. Pero, ¿para qué? ¿Para quién? Buenas preguntas... Quizá a los vugs les gustase observar desde sus puestos de observación de los satélites artificiales una intacta civilización, mejor que simples ruinas.

Tirando la punta del cigarrillo, Pete se fue a la cocina, esperando encontrar algo para el desayuno. No había ocupado aquel apartamento desde hacía años, pero le bastó abrir el refrigerador de la cocina, para encontrar en su interior leche, huevos y tocino, además de mermelada, todo en buen estado, cuanto necesitaba para un buen desayuno. Antonio Nardi había sido el último Notario residente en la ciudad antes que Pete y sin duda alguna, había dejado aquello sin saber que iba a perder su título en La Partida y que nunca volvería de nuevo al apartamento.

Pero había algo más importante que el desayuno: algo que Pete tenía que hacer en primer término.

Se aproximó al videófono y le dijo al efecto Rushmore:

—Me gustaría hablar con Walter Remington, en el Condado de Contra Costa.

—Sí, señor Garden —repuso el videófono. Y la pantalla, tras una leve pausa, se iluminó.

—Hola —respondió agriamente Remington, apareciendo ante la pantalla con una mirada de pocos amigos. Walter aún no se había afeitado aquella mañana, tenía los ojos enrojecidos y pesados por falta de sueño. Estaba en pijama todavía.

—¿Qué ocurre tan temprano? —preguntó con voz agria.

—¿Recuerdas lo que pasó anoche? —le preguntó Pete.

—Pues claro que sí —dijo Walter, tratando de ponerse el cabello en orden.

—Perdí Berkeley y tú lo ganaste. No sé como pudo ocurrir tal cosa. Había sido mi residencia oficial como Notario, ya lo sabes.

—Claro que sí.

Tomando alientos, Pete le dijo:

—Te propongo a cambio tres ciudades del Condado de Marin: Ross, San Rafael y San Anselmo. Deseo volver a Berkeley, deseo vivir allí.

Walter le apuntó con el dedo.

—Pues sí que puedes vivir en Berkeley. Pero no como Notario, por supuesto, sino como residente No-B.

—No podría vivir en tales condiciones —insistió Pete—. Quiero que me siga perteneciendo, no vivir allí como un advenedizo o un intruso. Vamos, Walt, no creo que intentes vivir allí. Te conozco. Hace demasiado frío y demasiada humedad para ti. A ti te gusta un clima propio de un valle cálido y abrigado como Sacramento, o como ese de ahí, Walnut Creek.

—Es cierto —convino Remington—. Pero..., no puedo negociar Berkeley para que vuelvas a quedarte con ella. No me pertenece. Cuando anoche volví a casa, me estaba esperando un corredor. No me preguntes cómo sabía que te la había ganado en La Partida; pero lo cierto es que lo hizo. Se trata de una gran sociedad financiera del este, la *Matt Pendletton Associates*.

—¿Y tú has vendido Berkeley?

Pete no podía creer lo que esta viendo y oyendo. Aquello significaba que alguien ajeno al grupo se las había arreglado para comprar en California.

—¿Por qué lo hiciste?

—Me propusieron a cambio Salt Lake City —dijo Walt, con orgullo infantil—. ¿Cómo podía rehusar semejante propuesta? Ahora me reuniré con el grupo del Coronel Kitchener, que juega en Provo, Utah. Lo siento, Pete. —Y parecía culpable de algún crimen cometido—. Yo estaba todavía un poco trastornado, supongo. Cualquier cosa me parecía magnífica en aquel momento...

—¿Para quién ha adquirido la ciudad esa firma de *Pendletton Associates*?

—No me lo dijeron...

—Y tú no preguntaste...

—No —admitió Walter—. No lo hice. Supongo que debería haberlo preguntado.

—Deseo recuperar Berkeley —dijo Pete enérgicamente—. Voy a recuperar el título de propiedad y a volver allá, aunque tenga que entregar a cambio todo el Condado de Marin. Y mientras tanto, haré lo posible por batirte en La Partida y volver a ganártelo todo, no importa a quién tengas por pareja. —Y con un gesto salvaje apagó la pantalla del videófono.

¿Cómo pudo Walter haber hecho una cosa semejante? Dejar que la escritura de una ciudad como Berkeley pasara a manos del este... «Es preciso que conozca todo este sucio asunto», se dijo Pete.

Y sintió, repentinamente, como si supiera de quién se trataba, con una sensación aguda y desagradable.

III

Era una magnífica mañana para Jerome Luckman, de Nueva York. Porque —y la sola idea le hizo dar un salto de alegría cuando se despertó— aquel día era el primero que se encontraba en posesión de la ciudad de Berkeley, en California. Operando a través de *Matt Pendletton Associates*, se las había arreglado para entrar en posesión de una hermosa pieza elegida de las propiedades de California, y aquello significaba, además, que podría tomar asiento en La Partida del grupo Pretty Blue Fox, que se reunía en Carmel todas las noches. Y Carmel era una ciudad casi tan bonita como Berkeley.

—Sid —llamó—. Venga a mi oficina.

Luckman se arrellanó en su sillón dando chupadas a un cigarrillo «delicado» mexicano de exquisita manufactura.

Su secretario No-B, Sid Mosk, abrió la oficina y asomó la cabeza.

—Sí, señor Luckman.

—Tráigame a ese pre-cog —dijo Luckman—. Por fin tengo algo útil en que emplearlo. —Un uso, pensó, que justificaba el riesgo de ser descartado de La Partida—. ¿Cómo es su nombre? Dave Mutreaux o algo así. —Luckman tenía buena memoria de las gentes con quienes se entrevistaba; pero un hombre de su posición tenía que ver a muchas personas diariamente. Después de todo, Nueva York era una ciudad bastante poblada, casi tenía quince mil almas. Y muchos niños—. Asegúrese que venga cuanto antes —continuó Luckman— y que entre de forma que nadie le vea.

Tenía una reputación que conservar, y aquél era un asunto delicado. Era ilegal, por supuesto, llevar a una persona de talentos psiónicos a La Partida, ya que la psiónica, en términos de jugar en La Partida, representaba una forma de hacer trampas, pura y simplemente. Durante años, los EEG, los electroencefalogramas, se habían practicado, sistemáticamente, a los componentes de cada grupo, pero ya aquella práctica había ido perdiéndose. Al menos, Luckman lo creyó así. Ciertamente, en el este ya no se hacía, porque todos los que poseían el talento psiónico eran bien conocidos, y el este debería imponer sus leyes para todo el país, ¿no era la eterna costumbre?

Uno de los gatos de Luckman, un macho gris y de pelo corto, se subió a la mesa de su despacho y Luckman le acarició la cabeza con aire ausente, mientras pensaba que si no podía llevar a aquel pre-cog a La Partida iría él mismo en persona. Ciertamente, que ya hacía más de un año que no jugaba; pero había sido el mejor jugador de los contornos. ¿De qué otra forma pudo haber llegado a ser el Notario de las Apuestas para el Gran Nueva York? Y en aquellos días se habían hecho apuestas de enormes competiciones. Con grandes jugadores a los que Luckman había convertido en simples No-B de un simple manotazo.

«No, no hay nadie que pueda batirme en el farol —pensó Luckman—. *Y todo el mundo lo sabe».* Sin embargo, con un pre-cog..., era una cosa absolutamente segura. Y le gustó mucho más la idea que fuese una cosa segura, porque aunque era un experto en los envites a farol, en el fondo no le gustaba jugar. Él no había jugado porque le apasionara el juego, sino para ganar. Por ejemplo, él había puesto fuera de combate a Joe Schilling, el gran jugador. Joe, ahora, regentaba un negocio de venta de discos antiguos, en Nuevo México, una vez terminados sus días de jugador.

—¿Recuerdas como batí a Joe Schilling? —preguntó a Sid—. Aquella jugada la tengo viva en la memoria, con todo detalle. Joe sacó un cinco con los dados y tiró una carta de la quinta baraja. Se quedó mirando a la carta demasiado tiempo. Yo sabía que estaba pensando en tirarse un farol. Finalmente, movió su pieza a ocho casillas de distancia hacia delante y la colocó en el cuadro de la máxima apuesta, lo que significaban ciento cincuenta mil dólares, producto de la herencia de un tío suyo. Yo me quedé mirando a la pieza...

Luckman estuvo seguro, quizá por haber heredado algún talento psiónico que en aquel momento estaba leyendo la mente de Joe Schilling. Sí, había tirado un seis, sintió con absoluta convicción. Y puesto que ponía la pieza en la octava casilla, era un farol, sin duda alguna.

Y lo dijo en voz alta, reclamando farol para la jugada de Schilling. En aquella época, Joe Schilling había sido el Notario de las Apuestas de la ciudad de Nueva York y podía batir a cualquiera en La Partida; resultaba raro que algún jugador le reclamase farol en cualquiera de sus jugadas.

Levantando su cabezota encrespada, Joe Schilling le había mirado fijamente.

—¿Quieres, realmente, ver la carta que he tirado? —preguntó Joe.

—Sí. —Y esperó, casi sin respiración, doliéndole los pulmones por el esfuerzo. Si estaba equivocado, si la carta realmente fuese un ocho, Joe habría ganado y su autoridad sobre Nueva York estaría mucho más segura.

Joe Schilling repuso con calma:

—Era un seis. —Y la mostró de cara, tirándola sobre el tablero. Luckman tenía razón,

había sido un farol.

Y el título de propiedad de Nueva York pasó a sus manos.

El gato que había sobre la mesa maulló pidiendo su desayuno. Luckman lo puso en el suelo.

—¡Parásito! —le dijo, aunque, en el fondo, les tenía simpatía a los gatos y sentía devotamente que le traían suerte. Había tenido dos gatos con él en aquella famosa partida en que batió a Joe Schilling; a lo mejor la suerte se la proporcionaron ellos, más bien que por su talento psiónico.

—Tengo a Dave Mutreaux en el videófono —le advirtió su secretario—. Está aguardando. ¿Quiere usted hablarle personalmente?

—Si es un genuino pre-cog —repuso Luckman— ya sabe que es lo que deseo. Por tanto, no hay necesidad que le hable nada. —Las paradojas de la precognición le habían aburrido siempre—. Corte el circuito, Sid, y si no aparece por aquí, probará que no es tan bueno.

—Permítame decirle, señor —dijo Sid humildemente—; si no le dice usted nada él no podrá prever la actual circunstancia, ¿no es cierto?

—Puede prever la actual entrevista conmigo —respondió Luckman—. Aquí, en mi oficina. Donde tengo que darle instrucciones.

—Supongo que será así, señor —admitió Sid.

—Berkeley —dijo Luckman en un murmullo como hablando para sí—. Hace ya ocho o nueve años que no he ido por allí. —Como casi todos los Notarios de las Apuestas, prefería no entrar en una zona que no le perteneciese, era como una superstición, quizá, pero para él, indudablemente, aquello le daba mala suerte—. Me gustaría saber si todavía sigue haciendo la humedad y la niebla de siempre. Bien, pronto lo veré. —Y sacó de un cajón el título de propiedad que el corredor le había llevado—. Veamos, quién fue el último propietario —consideró, mientras leía el título—. Walter Remington, éste fue quien lo ganó, en la pasada noche, y lo vendió inmediatamente. Antes que él, aparece un tipo llamado Pete Garden. No me sorprendería saber que está ahora mismo dado a todos los diablos, o lo estará cuando lo descubra. Deseará, probablemente, reconquistarlo otra vez. —Pero nunca lo conseguiría, se imaginó Luckman, al menos de él.

—¿Va usted a volar hacia la costa, señor? —preguntó Sid.

—Ahora mismo —repuso Luckman—. En cuanto haga mis maletas. Voy a pasarme unas vacaciones en Berkeley, suponiendo que me guste quedarme allí, y que no lo encuentre en ruinas. Una ciudad en ruinas es algo que no puedo soportar. No me importa que esté vacía, como es de esperar. Pero no caída y arruinada.

Se encogió de hombros, estremeciéndose. Si había algo que con toda seguridad proporcionaba la mala suerte, era una ciudad convertida en ruinas, como la mayor parte de las ciudades del sur lo estaban. En sus primeros tiempos de Notario de Apuestas, había vivido en algunas ciudades de Carolina del Norte. Nunca pudo olvidar sus experiencias de tales tiempos.

—¿Podría ser yo Notario honorífico mientras está usted ausente? —preguntó Sid.

—Pues claro que sí —afirmó Luckman—. Voy a darle por escrito el título con su pergamino, su sello en oro y lacre y su cinta correspondiente.

—¿De veras? —dijo Sid, mirándole como no creyendo lo que oía.

Luckman se echó a reír.

—Te gustará, Sid. Habrá muchas ceremonias. Como él Pooh-bah, en el Mikado. Lord Honorífico de la gran ciudad de Nueva York, con los impuestos correspondientes que ello implica. ¿De acuerdo?

Ruborizándose de placer, Sid contestó:

—He comprobado que ha trabajado usted mucho para conseguir este título en los últimos sesenta y cinco años en esta zona, señor.

—Ha sido también para mejorar mis planes sociales en el distrito. Cuando tomé el título, apenas si vivían por aquí unos cuantos cientos de personas. Considera ahora la población

existente. Se me debe a mí, no directamente, sino por haber dado ánimos a la gente No-B a jugar en La Partida, estrictamente para emparejarse y renacer las parejas, ¿no es un hecho evidente?

—Es cierto, señor Luckman —dijo Sid—. Es un hecho cierto.

—Y, en consecuencia, una gran cantidad de parejas fértiles se unieron, cosa que de otra forma hubiera resultado impracticable...

—Desde luego, señor —repuso Sid, asintiendo con la cabeza—. En la forma en que ha manejado usted el asunto, puede decirse que está usted haciendo volver a la vida a la raza humana.

—Y no lo olvides —dijo Luckman, inclinándose para recoger a uno de sus gatos del suelo, una hembra negra, Manx—. Te llevaré conmigo —dijo, mientras la acariciaba. Quizá se llevase otros cinco o seis gatos más, podrían darle buena suerte...

Y también, aunque no lo expresó, para tener alguna compañía. Nadie le tenía aprecio en la costa; allí no tenía a sus gentes, a los No-B que le dijesen adiós al tropezarse con ellos de vez en cuando. Pensando en aquello se sintió triste y deprimido. Pero después de haber vivido allí tanto tiempo y haber contribuido a la reconstrucción humana de Nueva York, no estaría su pasado vacío y sin significación.

Fantasmas, pensó, de nuestra vida en la forma en que se había desarrollado, cuando la población humana estaba reconstruyéndose de sus cicatrices del planeta, cuando se pensaba en los viajes interplanetarios. Poblaciones enteras dispuestas a emigrar en la gran aventura espacial, cuando aquellas bestias estúpidas de los chinos habían empleado el invento de aquel ex nazi de la Alemania Oriental, aquel Bernhardt Hinkel. Que lástima que Hinkel no estuviera vivo todavía. Como le habría gustado pasar a solas un rato con él, sin tener testigos...

Únicamente podía haber una persona que conociese la forma de enfrentarse con *Matt Pendletton Associates*, decidió Pete, conforme abandonaba su apartamento de San Rafael y se daba prisa para llegar hasta su coche estacionado. Valía la pena hacer un viaje hasta Nuevo México, hacia la casa del coronel Kitchener, en Alburquerque. De todos modos, tenía que ir allí en busca de un buen disco. Dos días antes había recibido una carta de Joe Schilling, el más famoso vendedor de discos raros del mundo. Se relacionaba con una grabación de Schippa que había buscado con muchísimo interés y que por fin Joe le había avisado que tenía a su disposición, aguardándole.

—Buenos días, señor Garden —le saludó el coche volador, al abrir la puerta con la llave.

—¡Hola! —repuso Pete, preocupado.

En aquel momento, los dos chiquillos que habían estado disputando bajo la ventana, se le aproximaron, a la puerta de la casa.

—¿Es usted el Notario? —preguntó la niña, descubriendo su insignia y la banda brillantemente coloreada que ostentaba en el brazo—. Nunca le habíamos visto, señor. —La chiquilla aparentaba tener unos ocho años.

—Ha sido porque no había estado aquí, en el Condado de Marin, durante años, hijita —explicó Pete. Y caminando a su encuentro, Pete les preguntó—: ¿Cómo se llaman?

—Yo soy Kelly —dijo el muchacho. Aparecía con aire de ser menor que su hermana. Debería tener unos seis años. Ambos tenían un hermoso aspecto. Se alegró de verles por aquella área desolada—. Mi hermana se llama Jessica. Y tenemos una hermana mayor que se llama Mary Anne, que no está aquí. Ahora está estudiando en San Francisco.

¡Tres hijos en una familia! Aquello resultaba impresionante.

—¿Cuál es vuestro apellido? —preguntó Pete.

—Mc Claim —repuso la niña. Y con orgullo, añadió—: Mi padre y mi madre son las únicas personas en toda California que tienen tres hijos.

—Me gustaría conocerlos.

—Vivimos en aquella casa —dijo Jessica, apuntando al lugar—. Es divertido que usted no conozca a mi padre, ya que usted es el Notario. Fue mi padre quien organizó la maquinaria de

limpiar las calles y reconstruir los edificios en ruinas, habló con los vugs y ellos estuvieron de acuerdo en mandarle las máquinas.

—No tienen miedo de los vugs, ¿verdad?

—No, señor. —Y los dos chiquillos movieron la cabeza negativamente.

—Luchamos en una guerra terrible contra ellos —dijo Pete.

—Pero de eso hace ya mucho tiempo —contestó la niña.

—Es verdad —convino Pete—. Bien, apruebo vuestra actitud. —Y deseó haberla compartido.

Desde la casa, abajo en la calle, surgió una mujer esbelta caminando hacia ellos.

—¡Mamá! —gritó Jessica excitada—. ¡Mira, aquí está el señor Notario!

La mujer, una atractiva joven de cabellos negros, que vestía unos elegantes pantalones y una camisa de algodón de colores, se aproximó radiante de juventud.

—Bienvenido al Condado de Marin —dijo a Pete—. No se deja usted ver mucho por aquí, señor Garden. —Le tendió la mano que estrechó Pete.

—Le felicito, señora.

—¿Por tener tres hijos? —repuso sonriendo—. Como dice la gente, es *suerte*, más bien que habilidad o inteligencia. ¿Qué tal una taza de café antes que se marche de aquí? Después de todo, quizá no vuelva más por este Condado...

—Volveré —afirmó Pete.

—Ciertamente. —Y la mujer no pareció muy convencida, y su hermosa sonrisa estaba ligeramente teñida de ironía—. Ya sabe usted, señor Garden, se le tiene por aquí como una especie de leyenda para nosotros, los No-B del distrito. ¡Vaya! Ya tenemos materia de conversación para animarnos durante semanas en el futuro, contando nuestro encuentro con usted...

Pete no pudo discriminar si la señora Mc Claim aparecía sardónica; no obstante, a despecho de sus palabras, el tono en que las pronunció parecía inocuo. Pero Pete estaba confuso.

—Realmente, pienso volver —dijo—. He perdido Berkeley, donde yo...

—¡Oh! —exclamó la señora Mc Claim incrementando su atractiva sonrisa—. Ya veo. Mala suerte en La Partida. Y ésa es la causa que nos haya visitado...

—Ahora me marcho a Nuevo México —dijo Pete entrando en el coche—. Posiblemente les veré más tarde. —Y cerró la puerta del coche volador.

—Adelante —ordenó al efecto Rushmore del aparato.

Mientras el coche ascendía por el aire, los chiquillos le dijeron adiós agitando graciosamente las manos, y su madre se abstuvo de hacerlo. ¿Por qué tal animosidad? ¿O sería que Pete lo habría supuesto, sin fundamento real? A lo mejor, ella estaba resentida con la existencia de la separación de grupos de gente B y No-B y quizá también, considerase una injusticia, que tan pocas personas tuvieran la oportunidad de tener acceso al tablero de La Partida.

No tenía razón para reprochárselo. Pero por lo visto, no comprendía que en cualquier instante, cualquiera de los B, podía convertirse repentinamente en un No-B. Bastaba con acordarse de lo sucedido a Joe Schilling..., una vez el más grande Notario de las Apuestas en el mundo occidental y ahora convertido en un simple No-B, probablemente por el resto de su vida. La división no estaba realmente muy bien fijada.

Después de todo, él mismo había sido también un No-B. Había obtenido su título, por el único camino posible legalmente: había solicitado su nombramiento y esperado a que cualquiera de los Notarios de las Apuestas muriera. Había seguido las reglas establecidas por los vugs, esperando que un día cualquiera de un mes y de un año determinados, se produjese la suerte esperada. Y así le llegó el día 4 de mayo del año 2143. Un Notario llamado Rust Lawrence murió en un accidente de automóvil en Arizona. Y Pete se convirtió en su sucesor, heredando sus derechos y entrando a formar parte de La Partida en un grupo.

Los vugs, jugadores hasta la medula de los huesos, eran amantes de tales sistemas azarosos

de herencia, y aborrecían las situaciones de causa y efecto.

Trató de imaginarse cual sería el nombre de la señora Mc Claim. Era muy bonita, ciertamente. Le había gustado, a despecho de su actitud, la forma que tenía de mirar y de conducirse. Deseó conocer más cosas de la familia Mc Claim; quizá alguno de ellos había sido Notario alguna vez y después barrido de la lista. Aquello pudiera explicarlo muy bien.

Tendría que preguntar y procurar enterarse, de todas formas. Después de todo, ellos tenían tres niños y eran muy bien conocidos. Joe Schilling lo oía todo. Le preguntaría.

IV

—Claro que sí —le dijo Joe Schilling conduciéndole a través del desorden y el polvo que reinaba en su tienda de discos, hacia las habitaciones de su vivienda situadas en la parte trasera del edificio—. Conozco a Patricia Mc Claim. ¿De qué forma te la has tropezado? —le preguntó Joe, inquisitivamente.

—Los Mc Claim están viviendo en mis dominios. —Pete se las fue arreglando para pasar a través de enormes pilas de discos, cajas de cartón, catálogos y anuncios de un pasado lejano—. ¿Cómo te las arreglas para encontrar una cosa que busques en un sitio así? —dijo a su amigo.

—Tengo mi sistema —repuso Joe vagamente—. Te diré por que Patricia Mc Claim está tan amargada. Estaba acostumbrada a ser una B; pero fue desterrada de La Partida.

—¿Por qué?

—Pat es una telépata. —Joe limpió de la mejor forma posible un rincón de una mesa en su cuarto de estar y depositó en ella dos tazas de té—. A propósito, ¿un té grande?

—Ah, sí, gracias, Joe.

—Te conseguí tu disco de *«Don Pasquale»* —le dijo Schilling mientras le servía el té de una tetera de cerámica negra—. El aria de Schippa. Da-dum da-da-da. Una hermosa pieza musical y de canto. —Mientras canturreaba algo entre dientes sacó azúcar y limón de un viejo aparador que aparecía encima del fregadero—. Perdona, tengo ahí un cliente. —Hizo un gesto a Pete, apuntando a través de la vieja y polvorienta cortina que separaba sus habitaciones del local de la tienda. Pete pudo comprobar la presencia de un joven alto y flaco con gafas de concha y cabeza afeitada; el joven estaba preocupado rebuscando en un catálogo viejo de antiguos discos—. Es un chiflado. Come yoghurt y practica el yoga. Y enormes cantidades de vitaminas E para adquirir virilidad.

El joven habló tartamudeando ligeramente.

—Oiga, ti-tiene algunos discos de-de Claudia Muzio, se-señor Sch-chilling?

—Sólo la escena de la carta de *«La Traviata»* —repuso Schilling sin moverse de la mesa.

—Encuentro a la señora Mc Claim físicamente muy atractiva —opinó Pete.

—Oh, sí. Muy vivaz. Pero no es para ti, Pete. Ella es lo que Jung describió como un tipo de mujer introvertida. El tipo de mujer inclinada hacia el idealismo y la melancolía. Tú necesitas una mujer rubia, alegre y que te anime. Algo que te saque fuera de esas crisis de depresiones suicidas que sueles padecer, por una causa o por otra. —Schilling acabó de tomarse el té, cuyas últimas gotas le cayeron por su barba descuidada—. ¿Bien? Di algo, hombre. ¿O es que te encuentras otra vez deprimido? ¡Vamos, anímate!

—No, no lo estoy.

El joven alto y flaco llamó desde la tienda nuevamente.

—Se-señor Schilling, ¿podría oír el disco de Gigli *«Una furtiva lágrima»*?

—Pues claro que sí —respondió Joe, rascándose la barba—. Oye, Pete, he oído rumores que has perdido Berkeley.

—Sí —confirmó éste—. Y *Matt Pendletton Associates*...

—Tiene que haber sido Lucky Jerome Luckman, el hombre de la suerte —respondió Joe—. ¡Oh, Dios! Es un duro en La Partida, que me lo cuenten a mí... Ahora tomará asiento en tu

grupo, y bien pronto será el dueño de toda California.

—¿No podría alguien jugar contra Luckman y batirle?

—Pues claro que sí. Yo podría.

Pete se le quedó mirando fijamente.

—¿Hablas en serio? Pero él te barrió de La Partida. Eso se hizo un caso clásico y famoso...

—Fue cosa de mala suerte —dijo Joe—. Si tuviera más títulos de propiedad que poner en juego, estaría en condiciones de batirle en poco tiempo. —Y sonrió débilmente—. El farol es una jugada fascinante. Como en el póker, se combina la suerte y la habilidad a partes iguales; puedes ganar con ambas o perder igualmente por las dos. Yo perdí por la última, en una simple baza, por una simple corazonada de ese Luckman, que el diablo se lleve.

—No fue, pues, habilidad por parte suya...

—¡Diablos, no! Luckman es para la suerte lo que yo para la destreza. Deberíamos llamarnos el hombre de la suerte y el hombre de la destreza. Si tuviera una oportunidad y pudiese comenzar de nuevo... —Joe se interrumpió bruscamente—. Lo siento.

—Te apoyaré —afirmó Pete.

—No puedes permitirte ese lujo. Yo soy muy caro y costoso; porque no comienzo ganando enseguida. Mi factor de destreza se lleva algún tiempo, para superar las jugadas sucesivas, tales como la famosa con la que Luckman me barrió de La Partida.

Desde la tienda, llegaron los acordes y la voz incomparable de Gigli. Schilling se detuvo un momento para oír el disco. Al otro lado de la mesa, su loro «Eeore» saltaba en su jaula por la aguda y pura voz del italiano. Schilling dirigió al loro una mirada reprobatoria.

—*Tu manecita está helada* —dijo Schilling—. La primera impresión que grabó Beniamino Gigli de esto fue, con mucho, la mejor. ¿No has oído nunca la última? Fue la ópera completa y fue una grabación tan mala, que parece increíble. Espera. —Se calló unos instantes escuchando—. Un disco soberbio —dijo a Pete—. Deberías tenerlo en tu colección, Pete.

—No me preocupa mucho Gigli. Parece sollozar todo el tiempo.

—Es un prejuicio tuyo —repuso Joe algo irritado—. Era un italiano, y es en ellos tradicional...

—Tito Schippa no lo hacía.

—Schippa fue un autodidacta.

El muchacho alto y flaco de la tienda se aproximó llevando en la mano el disco de Gigli.

—¿Cu-cuánto es?

—Ciento veinticinco dólares —repuso Joe.

—¡Madre mía! —protestó el muchacho; pero se echó mano a la cartera.

—Bien pocos de éstos sobrevivieron a la guerra con los vugs —explicó Joe mientras envolvía cuidadosamente el disco.

Dos clientes más entraron en la tienda en aquel momento, un hombre y una mujer, ambos de pequeña estatura y achaparrados. Joe les saludó.

—Buenos días, Les, Es. —Dirigiéndose a Pete le dijo—: Te presento al señor y señora Sibley, como tú, amantes del buen canto. Son de Portland, Oregon. El Notario señor Garden.

—Hola, señor Garden —saludó Les Sibley, en el tono de deferencia que solía emplear un No-B con un B—. ¿Dónde actúa usted, señor?

—En Berkeley —y recordando mejor, corrigió—: Bien, antes en Berkeley, y ahora en el Condado de Marin, en California.

—¿Qué tal, señor Garden? —saludó a su vez la señora, en un tono ultraafectado que siempre había encontrado Pete cargante. Le dio la mano que Pete, al estrecharla, encontró húmeda y suave—. Apostaría a que tiene usted una hermosa colección, quiero decir, la nuestra es apenas nada. Sólo unos cuantos discos *Supervia*.

—¡*Supervia*! —exclamó Pete interesado—. ¿Qué tienen ustedes?

—No puedes eliminarme, Pete —advirtió Joe—. Es un convenio tácito que los clientes no puedan comerciar entre ellos. Si lo hacen, dejo de venderles. De todas formas, tú tienes todos los discos que tienen Les y Es, y una pareja más, de propina. —Tomó los ciento veinticinco

dólares del joven, y éste abandonó la tienda.

—¿Cuál es la mejor grabación que considera usted se haya hecho jamás? —preguntó Es Sibley a Pete.

—La del *«Every Valley»* de Aksel Schitz —repuso Pete con aplomo.

—Y yo digo amen a eso —convino Les, moviendo la cabeza en conformidad con el fallo de Pete Garden.

Tras haberse marchado los Sibley, Pete pagó a Joe el disco de Schippa que Schilling envolvió con exagerado cuidado. Después, tomó aliento pesadamente.

—Joe, ¿podrías conseguir que Berkeley volviera a mi poder? —preguntó ansiosamente Pete.

—Posiblemente —repuso el interpelado tras una pausa—. Si alguien puede hacerlo, ése soy yo. Hay una regla en el juego, aunque poco aplicada, que dos personas del mismo sexo pueden figurar como compañeros en el juego del farol. Podríamos ver si Luckman acepta y lo someteríamos al Comisionado vug de tu distrito.

—Creo que ése será seguramente un vug que se llama a sí mismo U. S. Cummings —dijo Pete. Le conocía por haber tenido con él más de una disputa, si bien creyó que tal vug se comportaba de buena forma, en cierto modo.

—La alternativa sería —comentó pensativamente Joe— que temporalmente me hicieras escritura de alguna de las zonas que te quedan; pero como dije antes...

—¿Te encuentras en buena forma? —preguntó Pete—. Hace ya años que jugaste en La Partida.

—Posiblemente —concedió Joe—. Pronto lo descubriremos, espero, con el tiempo. Pienso... —Y miró hacia el exterior de la tienda, donde otro coche acababa de estacionar y un cliente entraba ya en la tienda.

Era una preciosa chica pelirroja y tanto Pete como Joe olvidaron temporalmente la conversación. La joven, evidentemente extraviada en aquel caos de la vieja tienda, erraba sin rumbo fijo de una a otra estantería.

—Será mejor que la ayude —dijo Joe.

—¿La conoces?

—Es la primera vez que la veo.

El viejo Schilling se estiró la corbata, se alisó cuanto pudo su arrugada americana y se dirigió sonriente hacia la muchacha.

—Señorita, ¿puedo ayudarla en algo?

—Quizá... —repuso con voz dulce y femenina. Parecía consciente de sí misma y dirigiéndose a Joe, sin mirarle directamente, preguntó—: ¿Tiene algunos discos de Nats Katz?

—Por fortuna, no, señorita —repuso Joe—. Me ha estropeado el día —dijo volviéndose hacia Pete Garden—. Una chica preciosa que entra en mi tienda a preguntar por un disco de Nats Katz...

—¿Quién es Nats Katz? —preguntó Pete Garden.

La chica, sacada de su timidez por la sorpresa, contestó enérgicamente:

—¿Es que no han oído hablar de Nats? —Por el tono de asombro de la joven se comprendía que apenas podía creerlo—. ¡Vaya, pues si está todas las noches en los programas de la televisión y es el grabador de discos más famoso de todos los tiempos!

—El señor Schilling no vende canciones populares —dijo Pete—; sólo se dedica a la buena música clásica. —Y sonrió a la joven. Con la operación de las glándulas Hynes, resultaba siempre difícil apreciar la edad de una persona, pero en aquel caso le pareció evidente que debía ser muy joven, no mayor de diecinueve años—. Tendrá usted que perdonar al señor Schilling, señorita —continuó Pete—. Es un hombre viejo y permanece ligado a sus antiguos hábitos.

—Vamos, hombre —gruñó Schilling—; no me gusta un pepino ese género de canciones populares...

—*Todo el mundo escucha a Katz* —dijo la chica, todavía indignada—. Incluso mis padres. El último disco de Nats *«Paseando al perro»* se ha vendido en más de quinientos ejemplares. Ustedes son realmente unas personas muy extrañas. Será mejor que me vaya. —Y comenzó a dirigirse hacia la puerta de la tienda.

—Espere —dijo Schilling en un tono sorprendido, caminando tras ella—. ¿No la conozco, señorita? Creo haber visto una telefoto de usted...

—Es posible...

—Sí, usted es Mary Anne Mc Claim. —Y se volvió hacia Pete Garden—. Ésta es la tercera hija de la mujer a quien saludaste ayer. Es una curiosa sincronicidad que haya venido aquí; recordarás las teorías de Lung y de Wolfgang Pauli sobre los principios conectivos acausales. —Y dirigiéndose hacia la joven dijo—: Este señor es el Notario de su Distrito, Mary Anne. Le presento al señor Pete Garden.

—¡Hola! —dijo la chica, sin sentirse impresionada en absoluto—. Bien, tengo que marcharme. —La joven se encaminó resueltamente hacia la salida y entró en su coche, y Pete y Joe Schilling la observaron despegar y alejarse de la tienda.

—¿Qué edad imaginas que pueda tener? —preguntó Pete.

—Yo lo sé, porque ahora recuerdo haberlo leído. Tiene dieciocho años. Es uno de los veinticinco estudiantes del Colegio del Estado de San Francisco, en Ciencias Históricas. Mary Anne fue la primera niña nacida en San Francisco, en los últimos doscientos años. —El tono de su voz se hizo sombrío—. Dios salve al mundo —dijo— si algo le ocurre por accidente o enfermedad...

Ambos permanecieron silenciosos.

—Me recuerda un poco a su madre —observó Pete.

—Es sorprendentemente atractiva —dijo Schilling mirando a Pete—. Supongo que ahora cambiarás de opinión y que querrás apoyarla a ella en vez de a mí.

—Ella no habrá tenido nunca una oportunidad de jugar en La Partida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que haría una mala compañera en el juego...

—Eso es cierto —dijo Joe—. Y es preciso tenerlo en cuenta. Y a propósito, ¿cuál es tu estado legal ahora, Pete?

—Cuando perdí Berkeley, Freya y yo nos separamos. Ahora es la señora Gaines. Estoy buscando una esposa.

—Pero tienes que buscar una que pueda jugar... —advirtió Joe—. Una esposa propia para un jugador como tú. O perderás el Condado de Marin al igual que perdiste Berkeley, y entonces, ¿qué piensas hacer? El mundo no podría soportar dos negocios de venta de discos raros como éste...

—He estado pensando muchos años en lo que haría si quedo eliminado de La Partida —dijo Pete—. Creo que me convertiría en un granjero...

Joe Schilling soltó una risotada.

—Ah, claro que sí. Ahora dime que nunca has hablado tan serio en toda tu vida...

—Nunca he hablado tan seriamente en toda mi vida —repitió Pete como en un eco.

—Bien..., ¿y dónde?

—En el valle de Sacramento. Criaría buenos viñedos. Ya he estado mirando el sitio. —Realmente, era cierto que ya había discutido aquello con el vug U. S. Cummings, como Comisionado del Distrito, si podría recibir el equipo y herramientas necesarios para tal propósito, y fue un proyecto que los dos habían apoyado en principio.

—¡Por Dios Santo, Pete! —exclamó Joe—. No creo que hables en serio...

—Pues claro que sí, Joe. Y te cargaré las uvas a un precio extra; porque te supongo rico tras todos estos años vendiendo esos discos raros en exclusiva...

—*Ich bin ein armer Mensch* —protestó Schilling—. Soy un pobre.

—Bien, Joe. Seguramente podríamos hacer algún trato. Cambiaríamos vino por discos antiguos.

—Hablando en serio —dijo Joe—. Si Luckman entra en tu grupo y tienes que jugar contra él, yo deberé entrar en La Partida como compañero tuyo. —Y dio una palmada en el hombro de su amigo, dándole ánimos—. No te preocupes. Entre los dos podremos batirlo. Naturalmente, espero que no bebas mientras dure el juego, Pete. He oído hablar sobre eso, viejo amigo; estabas como una cuba cuando perdiste Berkeley. Apenas si pudiste salir de la sala de juego y meterte en tu coche...

—Estuve bebiendo *después* de aquello —repuso Pete con dignidad—. Lo hice para consolarme...

—Bien, sea lo que fuere, mantengo mis condiciones. Nada de beber por tu parte, si llegamos a ser compañeros de juego; eso hay que desterrarlo, al igual que las píldoras de medicamentos de toda clase. No quiero que tus arrestos se vean mermados por la acción de los tranquilizantes, especialmente del género de la fenotiazina. Yo, particularmente, desconfío en absoluto de su eficacia, pero sé que tú las tomas regularmente...

Pete permaneció silencioso. Se encogió de hombros y anduvo errabundo por la tienda, huroneando entre los estantes. Parecía desmoralizado.

—Y practicaré —continuó Joe—. Sí, voy a entrenarme, y a ponerme en forma.

—Quizá me esté convirtiendo poco a poco en un dipsómano —dijo Pete—. Y con una probable duración de vida de doscientos años..., ello resultaría algo terrible...

—No lo creo —objetó Joe—. Tienes un carácter demasiado tristón para convertirte en un alcohólico. Yo temo más que... —y Joe se detuvo vacilante.

—Vamos, continúa y dilo.

—El suicidio.

Pete Garden sacó un viejo disco La Voz de su Amo de una estantería y examinó la etiqueta con atención, evitando la mirada viva de su amigo.

—¿Te encontrarías mejor si volvieras con Freya? —le preguntó Schilling.

—No —repuso Pete de mala gana—. Es algo que no puedo explicar sobre la base del buen sentido; porque hacíamos una buena pareja. Pero había algo intangible entre nosotros, algo que no iba bien en absoluto. En mi opinión, y es la causa para que hayamos perdido en la mesa de juego, de alguna forma ni ella ni yo podemos formar una buena pareja. —Y recordó a Janice Marks, ahora Janice Remington. Entre los dos habían cooperado con éxito, al menos así le parecía a él. Pero, por supuesto, matrimonialmente no habían tenido *suerte*. En realidad, Pete Garden nunca había conseguido tener una *suerte*, en toda su vida no había conseguido tener progenie. Aquella maldita China roja...

—Schilling —dijo—, ¿has tenido algún hijo?

—Sí —repuso éste—. Pensé que lo sabría todo el mundo. Un muchacho, que ahora tiene once años, en Florida. Su madre fue mi... —y pensó unos instantes—, sí, mi decimosexta esposa. Sólo tuve dos esposas más cuando Luckman me barrió de La Partida.

—¿Cuántos tiene Luckman exactamente? Tengo entendido que ha engendrado nueve o diez hijos...

—Creo que son once.

—¡Por Cristo! —exclamó Pete.

—Sí, tenemos que encararnos con los hechos y la realidad —advirtió Joe—. Ese Luckman, es en muchos aspectos, *el hombre más inteligente y más valioso de cuantos hombres viven actualmente.* El de más éxito con los hijos, el jugador de mayor éxito en La Partida y quien ha logrado las enormes mejoras en la situación de los No-B en su distrito...

—Bien —dijo Pete—. Hay que reconocerlo...

—Y otra cosa —continuó Joe imperturbable—; los vugs le quieren. De hecho, todos y cada uno de los vugs le aprecian grandemente. No te has encontrado nunca con él, ¿verdad?

—No.

—Ya comprobarás cuanto te digo, cuando llegue a la costa y se una al grupo Pretty Blue Fox.

—Me alegro mucho de verle por aquí —dijo Luckman a Dave Mutreaux, el premonitor.

Lo sentía realmente, al decirlo así, porque había demostrado la realidad de su talento premonitorio. Era, sin duda alguna, un hecho evidente que podría utilizar a Mutreaux para sus propósitos.

Mutreaux, un tipo delgado, bien vestido y de edad mediana, era de por sí un miembro jugador y también Notario, aunque a escala reducida, con su pequeño distrito en el oeste de Kansas, si bien de poca importancia. Se sentó, seguro de sí mismo, en el amplio sillón frente a la mesa de Luckman y comenzó a charlar con su oponente, con un ligero tartamudeo en sus palabras.

—Hemos de tener mucho cuidado, señor Luckman. Un cuidado extremado. Yo he estado limitándome a mí mismo severamente, tratando de guardar a toda costa mi cualidad premonitoria fuera del alcance de la gente. Yo sé muy bien lo que usted quiere que haga, por haberlo previsto; de hecho lo sabía cuando venía en mi coche. Y francamente, estoy realmente sorprendido que un hombre de su *suerte* y categoría quisiera emplearme. —Y por las facciones del premonitor cruzó una sonrisa casi insultante.

—Me temo —continuó Luckman— que los jugadores de la costa se nieguen a sentarse a la mesa, en cuanto me vean aparecer por allí. Todos están unidos contra mí y conspiran para conservar sus títulos de propiedad bien encerrados en sus cajas fuertes, antes que arriesgarlos sobre el tapete. Debe usted saber, David, que todavía ignoran que a estas horas soy el dueño de Berkeley...

—Lo saben todos —afirmó Mutreaux.

—¿Cómo es posible?

—Sí, amigo mío, los rumores se propagan rápidamente. Lo he oído personalmente de ese tipo que se asoma con frecuencia a la televisión, el cantante Nats Katz. «Ha sido una gran noticia, amigos, que Luckman se las haya arreglado para comprar en la Costa Occidental. Realmente, una gran noticia». En estas o parecidas palabras se ha expresado ese individuo.

—Humm —repuso Luckman, desconcertado.

—Le diré a usted algo más —continuó el premonitor. Cruzó sus largas piernas y se puso las manos en el regazo—. Puedo prever una extensión mucho mayor de posibles cosas en *estas noches* próximas, algunas de las cuales sucederán en Carmel, en California, mientras se celebre La Partida con las gentes del grupo Pretty Blue Fox, y algunas de ellas, con usted mismo. —David Mutreaux dejó escapar una risita entre dientes—. Una de las cosas es que esa gente llevará un electroencefalógrafo. No me pregunte por que. Esas gentes, por lo general, son precavidas; pero esto se sale de lo usual.

—Mala suerte —respondió Luckman sombríamente.

—Si yo voy allá y me ponen el electroencefalógrafo y descubren que soy un psiónico, ¿sabe usted qué ocurrirá? Perderé todos los títulos que tengo en propiedad. ¿Comprende usted mi punto de vista, Luckman? ¿Está usted preparado para reembolsarme todos esos valores que pueda perder?

—Seguro que sí —afirmó Luckman.

Pero éste pensaba en algo más. Si le aplicaban el electroencefalógrafo a Mutreaux, el título de propiedad de Berkeley sería puesto en entredicho y descubierto, y por ende, decomisado. «Lo mejor será que yo vaya solo», pensó Luckman. Pero algún incierto rastro latente en el subconsciente de Luckman, le avisaba que no debería ir. Sí, permanecer alejado de la costa oeste, eso sería lo mejor. ¡Quedarse allí! ¿Por qué tendría que sentir tan aguda aversión a aventurarse a aquel viaje a la costa de California? ¿Sería quizá la superstición heredada por los Notarios de las Apuestas de permanecer siempre en su distrito? *¿O se trataba de alguna cosa distinta?*

—Voy a enviarle a usted de todas formas, Dave —dijo resueltamente Luckman—. Y correré el riesgo del electroencefalógrafo.

—Sin embargo, señor Luckman —persistió Mutreaux—, sigo declinando la invitación a ir, no puedo correr ese riesgo por mí mismo. —Y deshaciendo su postura se puso en pie—.

Espero que pueda hacerlo por usted mismo.

«Maldita sea», pensó Luckman para sí. Aquellos Notarios de vía estrecha eran altaneros, difíciles de conseguir...

—¿Qué es lo que tiene usted que perder yendo? —preguntó Luckman, persistiendo en su empeño—. El grupo Pretty Blue Fox jugará con usted y por lo que puedo imaginar, usted les batirá en regla; estoy seguro que en la primera sesión nocturna, se hará usted con los títulos más importantes de California. Claro que es usted libre de rehusarlo. No tiene ninguna obligación de aceptar. —Y se tocó la frente con un saludo burlón.

—Gracias —dijo finalmente Luckman.

Gracias por nada, realmente, pensó. Si no fuera por su irracional aversión a aquel viaje... ¡Dios! Podría él mismo ir, pagó un alto precio por Berkeley. ¡Tenía que ir! De cualquier modo, aquel temor era totalmente fuera de razón. Uno de sus gatos, un macho de color anaranjado, había cesado de lavarse la cara con una de sus patas y miraba fijamente a Luckman con la lengua colgando absurdamente.

—Sí, te llevaré conmigo —decidió Luckman—. Es seguro que me proporciones algún sortilegio mágico de buena suerte. Sí, tú y tus siete vidas, según la vieja creencia... ¡Mete esa lengua dentro, estúpido! —ordenó al gato, irritado. El pobre animal estaba ignorante, sin duda, de lo que era el hado y la realidad.

—He tenido un gran placer en verle de nuevo, señor Luckman —dijo Mutreaux extendiendo la mano, en son de despedida—. Es posible que volvamos a vernos en otra ocasión. —Dirigió una rápida mirada a su reloj—. Se me hace tarde. Casi es la hora de empezar La Partida en mi distrito.

—¿Podría comenzar yo La Partida con las gentes del grupo Pretty Blue Fox tan pronto? ¿Esta misma noche?

—¿Por qué no?

—Viendo el futuro como usted lo hace, debe proporcionar una confianza fabulosa —comentó Luckman.

—Pues sí, resulta muy útil.

—Deseo yo también tenerla en este viaje.

Luckman pensó, en aquel momento, que ya iba sintiéndose cansado de tantas supersticiones. No tendría necesidad de ningún talento psiónico, su permanente buena suerte personal le protegería una vez más.

Sid Mosk, entrando en la oficina, miró de un hombre a otro y después nuevamente a su jefe.

—¿Se marcha usted, señor? —preguntó.

—Así es. Prepare mis cosas y cárguelas en el auto-auto, tengo la intención de residir temporalmente en Berkeley antes que La Partida comience esta noche. Así me sentiré a gusto, como si ya me perteneciera todo aquello.

—Lo será —opinó con optimismo su secretario.

«Antes que vaya a acostarme esta noche —pensó Luckman— estaré sentado con aquella gente de California, y será como recomenzar una nueva vida... Quisiera saber que me traerá...».

Y una vez más, fervientemente, envidió poder tener el talento premonitorio de David Mutreaux.

V

En el apartamento que constituía la sala de juego de La Partida en Carmel, formada por los jugadores autorizados del grupo Pretty Blue Fox, propiedad conjunta de todos ellos, la señora Freya Gaines se puso cómoda, sentándose algo retirada de su marido y procurando observar cuidadosamente a todos los que iban entrando.

Bill Calumine entró con aire agresivo a través de la puerta abierta con su camisa y corbata deportiva y saludando a Freya y a Clem.

—Hola, muchachos —saludó. Su esposa y compañera de juego, Arlene, le seguía con un gesto de preocupación claramente pintado en sus facciones. Arlene se había sometido a la operación de las glándulas Hynes, mucho más tarde que las demás mujeres del grupo.

—¡Hola, amigos! —saludó Walter Remington, mientras lanzaba miradas furtivas de uno a otro del grupo, juntamente con su radiante esposa Janice—. Tengo entendido que tenemos un nuevo miembro —comentó con voz en la que se denotaba un desasosiego especial. Se dirigió al primer puesto vacante y tomó una silla.

—Sí —le contestó Freya. «Y tú sabes por qué», pensó.

En aquel momento, apareció el benjamín de la reunión, Stuart Marks, y con él su alta, absurda y casi masculina esposa Yule, vistiendo una chaqueta de cuero y unos pantalones.

—Estuve escuchando a Nats en la televisión y estaba diciendo...

—Y tenía razón —prosiguió por él Clem Gaines—. Lucky Luckman se halla en este momento en la Costa Occidental y ha fijado su residencia en Berkeley.

Llevando una botella de «whisky» envuelta en un saco de papel, apareció Silvanus Angst, sonriendo abiertamente a todos los miembros del grupo, en el tono cordial en que siempre solía hacerlo. Inmediatamente tras él, hizo su entrada Jack Blau, con sus oscuros ojos mirando en forma escrutadora a todos los reunidos haciendo signos con la cabeza, para saludarlos a todos; pero sin hablar una palabra.

Jean, su mujer, saludó a Freya.

—Tú podrías estar interesada, Freya... Hemos estado preocupados por el asunto de buscarle a Pete una nueva esposa. Estuvimos con los del Grupo Straw Man Special dos horas completas hoy.

—¿Y hubo suerte? —preguntó Freya, haciendo un esfuerzo para que su voz resultase casual.

—Sí —dijo Jack Blau—. Hay una mujer llamada Carol Holt, que procede de ese grupo y que vendrá por aquí esta misma noche, de un momento a otro.

—¿Y cómo es? —preguntó Freya nuevamente.

—Inteligente.

—Bueno, quiero decir —insistió Freya—, ¿qué aspecto tiene?

—Pues es bajita, de cabello castaño... En realidad no podría describirla muy bien; pero espera un poco y la verás con tus propios ojos. —Jean miró hacia la puerta y allí apareció Pete Garden, que había escuchado la última conversación.

—Hola —le saludó Freya—. Te han encontrado una nueva esposa.

—Gracias —dijo Pete a Jean, con una voz sombría.

—Bien, es preciso que tengas una pareja para jugar —observó Jean.

—No estoy abatido —dijo Pete. Y al igual que Silvanus, llevaba otra botella de «whisky» cuidadosamente envuelta en un papel, que dejó en una vitrina próxima al asiento de Silvanus Angst y se quitó el sombrero—. En realidad, me encuentro contento.

Silvanus dejó escapar una risita irónica.

—¿Por qué tendría Pete que preocuparse por el hombre que le despojó de Berkeley, no es cierto? —Y con un gesto amistoso, metió la mano entre la cabellera de Freya y le desordenó el pelo—. Ni tú tampoco, ¿eh, pequeña?

Deshaciéndose cuidadosamente de los dedos de Silvanus, Freya se recompuso con coquetería sus cabellos, momentáneamente desordenados, y respondió:

—Pues yo sí que lo estoy. Creo que es una cosa terrible.

—Lo es —convino Jack Blau—. Será mejor que discutamos eso cuando Luckman venga; es preciso que hagamos algo.

—¿Negarle el asiento a la mesa? —preguntó Silvanus—. ¿Evitar jugar contra él?

—No se harán ofertas vitales de títulos de propiedad durante La Partida —opinó Freya—. Ya es un mal asunto que haya puesto los pies en California, y si gana más...

—No debemos permitirlo —advirtió Jack Blau. Y miró con irritación a Walter Remington—. ¿Cómo pudiste hacerlo? Deberíamos expulsarte del grupo. Pero tú eres un borrico tan grande, que seguramente no tienes la menor idea de lo que has hecho...

—Sí que lo comprende —intervino Calumine—. No intentó hacerlo, lo vendió a unos corredores, y ellos inmediatamente...

—Eso no es una excusa —dijo Blau.

—Podemos hacer una cosa interesante —opinó Clem Gaines—. Podemos insistir en que se someta al electroencefalógrafo. Me he permitido, en vista del asunto, traerme la máquina aquí. Eso podría descartarlo. Tenemos la obligación de hacerlo y debemos suprimirlo del grupo, *como sea.*

—¿Qué les parece si sometemos el asunto al U. S. Cummings y ver si el vug tiene alguna idea sobre el particular? Yo sé que es contrario a que haya un hombre que domine en ambas costas del país. De hecho, los vugs se irritaron cuando Joe Schilling fue depuesto de su cargo en Nueva York... Lo recuerdo perfectamente.

—Yo prefiero no tener nada que ver con los vugs —opinó Bill Calumine. Y miró por todo el grupo reunido—. ¿Hay alguien más que sugiera alguna buena idea para esto? Que hable.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Bueno, hay otro medio —intervino Silvanus—. Asustarlo físicamente. Ya saben. Aquí estamos seis hombres, contra uno...

Tras una pausa, tomó Calumine la palabra.

—Yo estoy por esa solución. Emplear un poco la fuerza. Al menos, podemos combinarnos contra él en La Partida. Y si...

Pero se interrumpió, porque alguien entraba en aquel momento.

—Amigos, aquí tenemos al nuevo elemento del grupo, que procede del de Straw Man Special, Carol Holt. —Jean avanzó para tomar a la joven por el brazo y conducirla hasta el interior de la habitación—. Carol, aquí te presento a Freya y a Clem Gaines, Jean y Jack Blau, Silvanus Angst, Walter y Janice Remington, Stuart Marks, Yule Marks y allí tienes a tu compañero, Pete Garden. Pete, ésta es Carol Holt; empleamos dos horas para convencerla que viniera por ti.

—Y yo soy la señora Angst —dijo la misma, entrando en aquel momento tras Carol—. ¡Dios mío! Esta noche es excitante... Dos nuevas personas, según creo.

Freya estudió con ojo crítico a Carol Holt y se imaginó cual sería la reacción de Pete Garden, quien no mostraba ninguna sensación aparente en su rostro, sólo una cortés formalidad, conforme saludaba a la chica. Parecía abstraído de cuanto le rodeaba aquella noche. «Quizá será que no se ha recobrado todavía de lo sucedido la noche anterior —pensó—. Ni ella tampoco».

La chica procedente del Straw Man Special no tenía ningún aspecto excesivamente llamativo. Pero, con todo, parecía poseer una cierta personalidad; sus cabellos estaban deliciosamente peinados y el maquillaje, especialmente el de sus ojos, muy discretamente aplicado. Carol llevaba unos zapatos de tacón bajo, sin medias, con una banda de seda india, al estilo oriental, enrollada al cuerpo, haciéndola aparecer un poco más gruesa que la generalidad de las mujeres allí presentes. Pero tenía una piel delicada y su voz, cuando hablaba, resultaba bastante agradable.

Aun así, Freya obtuvo la conclusión que Pete no se enamoraría de ella; no era la clase de mujer que gustaba a Pete Garden. ¿Y cuál era el tipo de Pete Garden?, se preguntó interiormente Freya. ¿Ella? No, ella no lo era tampoco. Su matrimonio había sido sólo para una de las partes contrayentes, ella había sentido solamente todas las emociones de la unión; para Pete todo había sido una rutina, anticipando de cierta forma la calamidad que había terminado con su matrimonio, la pérdida de Berkeley.

—Pete —le recordó Freya—. Tienes que sacar un tres.

Volviéndose hacia Calumine, el jefe de La Partida del grupo, Pete le dijo:

—Prepara el dispositivo y empezaré ahora mismo. ¿Cuántas vueltas me están permitidas?

—Un completo sistema de reglamentos gobernaba la situación de La Partida y Jack Blau echó mano del libro de los Reglamentos.

Calumine y Jack Blau decidieron finalmente que Pete Garden tenía permiso para realizar seis tiradas.

—No sabía que aún no hubiera tirado un tres —dijo Carol—. Espero que no haya hecho semejante viaje para nada. —Y se sentó en el brazo de un cómodo sillón, deshizo los pliegues de su madrás indio y se lo puso sobre las rodillas, unas rodillas redondas y bien torneadas, notó Freya, y encendió un cigarrillo, con aspecto aburrido.

Sentado frente al dispositivo de juego, Pete comenzó. Su primera tirada fue un nueve.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo —dijo a Carol. Y en su voz se advertía un tono de resentimiento. Su nueva relación comenzaba, según pudo comprobar Freya, en la forma de costumbre. Resultaba imposible no hallar divertido lo que estaba ocurriendo.

Con mal humor y enfurruñado, Pete tiró de nuevo. Aquella vez era un diez.

—No podemos comenzar a jugar de ningún modo —intervino Janice Remington—. Tenemos que esperar que el señor Luckman se encuentre aquí...

—¡Buen Dios! —exclamó Carol Holt—. ¿Es que Luckman va a formar parte de este grupo de Pretty Blue Fox? ¡Nadie me lo dijo! —Y lanzó una mirada reprobatoria en dirección a los Blau.

—¡Lo conseguí! —exclamó triunfante Pete Garden, poniéndose en pie.

Inclinándose para comprobarlo mejor, Calumine constató:

—Sí, amigos, es cierto. Lo ha conseguido, es un tres real y verdadero. —Y apartó el dispositivo de la mesa—. Bien, ahora puede tener lugar la ceremonia como está mandado. Y podremos continuar, excepto el hecho de esperar al señor Luckman.

—Yo soy el recitador de los votos esta semana —dijo Angst—. Yo administraré la ceremonia. —Y se dirigió entre el grupo hasta situarse junto a Pete Garden y Carol Holt, que todavía no se había recobrado de la noticia que tendría que llegar aquella noche al grupo Lucky Luckman.

—Carol y Pete, nos hemos reunido aquí para testimoniar vuestra entrada en un sagrado matrimonio. Las leyes de la Tierra y de Titán me han dado el suficiente poder para demandarles vuestra voluntaria aquiescencia y realizar y dar forma a este sagrado y legal matrimonio entre ustedes dos. Pete Garden, ¿quieres tomar a Carol por tu esposa legal?

—Sí —repuso Pete, un tanto sombríamente. O al menos, así le pareció a Freya.

—Y tú, Carol Holt. —Y Angst se detuvo, porque una nueva persona acababa de aparecer en el umbral. Los demás dirigieron sus miradas en aquel sentido.

Lucky Luckman, el gran vencedor de Nueva York, el gran Notario apostador del mundo occidental, había llegado. Todos los ojos convergieron atentamente sobre él.

—Por favor, no interrumpan sus asuntos por mí —dijo, y se quedó inmóvil.

Y la ceremonia continuó hasta su conclusión.

Así pues, allí estaba el famoso Luckman, pensó Freya. Un hombre moreno, bien plantado, con una cara redonda en forma de manzana, de color pálido como la paja y una cualidad peculiar vegetal, como si Luckman se nutriese desde el interior. Tenía un cabello suave y fino, que no terminaba de cubrirle el cráneo.

Al menos, Luckman tenía un aspecto limpio y elegante, observó Freya. Sus ropas, sin ser llamativas, denotaban una gran calidad y mostraban un buen gusto. Pero sus manos... Y se encontró mirando fijamente a las manos de Luckman. Las muñecas de Luckman aparecían forradas de vello de color pajizo como el de sus cabellos; por el tamaño resultaban más bien pequeñas, con dedos cortos y cerca de sus nudillos, parecían estar literalmente sembradas de pecas. Su voz resultaba bien modulada, un poco atiplada. No, aquel hombre no le gustaba a Freya, decididamente. Había algo raro en él, como si sobre toda su personalidad hubiese un tufo de sacerdote renegado. Miraba dulcemente donde debería hacerlo con dureza y energía.

«Y en realidad, no hemos previsto estrategia alguna contra él —pensó Freya—. No sabemos como actuar y ahora es demasiado tarde. Quisiera saber cuántos de los que estamos

en esta habitación estarán en condiciones de jugar de aquí a una semana. *Tenemos que encontrar la forma de detener a este individuo»*, concluyó Freya.

—Y ésta es mi esposa Dotty —estaba diciendo Luckman, mientras presentaba al grupo a una mujer de aspecto italiano, ampulosa, de cabellos negros y que sonreía encantadoramente a todos. Pete Garden apenas si le prestó atención. «Que traigan el electroencefalógrafo —pensó—, y que se dejen de historias». Se aproximó a Bill Calumine y le susurró al oído la cuestión.

—Creo que ha llegado el momento del EEG —le dijo en voz baja.

—Sí. —Y Calumine desapareció en el interior de una de las habitaciones del apartamento, acompañado de Clem Gaines.

Volvió a los pocos momentos con el aparato, un Crofts-Harrison, en forma de un enorme huevo montado sobre una silla de ruedas, con una serie de conexiones y cables. Hacía tiempo que no se había usado, ya que el grupo era muy estable y todos eran bien conocidos entre sí. Pero las cosas habían cambiado.

Sí, pensó Pete Garden, todo había cambiado. Allí había dos nuevos miembros, uno de los cuales era totalmente desconocido y el otro un potente enemigo al que había que combatir con todas las fuerzas al alcance. Y sintió la lucha personalmente, porque aquélla había sido su pertenencia. Luckman, asentado sus reales en el *Hotel Claremont* de Berkeley, ahora residía en la demarcación que había sido suya hasta entonces. ¿Qué más podía constituir una clara invasión que aquello? Se quedó mirando fijamente a Luckman, que en aquel momento le devolvió la mirada.

Ninguno de los dos hombres dijo nada, en realidad no había necesidad de hablar una palabra.

—Un electroencefalógrafo —dijo Luckman, mientras se sentaba para someterse a las pruebas del aparato y una mueca extraña le recorría las facciones—. ¿Por qué no? —Y miró a su esposa—. No nos importa, querida, ¿verdad? —Mostró un brazo donde Calumine adaptó el cinturón y la conexión correspondiente—. No encontrarán ustedes la menor traza de capacidad psiónica en mí, señores —afirmó Luckman cuando el cátodo terminal le fue adaptado en las sienes. Continuó sonriendo.

A los pocos instantes, la máquina *Crofts-Harrison*, expelió una cinta registrada del ensayo establecido. Bill Calumine, como interventor oficial del grupo, la examinó y después la pasó a Pete. Ambos la examinaron detenidamente.

No aparecía ninguna actividad psiónica revelada en la lectura del EEG; al menos, nada en aquel momento. Podría, no obstante, tenerla el propio Luckman en forma de sentirla y dejarla ir ocasionalmente; aquello era algo común en determinadas personas. Pero con aquella prueba oficial, nada podían determinar legalmente contra el hombre venido del este. Era una lástima, pensó Garden, devolviendo el registro que pasó a examen de Silvanus y de Stuart Marks.

—¿Qué, estoy limpio? —preguntó Luckman. Su voz aparentaba una calma y un dominio totales de la situación, llena de confianza. ¿Por qué no? Serían ellos quienes pudieran estar preocupados, no él. Naturalmente que Luckman lo sabía bien.

—Señor Luckman —dijo Remington ásperamente—. Yo soy el responsable de haberle permitido invadir este grupo de Pretty Blue Fox.

—Oh, Remington —repuso Luckman. Y extendió la mano, que Walter ignoró—. Oiga, no tiene nada que reprocharse, lo habría conseguido eventualmente de cualquier otra forma.

—Así es, señor Remington —intervino Dotty Luckman—. No sienta lástima ninguna, mi marido es capaz de conseguir lo que se propone. —Y sus ojos brillaban con orgullo.

—¿Es que soy alguna especie de monstruo? —preguntó Luckman—. Yo juego limpio, jamás me ha acusado nadie de hacer trampas. Juego, al igual que cualquiera de ustedes, para ganar, eso es todo. —Y miró de uno en otro por todo el grupo, aguardando la respuesta de alguno de ellos. No parecía turbado; sin embargo, era evidentemente una cuestión de forma. Luckman no esperó que cambiara la opinión de ninguno, y probablemente no lo hubiera

deseado tampoco.

—Creemos, señor Luckman —dijo Pete Garden—, que usted posee mucho más de lo que puede. La Partida no se ha hecho como una excusa ni como medio de lograr un monopolio económico y usted lo sabe. —Y calló, mientras los demás asentían con movimientos de cabeza, completamente de acuerdo con la opinión sinceramente formulada por Pete.

—Les diré a ustedes lo que pienso —dijo Luckman—. Me gusta ver a todos felices respecto a la marcha de las cosas, pero no veo razón alguna para esta postura ni esa superstición. Puede ser que ustedes no tengan confianza en su propia capacidad, es posible que ésa sea la razón. De todos modos, ¿qué es lo que ocurre? Por cada título de California que gane —y se detuvo un instante reflexionando— contribuiré con otro a favor del grupo, para cualquier ciudad de otro Estado. Así no importa lo que ocurra, todos ustedes seguirán manteniendo su calidad de jugadores, quizá no aquí en la costa; pero sí en cualquier otro lugar del país. —Y sonrió, mostrando una dentadura tan perfecta, que a Pete le pareció, sin duda alguna, que era artificial.

—Gracias —repuso Freya fríamente.

Nadie hizo ninguna ulterior advertencia.

«¿Significaba aquello un insulto?», se preguntó Pete. Quizá Luckman era sincero en sus pensamientos, tan sencillo y leal como aparecía frente a los sentimientos humanos.

Se abrió la puerta y un vug entró en la sala.

Era el Comisionado del Distrito, U. S. Cummings. ¿Qué desearía?, se preguntó Pete. ¿Sabrían los titanios el cambio de residencia de Luckman venido a la costa oeste desde el este? En aquel momento, el vug saludaba a todos los miembros del grupo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Bill Calumine—. Estamos a punto de sentarnos para comenzar La Partida.

Los pensamientos del vug les llegaron claramente a todos telepáticamente.

—Lamento la intrusión. Señor Luckman, ¿cuál es la razón de su presencia aquí? Tenga la bondad de mostrar sus títulos legales para formar parte de este grupo.

—Oh, vamos —repuso Luckman—. Usted sabe muy bien que tengo perfecto derecho a sentarme aquí.

Se rebuscó en los bolsillos interiores de la chaqueta y sacó un gran sobre.

—¿Qué es esto? ¿Un timo quizá?

Extendió unos pseudópodos; el vug inspeccionó el título que después devolvió a Luckman.

—Ha olvidado usted notificarnos la entrada en este grupo.

—No tenía por qué hacerlo —repuso altaneramente Luckman—. No es obligatorio.

—A pesar de eso —insistió U. S. Cummings—, forma parte del protocolo. ¿Cuáles son sus intenciones al venir a este grupo Pretty Blue Fox?

—Intento ganar, naturalmente —declaró Luckman.

El vug pareció contemplarlo en silencio durante unos instantes.

—Ése es mi derecho legal —continuó Luckman, un poco nervioso—. No tiene usted ningún poder para interferirse en esta cuestión. Ustedes no son nuestros amos; permítame recordarle el Concordato del año 2095 entre sus Fuerzas Militares y las de las Naciones Unidas. Todo lo que pueden ustedes hacer son recomendaciones y prestarnos asistencia, o ayuda cuando la necesitemos. No había oído que nadie deseara la presencia de usted en este lugar. —Y miró a los componentes del grupo buscando la aprobación de los allí reunidos.

—Nosotros podemos muy bien arreglar este asunto —indicó Calumine al vug.

—Está bien —intervino Stuart Marks—. Vamos, vug, lárguese de aquí.

Y U. S. Cummings, el vug Comisionado del Distrito, se marchó sin emitir ningún otro pensamiento.

Tan pronto como se hubo marchado, Jack Blau dijo:

—Bien, comencemos La Partida.

—De acuerdo —opinó Bill Calumine.

Se sacó la llave del bolsillo, se dirigió hacia la caja cerrada del dispositivo de juego y unos

momentos más tarde aparecía el tablero extendido sobre la mesa, en el centro de la habitación. Los demás fueron acomodándose en sus asientos, poniéndose lo más confortablemente posible, decidiendo a quién tendrían por vecino.

Acercándose a Pete, Carol Holt le dijo:

—Es probable que no lo hagamos muy bien al principio, señor Garden, ya que no estamos acostumbrados a los respectivos estilos de juego...

Para Pete, llegaba el momento de decir algo respecto a Joe Schilling.

—Escuche —dijo—. Lamento decir esto; pero usted y yo no seremos compañeros por mucho tiempo.

—¡Vaya! ¿Y por qué no?

—Tengo más interés en recobrar Berkeley que en ninguna otra cosa —dijo Pete—, incluso que en tener *suerte*, como se dice popularmente, en sentido biológico. —A despecho de todo, pensó Pete, las autoridades, tanto en la Tierra como en Titán, al establecer La Partida, consideraban la cuestión, en primer término como un medio para conducir al fin deseado de tener hijos, mucho más que como medio económico.

—Usted no me ha visto nunca jugar —insistió Carol Holt. Y se dirigió hacia un rincón de la estancia, donde permaneció en pie con las manos enlazadas a la espalda—. Yo juego muy bien.

—Quizá sea así —repuso Pete Garden—, pero me temo que no lo suficiente como para ganar a Luckman. Jugaré con usted esta noche; pero mañana traeré de compañero a otra persona. No quiero que tome esto como una ofensa.

—Pero tengo que sentirme forzosamente ofendida —dijo Carol.

Pete se encogió de hombros.

—Pues tendrá que seguir estando ofendida.

—¿Y qué persona es la que piensa traer de compañera?

—A Joe Schilling.

—¿Ese vendedor de discos raros? —Y los ojos de color avellana de la chica se abrieron asombrados—. Pero...

—Sé que Luckman le batió —dijo Pete—. Pero no creo que vuelva a hacerlo. Schilling es mi mejor amigo y tengo una absoluta confianza en él.

—Que es mucho más de lo que siente usted por mí, ¿no es eso? No tiene usted interés ninguno en verme jugar... —suplicó en cierto modo Carol Holt—. Ya lo ha decidido. Quisiera saber porqué se ha tomado la molestia de celebrar la ceremonia matrimonial.

—Por esta noche —dijo Pete.

—Sugiero —dijo Carol Holt furiosa y con las mejillas encendidas— que no tengamos que molestarnos ninguno de los dos, ni siquiera esta noche...

—Oiga, escuche —respondió Pete, en un intento de dulcificar la situación—. No intentaba...

—Eso es, herirme, ¿verdad? Pero lo ha hecho y muy profundamente. En el grupo Straw Man Special, todos mis amigos sienten por mí el mayor respeto del mundo. No estoy acostumbrada a semejante trato.

—Por amor de Dios —dijo Pete, levantándose y tomándola del brazo. La condujo precipitadamente fuera de la estancia y del local, a la oscuridad de la noche—. Escuche. Tenía la intención de prepararla en el caso que trajese aquí a Joe Schilling; Berkeley era mi plaza oficial de residencia, y no quiero perderla definitivamente por nada del mundo, ¿comprende? Esto nada tiene que ver con usted. Usted puede ser la mejor jugadora de la Tierra. —Y la tomó por los hombros, mirándola fijamente—. Ahora dejemos de discutir y volvamos, ya habrán comenzado a jugar.

Carol estaba sollozando.

—Un momento. —Y se rebuscó un pañuelo, con el que secó las lágrimas y enjugó la nariz.

—Vamos, amigos —urgió Bill Calumine, desde el interior de la sala de juego de La Partida.

Silvanus Angst, apareció en el umbral.

—Estamos empezando. Señor Garden, la parte económica debe mostrarse en este momento, por favor.

La pareja entró nuevamente en la sala de juego y Carol se apartó discretamente.

—Estábamos discutiendo sobre estrategia —dijo Pete a Calumine.

—Pero, ¿con respecto a qué? —inquirió curioso Remington.

Freya miró a Pete, y después a Carol; de ella no pudo obtener nada, sin embargo. Los demás se preocupaban de observar atentamente a Luckman y no se preocupaban de ninguna otra cosa. Los títulos de propiedad comenzaron a aparecer en las manos de los jugadores. Con cierta repugnancia fueron depositándolos en la cesta instalada al efecto.

—Señor Luckman —dijo Yule Marks bruscamente—, tiene usted que depositar su título de Berkeley; es la única propiedad de California que posee usted. —Tanto ella como los demás, observaron como el aludido depositaba en la cesta el sobre conteniendo la escritura de dominio—. Espero que lo pierda, y que no vuelva nunca más a aparecer por aquí.

—Es usted una mujer demasiado franca —contestó Luckman con una sonrisa forzada. Su expresión, entonces, pareció endurecerse y permaneció rígido en su asiento.

«Intenta batirnos a toda costa —pensó Pete Garden—. Tras esto, no habrá piedad ninguna y está tan alejado de nosotros como nosotros de él».

Aquello se iba convirtiendo en un asunto sucio y desagradable.

—Retiro el ofrecimiento hecho de dar a ustedes títulos fuera de California —dijo Luckman con aire digno, mientras comenzó a mezclar hábilmente un paquete de cartas numeradas con aire de orgullo ofendido—. En vista de su hostilidad, está claro que aquí no podrá existir ni lo que parecería una caricatura de la cordialidad.

—Exactamente —repuso Remington.

Ninguno dijo nada más; y resultaba evidente para Luckman que todos los miembros del grupo mantenían idéntica opinión que la expresada por Remington y anteriormente por Yule Marks.

—Arrastro para la primera jugada —anunció el interventor, Bill Calumine, tomando una carta del montón barajado.

«Esta gente va a pagar cara su actitud —pensó Luckman—. He venido aquí legalmente y con toda decencia, he hecho todo lo posible; pero sólo tengo enemigos a mí alrededor».

Su turno de tirar había llegado: tiró una carta y era un 17. Bien, la suerte parecía que iba a acompañarle. Encendió un cigarrillo mexicano y se echó hacia atrás en su sillón, mientras los demás tiraban.

«Sí —siguió pensando Luckman—, fue mejor que David Mutreaux hubiera rehusado venir a La Partida a Carmel». El premonitor tenía razón, emplearon la máquina EEG como primera providencia y aquello hubiera echado a perder todos sus derechos.

—Evidentemente, usted es el primero —anunció Calumine—. Con su 17 va usted en cabeza. —Y todos los demás tuvieron que resignarse a la evidencia.

—Es la suerte del hombre de la suerte —dijo Luckman, y se aproximó al dispositivo metálico de La Partida.

Observando a Pete por el rabillo del ojo, Freya pensó que habiendo salido a la calle y habiendo vuelto Carol con los ojos húmedos de haber estado llorando, la cosa iba mal antes de empezar. Sí, era una lástima, pensó para sí misma. No habría forma para que jugaran como compañeros. Carol sería incapaz de curar a Pete de su incurable melancolía..., su estado de hipocondría ya casi crónico. Seguramente Pete volvería a ella irremisiblemente fuera de La Partida. Sí, tendría que hacerlo o estallaría emocionalmente.

Le llegó a ella el turno de jugar. La ronda inicial se hizo sin ningún farol. Freya accionó el dispositivo y sacó un 4. Maldita suerte... Tomó la pieza correspondiente, la colocó en el tablero y aquello le mostró el cuadrado tristemente familiar, el que decía:

Tasa de impuestos: pagar 500 dólares.

Freya pagó en silencio y Janice Remington, como banquero, tomó los billetes. Freya se sentía tensa, como seguramente todos lo estarían, incluso el propio Luckman.

¿Cuál de todos ellos sería el primero en reclamar el farol de Luckman?

¿Quién tendría arrestos para hacerlo? Y si le desafiaban, ¿qué podría ocurrir? ¿Acertarían? Freya se sintió desmoralizada. No, no sería ella quien lo intentara. Pero Pete lo haría, estaba segura. Sería, seguramente, el primero, era, sin duda, el que más odiaba a Luckman.

Entonces llegó el turno a Pete. Sacó un 7 y comenzó a mover la pieza hasta el casillero correspondiente. Su rostro no expresaba la menor emoción.

VI

Siendo pobre en cierto modo, Joe Schilling poseía un viejo coche auto-auto ya renqueante por el uso y los años y al cual llamaba, familiarmente, Max. Desgraciadamente, no tuvo medios de procurarse uno nuevo.

Corrientemente, Max, solía discutir las órdenes que se le transmitían por el efecto Rushmore.

—No —dijo—. No iré volando hasta la costa. Puede usted ir caminando.

—No te lo estoy preguntando, Max, te lo estoy ordenando —afirmó Joe.

—¿Y qué negocios le llevan hasta California? —preguntó Max con tono agrio. El motor había arrancado, sin embargo—. Necesito que me hagan algunas reparaciones —se quejó— antes de emprender un viaje tan largo. ¿Por qué no me mantiene usted en debida forma? Todo el mundo cuida bien de sus coches...

—No vale la pena gastar dinero en reparaciones —gruñó el viejo Joe mientras se acomodaba en el interior, recordando en aquel momento que se olvidaba de su loro Eeore—. ¡Maldita sea! No vayas a marcharte sin mí, tengo que volver a buscar algo. —Y salió del coche volviendo a entrar en la tienda, llave en mano.

El coche no hizo el menor comentario al volver con la jaula y el loro en la mano. Parecía resignado con su suerte o quizá las articulaciones del circuito del efecto Rushmore estarían todavía en malas condiciones.

—¿Estás ahí todavía?

—Pues claro que sí. ¿Es que no quiere verme?

—Llévame a San Rafael, en California —le ordenó Joe. Era bien de mañana y quizá tendría tiempo de alcanzar a Pete Garden en su apartamento, en su residencia temporal de aquella lejana ciudad de la Costa Occidental.

Pete le había llamado por el videófono la noche anterior, para informarle del primer encuentro con Luckman. Desde el momento en que escuchó la voz sombría de Pete, Joe pudo figurarse el resultado de La Partida. Luckman había ganado otra vez.

—El problema ahora —había dicho Pete— es que tiene en su poder dos títulos de propiedad en California, por lo que ahora no le importa mucho perder Berkeley. Puede poner en el juego otro título de propiedad.

—Deberías haber contado conmigo desde el primer momento —le había reprochado Joe.

—Bien, estoy metido en un buen trance, Joe —dijo tras una breve pausa—. Carol Holt, mi nueva esposa, presume de una buena jugadora...

—¿Y lo es, realmente?

—Sí que es buena. Pero...

—Pero has perdido, amigo. Bien, mañana saldré para la costa a primera hora.

Y allí estaba, disponiéndose a cumplir lo prometido, con dos maletas de sus objetos personales y su loro Eeore, dispuesto a enfrentarse con Luckman.

Esposas..., pensó Joe. Un problema, más bien que una ayuda. Los problemas económicos, mezclados con la cuestión sexual, un difícil y complejo asunto. Malditos titanios con sus

deseos de resolver las dificultades, aplicando una sola solución que resolviera todo de una vez. Lo que habían conseguido era que se complicasen las cosas cada vez más y más...

Pete no había dicho nada más sobre Carol.

Pero el matrimonio había sido siempre una entidad económica en principio, reflexionaba Joe mientras miraba el brillante cielo del amanecer por sobre Nuevo México. Los vugs no habían inventado aquello, se habían limitado a intensificar una condición ya existente. El matrimonio debía hacerse con la transmisión de la propiedad, por líneas de herencia y asimismo de cooperación. Todo esto se hacía ostensible en La Partida con sus condiciones dominantes. La Partida mostraba simplemente lo que ya era implícito antes.

La radio del auto-auto comenzó a funcionar y una voz de hombre se dirigió a Joe.

—Aquí, Kitchener, me han dicho que deja usted mi distrito, ¿por qué?

—Negocios en la Costa Occidental. —Le irritó que el Notario del Distrito se mezclase en aquella cuestión. Pero era el coronel Kitchener, un tipo quisquilloso, antiguo oficial que le encantaba meter la nariz en todos los asuntos.

—No le di permiso —insistió Kitchener.

—Usted y Max —dijo Schilling.

—¿Cómo? Sepa que quizá no les permita volver a mi distrito, puesto que da la casualidad que se dirige usted a Carmel a jugar a La Partida y si usted es tan bueno como todo lo que...

—¿Tan bueno como qué? —interrumpió Joe—. Eso tiene que demostrarse todavía.

—Si usted es tan bueno, lo suficiente para jugar —dijo Kitchener— debería jugar por mí. —Era evidente que la mayor parte de la historia se había divulgado. Schilling dejó escapar un suspiro. La dificultad siempre existía en un mundo de tan pequeña población; el planeta entero se había convertido en una pequeña ciudad, con cada uno de sus habitantes al corriente de los asuntos de todos los demás—. Quizá podría usted practicar en mi grupo —le ofreció Kitchener— y después jugar contra Luckman cuando se pusiera usted en buena forma. Después de todo, no creo que resulte nada bueno para sus amigos llegar así en frío tal y como ahora se encuentra. ¿No está usted de acuerdo?

—Pude haberlo estado; pero ahora no lo estoy.

—Primero negaba ser bueno y ahora niega estar en mala forma. Usted me confunde, Schilling. Le permitiré ir; pero espero que si muestra su antiguo talento, me traerá algo de él a la mesa de juego, aparte del sentido de la lealtad que le debe usted a su antiguo Notario de Apuestas. Buenos días.

—Buenos días, Kitch —respondió Joe, y cerró el circuito.

Bien, aquel viaje a la costa parecía haberle acarreado ya dos enemigos, su auto-auto y el coronel Kitchener. Un mal presagio, decidió Schilling. De lo peor, para la mala suerte. El coche podía permitirse el lujo de opinar en contra y convertirse pasajeramente en su antagonista; pero no un hombre de la categoría y tan poderoso como el coronel Kitchener. Después de todo, el coronel tenía razón; si tenía algún talento en La Partida, debería ser empleado para apoyar a su propio Notario y no a ningún otro.

—¿Ve usted lo que ha conseguido? —preguntó el coche.

—Sí, creo que he debido estar de acuerdo primeramente con mi Notario y conseguir su aprobación —admitió el viejo Schilling.

—Esperaba deslizarse de Nuevo México sin que nadie se diera cuenta, ¿eh? —preguntó Max.

Era verdad y Joe asintió con la cabeza, en un mudo gesto. Sí, decididamente era un mal principio.

Al despertarse en el todavía no familiar apartamento de San Rafael, Pete Garden dio un salto de sorpresa al ver junto a él la despeinada cabeza de cabellos castaños y los suaves y desnudos hombros, tan invitadores..., y entonces recordó quién era ella y lo que le había sucedido la noche anterior. Saltó de la cama sin despertarla, y se fue a la cocina en pijama en busca de un paquete de cigarrillos.

Se había perdido un segundo título de propiedad en California, y Joe Schilling se hallaba en camino desde Nuevo México. Así estaban las cosas en aquel momento, recordó con más claridad. Y allí tenía a una nueva esposa... ¿Cómo podría evaluar adecuadamente a Carol Holt? Sería mejor esperar a mostrarse en comparación con ella ante el viejo amigo Joe, y aquello no se haría esperar mucho, de todos modos.

Encendió un cigarrillo y puso la cafetera en la lumbre. Al empezar a dar las gracias la cafetera —a través de su efecto Rushmore— Pete la interrumpió.

—Quieta, por favor. Mi esposa está dormida —advirtió en voz baja.

La cafetera continuó calentando el café en el más completo silencio.

Le gustaba Carol, era una chica preciosa y no precisamente una terrible amadora en la intimidad de la alcoba. Era una criatura sin complicaciones. No era tan llamativamente guapa como algunas de sus otras mujeres habían sido, pero sí excelente compañera, incapaz de desatar por ella una pasión desordenada. Todos sus pensamientos se hallaban íntimamente ligados con el conocimiento de la realidad. Sus sentimientos íntimos, no obstante, parecían excesivamente sensitivos. Para Carol aquel nuevo matrimonio desafiaba su sentido de la identidad y por consecuencia, el de su prestigio. Como mujer, como esposa y como compañera de juego en La Partida.

Al exterior del apartamento, más abajo, en la calle, los dos chiquillos de los Mc Claim jugaban tranquilamente, y podía percibir el murmullo de sus conversaciones. Se asomó por la ventana de la cocina y allí les vio, a Jessica y a Kelly, enzarzados en alguna especie de juego con un cuchillo. Absortos en el juego, se habían olvidado de todo lo demás, de él mismo y de la ciudad vacía por completo.

«Quisiera saber quién es su madre —se preguntó mentalmente Pete—. Patricia Mc Claim, cuya historia conozco...».

Volviendo al dormitorio, tomó sus ropas, se las llevó a la cocina y se vistió en silencio, procurando no despertar a Carol.

—Ya está el café —le avisó la cafetera. La apartó del fuego, comenzó a preparar un café instantáneo y entonces cambió de opinión. Sería cosa de saber si la señora Mc Claim querría preparar el desayuno para el señor Notario del Distrito...

Ante el gran espejo del cuarto de baño concluyó su arreglo personal, comprobando que si no resultaba extraordinario, era educado, al menos. Y entonces, sin ruido alguno, salió, bajando la escalera hasta la calle.

—¡Hola, chicos! —saludó a Kelly y a Jessica.

—¡Hola, señor Notario! —respondieron, absortos aún en el juego.

—¿Dónde podría ver a vuestra madre?

Ambos apuntaron en la dirección deseada.

Pete, tomando una bocanada del fresco aire de la mañana, se dirigió hacia la casa de los Mc Claim, sintiéndose hambriento en diversas formas, en profundas y muy intrincadas formas.

Max, el auto-auto de Joe Schilling, tomó tierra junto al bordillo de la acera del apartamento y del edificio en que vivía Pete Garden y abrió manualmente la portezuela, deseoso ya de estirar las piernas. Tocó el botón de aviso y automáticamente se abrió la maciza puerta de acceso al edificio, cuidadosamente cerrada con pesados barrotes contra unos intrusos que no existían realmente. Joe fue subiendo los escalones hasta el piso de Pete Garden, reflexionando la absurda situación de aquel mundo que le había tocado vivir.

La puerta del apartamento estaba abierta al llegar y no era Pete Garden quien estaba en el umbral para recibirle, sino una joven con los cabellos desordenados y una expresión soñolienta en sus agraciadas facciones.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Un viejo amigo de Pete —repuso Joe—. ¿Es usted Carol?

Ella asintió con la cabeza y se cerró la bata de casa un poco más.

—Pete no está aquí. Acabo de levantarme y he visto que se había marchado, no sé donde.

—¿Puedo entrar y esperar? —solicitó Schilling.

—Entre, si gusta. Voy a preparar el desayuno. —Se apartó de la puerta y Joe la siguió hasta la cocina del apartamento, donde estaban friéndose tocino y unos huevos.

La cafetera anunció:

—El señor Garden estaba aquí hace un momento; pero salió.

—¿Dijo dónde iba? —preguntó Schilling.

—Miró por la ventana a la calle y después salió. —El efecto Rushmore instalado en la cafetera no era muy explícito y resultaba de poca ayuda.

Schilling se sentó a la mesa de la cocina.

—¿Qué tal van usted y Pete?

—Oh, tuvimos una primera noche desastrosa —respondió Carol—. Perdimos. Pete estuvo tan malhumorado, que no dijo una palabra en todo el camino de regreso desde Carmel, e incluso después de haber llegado aquí, apenas si me dijo una palabra, como si yo hubiera tenido la culpa de todo. —Y se volvió hacia Joe Schilling—. No sé como vamos a poder continuar, Pete parece casi... un hombre a punto de suicidarse.

—Pete siempre se ha conducido de esa forma... No tenga nada que reprocharse, señora.

—Oh... Bien, gracias por habérmelo dicho.

—¿Podría tomar una taza de café?

—Pues claro que sí —respondió Carol retirando la cafetera del fuego—. ¿Es usted, quizá, el amigo a quien Pete llamó por el videófono la pasada noche después de La Partida?

—Sí —contestó Schilling, sintiéndose un tanto confuso. Había llegado allí para reemplazar a aquella mujer en la mesa de juego. ¿Qué sabría Carol de las intenciones de Pete? En muchos aspectos, Pete Garden se convertía en un difícil problema cuando se mezclaba con las mujeres.

—Sé para lo que está usted aquí, señor Schilling —afirmó Carol.

—Humm —repuso Joe con precaución.

—No voy a quedarme a un lado. Su historia como jugador no es muy buena. Creo que yo puedo hacerlo mejor que usted.

Joe farfulló alguna cosa, realmente confuso, sin saber que decir. Tras aquello, continuó tomándose el desayuno, en un embarazoso silencio, mientras ambos esperaron el regreso al apartamento de Pete Garden.

Patricia Mc Claim se hallaba dedicada a desempolvar el mobiliario del cuarto de estar de su apartamento, levantó los ojos y vio a Pete Garden, sonriendo graciosamente aunque con reserva.

—El señor Notario del Distrito —dijo, y continuó con su limpieza.

—¡Hola! —saludó Pete.

—Puedo leer en su mente, señor Garden. Usted sabe muy poco de mí, como consecuencia de haber hablado del asunto con Joe Schilling. Después se encontró usted con Mary Anne, mi hija mayor. Y usted la encontró «sorprendentemente atractiva», como Joe Schilling hizo resaltar..., al igual que a mí también.

Patricia le miró con sus oscuros ojos chispeantes.

—¿No cree usted que Mary Anne es demasiado joven para usted? —continuó—. Usted se encuentra alrededor de los ciento cuarenta años de edad y ella sólo tiene ahora dieciocho.

—Pero puesto que existe la operación de las glándulas Hynes... —argumentó Pete Garden.

—No importa —dijo Patricia—. Estoy de acuerdo en eso. Además, está usted haciendo comparaciones entre mi hija y yo. Cree usted que yo estoy amargada y ella es una criatura fresca y femenina. Y esto, viniendo de un hombre que está rumiando constantemente la idea del suicidio...

—No puedo evitarlo —contestó Pete—. Clínicamente, es un pensamiento obsesivo, es algo involuntario. Me gustaría liberarme de tal obsesión. El doctor Macy me lo diagnosticó hace

unas cuantas décadas. He tomado cuantos medicamentos existen para esto..., y se aleja de mí, para volver después. —Y Pete entró en el apartamento—. ¿Ha desayunado ya?

—Sí —repuso Patricia—. Y usted no puede comer aquí, no está bien, además de no poder ocuparme de arreglárselo. Se lo diré sinceramente, señor Garden: yo no deseo en absoluto envolverme en sus asuntos emocionales. De hecho, la idea me repele.

—¿Por qué? —preguntó Pete sorprendido.

—Porque no me gusta usted.

—¿Y a qué puede deberse eso? —insistió Pete sin considerarse fracasado ni física ni psicológicamente.

—Porque usted está en condiciones de asistir a La Partida y yo no. Y porque usted tiene una esposa recién adquirida, y con todo está usted aquí y no con ella. No me gusta esa forma de proceder.

—Ser una telépata es poseer una gran ventaja —dijo Pete— cuando siempre se está en condiciones de hacer evaluaciones sobre los vicios y las virtudes de los demás.

—Así es.

—Bien; pero el caso es que me siento atraído hacia usted y no hacia Carol.

—Puede que no pueda remediar lo que usted sienta; pero sí evitar hacer lo que hace; sepa que estoy perfectamente avisada del motivo que le trae a mi casa. Pero no olvide que *yo también estoy casada*, señor Garden. Y que tomo mi matrimonio muy en serio, puesto que suele tener una nueva esposa cada pocas semanas o así. Cada vez que recibe un duro golpe de pérdida en La Partida. —El disgusto de Patricia era manifiesto, sus labios estaban apretados en una delgada línea y sus negros ojos chispeaban.

Pete Garden trató de imaginarse como habría sido aquella mujer, antes que al descubrirse su capacidad psiónica, hubiese sido descartada de La Partida.

—Bastante parecida a como ahora soy —repuso ella en el acto.

—Lo dudo mucho —dijo Pete. Y pensó en su hija, tratando de averiguar si ella también sería así con el tiempo. Ello dependería de si Mary Anne hubiera heredado o no el talento telepático de la madre, y de ser así...

—Mary Anne no lo tiene —repuso Patricia—. Ninguno de mis hijos, ya lo hemos comprobado.

Entonces, su hija no causaría la excitación que ella causaba, pensó Pete.

—Quizá no —contestó Patricia y añadió inmediatamente—: No le permitiré que permanezca aquí, señor Garden; pero podría usted llevarme en coche hasta San Francisco. Tengo cosas que comprar allá. Y podríamos detenernos en cualquier restaurante y comer juntos, si a usted le parece.

Pete Garden estuvo a punto de aceptar en el acto, pero repentinamente recordó a Joe Schilling.

—No me es posible. Negocios de urgencia.

—Ah, sí. Conversaciones estratégicas con respecto a La Partida.

—Así es —repuso Pete, ya que le era imposible negarlo.

—Usted coloca La Partida por encima de cualquier otra cosa. Incluso por sobre los llamados «profundos sentimientos» hacia mi persona...

—Es que lo he citado. Le llamé anoche para que viniera a verme esta mañana. Tengo que saludarle inmediatamente. —Aquello a él le pareció una fuerte razón, evidente por sí misma; pero no a Patricia, y nada podía hacer para remediarlo. El cinismo de aquella mujer era demasiado profundo hacia él para ser modificado en cualquier forma.

—No me juzgue, señor Garden —repuso Patricia—. Puede que tenga razón; pero... —Y se dirigió hacia él poniéndose una mano en la frente como si sufriese físicamente—. No puedo soportarlo, señor Garden.

—Lo siento. Me marcharé, Pat. Me gustaría verla...

—Bien, puedo hacer una cosa. Puedo verle esta tarde a la una y treinta en la ciudad baja de San Francisco, en el Market. Podemos almorzar juntos. ¿Cree usted que podrá

desembarazarse de su esposa y de ese amigo suyo jugador para esta cita?

—Sí.

—Bien, así queda convenido. —Y Patricia continuó su limpieza.

—Dígame porque ha cambiado de opinión respecto a verme, Patricia. *¿Qué es lo que ha recogido usted en mi mente?* Tiene que haber sido algo importante.

—Prefiero no decirlo.

—Por favor...

—La facultad telepática tiene un inconveniente básico. Usted no puede conocer esto. Propende a captar demasiado, es demasiado sensitiva para los pensamientos latentes o marginales de la gente, lo que los viejos psicólogos llamaban «la mente inconsciente». Existe una cierta relación entre la facultad telepática y la paranoia, la última es la recepción involuntaria de los pensamientos agresivos u hostiles, reprimidos en las demás personas.

—¿Y qué leyó usted en mi subconsciente, Pat?

—He leído... un síndrome de acción potencial. Si yo fuese una premonitora podría decirle mucho más. Usted *podría* hacerlo, o puede que no lo haga. Pero... —y le miró fijamente —es un acto violento, y tiene que ver con la muerte.

—La muerte... —dijo Pete como en un eco.

—Quizá —continuó Patricia— usted intente suicidarse. No lo sé, es algo no formado aún. Tiene que ver con la muerte..., y con Jerome Luckman.

—Y es una lástima que no pudiera usted revertir su decisión de tener algo que ver conmigo.

—Sería una acción equivocada por mi parte, tras haber captado en su mente tal síndrome, para tener sencillamente que abandonarle.

—Gracias, Pat.

—No quiero tal cosa en mi conciencia. Odiaría tener que oír en el programa de Nats Katz al día siguiente, que usted hubiera tomado una dosis masiva de emfital, por cuya droga está usted obsesionado. —Y Patricia le sonrió, con una sonrisa desprovista de toda alegría.

—Le veré a la una y media —dijo Pete—. En el Market. —Al menos, pensó, que el síndrome informe que tenía que ver con la violencia y la muerte y con Luckman, se manifestara violentamente antes de esa hora.

—Podría suceder —repuso Patricia, siempre leyendo sus pensamientos—. Esa es otra cualidad del subconsciente, el actuar al margen del tiempo. No se puede decir si se captan las sensaciones en minutos de distancia de su actualización, o en días o incluso en años. Todo eso permanece conjuntamente borroso e inseparable.

Sin otra palabra más, Pete dio la vuelta y salió del apartamento de Patricia Mc Claim.

De la próxima cosa que se dio cuenta, fue la de hallarse volando en su coche sobre un enorme desierto y que se le había hecho tarde. Tocó sobre el transmisor del coche y le preguntó:

—Dame la señal horaria.

—Las seis de la tarde, señor —repuso la voz mecánica del efecto Rushmore—. Hora y media de la Montaña.

«¿Dónde estoy?», se preguntó a sí mismo Pete Garden.

—¿Por dónde vamos? —preguntó al coche. Le parecía el Estado de Nevada, con sus terribles desiertos desprovistos de toda vida.

—Volamos sobre la parte oriental de Utah.

—¿Cuándo salí de la costa?

—Hace dos horas, señor Garden.

—¿Qué es lo que he hecho durante las últimas cinco horas?

—A las nueve y media salió usted del Condado de Marin hacia Carmel, y hacia la sala de juego de La Partida, en el edificio que al efecto tiene en Carmel.

—¿A quién vi allí?

—No lo sé, señor.

—Continúa —dijo Pete, trastornado profundamente.

—Permaneció usted allí una hora. Después, salió y se dirigió hacia Berkeley.

—¡Berkeley!

—Tomó usted tierra en el *Hotel Claremont*. Allí permaneció poco tiempo, cosa de algunos minutos. Entonces, salió usted en dirección a San Francisco y tomó tierra en el Colegio del Estado y se dirigió al edificio de la Administración.

—¿Y no puedes decirme lo que hice allí?

—No, señor Garden. Estuvo allí como cosa de una hora. Después salió usted y me tomó de nuevo. En esta última ocasión me estacionó en la ciudad baja de San Francisco, en el Market, donde después de dejarme salió usted a pie por la ciudad.

—¿Y en qué dirección anduve?

—No pude darme cuenta.

—Sigue.

—Volvió usted a las dos y cincuenta minutos, me tomó nuevamente y puso vuelo hacia el este. Eso es lo que he hecho desde entonces.

—¿Y no hemos tomado tierra desde San Francisco?

—No, señor Garden. Y a propósito, estoy muy escaso de combustible. Deberíamos descender en Salt Lake City si es posible.

—Claro que sí —convino Pete—. Dirígete allá.

—Gracias, señor Garden. —Y el coche alteró su vuelo en tal sentido.

Pete permaneció unos momentos aturdido y después conectó el videófono con su apartamento de San Rafael.

En la pequeña pantalla apareció la cara de Carol Holt.

—Ah, ¡hola! —saludó la joven—. ¿Dónde estás? Bill Calumine ha llamado; quiere que el grupo se reúna temprano para discutir sobre la estrategia a seguir en el juego. Quiere estar seguro que tú y yo estemos presentes allí.

—¿Estuvo por ahí Joe Schilling?

—Pues claro que sí. ¿Qué es lo que quieres decir? Volviste al apartamento temprano, te sentaste en el coche y hablaste con él, después saliste en vuelo y no sé más.

—¿Qué es lo que ha ocurrido desde entonces? —preguntó Pete con voz ronca.

—No entiendo lo que quieres decir.

—¿Qué es lo que hice? —preguntó Pete—. ¿Fui a alguna parte con Joe Schilling? ¿Dónde está ahora?

—Pues no lo sé —repuso Carol—. ¿Qué diablos te ocurre? ¿Es que no sabes lo que has hecho hoy? ¿Acaso es que sufres períodos de amnesia?

—Por favor, dime cuanto haya sucedido —pidió Pete Garden.

—Te sentaste en el coche, hablaste con Joe Schilling y después él se marchó, supongo. Espera un momento, tengo algo puesto en la estufa. —Carol desapareció de la pantalla, y Pete esperó contando los segundos de ausencia de su mujer, hasta que volvió—. Lo siento, Pete. Veamos. Bajaste la escalera. —Carol pareció meditar un momento—. Hablamos alguna cosa. Después bajaste la escalera definitivamente y ésa fue la última vez que te vi, hasta que me has llamado ahora.

—¿De qué estuvimos hablando tú y yo?

—Me dijiste que querías jugar con Schilling como compañero esta noche. —La voz de Carol aparecía fría y resentida emocionalmente—. Bien, digamos que discutimos un poco. Al final... —Y le miró más atentamente—: Si es que no lo sabes...

—No lo sé, continúa, por favor.

—No hay ninguna razón para que tenga que decírtelo. Pregunta a Joe, si es que quieres saberlo; estoy segura que le tienes informado del particular.

—¿Dónde está Joe?

—No tengo la menor idea —repuso finalmente Carol, y cortó la comunicación.

«Estoy seguro —pensó Pete—, que arreglé con Joe la cuestión de jugar de compañeros para esta noche. Pero ése no es el problema... El problema es lo que he hecho en todo el día, prácticamente. ¿Por qué no puedo recordarlo? Puedo no haber hecho nada en absoluto, esto es, nada fuera de lo usual y que no tenga la menor importancia. Aunque habiendo ido a Berkeley..., quizá fuese allí a recoger algunas de mis cosas olvidadas en el apartamento».

Pero, según el efecto Rushmore del coche, él no había ido para nada a su antiguo apartamento de Berkeley; había ido, en cambio, al *Hotel Claremont*, que era precisamente donde se alojaba Luckman.

Evidentemente había tenido que ver a Luckman..., o intentado verle.

Sería mejor que se lo dijese a Schilling. Hallarlo y hablar con él. Decirle que por razones desconocidas se había encontrado perdido el día entero, prácticamente. ¿Tendría la culpa el choque producido por la visita a Patricia Mc Claim? Y resultaba evidente que se había encontrado con ella en la ciudad baja de San Francisco, según habían convenido. Pero de ser así, ¿qué es lo que habían hecho? ¿Cuál era su relación con ella, en aquel momento? Quizá él hubiese tenido éxito, o por el contrario, se podría haber convertido en un antagonista más claramente definido que en su visita matinal a Patricia Mc Claim... No existía forma de saberlo, según el fallo de su memoria. Y aquella visita al Colegio del Estado de San Francisco... Sin duda alguna, se había dirigido a visitar a Mary Anne, la hija de Pat.

¡Santo Dios! ¡Qué día, para perderlo así!

Utilizando el transmisor del coche, llamó a Joe Schilling, a la vieja tienda de discos en Nuevo México, consiguiendo una respuesta indirecta por el dispositivo Rushmore:

—El señor Schilling no se encuentra aquí. Él y su loro salieron para la costa del Pacífico; puede usted entrar en contacto con él a través del señor Notario del Distrito, el señor Pete Garden en San Rafael.

Aquello era demasiado. Pete se limpió la frente perlada de sudor y cerró la conexión del transmisor.

Transcurridos unos minutos, llamó a Freya Garden Gaines.

—Ah, hola, Peter —saludó alegremente Freya al aparecer en la pequeña pantalla, contenta de verle—. ¿Dónde estás? Te suponíamos junto a...

—Estoy buscando por todos los medios a Joe Schilling —dijo él—. ¿Tienes alguna idea de dónde pueda encontrarse?

—No. No le he visto. ¿No le llevaste a la costa para jugar de compañero contigo contra Luckman?

—Si tienes alguna noticia suya, dile, por favor, que me dirijo a mi apartamento en San Rafael y que allí le espero.

—De acuerdo, Pete —dijo Freya—. ¿Ocurre algo?

—Quizá sí —repuso Pete y cortó la transmisión. «Eso es lo que yo quisiera saber», pensó Pete, cada vez más trastornado.

—¿Tienes suficiente combustible para dirigirte directamente hacia mi apartamento de San Rafael, sin detenerte en Salt Lake City? —preguntó al coche.

—No, lo siento, señor Garden.

—Bien, vayamos cuanto antes en busca de ese condenado combustible —dijo—, pero volvamos a California tan pronto como sea posible.

Renegó unos instantes y continuó sentado, esperando con impaciencia el viaje de regreso, yendo en aquellos momentos hacia Salt Lake City, advirtiendo ya bajo el aparato la vasta extensión desértica del país.

VII

Cuando consiguió llegar finalmente a San Rafael, ya era casi de noche; tomó tierra con las luces del coche encendidas y lo estacionó al bordillo de la acera del edificio en que se hallaba

su apartamento. Al salir del coche, una sombra emergió de la oscuridad y corrió hacia él.

—¡Pete!

Era Patricia Mc Claim, vistiendo un pesado abrigo y con los cabellos anudados al cuello en forma de un gracioso moño.

—¿Qué ocurre? —dijo, captando el aire de urgencia que se desprendía del grito de Pat.

—Un segundo. —Ella se aproximó a él, sofocada y casi sin respiración, con los ojos dilatados por el miedo—. Quiero leer en tu mente.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—¡Dios mío! —exclamó ella—. No puedes recordarlo... Todo el día perdido, Pete. Pete, *ten mucho cuidado.* Será mejor que me vaya, mi marido me espera. Adiós. Te veré tan pronto como pueda. —Patricia se le quedó mirando fijamente por un instante y después desapareció calle abajo, corriendo y perdiéndose inmediatamente en la oscuridad.

Pete comenzó a subir las escaleras de su apartamento, como un autómata.

En la sala de estar estaba esperándole Joe Schilling con su barba rojiza desordenada, como de costumbre. Al verle, Joe se levantó.

—¿Dónde diablos has estado metido?

—¿Está Carol aquí, o estás solo? —preguntó Pete a su vez. Y miró a su alrededor. No se advertía el menor signo de su esposa.

—No la he visto desde esta mañana. Desde que estuvimos los tres reunidos. Te hablaba de tu última mujer, Freya, y ella me dijo que tú...

—¿Cómo entraste aquí? ¿Es que no está Carol?

—El apartamento estaba desierto.

—Escucha, Joe —dijo Pete—. Algo ha ocurrido hoy.

—¿Te refieres a la desaparición de Luckman?

Pete se quedó helado por la sorpresa, mirando fijamente a Joe Schilling.

—No sabía que hubiera desaparecido Luckman.

—Claro que sí, tú has sido el único que me lo ha dicho. —Y entonces, la sorpresa se reflejaba en la mirada fija del viejo Joe.

Ambos permanecieron en silencio.

—Me llamaste desde tu coche —dijo Joe—; yo me encontraba en la sala de juego de Carmel, estudiando las partidas del grupo. Después, escuché la actuación de ese Nats Katz en la televisión, en el programa de la tarde. Luckman desapareció esta mañana.

—¿Y no ha sido hallado todavía?

—No.

Schilling sujetó a Pete fuertemente por los hombros.

—¿Por qué no puedes recordar?

—Tuve un encuentro. Con una telépata.

—¿Patricia Mc Claim? Ya me lo dijiste, te encontrabas notablemente trastornado. Yo puedo asegurarlo, porque te conozco bien. Aludiste a algo que ella había descubierto en tu mente, en tu subconsciente, y me hablaste de algo que tenía que ver con tus impulsos obsesivos de suicidio. Y entonces, cortaste repentinamente la comunicación.

—Acabo de verla hace un momento —dijo Pete. Y se dirigió errabundo por el piso hacia las grandes ventanas que daban a la calle. En su mente confusa estaba la reciente imagen de Patricia con su urgente aviso. ¿Tendría aquello que ver con la desaparición de Luckman? ¿Pensó Patricia que él tuviera algo que ver con aquello?

—Voy a prepararte un trago —dijo Joe—. Mientras he estado esperándote descubrí donde guardas la bebida. Este «whisky» escocés no está mal; pero por lo que a mí respecta, no creo que sea mejor que...

—Todavía no he cenado —dijo Pete—. No me apetece la bebida. —Y se dirigió a la cocina y al frigorífico, con la vaga idea de encontrar algo que comer.

—Yo he traído unos buenos filetes de ternera y algunos dulces que he comprado en San Francisco.

—Magnífico —aprobó Pete.

—No nos queda mucho tiempo para irnos a Carmel. Se supone que llegaremos temprano esta noche. Pero si Luckman no aparece...

—¿Lo está buscando la Policía? ¿Han preguntado por él?

—No lo sé. Ni lo dijiste tú ni ese fulano de Nats Katz.

—¿Te dije yo lo ocurrido, algo que indicase que yo supiera alguna noticia sobre el particular?

—No.

—Esto es terrible, Dios Santo —dijo Pete.

Y cortó unos trozos de carne y de pan con las manos temblorosas.

—¿Por qué?

—No sé por que. ¿No te sorprende lo sucedido?

Schilling se encogió de hombros.

—Quizá sería una buena cosa que alguien se hubiera encargado de él. Bastante mala suerte tenemos a diario, Pete. ¿No resolvería eso nuestros problemas colectivos? Su viuda jugaría en su lugar y podemos batir fácilmente a Dotty Luckman; conozco su sistema y es mediocre.

El videófono sonó.

—Ponte tú —dijo Pete, temblando de miedo.

—Bien —repuso Joe saliendo hacia el cuarto de estar—. ¿Sí? —Y la voz llegó claramente hasta Pete Garden. El que llamaba era Bill Calumine.

—Algo ha ocurrido. Deseo que vengan todos inmediatamente a Carmel.

—De acuerdo, ahora salimos —repuso Joe, volviendo a la cocina.

—Lo he oído —dijo Pete.

—Deja una nota para Carol.

—¿Diciéndole qué?

—¿Tampoco lo sabes? Dile que vaya a Carmel, llegamos al acuerdo que..., ¿es que no lo recuerdas? Yo jugaría las manos, pero ella estaría allí presente observando detrás de mí, viendo en la forma en que tiro y juego en cada turno. ¿Es que no recuerdas nada de todo eso, es posible?

—No.

—Ella no estaba de muy buen humor —advirtió Joe—. Vamos, es tiempo de marcharnos. Haz un bocadillo con esos filetes y llévalos a mano.

Al dejar el apartamento, se encontraron con Carol Holt en el vestíbulo del edificio, saliendo en aquel momento del ascensor. Tenía un aspecto cansado. Al verles, se detuvo.

—¿Bien? —dijo ella indiferente—. Supongo que lo habrán oído.

—Hemos oído el aviso general de Bill Calumine, si es eso lo que quieres decir —dijo Schilling.

—No, me refiero a Luckman —dijo Carol—. Puesto que acabo de llamar a la Policía, si quieren verlo, vengan conmigo.

Utilizando el elevador, descendieron los tres hasta la planta baja. Carol llevando la delantera se aproximó hasta donde tenía estacionado su coche, tras el de su marido y el de Joe Schilling.

—Lo descubrí a medio vuelo —explicó Carol, inclinándose hacia el coche con las manos metidas en el bolsillo del abrigo—. Venía hacia acá y a medio vuelo, se me vino a la imaginación la idea de si me habría dejado olvidado el bolso en el antiguo apartamento donde vivía últimamente con mi antiguo marido. Estuve hoy allí recogiendo algunas cosas que me había dejado olvidadas.

Pete y Joe abrieron la puerta del coche.

—Encendí la luz de la cúpula del coche —continuó Carol— y le vi. Han tenido que ponerle ahí mientras tenía el coche estacionado en mi antiguo apartamento; pero es muy posible que ya estuviera depositado mucho antes, esta misma mañana, mientras me encontraba aquí todavía. Ahí pueden verlo..., en el suelo, fuera de la vista desde la parte

delantera. Yo... lo toqué, tratando de encontrar mi bolso. —Y permaneció silenciosa e impresionada.

A la suave luz de la cúpula del coche, Pete pudo ver el cuerpo enroscado tras los asientos delanteros del vehículo volante. Era Luckman, no existía la menor duda. Incluso muerto, su cara redonda de mejillas aplastadas como una gran ciruela, era fácilmente reconocible. Pero ya no tenía su piel el color rubicundo de siempre: aparecía a la luz artificial de un gris pulposo.

—He llamado inmediatamente a la Policía —dijo Carol—, disponiendo que nos encontráramos aquí precisamente.

En la lejanía y sobre el oscuro cielo de la noche, se oyeron ya fácilmente audibles las sirenas de los coches voladores de la Policía.

VIII

Encarándose con todos los miembros del grupo Pretty Blue Fox, Bill Calumine les dijo:

—Señoras y caballeros: Jerome Luckman ha sido asesinado y cada uno de nosotros se ha convertido en una persona sospechosa. Esta es la situación. No es mucho lo que pueda decir a ustedes. Naturalmente, esta noche no habrá juego en La Partida.

—No sé quién puede haberlo hecho —dijo Silvanus Angst—, pero quienquiera que sea, merece toda clase de felicitaciones —concluyó con una risita entre dientes, esperando que alguien más se uniera a su particular regocijo.

—¡Cállese! —le reprochó Freya.

Silvanus se sonrojó.

—Pero yo tengo razón, es una de las mejores noticias...

—No es ninguna buena noticia el que todos nosotros estemos bajo sospecha de asesinato —intervino Calumine—. No sé quién lo ha hecho, o incluso si realmente lo hizo cualquiera de nosotros. Y estoy seguro que no supone ninguna ventaja para el grupo; nos encontraremos frente a tremendas dificultades legales y complicaciones jurídicas para recobrar los dos títulos de propiedad de California, que perdimos frente al muerto. No lo sé todavía, es demasiado pronto aún. Lo que precisamos es un asesoramiento legal.

—Estoy de acuerdo —dijo Stuart Marks, y todos los demás asintieron unánimemente—. Tomaremos entre todos un buen abogado.

—Sí, es indispensable —opinó Jack Blau—. Necesitamos que nos ayude y que nos proporcione los medios de recuperar esos dos títulos perdidos.

—Que se someta a votación —sugirió Walter Remington.

—No es preciso votarlo —dijo Calumine irritado—. Resulta obvio que necesitamos los servicios de un gran abogado. La Policía estará aquí en cualquier momento. Permítanme preguntar esto: *Si* alguno de los presentes lo ha hecho, ¿podría declararlo ahora mismo?

Tras las palabras de Calumine se hizo un pesado silencio. Nadie se movió de su asiento.

—Está bien, pues. —Y Calumine tomó el videófono y marcó un número.

—Cualquiera que lo hiciera y por el motivo que haya sido —dijo Schilling— y poniéndolo en el coche de Carol Holt Garden, ha cometido un acto brutal y horrible. Es algo totalmente inexcusable.

Freya sonrió levemente.

—Podemos excusar al asesino; pero no que pusiera el cuerpo dentro del coche de Carol Holt, la señora de Garden. Realmente, estamos viviendo en una época singular.

—Usted sabe que tengo razón —gruñó, irritado, Schilling.

Freya se encogió de hombros. Mientras, en el videófono, Calumine estaba diciendo:

—Deme al señor Barth, por favor, es muy urgente. —Y se volvió hacia Carol que se sentaba entre Pete y Joe Schilling en un amplio sofá—. Me estoy preocupando especialmente de su protección, señora Garden, al buscar un consejero legal, puesto que el cadáver fue

encontrado en su propio coche.

—Carol no es más sospechosa de lo que puede serlo otra persona cualquiera —dijo Pete.

Al menos, esperaba que no lo fuera. ¿Por qué tendría que ser ella? Era evidente que lo notificó inmediatamente a la Policía, en cuanto descubrió el cadáver de Luckman.

Mientras encendía un cigarrillo, Joe le dijo a Pete:

—Así, he llegado demasiado tarde. Nunca tuve la oportunidad de poder batir por la mano a Luckman.

—A menos que no lo haya hecho ya —dijo Stuart Marks.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Joe volviéndose vivamente hacia Marks.

—¡Diablos! ¿Qué es lo que piensa que quiero decir?

Sobre la pantalla, apareció la figura del abogado de Los Ángeles, Bert Barth, con sus alargadas facciones, que según dispuso Calumine el aparato, se dirigía hacia el grupo entero:

—Llegarán en forma de equipo —explicó el abogado—; ya lo saben, un vug y un terrestre, es la costumbre en los crímenes capitales. Llegaré ahí tan pronto como pueda; pero eso me llevará por lo menos media hora. Estén preparados para que esa pareja policíaca sean buenos telépatas, también es la costumbre en tales casos. Pero recuerden: la evidencia obtenida por la telepatía no prueba nada legalmente ante un tribunal terrestre, esto es algo sólidamente establecido por la ley.

—Eso suena como una violación de lo previsto en la Constitución de los Estados Unidos, al obligar a un ciudadano cualquiera a que declare contra sí mismo —dijo Calumine.

—Y eso también —afirmó el abogado.

La totalidad del grupo permaneció silenciosa escuchando la conversación entre Bill Calumine y el letrado de Los Ángeles.

—Los telépatas de la Policía pueden obtener información de sus mentes y determinar si son culpables o inocentes; pero es preciso que se determine otra clase de evidencia frente a un tribunal. Usarán de sus facultades telepáticas hasta el máximo, de eso pueden ustedes estar seguros.

En aquel momento, el efecto Rushmore del apartamento entró en actividad y avisó en voz alta y audible:

—Hay dos personas en la puerta que desean entrar.

—¿Policías? —preguntó Marks.

—Son un titanio y un terrestre —dijo el efecto Rushmore, y entonces dirigiéndose hacia los visitantes del exterior, preguntó—: ¿Son ustedes de la Policía? Sí, lo son —confirmó al grupo—. ¿Puedo dejarles pasar?

—Sí, déjales paso libre —dijo Calumine, tras un rápido cambio de miradas con el abogado.

El hombre de leyes continuó:

—Lo que tienen que tener presente ustedes, es esto: según la Ley, las autoridades pueden disolver el grupo hasta tanto no se resuelva el caso. En principio, esto supondrá una medida que turnarán para evitar futuros crímenes que puedan cometerse por grupos de jugadores de La Partida. Por el momento, será una simple medida punitiva, que castigará, naturalmente, a cualquiera que se halle implicado en el crimen.

—Disolver el grupo... ¡Oh, no! —exclamó Freya desmayadamente.

—Seguro que sí —intervino Jack Blau—. ¿No lo sabías? Es la primera cosa en que pensé en cuanto me enteré del asesinato de Luckman; sabía que nos dispersarían. —Y miró irritadamente a su alrededor, como si quisiera encontrar a la persona responsable del crimen cometido.

—Bien, quizá no lo hagan... —opinó Walter Remington.

Se oyó tocar a la puerta de la habitación. Era la Policía.

—Permaneceré en la pantalla —advirtió el abogado desde Los Ángeles— en vez de desplazarme a donde se encuentran ustedes ahora. Quizá pueda asesorarles mejor de esta forma. —Y desde la pantalla podía ver perfectamente la puerta de entrada a la habitación.

Freya se levantó para abrir la puerta. En el umbral, apareció un alto y esbelto joven

terrestre y junto a él, un vug. El terrestre, dijo:

—Soy Wade Hawthorne. —Y mostró una billetera de piel en cuyo interior aparecía su tarjeta de identificación. El vug permaneció con su aire misterioso e indiferente, corriente entre los de su raza, y parecía hallarse afectado por el aire sobrecargado de la estancia. Bordado sobre la guerrera del uniforme, aparecía el nombre: E. B. Black.

—Adelante —invitó Calumine, dirigiéndose hacia la puerta—. Soy el interventor del grupo, me llamo Bill Calumine. —Sostuvo la puerta y dejó pasar a los dos agentes, entrando primero el vug E. B. Black.

—Tenemos que hablar primero con la señora Carol Holt Garden —expresó el vug mentalmente, transmitiendo el pensamiento a todo el grupo—, puesto que el cuerpo apareció en su coche volador.

—Bien, yo soy Carol Garden. —Y se puso en pie con calma y segura de sí misma, hasta que los dos agentes estuvieron frente a ella.

—¿Nos permitirá usted que rebusquemos telepáticamente en su mente? —preguntó el policía terrestre.

Ella miró hacia la pantalla del videófono.

—Dígales que sí —aconsejó el abogado. Y dirigiéndose a los policías, el letrado les dijo—: Soy Barth, su abogado y consejero legal, y me encuentro en Los Ángeles. He aconsejado a mi cliente, el grupo Pretty Blue Fox, que coopere con ustedes abiertamente. Tendrán su mente dispuesta para cualquier búsqueda telepática que ustedes intenten; pero también están advertidos, y ustedes también lo saben, que cualquier evidencia obtenida por ese medio no tendrá validez legal frente a un tribunal.

—Eso es correcto, señor Barth —afirmó el policía terrestre.

Después se dirigió a Carol y el vug se deslizó suavemente tras él, produciéndose un completo silencio.

—Parece ser, según ha relatado por teléfono la señora Garden —dijo el vug por transmisión de pensamiento—, que ella descubrió el cadáver en pleno vuelo y que lo notificó inmediatamente a nuestro Cuartel General. —El vug entonces se dirigió al policía terrestre—: No creo que la señora Garden tuviese un conocimiento anterior de la presencia del cuerpo en el vehículo. Al parecer, pues ella no tuvo absolutamente nada que ver con Luckman, con anterioridad al descubrimiento del cadáver, ¿no es así?

—Así es —convino el terrestre—. Pero... —Y miró a su alrededor por toda la habitación—. Hay algo en relación con su esposo, el señor Garden. Nos gustaría examinarle a usted primero, señor Garden.

Pete, con la garganta seca, se puso en pie.

—¿Puedo hablar con nuestro abogado un momento en privado? —dijo al policía Hawthorne.

—No —repuso el terrestre con voz enérgica, aunque agradable—. Ya les ha asesorado a ustedes convenientemente en este asunto, dándoles el consejo pertinente; no hay razón para que le permita que...

—Estoy enterado de tal consejo —dijo Pete—. Lo que quiero es saber las consecuencias que se derivarían si me negase a tal inspección mental. —Atravesó la habitación y miró a la pantalla—. ¿Bien? —preguntó al abogado.

—Se ha convertido usted en el sospechoso número uno —dijo Barth—. Pero está en su derecho; puede negarse. Pero le aconsejo que no lo haga, si no quiere permanecer constantemente vigilado y perseguido. De todos modos, ellos le investigarán la mente más pronto o más tarde.

—Es que siento una aversión total a que me lean la mente —protestó Pete.

En cuanto descubrieran su amnesia, pensó Pete, adoptarían el convencimiento que habría matado a Luckman. Y quizá lo habría hecho. Aquel razonamiento le chocó brutalmente.

—Veamos, ¿cuál es su decisión? —insistió el policía terrestre.

—Creo que ya han empezado a hacerlo —dijo Pete. Barth tenía razón, si se negaba a

dejarse inspeccionar la mente, de una u otra forma acabarían haciéndolo, por lo que resultaba inútil resistirse—. Adelante, pues —concluyó, sintiéndose malhumorado y débil ante una fuerza superior a su voluntad. Se dirigió hacia los dos policías con las manos en los bolsillos.

Transcurrió algún tiempo en el mayor silencio.

—He captado los pensamientos del señor Garden —anunció el vug radiando su propio pensamiento y dirigiéndose a su compañero terrestre—. ¿Y tú?

—Sí, también yo —anunció Hawthorne asintiendo con la cabeza.

El policía terrestre se dirigió hacia Pete.

—No conserva memoria del día de hoy, ¿verdad? Ha tratado de reconstruirlo por los informes suministrados por su coche, o al menos por afirmaciones del auto-auto.

—Puede usted preguntar al efecto Rushmore de mi coche, si lo desea.

—Bien, su coche le informó que usted hizo una visita a Berkeley. Pero usted no sabe si fue para ver a Luckman, y de ser así, si usted le vio o no. No puedo comprender porque existe en su mente esa especie de bloqueo; ¿ha sido quizás impuesto por usted mismo? En caso afirmativo, ¿cómo lo ha hecho?

—No puedo proporcionarle la respuesta a esas preguntas —contestó Pete—. Eso es algo que puede leer por sí mismo...

Hawthorne adoptó una actitud seca.

—Cualquiera que intentase cometer un crimen capital, podría, por supuesto, saber que los telépatas actuarían sobre él, que tendría que habérselas con ellos y tratar de bloquear en un estado de amnesia un determinado período de actividades particulares. —Y dirigiéndose a su compañero, el vug E. B. Black, le dijo—: Supongo que tendremos que llevarnos al señor Garden detenido.

—Es posible —respondió el vug—. Pero es preciso que examinemos a los demás miembros del grupo, como algo necesario. —Y dirigiéndose al grupo, anunció—: Se les ordena desde este momento, disolver este grupo de Pretty Blue Fox, quedando en situación ilegal para cada uno de ustedes respecto al propósito de jugar La Partida. Esta orden estará en vigor hasta el momento en que se haya descubierto el culpable del crimen que se investiga.

Todos se volvieron hacia la pantalla.

—Es legal —afirmó el abogado Barth—. Ya lo había advertido a ustedes. —Y el letrado de Los Ángeles parecía resignado con el giro de las cosas.

—Yo protesto de tal decisión, en nombre de todo el grupo —dijo Bill Calumine.

Hawthorne se encogió de hombros. No parecía muy preocupado por la protesta de Calumine.

—Yo he captado algo fuera de lo usual —anunció el vug a su compañero—. Por favor, rebusca mentalmente en la mente de todos los demás para ver si estás de acuerdo conmigo.

El policía terrestre asintió con un gesto y fue paseando lentamente entre ellos, uno por uno y después se volvió hacia el vug.

—Sí, en efecto —dijo—. El señor Garden no es el único incapacitado para recordar lo que hizo en el día de hoy. En total, hay seis personas en este grupo con similares lapsos de fallo en la memoria: la señora Remington, el señor Gaines, el señor Angst, su esposa, el señor Calumine y el señor Garden. Ninguno de ellos tiene la memoria intacta.

Asombrado, Pete miró a su alrededor y comprobó las expresiones de estupor en los rostros de sus compañeros de grupo. Se hallaban en idéntica situación a la suya... Y probablemente, como a él mismo, les parecería única su situación respectiva.

—Estoy viendo —dijo el terrestre— que nos va a dar mucho que hacer el identificar al asesino del señor Luckman, en vista de esta nueva circunstancia. No obstante, estoy seguro que lo haremos, es cuestión de tiempo. —Y miró a su alrededor con un gesto de sincero disgusto.

En la cocina del apartamento, Janice Remington y Freya Gaines preparaban café. Los demás permanecían en la sala de estar con la pareja de detectives.

—¿Cómo mataron a Luckman? —preguntó Pete a Hawthorne.

—Por medio de una aguja de fuego, desde luego. Tenemos que realizar la autopsia, naturalmente, pero ya tenemos la certeza que ha sido así.

—¿Y qué diablos es una «aguja de fuego»?

—Un arma blanca que quedó después de la guerra y que fue llamada de esa manera, conservada por algunos militares o Fuerzas de la Policía, y que de vez en cuando se emplea, aunque raramente. Tiene como fundamento el empleo de un haz de rayos láser, con eficacia a largas distancias.

Desde la cocina llegó el café, Hawthorne aceptó una taza y se sentó para tomarla. El vug hizo un gesto negativo rehusando la bebida.

En la pantalla, la imagen en miniatura del abogado Bert Barth dijo en aquel momento:

—Señor agente Hawthorne, ¿a qué persona intenta usted detener? ¿A las seis que poseen memorias deficientes? Me gustaría saberlo; porque tengo mucha prisa en resolver otros asuntos urgentes.

—Es muy probable que lo hagamos así y dejemos en libertad a las demás —repuso el detective terrestre—. ¿Tiene usted alguna objeción que hacer? —Y el agente terrestre parecía divertido, por el gesto que puso.

—No irán a detenerme, a menos que no haya un cargo concreto —protestó Angst.

—La Policía podrá detenerle a usted o a cualquier otra persona, al menos durante setenta y dos horas —dijo el abogado—. A título de observación, desde luego. Pueden existir diversos cargos que formular. Por tanto, le recomiendo que no se resista, señor Angst; después de todo, han asesinado a un hombre. Esto es un asunto serio.

—Gracias por su ayuda —dijo Calumine a Barth, con un fondo de ironía, según le pareció a Pete Garden—. Me gustaría preguntarle aún una cosa más: ¿puede usted comenzar a encargarse de todo este asunto y tratar de impedir que se disuelva el grupo de La Partida?

—Veré lo que puedo hacer —repuso el letrado—. Deme algún tiempo. Hubo un caso igual el pasado año en Chicago. Un grupo de aquella ciudad fue disuelto por iguales causas, durante unas semanas, y naturalmente el asunto fue llevado a los tribunales. Recuerdo que el grupo ganó el caso judicialmente. De todas formas, lo estudiaré. —Y cortó la comunicación.

—Tenemos suerte, al disponer de una representación legal —dijo Jean Blau, con aspecto asustado, aproximándose a su marido en busca de protección.

—Sigo manteniendo que lo sucedido ha sido lo mejor; Luckman nos hubiera arruinado a todos. —Hizo una mueca a los dos policías y dijo a continuación—: Es posible que yo lo hiciera. Como ustedes mismos reconocen, no puedo recordarlo. Francamente, si lo hice, me alegro de veras. —Angst, al expresarse así, parecía no sentir el menor temor ante la Policía, y Pete Garden sintió envidia de su actitud.

—Señor Garden —dijo el detective terrestre—, he captado un pensamiento en usted muy interesante. Muy temprano, esta misma mañana, usted fue avisado por alguien —no he podido determinar que persona es—, en el sentido que usted estaba abocado a cometer un acto de violencia con respecto a Luckman. ¿Tengo razón? —Levantándose, el detective se aproximó a Pete—. ¿Le importaría tratar de recordar esto lo mejor posible?

—Esa es una violación de mis derechos —respondió Pete Garden, quien deseó que el abogado aún se encontrara en el videófono. Le pareció que tan pronto como Barth se hubo despedido, la actitud del policía se había endurecido. El grupo se encontraba ahora a merced de la Policía.

—No es precisamente eso —respondió el agente—. Estamos gobernados por diversas regulaciones legales y el doble aspecto racial de nuestro cometido se ha establecido para proteger a aquellos que tienen que ser investigados. Actualmente nos encontramos empeñados en el arreglo definitivo de esta cuestión.

—¿Se pusieron ustedes dos de acuerdo para perseguir nuestro grupo? —preguntó Calumine—. ¿O fue la idea de ese individuo? —Y señaló al vug E. B. Black.

—Yo estoy completamente de acuerdo en la disolución del Pretty Blue Fox —contestó

Hawthorne—, a despecho de lo que le digan a usted sus prejuicios raciales tan evidentemente arraigados.

—Creo que pierden ustedes el tiempo tratando de combatirle por la asociación con los vugs —comentó Pete Garden.

Aproximándose lentamente a Pete, Joe Schilling le dijo:

—No estoy satisfecho en absoluto con la actitud de ese abogado de Los Ángeles. Se ha mostrado demasiado blando y facilitado prácticamente las cosas a la Policía; creo que necesitamos otro abogado con más energía.

—Creo que tienes razón, Joe.

—Yo tengo un buen abogado en Nuevo México, que se llama Laird Sharp. Le conozco tanto profesional como socialmente desde hace mucho tiempo; su forma de operar me es muy familiar y es totalmente distinto a Barth. Y puesto que parecen decididos a ir contra ti, me gustaría que fuera él y no ese abogado que ha aportado Calumine.

—El problema consiste —dijo Pete— en que la ley militar prevalece en muchos aspectos, ya lo sabes, de acuerdo con el Concordato entre Titán y la Tierra. Me siento en eso un poco pesimista. Si la Policía se obstina en llevarme, creo que podrá hacerlo.

Algo había equivocado e iba mal en todo aquello, pensó Pete. Algo con un terrible poder operativo, que había actuado contra seis miembros a la vez del grupo... ¿Quién sabía dónde podía tener límite justo la situación? Si había podido bloquear la memoria de los seis al mismo tiempo...

El vug E. B. Black radió mentalmente:

—Estoy de acuerdo con usted, señor Garden. Es un caso insólito y desconcertante. Hasta ahora no habíamos tenido que enfrentarnos con un asunto así. En casos aislados, individualmente, han procurado darse un *electroshock* e incluso arreglárselas para una obliteración de células cerebrales de la memoria. Pero éste no parece ser el caso, desde luego.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —preguntó Stuart Marks—. A lo mejor esas seis personas se han procurado un *electroshock* conjuntamente, tratadas por un psiquiatra en cualquier hospital psiquiátrico. Los aparatos están siempre a la mano, no es nada inaccesible. —Y miró a Pete Garden con franca hostilidad—. Mire lo que ha hecho usted... ¡Por causa suya todo el grupo ha sido disgregado!

—¿A causa mía?

—A causa de ustedes seis, los que sean —reafirmó Marks mirando sombríamente a su alrededor—. Ni que decir tiene que uno de ustedes, o más de uno, han matado a Luckman. Y han procurado colocarse en una situación legal antes de hacerlo...

—¡Nosotros no matamos a Luckman! —protestó indignada la señora Angst.

—Usted no lo sabe —recalcó rencorosamente Marks—. Usted no recuerda nada. ¿No es así? Por tanto, no trate de actuar en doble sentido, recordando lo que no hizo y no recordando lo que haya podido hacer.

Bill Calumine tomó la palabra con voz glacial.

—Marks, ¡maldita sea! No tiene usted derecho moral ninguno a expresarse de esa forma. ¿Qué quiere usted significar acusando de esa manera a los propios miembros de su grupo? Debo insistir en que continuemos actuando conjuntamente, sin permitir escisiones. Si comenzamos a luchar entre nosotros mismos, y nos acusamos los unos a los otros, la Policía estará en condiciones de... —Y se calló súbitamente, interrumpiendo su discurso.

—¿Estará en condiciones de qué? —preguntó suavemente Hawthorne—. ¿Estar en condiciones de localizar al asesino? Eso es precisamente lo que intentamos hacer, y usted lo sabe.

—Sigo insistiendo en que permanezcamos unidos —continuó Calumine, dirigiéndose al grupo—. Los que estén con sus memorias intactas y los que no la tengan; todavía seguimos siendo un grupo y es a la Policía a quien le toca hacer una acusación y no a nosotros mismos. Si continúas comportándote así —dijo a Marks—, propondré una votación para expulsarte del grupo.

—Eso no es legal —protestó airadamente Marks—. Y tú lo sabes. Mantengo lo dicho: uno o varios han matado a Luckman, y no veo porque tenemos que protegerlos. Ello significa la separación de nuestro grupo. En nuestro propio interés, debe ser descubierto el asesino cuanto antes. Después, podemos continuar jugando los demás.

—Quienquiera que fuese el que haya matado a Luckman —opinó Walter Remington— no lo ha hecho en su propio interés; en realidad, ha actuado por todo el grupo. Puede haber sido el acto de un solo individuo, una decisión individual; pero todos salimos beneficiados con ello: tal persona nos ha salvado la piel a todos los demás. Por consiguiente, resulta éticamente de lo más reprobable que cualquier miembro del grupo ayude a la Policía a su detención. —Y temblando de rabia se encaró con Marks.

—Luckman no era santo de nuestra devoción —dijo Jean Blau—, y nos causaba miedo a todos; pero ello distaba mucho de poder crear un estado de ánimo como para que cualquiera pudiera asesinarlo, supuestamente en el nombre del grupo. Estoy de acuerdo con Marks y creo que debemos ayudar a la Policía a determinar quién lo hizo.

—Vamos a votar la cuestión —propuso Angst.

—Sí —afirmó Carol—. Lo decidiremos políticamente. ¿Deberemos mantenernos unidos o deberemos traicionarnos unos a otros? Les diré cual es mi voto abiertamente: resulta un tremendo error para cualquiera de nosotros, el...

El policía terrestre la interrumpió:

—No tiene usted elección, señora Garden, *usted tiene necesidad* de cooperar con nosotros. Es la ley. Usted puede ser forzada a hacerlo.

—Yo lo dudo mucho —opinó Bill Calumine.

—Señores, voy a ponerme en contacto con mi abogado de Nuevo México. —Cruzó la habitación hacia el videófono y comenzó a marcar la llamada oportuna.

—¿Existe alguna forma —preguntó Freya al detective terrestre— para que una memoria colapsada pueda ser restaurada?

—No, en el caso que las células cerebrales de los centros de la memoria hayan sido destruidas —contestó el detective—. Y me parece que éste es el caso que nos ocupa. Resulta difícilmente verosímil que esos seis miembros del grupo hayan sufrido simultáneamente una pérdida parcial de la memoria.

—Por lo que a mí respecta, mi día fue claramente reconstruido por el efecto Rushmore de mi auto-auto —dijo Pete Garden—. Nunca ha señalado que yo fuese a ningún hospital psiquiátrico donde pudiese haber sido sometido a un *electroshock*.

—Pero usted se detuvo en el Colegio del Estado de San Francisco —dijo Hawthorne—. Y su Departamento Psiquiátrico tiene un equipo de *electroshock*, muy bien pudo usted haberlo utilizado.

—¿Y los otros cinco?

—El día no ha sido reconstruido para ellos por el efecto Rushmore, como lo ha sido para usted —contestó el detective—. En el suyo, además, existe una mayor omisión, ya que una buena parte del día está muy lejos de aparecer comprensible.

—Tengo a Sharp en la pantalla —advirtió Joe Schilling—. ¿Quieres hablarle, Pete? Le he descrito brevemente la situación.

El vug E. B. Black se interpuso súbitamente.

—Un momento, señor Garden. —Conferenció unos instantes telepáticamente con su compañero terrestre y después se dirigió a Pete—. El señor Hawthorne y yo hemos decidido no detener a ninguno de ustedes, puesto que no hay una evidencia *directa* que implique a cualquiera de ustedes en el crimen. Pero si les dejamos marchar, tendrán que convenir en llevar un «tattletale» constantemente con ustedes. Pregunten a su abogado, el señor Sharp, si ello es aceptable.

—¿Qué diablos es un «tattletale»? —preguntó Joe Schilling.

—Un dispositivo especial de información —dijo Hawthorne—. Nos contará fielmente lo

que hagan ustedes en cualquier momento.

—¿Tiene eso un contenido telepático? —preguntó Pete Garden.

—No. Aunque yo bien quisiera que lo tuviese.

En la pequeña pantalla del videófono, apareció Laird Sharp, un hombre joven y dinámico.

—He oído la proposición, y sin ir más allá ni discutirlo, desde este momento considero tal medida como una neta violación de los derechos de esas personas.

—Cuidado con lo que habla —dijo el detective Hawthorne—. Sepa lo que hace o tendremos que detenerles a todos.

—Estaré con ellos inmediatamente —repuso el abogado—. Oiga, señor Garden —continuó dirigiéndose a Pete—, no permita que les coloquen ningún dispositivo de ningún género, y si descubren que lo hacen, destrúyanlos. Salgo ahora mismo a encontrarme con ustedes. A mí me resulta obvio que sus derechos están siendo abiertamente violados.

—¿Qué te parece, te gusta? —preguntó Joe a Pete.

—Sí.

—Yo... también tengo que estar de acuerdo —dijo Bill Calumine—. Parece un hombre más enérgico que Bert Barth. —Y volviéndose hacia el grupo dijo—: Ofrezco la sugerencia que retengamos y nos quedemos con los servicios de este nuevo abogado colectivamente.

Se alzaron las manos y la moción quedó aprobada por aclamación.

—Les veré a ustedes dentro de un rato —se despidió Sharp cerrando el circuito.

—Un buen tipo —comentó Schilling volviendo a sentarse.

Pete creyó sentirse mejor entonces. Resultaba confortador saber que alguien se ocupaba de luchar por los propios asuntos.

El grupo parecía, entonces, menos tenso. Daba la sensación que poco a poco iba despertándose del estupor en que había estado sumido.

—Tengo que proponer otra moción —dijo Freya, hablando al grupo—. Propongo que Calumine quede descartado y que votemos por otro interventor de La Partida que sea más capaz y enérgico.

—¿Por..., por qué? —preguntó Bill Calumine desconcertado.

—Por habernos propuesto a esa inutilidad de abogado al principio —dijo Freya—. A ese Barth que no ha hecho más que echarnos a la Policía encima.

—Es cierto —opinó Jean Blau—; pero yo creo que será mejor que continúe como interventor, a pesar de todo. Le evitaremos apuros.

—Los apuros y dificultades son algo que no podemos evitar en estas circunstancias —dijo Pete—. Ya estamos bien metidos en ellos. —Y tras un pequeño intervalo, continuó—: Yo estoy de acuerdo con la moción de Freya.

Tomado por sorpresa, el grupo entero comenzó a murmurar.

—Votemos —propuso Angst—. Estoy de acuerdo con Pete. Yo voto por la destitución de Calumine.

—¿Cómo puede secundar una moción semejante? —dijo Calumine mirando rencorosamente a Pete Garden—. *¿Es que quiere usted algo más vigoroso?* Yo creo que no le conviene.

—¿Por qué no?

La cara de Calumine estaba roja por la rabia.

—Porque, personalmente, usted tiene mucho que perder.

—¿Qué es lo que le hace hablar así? —se interesó entonces Hawthorne.

—Pete mató a Jerome Luckman —afirmó Calumine.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Me llamó y me dijo que iba a hacerlo —dijo Calumine—. Esta mañana, muy temprano. Si usted me hubiese rebuscado mejor mentalmente, lo habría encontrado; no estaba muy escondido en mi memoria.

Hawthorne se quedó silencioso por un momento, evidentemente rebuscando telepáticamente la mente de Calumine. Después se volvió al grupo y colectivamente

hablando, les anunció:

—Lo que dice es cierto. La memoria de ese recuerdo está en su mente. Pero..., *no lo estaba cuando la rebusqué hace un rato.*

El policía terrestre miró a su compañero, el vug E. B. Black.

—No estaba, en efecto —replicó el vug dando su conformidad—. Yo también lo he sondeado. Y con todo, ahora está tal memoria claramente depositada en su mente.

Ambos policías se volvieron hacia Pete.

IX

—Yo no pienso que mataras a Luckman, Pete —decía Joe Schilling a su viejo amigo—. Ni tampoco creo que llamaras a Calumine para avisarle que ibas a cometer el asesinato. Creo que algo o alguien está manipulando nuestras mentes misteriosamente. Tal pensamiento no estaba en la cabeza de Calumine originalmente, cuando los dos policías le sondearon mentalmente.

Un pesado silencio siguió a las palabras de Joe. Ambos se encontraban en el Tribunal de Justicia de San Francisco, esperando el proceso incoado. Era una hora más tarde.

—¿Cuándo supones que Sharp llegará hasta aquí? —preguntó Pete.

—Dada la hora que es, en cualquier momento. —Schilling comenzó a pasear—. Calumine ha sido sincero, desde luego; él cree ciertamente que tú le dijiste tal cosa.

En aquel momento se oyó el ruido de unos rápidos pasos a lo largo del corredor y apareció Laird Sharp vistiendo un pesado abrigo azul con una cartera de piel en la mano, dirigiéndose hacia ellos a toda prisa.

—Acabo de hablar con el fiscal del distrito. He conseguido que rebaje la acusación de homicidio, hasta un simple establecimiento de homicidio con deliberado propósito de falta de pruebas por parte de la Policía. He resaltado el hecho que el señor Garden es el Notario de La Partida, con propiedades en California. Podrá usted poner una fianza. Y a propósito, ya he hablado a un agente de caución a efectos de la fianza que le pondrá en libertad provisional.

—Gracias —dijo Pete.

—Es mi deber —dijo Sharp—. Después de todo usted me paga para eso. Tengo entendido que se ha producido un cambio de autoridad en el grupo. ¿Quién es el interventor, ahora que Calumine ha quedado fuera de tal cometido?

—Mi última esposa, Freya Garden Gaines.

—Bien, de todas formas la cuestión real es que me interesa saberlo, a efectos de mis honorarios. No es igual una sola persona que tratándose de un grupo como el Pretty Blue Fox...

—Bien está, eso tiene poca importancia; sepa desde ahora que yo le garantizo su minuta —objetó Schilling.

—Bien. Vayamos pues a aclarar el proceso y a depositar la fianza con el agente. Y, entretanto, podríamos tomar una taza de café, ¿qué les parece?

—Una excelente idea —comentó Schilling—. Tenemos un buen elemento, Pete. Sin el señor Sharp esto sería un mal asunto para ti.

—Sí, ya lo sé —respondió Pete Garden preocupado.

—Permítame hacerle una pregunta que podemos considerar en blanco —dijo el abogado Sharp a Pete—. ¿Mató usted a Jerome Luckman?

—Pues no lo sé, ciertamente —respondió Pete.

—Dice usted que seis personas... ¡Por amor de Dios! ¿Qué será lo que se ha mezclado en todo esto? Así, usted pudo haberlo matado realmente. Usted, cualquier otra persona del grupo, o entre todos... Debo comunicarle una noticia que considero desagradable, señor Garden. La viuda de Luckman, Dotty, está haciendo una enorme presión sobre la Policía para que el caso se precipite y se resuelva inmediatamente. Eso significa que tratarán seguramente de obtener

una confesión lo más pronto posible, y ello será probablemente ante un tribunal militar... Sí, todavía las consecuencias de ese maldito Concordato, del que parece que nunca nos vamos a ver libres...

—Sí, ya lo comprendo —dijo Pete, con aire fatigado.

—La Policía me ha dado una copia del informe de los agentes —dijo Sharp, buscando en su cartera—. Me costó algún trabajo; pero aquí la tenemos. —Y extrajo de la cartera un voluminoso documento que depositó en la mesa, poniendo la taza de café a un lado—. Ya le he echado un vistazo. Ese E. B. Black halló telepáticamente en su memoria un encuentro con una mujer llamada Patricia Mc Claim, quien le dijo a usted algo relacionado con la posible comisión por parte de usted de un acto de violencia, relacionado con la muerte de Luckman.

—No —interrumpió Pete—. Que tenía que ver con Luckman y con la muerte. No es lo mismo, en absoluto.

—Es cierto, señor Garden —convino el abogado mirándole vivamente. Y volvió su atención al documento.

—Abogado —dijo Schilling—, no tienen realmente nada contra Pete, aparte de esa falsa memoria de Bill Calumine...

—No tienen nada todavía, es cierto —asintió el abogado con un gesto—. Excepto la amnesia que comparte usted con esos otros cinco miembros del grupo. Pero el problema radica en la suposición que continúen encarnizadamente siguiéndole a usted, bajo la presunción que usted es culpable. Y en tales condiciones Dios sabe que es lo que pueden hacer..., con ese asunto de usted y su auto-auto visitando Berkeley..., donde residía Luckman. Usted no sabe por qué fue allí o si realmente fue y consiguió verle en vida. Puede haberlo hecho usted perfectamente, señor Garden. Pero nosotros debemos suponer, por descontado, que no lo hizo. ¿Existe alguien de quien usted sospeche, y de ser así, por qué?

—De nadie.

—Incidentalmente —continuó el abogado— da la casualidad que conozco algo respecto al abogado del señor Calumine, ese tal Bert Barth. Es un hombre excelente. Si usted depuso a Calumine por causa de Barth, estuvo en un error. Barth suele inclinarse a actuar con precaución y prudencia; pero una vez que comienza un asunto, difícilmente se le escapa.

Pete y Joe se miraron recíprocamente.

—De cualquier forma —dijo el abogado—, la suerte ya está echada. Creo que lo mejor que puede hacer, señor Garden, es buscar a toda costa a esa mujer psiónica, Patricia Mc Claim, y descubrir qué fue lo que hicieron hoy y qué leyó ella en su mente, mientras usted estuvo con ella.

—Me parece muy bien —respondió Pete.

—¿Podríamos ir allá ahora mismo? —preguntó Sharp guardando el documento en la cartera—. Sólo son las diez en punto, aún podríamos verla antes que se fuera a la cama.

Mientras se ponían en pie, Pete reflexionó y dijo al punto:

—Existe un problema. Ella tiene a su marido, a quien no conozco. Ya me comprenderá...

—Ya veo —dijo Sharp asintiendo con un gesto. El abogado meditó unos instantes—. Quizá ella no tuviera inconveniente en venir volando hasta San Francisco, yo podría llamarla. Si no, ¿dónde cree usted que podríamos verla?

—No será desde luego en tu apartamento —sugirió Joe—. Carol está allí. Yo dispongo de un lugar apropiado. No lo recordarás, pero tú lo encontraste para mí, en San Anselmo, dentro de tu jurisdicción. Está a unas dos millas de tu apartamento actual. Si quieres, yo llamaré a Patricia, que sin duda me recordará. Tanto ella como su marido Al, me han comprado discos de Jussi Bjoerling. Le diré que venga a encontrarnos a mi apartamento.

—Me parece magnífico —asintió Pete.

Joe se dirigió al videófono al fondo del restaurante para hacer la llamada.

—Es un buen tipo —dijo Sharp a Pete, mientras aguardaban.

—Ah, sí, extraordinario.

—¿Supone que pudo él haber matado a Luckman?

Asombrado, Pete reflejó en su cara el mayor estupor.

—Vamos, no se ponga así —dijo el abogado—. Es sólo pura curiosidad. *Usted* es mi cliente, señor Garden, y, profesionalmente, yo tengo que considerar sospechoso a cualquiera que se relacione con usted, incluso a Joe Schilling, a quien conozco desde hace ochenta y cinco años.

—¿También es usted un vejestorio? —dijo Pete, sorprendido—. Con tales energías, suponía, francamente, que tendría usted unos cincuenta años.

—Sí —asintió Sharp—. Yo también soy un geriátrico, como usted. Ciento quince años de edad. Pues sí, como antes le decía, Schilling pudo muy bien haber cometido el crimen; odia a Luckman desde hace muchos años. Ya conoce usted la historia de como Luckman le redujo a la penuria.

—Entonces, ¿por qué tendría que haber esperado hasta hoy para matarlo?

Mirándole astutamente, el abogado respondió:

—Schilling ha venido hoy aquí para volver a jugar contra él, ¿no es así? Tenía la idea de batir a Luckman si volvían a enfrentarse; es una idea que ha debido repetirse miles de veces obsesivamente, desde que Luckman le arruinó en La Partida. Quizá Joe vino aquí, con todo preparado para jugar por su grupo contra Luckman y perdió los nervios..., descubriendo en el último momento que cuando llegase el momento preciso, *no podría nunca* batir a Luckman, o al menos temiera no poder hacerlo.

—Sí, ya comprendo...

—Así, debió hallarse en una posición insostenible, comprometido a jugar y a ganar a Luckman, no simplemente por él mismo, sino en nombre de todos sus amigos..., y se dio cuenta, sencillamente, que le resultaba imposible conseguirlo. Y qué otra salida pudo tener que...

El abogado se interrumpió súbitamente por el regreso de Schilling.

—No deja de ser una teoría interesante —concluyó Sharp, y se dispuso a recibir nuevamente a Schilling, que en aquel momento estaba junto a ellos.

—¿Cuál es esa interesante teoría? —preguntó Schilling, sentándose nuevamente a la mesa.

—La que un enorme poder desconocido está manejando las mentes del grupo Pretty Blue Fox, convirtiéndolas en un instrumento incorporado a su voluntad.

—Creo que exagera usted, Sharp, pero de todos modos, en cierto aspecto puede ser muy bien el caso. Así se lo he dicho a Garden hoy mismo.

—¿Qué ha dicho Patricia Mc Claim? —preguntó Pete.

—Vendrá a vernos a este mismo lugar —anunció Joe—. Por tanto, pidamos otra taza de café; creo que le llevará un cuarto de hora. Se había acostado ya.

Media hora más tarde, Pat Mc Claim, vistiendo una trinchera muy fina con pantalones y zapatos de tacón bajo, entró en el restaurante y se aproximó a la mesa que ocupaban los tres hombres.

—Hola, Pete —saludó a Garden. Tenía un aire fatigado y su rostro aparecía pálido, con los ojos más dilatados que de costumbre—. Señor Schilling... Y... —Se quedó estudiando un instante al abogado—. Soy una telépata, señor Sharp. Sí, ya sé quién es, el abogado de Pete.

Pete se imaginó lo que podría hacerse con el talento telepático de Patricia puesto a su servicio. No dudaba de la inteligencia y eficacia de Sharp; aunque rechazaba totalmente lo que creía una disparatada teoría acerca de lo dicho por el letrado respecto a Joe Schilling.

—Haré cuanto esté en mis manos para ayudarte, Pete —dijo Patricia mirando a Garden. Su voz era suave, pero se advertía en ella que había dominado perfectamente la situación, y el pánico sufrido unas horas antes, había desaparecido—. No recuerdas nada en absoluto de lo ocurrido entre los dos, esta tarde.

—Pues no, así es —tuvo que admitir Pete.

—Bien. Lo pasamos maravillosamente, para dos personas casadas con otras personas a su vez, completamente diferentes.

—¿Encontró usted algo en la mente del señor Garden, cuando estuvo esta tarde con él,

relacionado con Jerome Luckman? —preguntó el abogado.

—Sí —repuso ella—. Un tremendo deseo de que muriera Luckman.

—Entonces, no sabía que Luckman había muerto —apuntó Joe.

—¿Es eso correcto? —interrogó, curioso, Sharp.

Patricia asintió con un gesto.

—Tenía un miedo terrible. Sentía que... —Y Patricia vaciló unos instantes—. Creía sentir que Luckman volvería a ganarle a Joe de nuevo, como hizo hace años, y Pete estaba inmerso en una verdadera fuga psicológica, una retirada de la situación que concernía a Luckman.

—Y sin ningún plan para matarlo, desde luego —dijo Sharp.

—No.

—Si pudiera establecerse claramente que Luckman fue muerto a la 1.30 —dijo Schilling—, ¿no aclararía las cosas totalmente para Pete?

—Probablemente —dijo el abogado, quien dirigiéndose hacia Pat, preguntó—: ¿Testificaría usted eso ante un tribunal?

—Sí.

—¿A pesar de su esposo?

Pat permaneció unos momentos vacilante, y después asintió con un gesto.

—Y..., ¿dejaría usted que los telépatas de la Policía explorasen su mente?

—¡Oh, Cristo! —exclamó Pat echándose hacia atrás en el asiento.

—¿Por qué no? —dijo el abogado—. Usted está diciendo la verdad, ¿no es cierto?

—Sí..., sí, claro está. Pero..., es que existen muchas cosas más, asuntos muy personales...

—Resulta irónico —comentó Sharp— que una telépata se pase la vida huroneando en las mentes de los demás, y cuando tiene que dejarse explorar la suya...

—¡Pero usted no comprende! —exclamó Pat.

—Creo que yo trato de comprender —intervino Joe Schilling—. Usted y Pete tuvieron hoy una cita y algo íntimo que tratar entre ustedes, ¿verdad? Y su marido no lo sabe, como tampoco la esposa de Pete. Son cosas propias de la vida. Si usted permitiese a la Policía que explorase su mente, con ello podría salvarse la vida de Pete, ¿acaso no vale la pena? O quizá sea que usted no tenga el propósito de decir la verdad y la Policía tenga que descubrirlo...

—Estoy diciendo la verdad —afirmó Patricia irritadamente, con los ojos chispeantes—. Pero..., no puedo permitir que los telépatas de la Policía me investiguen mentalmente. Eso es todo. —Y se volvió hacia Pete—. Lo siento mucho, Pete. Quizá algún día sabrás por qué. No es nada que tenga que ver contigo, ni que tenga que descubrir mi marido. Realmente no hay nada que tenga que ser especialmente descubierto, pues lo cierto es que nos encontramos, estuvimos dando un paseo, almorzamos juntos y tú te marchaste. No hay nada más.

—Joe, esta joven señora está sin duda mezclada en algo extralegal —dijo astutamente el abogado—. Si la Policía explora su mente, está perdida.

—Quizá sea una *pose* particular —dijo Patricia, aparentando indiferencia, aunque por la expresión de su rostro, se comprendía que el letrado tenía razón.

¿En que asunto podría estar Patricia implicada?, quiso sabor Pete. Era extraño..., nunca lo hubiera imaginado de ella; Patricia Mc Claim parecía tan retraída, tan introvertida en sus cosas...

—Así no podemos contar con usted para que declare en favor de Pete en el tribunal —continuó el abogado—, aunque exista la evidencia que él no sabía nada de la muerte de Luckman... —Y la miró intensamente.

—Oí en la televisión —dijo Patricia— que se supone que Luckman fue asesinado en un momento, ya tarde, del día de hoy, cerca de la hora de la cena. Por tanto, mi testimonio no podría ayudar mucho, de todas formas.

—¿De veras que oyó usted eso? —preguntó Sharp—. Es singular. Yo también lo oí viniendo desde Nuevo México. Y de acuerdo con el locutor Nats Katz, no ha podido todavía determinarse el momento de la muerte de Luckman.

Se produjo un pesado silencio.

—Es una verdadera lástima —dijo Sharp con resentimiento— que no podamos leer en su mente, señora Mc Claim, en la forma en que puede usted leer en las nuestras. Sería una cosa muy interesante.

—Valiente payaso es ese fulano de Nats Katz —comentó Pat—. No es ningún locutor, de todos modos; es sólo un vulgar cantor de canciones modernas y un grabador de discos estúpidos. —Con dedos tensos, tomó un cigarrillo y lo encendió—. Usted podría realmente ir en busca de la última edición del *«Chronicle»*. Ahí podrían encontrarlo.

—Bien, no importa —dijo el abogado—. Ya que de todas formas usted no está dispuesta a declarar en favor de mi cliente.

—Tienes que perdonarme —dijo ella a Pete.

—¡Diablos! —exclamó Pete—. Si no quieres declarar, es que no quieres, eso no tiene más discusión. —Y de algún modo tendió a creer que el tiempo de la muerte de Jerome Luckman se habría establecido en algún momento del día, ya tarde.

—¿En qué especie de asunto ilegal podría estar mezclada una mujer tan encantadora como usted, señora Mc Claim? —preguntó Sharp.

Pat no respondió.

—La cosa podría tener resonancia —advirtió nuevamente el abogado— y entonces, las autoridades desearían explorar su mente, tanto si quiere como si no.

—Dejemos estar este asunto —dijo Pete.

Sharp se encogió de hombros.

—Por mí, como usted quiera, señor Garden.

—Gracias, Pete —dijo Pat, y continuó fumando en silencio.

—Todavía una pregunta, señora Mc Claim —dijo el abogado, transcurridos unos momentos—. Como usted habrá ya leído en la mente del señor Garden, hay además otros cinco miembros del grupo Pretty Blue Fox que padecen de la misma amnesia con respecto al mismo período relativo al accidente.

—Así es.

—No existe la menor duda que intentarán determinar en que forma empleó el señor Garden el día de autos, minuto a minuto, valiéndose de la información de los efectos Rushmore y cuantos hallen a mano. ¿Podría usted ayudarnos en explorar a esas cinco personas para conocer qué saben las autoridades?

—¿Y eso, para qué? —preguntó Joe.

—No sé por qué —dijo Sharp—. Sería preciso que ella nos diese antes la necesaria información. Pero —y vaciló mordiéndose el labio inferior— me gustaría descubrir todos los pasos que esas cinco personas han dado durante el día y en qué forma se han podido interferir con los del señor Garden. En el período exacto desconocido por esa amnesia colectiva.

—Denos usted una teoría suya sobre la forma de actuar en tal caso —sugirió Schilling.

—Es posible que esas seis personas hayan actuado de común acuerdo, como parte de un plan complicado, y quizá de largo alcance. Puede haber sido un plan largamente elaborado en el pasado y que *tal plan* pudiese ser hecho desaparecer por medio del *electroshock* o algo así.

—Pero los miembros del grupo no supieron hasta hace pocos días que Luckman tendría que venir a jugar aquí —dijo Schilling.

—La muerte de Luckman puede que no sea más que el síntoma de una estrategia de gran alcance —dijo el abogado—. Su presencia aquí vino a perturbar la operación efectiva de este plan de grandes dimensiones. —Y miró a Pete—. ¿Qué tiene usted que decir a todo esto?

—Creo que esa teoría es mucho más complicada y adornada por la fantasía, de lo que es la situación en sí misma —repuso el interpelado.

—Posiblemente —dijo Sharp—. Pero es evidente que era necesario cegar mentalmente y al mismo tiempo a seis personas en el día de hoy, cuando podría esperarse lógicamente que con una o dos hubiera sido suficiente. Con dos personas además del asesino, la prosecución de este asunto ya sería bastante difícil, creo yo. Claro que puedo estar equivocado; quienquiera que sea el que se encuentre tras todo esto, tiene que estar actuando con la máxima precaución.

—La Grande y Omnipotente Señora Partida —dijo Pete.

—¿Cómo? Ah, sí —dijo el abogado—. La Partida, el juego en que la señora Mc Claim no puede tomar parte a causa de tener demasiado talento. La Partida que costó a Joe Schilling su fortuna y a Luckman la vida. ¿Es que este homicidio no la convierte a usted en algo menos amarga, señora Mc Claim? Quizá usted no esté tan a la *cuarta pregunta*, después de todo.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó excitada Patricia—. ¿Y por qué tiene usted que emplear el término «amarga»? Nunca le vi a usted antes de esta noche, ¿verdad? ¿O es que mi amargura es tan bien conocida?

—Todo está bien registrado aquí, en esta cartera —dijo el abogado señalándola—. La Policía ya ha huroneado en la mente de Pete. Y ahora, dígame algo más, señora Mc Claim, como persona psiónica *¿suele usted tener contacto con otras personas de iguales facultades?*

—A veces —respondió Pat.

—¿Conoce usted de primera mano las categorías de la capacidad psiónica? Por ejemplo, todos sabemos que hay telépatas, premonitores, psicokinéticos, y así, y que existen, además, otras personas de más raro talento. Existe también una subvariedad de personas psiónicas que pueden manejar la alteración del contenido de la psique de otras personas que carecen de tales facultades. Una especie de psicokinesis, ¿no es cierto?

—Pues no..., que yo sepa —dijo Patricia.

—Usted comprende bien lo que le he preguntado.

—Sí, claro que sí —respondió ella asintiendo con un gesto—. Pero para mi conocimiento, que es limitado, no existe talento psiónico que pudiese explicar satisfactoriamente la amnesia de seis miembros del Pretty Blue Fox simultáneamente, ni la alteración en la mente de Bill Calumine respecto a lo que dijo que Pete le había comunicado.

—Dice usted que sus facultades psiónicas están limitadas —observó el abogado mientras escrutaba intensamente a Patricia Mc Claim—. Entonces, no es imposible que una tal clase de facultad especial, o sea, que una persona de tal talento psiónico especial, pudiera existir.

—¿Por qué tendría un psiónico cualquiera que desear la muerte de Jerome Luckman? —preguntó Patricia.

—¿Por qué tuvo alguien que desear hacerlo? —preguntó a su vez el abogado—. Es obvio que alguien le ha matado.

—Pero alguien del grupo Pretty Blue Fox. Tenían razones para hacerlo.

—No existe nadie en el grupo capaz de bloquear la mente de seis personas al mismo tiempo y de alterar, además, la memoria de una séptima.

—¿Sabe usted que tal capacidad exista en alguna parte, fuera de aquí? —preguntó Patricia.

—Sí —afirmó Sharp—. Durante la guerra, ambos bandos usaron técnicas de tal especie. Eso tiene sus antecedentes en los procedimientos soviéticos de mediados del siglo XX, con el lavado de cerebro.

—Horrible —dijo Pat, temblando ligeramente—. Uno de los peores períodos de nuestra historia.

En la puerta del restaurante apareció una máquina automatizada de vender periódicos, con la última edición del *«Chronicle»*. Su efecto Rushmore comenzó a pregonar:

«¡Información especial de la muerte de Jerome Luckman!».

El restaurante, excepto en la mesa que ellos ocupaban, se hallaba vacío, y la máquina vendedora de periódicos, siendo homotrópica, se dirigió hacia ellos diciendo nuevamente:

> «¡El *«Chronicle»* con sus propios circuitos investiga y descubre nuevos y apasionantes detalles, no encontrados por el *«Examiner»* y el *«News-Call-Bulletin»*!».

Y comenzó a agitar el periódico frente a las tres personas allí sentadas a la mesa.

Sacando una moneda, Sharp la insertó en la ranura de la máquina, que automáticamente le entregó un ejemplar, volviéndose hacia la calle en busca de más clientes.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Pat, mientras Sharp leía el editorial especial del caso Luckman.

—Tiene usted razón —confirmó Sharp moviendo la cabeza—. La muerte de Luckman, se produjo ya tarde, casi de noche. No mucho antes que la señora Garden encontrara el cadáver en su propio coche auto-auto. Por tanto, es justo que le presente mis excusas.

—Es posible que Pat también sea una premonitora. Las noticias no habían salido cuando ella dijo eso. Por tanto, lo ha previsto, y conocía esta información antes de ser editada. ¡Qué útil sería en la redacción de un periódico!

—No resulta muy divertido —dijo Pat—. Es una de las razones por las que las personas psiónicas se vuelven tan cínicas, todo el mundo recela de ellas, no importa lo que hagan.

—Vayamos a algún sitio donde poder tomarnos una copa —sugirió Joe Schilling—. ¿Hay algún buen bar en el área de la bahía? —preguntó a Pete—. Tú tienes que conocer bien todo esto, ya que siempre has sido un hombre de ciudad y un cosmopolita.

—Podemos ir al *Blind Lemon* de Berkeley —dijo Pete—. Tiene casi dos siglos de antigüedad. Aunque, ¿podríamos permanecer en Berkeley? —preguntó al abogado.

—No hay ninguna razón que lo impida —repuso éste—. No creo que vaya a encontrarse con Dotty Luckman en un bar, o que le remuerda la conciencia, ¿no es verdad?

—Pues claro que no.

—Tengo que volver a casa —dijo Pat—. Adiós a todos. —Y se puso en pie.

Acompañándola hasta el auto-auto, Pete le dijo:

—Gracias por haber venido.

En la oscuridad de la acera, ya en la calle, Pat aplastó la punta del cigarrillo con el zapato.

—Pete —dijo—, aunque tú hubieras matado a Luckman o ayudado a matarlo, yo..., quiero seguir conociéndote mejor. Sólo habíamos comenzado a hacerlo esta tarde. Me gustas muchísimo —añadió sonriéndole—. Valiente lío se ha armado con todo esto. Ustedes, jugadores sin seso, tomando el juego tan en serio, hasta llegar a desear, al menos alguno de ustedes, matar a un ser humano por su causa. Quizá tenga que alegrarme de no poder jugar y de permanecer al margen de La Partida. —Y se empinó sobre la punta de los pies y besó a Pete—. Te veré después. Procuraré llamarte al videófono cuando pueda.

Pete permaneció viendo como desaparecía por el aire el auto-auto de Patricia con las señales rojas intermitentes, parpadeando en la lejanía, hasta desaparecer en la oscura noche de la costa del Pacífico.

«¿En qué podría ella hallarse mezclada?», se preguntó Pete mientras volvía a entrar en el restaurante. Nunca se lo dijo Pat. Quizá podría descubrir algo a través de sus hijos. Era muy importante que pudiera descubrirlo, sí... de una importancia vital.

—No le habrás creído —le dijo Joe al sentarse nuevamente en la misma mesa—. Es una lástima. Creo fundamentalmente que es una persona honesta, aunque Dios sabe en qué extrañas cosas puede hallarse envuelta. Seguramente que tienes derecho a considerarla sospechosa.

—No sospecho de nadie —replicó Pete—. Me preocupa lo que a mí me concierne.

—Las gentes psiónicas son realmente distintas a nosotros —comentó el abogado—. Quiero decir, en esa misteriosa facultad. Esa mujer... —Y Sharp sacudió la cabeza—. Yo creo que ha estado mintiendo. ¿Cuánto tiempo ha sido su amante, señor Garden?

—No lo ha sido nunca —afirmó Pete. O al menos así lo creía. Era una vergüenza haber olvidado algo como aquello, no poder estar cierto de una tal circunstancia de su vida...

—No sé si desea usted tener suerte o no —comentó el abogado pensativamente.

—Pues claro que sí, deséemela usted —dijo Pete—. Creo que la necesito.

Cuando Pete Garden volvió a su apartamento en San Rafael, encontró a Carol de pie junto a una ventana en la sala de estar, mirando con la vista perdida en la lejanía y absorta. Apenas si contestó al saludo de su marido, su voz parecía distante y extraviada.

—El abogado Sharp ha conseguido mi libertad bajo fianza —le dijo a su mujer—. Parece que van a acusarme con...

—Ya lo sé —repuso Carol con los brazos cruzados—. Estuvieron aquí esos dos detectives, Hawthorne y Black. Me han parecido dos personas misteriosas, el uno con su aparente sencillez y el otro con lo que pueda una suponerse como actúa. Los dos parecen tipos duros, de todas formas.

—¿Qué estuvieron haciendo aquí?

—Registrando el apartamento. Tenían un mandato judicial para actuar así. Hawthorne me habló de Pat.

Tras una pausa, Pete dijo:

—Es una vergüenza.

—No, yo creo que la cosa está bien así. Ahora sabemos exactamente en que lugar nos encontramos tú y yo, y la relación que existe de uno para el otro. Tú no me necesitas en La Partida, Joe Schilling me reemplaza para ese fin. Ni tampoco me necesitas aquí, en casa. Volveré, pues, a mi propio grupo. Lo he decidido. —Y apuntó hacia el dormitorio, donde Pete pudo ver entonces dos maletas sobre la cama—. Quizá podrías ayudarme a bajarlas hasta el coche.

—Deseo que te quedes —dijo Pete.

—¿Para servir de burla?

—Nadie se burlará de ti.

—Claro que sí lo harán. Todos los componentes de Pretty Blue Fox lo hacen o lo harán más tarde. Ya ha aparecido en los periódicos.

—Quizá sí —respondió Pete desconcertado, sin haber caído en la cuenta de tal cosa.

—Si no hubiera descubierto el cadáver de Luckman, no me habría enterado de lo de Patricia Mc Claim. Y si no hubiese conocido lo de esa mujer, yo habría tratado, y seguramente con éxito, de haber sido una buena esposa para ti. Así puedes reprochar a quien haya matado a Luckman, el haber arruinado nuestro matrimonio.

—Quizá ése sea el motivo por el que lo hicieron. Matar a Luckman.

—Lo dudo mucho. Nuestro matrimonio no es cosa tan importante para el resto de la gente. ¿Cuántas esposas has tenido, en total?

—Dieciocho.

—Yo he tenido quince maridos —dijo Carol—. Eso hace treinta y tres combinaciones de varón y hembra. Y sin una *suerte*, como suele decirse, de ninguna de tales combinaciones...

—¿Cuándo ha sido la última vez que has mordido el papel-conejo?

Carol sonrió levemente.

—Oh, lo hago con frecuencia. No podría resultar de nosotros. Es demasiado pronto todavía, ¿no crees?

—Ahora, con ese nuevo tipo de papel-conejo de Alemania Occidental... He leído lo publicado sobre el particular. Registra la impregnación incluso después de una hora.

—Es un alivio —dijo Carol—. Bien, de todos modos, no tengo ninguno de esa nueva clase, no tenía la menor idea que existiera.

—Conozco una farmacia que está toda la noche abierta —dijo Pete—. Está en Berkeley. Vamos allá y compremos un paquete de ese nuevo papel-conejo.

—¿Por qué?

—Siempre existe una oportunidad, la posibilidad. Y si tuvimos *suerte*, espero que no desees romper nuestras relaciones matrimoniales.

—Bien, de acuerdo —respondió Carol—. Toma mis dos maletas y llévamelas al coche. Iremos hasta esa farmacia de la que hablas. Si estoy embarazada, volveré nuevamente aquí contigo. En caso contrario, te diré adiós.

—Estamos de acuerdo —respondió Pete. No había mucho más que añadir, y no podía forzarla a que permaneciese contra su voluntad.

—¿Deseas realmente que me quede? —preguntó Carol mientras descendían hasta el coche.

—Desde luego que sí.

—¿Por qué?

Lo cierto es que no sabía por que.

—Bien... —comenzó a farfullar.

—Olvídalo —interrumpió Carol— y vete a tu coche. Sígueme con él, no tengo ganas de viajar contigo, Pete.

Poco después se hallaba en pleno vuelo sobre San Rafael, siguiendo el rojo trazo luminoso de las luces de posición del auto-auto de Carol. Se sintió invadido de melancolía, y de una extraña angustia. Malditos policías; con haber disgregado el grupo tenían en la mano la posibilidad de huronear en las acciones de todos y de cada uno por separado. Pero no había que reprochar las cosas a la Policía, sino a él mismo. De no haberse descubierto mutuamente a las dos mujeres, se habría evitado tanta complicación innecesaria. La verdad es que su vida se complicaba demasiado, haciéndose más y más compleja, pensaba Pete. Demasiado para manejárselas por sí solo. Carol había recibido demasiados disgustos en tan poco tiempo, desde que llegó al grupo Pretty Blue Fox. Primero, la llegada de Luckman, después el sustituirla por Joe Schilling, más tarde el cadáver de Luckman acurrucado en la parte trasera de su coche. No era para maravillarse que ella quisiera irse de allí cuanto antes y para siempre. ¿Por qué tendría que desear quedarse Carol? No había realmente razón alguna para ello.

Pronto llegaron volando sobre la bahía y fueron reduciendo el círculo de vuelo hasta aterrizar suavemente en el estacionamiento próximo a la farmacia. Carol, un poco más adelante, esperó hasta que Pete salió de su coche y se aproximó a ella.

—Hace una noche deliciosa —dijo Carol—. Conque solías vivir aquí... ¡Qué vergüenza haber perdido esto! Pero, por otra parte, si no lo hubieras perdido, nunca nos hubiéramos conocido, Pete...

—Sí, así es —repuso brevemente Garden.

Sí, en efecto, ni aquello habría sucedido, ni muchas otras cosas. Se encaminaron hacia el establecimiento.

El efecto Rushmore de la farmacia les saludó al llegar. Eran los únicos clientes en aquel momento de la noche.

—Buenas noches, señores —dijo la voz mecánica—. ¿En qué puedo serles útil?

—¿Tiene noticias de una nueva clase de papel-conejo instantáneo? —preguntó ella.

—Sí, señora —repuso inmediatamente—. Un nuevo descubrimiento científico de la *A. G. Chemie* de Bonn. Aquí lo tiene usted. —Y por un orificio existente al extremo de un tubo transparente de la registradora, apareció el paquete con el medicamento—. Es el mismo precio que el antiguo, señores.

Pete depositó el importe y el matrimonio salió nuevamente, hacia la zona desierta del estacionamiento.

—Todo para nosotros —dijo Carol—. Este enorme lugar con mil luces y sólo poblado de circuitos Rushmore. Esta farmacia es algo espectral, una farmacia para los muertos...

—¡Diablos! —exclamó Pete—. Hace mucho a favor de la vida que aún queda en el mundo. El único problema es que hay pocos seres vivos.

—Quizá pueda haber uno más que añadir a la lista de los vivientes —dijo Carol, mientras desenvolvía el paquete y tomaba una tira de papel-conejo, que se puso entre los dientes y mordió—. Vamos a ver de qué color se torna.

Y esperó unos segundos a ver la reacción química.

—Ya sabes que es blanco para la reacción negativa y verde cuando es positiva —comentó Pete.

En la oscuridad reinante en el estacionamiento resultaba casi imposible distinguirlo. Carol abrió la puerta de su auto-auto, encendiendo la luz de la cúpula transparente del vehículo volador, aproximando la tira de papel ensayada.

El papel aparecía claramente de color verde.

—Estoy embarazada, Pete —dijo Carol sin atreverse a creerlo—. ¡Hemos tenido *suerte*! —Y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Esto es una bendición de Dios...; es la primera vez en toda mi vida que siento algo tan maravilloso como en este instante. —Y permaneció silenciosa, respirando con dificultad a causa de la enorme emoción que la embargaba.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclamó Pete trastornado de alegría.

—¿Tú crees?

—¡Vamos a la radio y que lo propaguen por todo el mundo!

—Oh..., es fantástico —dijo Carol—. Sí, tienes razón, ésa es la costumbre. ¿No habrá alguien que se sienta envidioso de nosotros?

Entrando en el coche, Pete puso en marcha el transmisor y conectó la onda especial de urgencia, con transmisión en toda la gama de ondas.

—¡Aló, aló! —gritó literalmente—. ¿Quieren conocer una maravillosa noticia? Aquí es Pete Garden del Pretty Blue Fox de Carmel, en California. Carol Holt Garden y yo, que estamos casados hace sólo un par de días, hemos utilizado esta noche un papel-conejo de la Alemania Occidental y...

—Me gustaría estar muerta —dijo entonces Carol.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —Y Pete la miró fijamente sin dar crédito a sus oídos—: ¡Estás chiflada! ¡Éste es el acontecimiento más importante de nuestra vida! Añadimos una nueva vida a la población de la Tierra. Esto equilibra la pérdida de Luckman. ¿No es así? Vamos, vamos, señora Garden, di algo en el micrófono.

—Me gustaría que todos ustedes tuvieran la misma *suerte* que yo he tenido esta noche.

—¡Tienes mucha razón! Yo también lo deseo a todos cuantos nos escuchan —añadió Pete en el micrófono del equipo transmisor.

—Bien, ahora deberemos permanecer juntos —comentó Carol con voz suave.

—Pues claro que sí —convino Pete—. Es justo, es lo que habíamos decidido.

—Y..., ¿qué hay sobre Patricia Mc Claim?

—¡Al diablo con toda la gente que hay en el mundo, excepto tú! Excepto tú, yo y el niño que venga al mundo...

—Sí... —repuso sonriendo—. Ahora, volvamos a casa.

—¿Crees que estarás en condiciones de conducir? Mejor será que dejemos tu coche aquí y volvamos en el mío, yo conduciré. —Y dándose prisa acarreó las maletas hasta su propio coche auto-auto y volvió para acompañarla tomándola por el brazo—. Vamos, siéntate y ponte cómoda. —Ocupó el puesto del piloto y se sujetó el cinturón de seguridad.

—Pete —dijo ella—, ¿te das cuenta lo que esto significa en términos de La Partida? —Carol se había vuelto pálida—. Todos los títulos de propiedad puestos en la banca nos pertenecen automáticamente. ¡Ahora ya no hay Partida! Aún debemos conseguir algo. Es preciso que miremos bien en el manual.

—Está bien —repuso Pete, medio ausente, preocupado con conducir el auto-auto por el espacio.

—Pete —dijo Carol—, *quizá puedas recuperar Berkeley.*

—Creo que no hay ninguna oportunidad. Hubo, al menos, una Partida subsiguiente a esto, la única que jugamos la pasada noche.

—Es cierto. Tendremos que solicitarlo al Comité de Reglamento del Satélite Jay para que lo interpreten debidamente, supongo.

Pete no se preocupaba de La Partida en aquel momento, en absoluto. La idea de tener un hijo, fuese varón o hembra, había cerrado cualquier otra idea o preocupación en su espíritu, y todo aquello ocurrido en conexión con la llegada de Luckman y su muerte, y la disolución del grupo...

«La *suerte*», pensó Pete. Y tan tarde en su larga vida. Teniendo ya ciento cincuenta años. Tras tantísimos intentos, tras los fracasos de tantas y tantas combinaciones genéticas...

Con Carol a su lado condujo el auto-auto a través de la bahía de San Rafael en dirección a su apartamento.

Cuando llegaron, Pete se dirigió hacia la vitrina que contenía los medicamentos en el cuarto de baño.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Carol, siguiéndole a corta distancia.

—Voy a celebrar esto. Voy a tomar la borrachera más grande que haya tomado en toda mi vida. —Sacó de la vitrina cinco tabletas de Snoozex y, tras vacilar unos instantes, un puñado de comprimidos de metanfetamina—. Esto me ayudará —explicó a Carol—. Bien, adiós. —Se tragó las tabletas juntas y se dirigió hacia la salida del apartamento—. Es la costumbre. —En la puerta se detuvo unos instantes—. Vas a tener un hijo, Carol. Voy a celebrarlo a mi gusto. —La saludó gravemente y cerró la puerta tras él.

Un momento después estaba nuevamente en su coche, saliendo disparado al cielo en busca del bar más próximo.

«Dios sabe a donde voy y cuando volveré. Ciertamente que no lo sé..., ni tampoco me preocupa lo más mínimo. ¡Juiooo!», gritó, loco de alegría conforme el coche tomaba altura.

El sonido de su voz rebotó como un eco y volvió a gritar de nuevo.

X

Despertada súbitamente en pleno sueño, Freya Gaines aproximó torpemente la mano al videófono hasta encontrar el interruptor que abrió para recibir la comunicación.

—¡Hola! —farfulló medio dormida, tratando de saber qué hora sería. Miró al reloj de números luminosos próximo a la cama. Eran las tres de la madrugada.

Las facciones de Carol Holt Garden se formaron en la pequeña pantalla del aparato.

—Freya, ¿has visto a Pete? —preguntó, con voz llena de ansiedad—. Salió y todavía no ha vuelto. Estoy terriblemente preocupada y no puedo conciliar el sueño.

—No —respondió Freya—. Por supuesto que no lo sé. ¿Le ha dejado la Policía en libertad?

—Salió bajo fianza. ¿Tú tienes... alguna idea de los lugares que suele frecuentar durante la noche? Los bares deben estar todos cerrados a esta hora. He esperado hasta las dos, pensando que como mucho, volvería a las dos y media; pero...

—Trata de encontrarle en el *Blind Lemon* de Berkeley —dijo Freya y comenzó a cortar la comunicación. «Quizá esté muerto —pensó—. Estrellado contra cualquier puente, por donde haya podido tirarse de cabeza, o aplastado con su propio coche...».

—Es que está celebrándolo —dijo Carol.

—¿Celebrando, qué?

—Estoy embarazada.

Completamente despierta por el choque recibido en aquel instante, Freya le respondió:

—Ya comprendo. Es sorprendente. Tan pronto... Tendrás que haber usado esa nueva clase de papel-conejo alemán, supongo.

—Sí. Mordí una tira esta misma noche y se volvió verde; por eso Pete se ha marchado del apartamento. Me gustaría que volviese. Es tan emocional, y con esas crisis depresivas y suicidas que tiene, ya sabes...

—Tú estás preocupada con tus problemas y yo con los míos —concluyó Freya—. Felicitaciones, Carol. Espero que sea un niño. —Y apagó la pantalla nerviosamente.

«¡El muy bastardo!», pensó Freya descompuesta de los nervios, furiosa y llena de amargura incontenible. Y continuó en la cama, de espaldas, mirando fijamente al techo, con los dientes apretados y luchando por no llorar. «Pude haberlo matado —se dijo a sí misma—. Espero que esté muerto y que nunca vuelva más con ella». ¿Vendría allí?, Freya se incorporó en la cama de un salto ante la repentina idea que así pudiera suceder. ¿Qué ocurriría de hacerlo? A su lado, en la cama, Clem Gaines continuaba roncando como un oso. Si Pete aparecía por allí, no debería permitirle entrar, no quería volverle a ver más en su vida.

Pero, reflexionando, llegó a la conclusión, animada por alguna razón, que Pete nunca

volvería por su apartamento. No, no iría a buscarla. Sería a la última persona a quien iría a buscar.

Encendió un cigarrillo y se sentó en la cama, fumando y mirando fijamente al vacío y en silencio.

—Señor Garden —dijo el vug—, ¿cuándo fue la primera vez que comenzó usted a notar esas sensaciones vacías de sentido, como si el mundo que le rodea fuese algo irreal?

—Pues tanto tiempo como puedo recordar.

—¿Cuál ha sido su reacción?

—La de una depresión, generalmente. Me habré tomado millares de tabletas de amitriptilina, que sólo producen un efecto temporal y pasajero.

—¿Sabe usted quién soy yo? —preguntó el vug.

—Veamos —dijo Pete, pensando. El nombre de *doctor Pelphs* le rondaba por la cabeza.

—Doctor Pelphs, Eugen Pelphs —dijo con la esperanza de acertar.

—Casi acertó usted, señor Garden. Soy el doctor E. R. Philipson. Bien, ¿y cómo hizo para dar conmigo? ¿Puede recordarlo?

—¿Que cómo pude dar con usted? Pues..., porque estaba usted allí. Es decir, aquí.

—Saque la lengua.

—¿Por qué?

—Como si fuese una mueca de falta de respeto.

—¡Haaah...!

—No es preciso ningún comentario adicional; la cosa está clara. ¿Cuántas veces ha intentado usted suicidarse?

—Cuatro —repuso Pete—. La primera teniendo veinte años, la segunda, a los cuarenta. La tercera...

—No es preciso que continúe. ¿Cuán cerca estuvo usted de tener éxito?

—Muy cerca, sí, señor. Especialmente la última vez.

—¿Y qué fue lo que le detuvo?

—Una fuerza mayor que mi propia voluntad.

—Tiene gracia —murmuró el vug con una risita burlona.

—Me refiero a mi esposa. Betty, sí, era ése su nombre. Betty Jo. Ella y yo nos encontramos en la tienda de discos antiguos de Joe Schilling. Betty Jo tenía unos pechos firmes y duros como melones. ¿O sería su nombre Mary Anne?

—Su nombre no era Mary Anne —dijo el doctor E. R. Philipson—, porque está usted refiriéndose ahora a la chica de dieciocho años, hija de Patricia Mc Claim, y ella nunca ha sido su esposa. Yo no estoy calificado para estimar sus pechos. Ni los de su madre. En cualquier caso, usted apenas si la conoce, todo lo que sabe de ella es que es una devota de ese cantante de la televisión Nats Katz, a quien usted no puede soportar. Usted y ella no tienen nada en común.

—Miente usted como un rufián —exclamó Pete.

—No estoy mintiendo. Me estoy encarando con la realidad, cosa que usted no puede hacer, al menos ahora, y por eso se encuentra usted aquí. Está usted inmerso en un intrincado y formidable sistema de evasión mental de enormes proporciones. Usted y la mitad de sus amigos de La Partida. ¿Quiere usted realmente escapar de semejante estado?

—No..., quiero decir, sí. Sí o no, ¿qué importa eso? —Y sintió que el estómago le daba un vuelco—. ¿Me puedo marchar ahora? Creo que he gastado todo mi dinero.

—Se dejó usted solamente veinticinco dólares —dijo el vug.

—Bien, será así, seguramente. Pero creo que mejor sería tener esos veinticinco dólares.

—Eso hace surgir un delicado punto de ética profesional, con respecto a lo que me ha pagado.

—Bien, devuélvame ese dinero.

El vug dejó escapar un suspiro, resignado.

—Esto es una partida de ajedrez en tablas. Más vale que yo tome una decisión por ambos. ¿Vale veinticinco dólares la ayuda que le he prestado para salir de este paso? Eso depende de lo que usted desee. Se encuentra usted en una situación de una dificultad que aumenta progresivamente. Probablemente podrá matarle en breve, como le ocurrió a Luckman. Tenga un especial cuidado con su esposa, ahora embarazada; ella es extremadamente frágil y sensible en este punto.

—Bien, lo haré, lo haré.

—Lo mejor que puede usted hacer, señor Garden, es inclinarse al imperativo del tiempo. Existe poca esperanza que pueda usted lograr mucho, realmente, pero es una persona y debe esforzarse en comprender las circunstancias. Pero físicamente, usted está desprovisto de fuerza. ¿A quién puede dirigirse? ¿A E. B. Black? ¿Al señor Hawthorne? Podría intentarlo. Ellos podrían ayudarle; pero puede que no lo hagan, ahora que hay un sector perdido de su memoria.

—Sí, es cierto —repitió Pete—. Un sector perdido de mi memoria. ¿Y qué hay con respecto a eso?

—Usted ya lo ha reconstruido muy bien con los efectos Rushmore de los diversos mecanismos. Por tanto, no se asuste sin motivo.

—Pero, ¿maté yo a Luckman?

—Ja, ja —dijo el vug—. ¿Cree usted que voy a decírselo yo? ¿Es que se ha vuelto loco de remate?

—Quizá sea así —dijo Pete—. Tal vez sea yo un ingenuo. —Y volvió a sentirse mal, peor que antes todavía—. ¿Dónde está el servicio para caballeros? ¿O podría decir, el servicio para humanos? —Miró a su alrededor tratando de hallar un indicio. Todos los colores de las cosas que le rodeaban aparecían totalmente cambiados y extraños y cuando trató de andar, se sintió ingrávido o casi sin peso en el cuerpo. *Demasiado* ligero. No estaba en la Tierra. Aquello no era un G de gravedad normal para retenerle sobre la superficie, era sólo una fracción.

Y pensó: *Estoy en Titán.*

—La segunda puerta a la izquierda —le dijo el médico vug.

—Gracias —contestó Pete, marchando con cuidado para no flotar en el ambiente y darse en pleno vuelo con alguna pared de las que le rodeaban pintadas de blanco—. Escuche, ¿qué hay de Carol? Sepa que sólo me importa la madre de mi hijo.

—Nada tiene ningún sentido, ha dicho usted antes —dijo el vug—. Una broma y bastante pobre por cierto. Estoy comentando simplemente el estado de su mente actual. Las cosas raramente son lo que parecen. Le deseo suerte y sugiero que se entreviste con E. B. Black, es persona dispuesta a colaborar. Puede confiar en él. No estoy tan seguro respecto a Hawthorne. —El vug le habló en tono más alto—. Y..., cierre la puerta del cuarto de baño cuando entre, para que no le escuche. Me siento a disgusto cuando un terrestre está enfermo.

Pete cerró la puerta. ¿Cómo podría salir de allí?, fue la primera idea que concibió al entrar en la habitación. Era preciso escapar de allí. Pero, ¿cómo podría salir fuera de Titán, antes que nada? ¿Cuánto tiempo habría pasado? Días..., semanas, tal vez. «Tengo que volver a casa con Carol. Han podido matarla a estas horas, en la forma en que mataron a Luckman». Pero... ¿Ellos? ¿Quién? No lo sabía. Tendría que habérsele explicado de algún modo. ¿Lo habría hecho alguien? ¿Cómo había conseguido aquellos ciento cincuenta dólares? Lo que hubiese ocurrido era culpa suya solamente.

Se fijó en una ventana abierta en la parte superior de una pared. Acercó una gran vitrina metálica del cuarto de baño y la puso bajo la ventana con intención de alcanzarla. Hizo un supremo esfuerzo y consiguió aferrarse con las manos y tirando fuertemente llevar su cuerpo hasta ella. Empujando, la ventana se abrió. Había el suficiente espacio. Sin pensarlo más saltó por ella dejándose caer. La oscuridad le envolvía por todas partes, sí, sería la oscura noche de Titán. Caía..., caía oyendo como el aire silbaba contra su peso en caída por el aire, como si fuese una pluma o más bien como un vug con una gran superficie en proporción a su pequeña masa.

Tropezó a los pocos instantes con el suelo y rebotó. Dio unas vueltas y se incorporó notando el dolor en sus piernas y en los pies. Le pareció haberse roto un tobillo. Se puso finalmente en pie. Una callejuela empedrada conducía hacia una calle bien iluminada. A su derecha advirtió un anuncio rojo de neón. Era la Plaza Dave. Y un bar. Había conseguido escaparse de allí, dejándose sólo el sombrero. Se apoyó contra la pared, esperando que se le amortiguara el dolor del tobillo.

Un policía automático pasó y su circuito Rushmore le habló:

—¿Se encuentra bien, señor?

—Oh, sí, gracias. Me había detenido un momento, por una necesidad imperiosa, ya sabe... Gracias de todos modos. —El policía automático dio la vuelta y se marchó.

«¿En qué ciudad me encuentro?», se preguntó Pete totalmente confuso y extraviado. El aire húmedo, olía a cenizas. ¿Chicago? ¿San Luis? El aire era tibio y pegajoso, muy lejos del aire limpio de San Francisco. Se encaminó con dificultad calle abajo alejándose de la Plaza Dave. El vug del interior del edificio del que había escapado, continuaría allí desplumando a los clientes terrestres en su forma educada y convencional. Se echó mano en busca del portamonedas del pantalón. Había desaparecido. ¡Dios Santo! Pensó en el abrigo; pero lo tenía puesto. Menos mal. Aquellas píldoras que tomó debieron haberse mezclado con la bebida ingerida, allí estaba el problema. Pero estaba bien, no estaba herido, solamente un tanto magullado y dolorido. Pero se encontraba perdido. Se había perdido a sí mismo y había perdido el coche.

—¡Coche! —llamó, tratando de alertar a su auto-auto y advertir al mecanismo especial del efecto Rushmore que a veces solía responder, aunque en otras no. Era cuestión de oportunidad.

Vio llegar unas luces; un par de focos le iluminaron. Su coche rodó a lo largo del bordillo de la acera y se detuvo ante él.

—Aquí estoy, señor Garden.

—Escucha —dijo Pete farfullando torpemente las palabras, mientras ponía la mano sobre el tirador de la puerta—. ¿Dónde estamos, por todos los diablos?

—En Pocatello, Idaho.

—¿Es posible?

—Es la verdad, señor Garden. Puedo jurárselo.

—Tu circuito Rushmore está perfectamente en funciones, ¿verdad? —Abrió la puerta del auto-auto y se introdujo en el asiento del piloto, encontrando cegadora la luz de la cúpula transparente. Repentinamente sintió el temor extraño que alguien había en el interior. Miró, y en efecto, alguien estaba sentado en la parte trasera del coche volador.

—¡Hola, señor Garden! —dijo la figura intrusa del coche.

—¿Quién es usted? ¿Qué ocurre ahora?

—Le conduciré a donde quiere ir.

—Yo no quiero ir a ninguna parte —dijo Pete—. Quiero permanecer aquí.

—¿Por qué me mira con ese aire tan divertido? ¿No recuerda haber venido a buscarme? Fue idea suya venir a esta ciudad y a diversas otras, realmente. —Y ella soltó la risa. Era una mujer. Pete se sintió relajado.

—¿Quién diablos es usted? No la conozco.

—¡Vaya! Claro que sí me conoce. Nos encontramos en la tienda de Joe Schilling, en Nuevo México.

—Mary Anne Claim —murmuró Pete. Y pasó a la parte trasera para tomar asiento junto a ella.

—Estaba usted celebrando el embarazo de su esposa —dijo Mary Anne con calma.

—Pero, ¿qué ha ocurrido para que te encuentres aquí?

—Primero, fue usted a nuestro apartamento del Condado de Marin. Yo no estaba allí, porque estaba en ese momento en el Colegio de San Francisco, consultando unos libros en la

biblioteca. Mi madre se lo dijo y usted voló a San Francisco, a la biblioteca del Colegio y allí me recogió. Entonces nos dirigimos hacia Pocatello, porque fue idea suya que a una chica de dieciocho años tuvieran que servirla en un bar de Idaho.

—¿Y bien?

—Al llegar aquí, se marchó usted solo y yo me he quedado sentada en el coche esperándole. Hasta ahora en que ha asomado usted por aquella callejuela llamando al coche.

—Ya comprendo. —Y se recostó en el respaldo del asiento—. Me siento enfermo. Desearía volver a casa.

—Le llevaré a su hogar, señor Garden —dijo la chica. El coche se alzó suavemente contra el cielo y Pete Garden cerró los ojos.

—¿Cómo es que me he visto mezclado con ese vug? —preguntó pasados algunos instantes.

—¿Qué vug?

—En el bar, supongo. Ese doctor... Philipson.

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Yo no estuve allí.

—Bien. ¿Viste algún vug?

—Vi a uno de ellos, cuando transcurrido un rato entré en el bar; pero me hicieron salir enseguida. Cuando entré no vi ninguno.

—Soy una bestia —dijo Pete—. Yo bebiendo en el bar, mientras tú esperabas sentada en el coche. ¡Espantoso!

—No me ha importado, en absoluto —dijo Mary Anne—. Tuve una agradable conversación con el dispositivo Rushmore entre tanto. Aprendí muchas cosas sobre usted. ¿No es así, coche?

El coche repuso gentilmente con su voz mecánica:

—Así es, señorita Mc Claim.

—Me aprecia. Todos los efectos Rushmore me tienen simpatía —afirmó la chica—. Debo resultarles encantadora. —Y soltó una graciosa risa cantarina.

—No hay duda —dijo Pete—. ¿Qué hora es?

—Sobre las cuatro.

—¿De la madrugada? —Apenas si podía creerlo. ¿Cómo era que el bar estaba todavía abierto? No permitían a ninguno estar abierto a semejante hora en ningún Estado.

—Quizá habré mirado mal el reloj —dijo la chica.

—No. Lo has visto bien —dijo Pete—. Hay algo que va mal, terriblemente mal en todo esto.

Y miró a la chica. Pero en el puesto de piloto del coche aparecía sentada la viscosa figura de un vug.

—Coche —preguntó Pete—. ¿Quién está sentado en el mando? Dímelo, por favor.

—Mary Anne Mc Claim, señor Garden —repuso el efecto Rushmore.

Pero el vug continuaba sentado. Podía verlo perfectamente.

—¿Estás seguro?

—Positivamente seguro.

—Como le dije antes —dijo el vug—, yo puedo encantar a los circuitos Rushmore.

—¿Adónde vamos? —preguntó Pete.

—A su casa. Le llevo con su esposa Carol.

—¿Y después, qué?

—Después, yo me iré a la mía a acostarme.

—*¿Quién es usted?* —preguntó a la cosa allí sentada.

—¿Qué es lo que piensa? Ya me está viendo. Puede referírselo a cualquiera, al señor Hawthorne el detective, o mejor todavía a E. B. Black. Cualquiera de ellos le echará a patadas.

Pete cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, la que estaba sentada a los mandos del coche volador era nuevamente Mary Anne Mc Claim.

—Tenías razón —le dijo al coche—. ¿O no la tenías?

«Dios —pensó—. Me gustaría estar ya en casa. Ojalá no hubiera salido esta noche. Estoy realmente asustado. Joe Schilling podría haberme ayudado».

—Lléveme a casa de Joe Schilling, a su apartamento, Mary Anne, o sea cual fuere su nombre.

—¿A *esta* hora de la noche? Está usted loco.

—Es mi mejor amigo. En todo el mundo.

—Serán las cinco de la madrugada cuando lleguemos allá.

—Se alegrará de verme —dijo Pete—. Y mucho más, al darle ciertas noticias.

—¿De qué se trata? —preguntó Mary Anne.

—Ya lo sabes —dijo con precaución—. Es sobre Carol. Y sobre el niño.

—Ah, sí —repuso la joven moviendo la cabeza—. Como dijo Freya, espero que tengan un niño.

—¿Freya dijo eso? ¿A quién?

—A Carol.

—¿Cómo lo sabes?

—Usted telefoneó a Carol desde el coche antes de llegar a la Plaza Dave, queriendo asegurarse que ella se encontraba bien. Ella estaba trastornada. Usted le preguntó por qué y ella dijo que había llamado a Freya, preguntando por usted, y Freya le dijo que lo ignoraba.

—¡Al diablo con Freya!

—No le reprocho por pensar así. Esa mujer es un tipo esquizoide y dura. Hemos estudiado eso en psicología.

—¿Te gusta el estudio?

—Me encanta.

—¿Crees que te interesarían las cosas de un viejo como yo de ciento cincuenta años?

—No es usted tan viejo, señor Garden. Sólo está un poco aturdido. Se sentirá mejor cuando llegue a su apartamento. —Y le dirigió una breve sonrisa.

—Todavía soy potente —afirmó Pete—. Ahí está como testimonio el embarazo de Carol. ¡Juiii! —gritó como un chiquillo.

—Hay que dar tres gritos —dijo Mary Anne—. Es maravilloso: una criatura más en la Tierra. ¿No es un encanto?

—Nosotros no solemos hablar de terrestres, hablamos de gente. Has cometido un error.

—Oh —exclamó Mary Anne sin inmutarse—. Equivocación anotada.

—¿Forma tu madre parte de esto? ¿Es por eso por lo que no quiso que la Policía le investigase la mente?

—Puede que sí.

—¿Cuántos hay mezclados en esto?

—Oh, millares —dijo Mary Anne..., o el vug, porque a pesar de su apariencia o de cuanto hubiera dicho, Pete estaba seguro que era un vug—. Sí, hay miles y miles, por todo el planeta.

—Todo esto me resulta muy extraño —dijo Pete—; porque tú tienes todavía que esconderte de las autoridades. Creo que tendré que decírselo a Hawthorne.

Mary Anne se puso a reír.

Pete alargó la mano rebuscando algo en la guantera del coche.

—Mary Anne quitó el revólver —dijo el coche—. Tuvo miedo que la Policía le detuviese; si lo descubriesen podrían llevarlo a la cárcel.

—Eso es —dijo la chica.

—Tu gente mató a Luckman. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Lo he olvidado. Lo siento.

—¿Quién es el próximo?

—La cosa.

—¿Qué cosa?

Librodot

Mary Anne, con ojos chispeantes, le respondió:

—La cosa que crece dentro de Carol. Mala suerte, señor Garden; no es un bebé.

Pete cerró los ojos de nuevo. Lo primero que supo después es que volaban cerca del área de la bahía.

—Estamos casi en casa —dijo Mary Anne.

—¿Vas a dejarme escapar?

—¿Por qué no?

—No lo sé. —Se sentía enfermo realmente, en su asiento del coche volador, como un animal asustado y acorralado. Mary Anne no había dicho nada más, ni él tampoco. Que espantosa noche, Dios Santo, pensó para sí. Pudo haber sido maravillosa, en su primera *suerte*. Y en su lugar...

Entonces, no podría considerar razonablemente bien el problema del suicidio —continuó Pete reflexionando— porque la situación se había hecho peor, y resultaba una lástima considerarlo como una solución. «Mis propios problemas son simplemente de percepción —comprobó—. De comprender bien las cosas y después responder adecuadamente, con mente equilibrada. Lo que tengo que recordar es que *ellos no están todos mezclados en el asunto.* El detective E. B. Black no lo está, ni tampoco el doctor Philipson. Es preciso que consiga ayuda de alguien, en algún sitio, en cuanto me sea posible».

—Está usted en lo cierto —afirmó Mary Anne.

—¿Acaso eres telépata?

—Me temo que lo sea, ciertamente.

—Tu madre me dijo que no lo eras.

—Mi madre le mintió a usted.

—¿Es ese Nats Katz el centro de todo esto, quizá?

—Sí.

—Se me había ocurrido —dijo Pete, recostándose nuevamente sobre el respaldo del asiento, y tratando de no volver a sentirse mal como antes.

—Bien, ya hemos llegado —dijo la chica, mientras el coche, rizando una serie de curvas, se estacionaba suavemente en la calle de San Rafael, junto al bordillo de la acera—. Deme un beso —pidió la joven— antes de irse.

En la ventana del apartamento estaba la luz encendida y Carol debía estar allí esperándole, o cualquier otra persona que se hubiese ido a dormir dejándose la luz sin apagar.

—Un beso —dijo Pete como repitiendo el eco de las palabras de la chica—. ¿De veras?

—Pues claro que sí —afirmó Mary Anne inclinándose hacia él en espera de la caricia.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no sé si eres tú o si eres una cosa en su lugar.

—¡Ah, qué absurdo! —dijo Mary Anne—. ¿Qué le ocurre, Pete? ¡Está usted como perdido en un sueño permanente!

—¿De veras lo crees así?

—Sí —mirándole con exasperación—. Se ha drogado usted anoche y ha bebido como una bestia y estaba terriblemente excitado con Carol, además del miedo de la Policía. Ha estado usted alucinado como un loco durante más de dos horas. Pensó usted que ese psiquiatra, el doctor Philipson, era un vug, y después, que yo también era otro vug. —Dirigiéndose al coche, Mary Anne preguntó al circuito Rushmore: ¿Soy un vug?

—No, Mary Anne —respondió el efecto Rushmore.

—¿Lo está viendo?

—Sin embargo, no puedo hacerlo —insistió Pete—. Permíteme salir del coche. —Encontró la manecilla de la puerta y salió al exterior, temblándole las piernas—. Buenas noches, Mary Anne —le dijo.

—Buenas noches.

Pete se dirigió hacia la puerta principal del edificio. El coche dijo para que lo oyese:

—Me tiene usted muy sucio y descuidado.

—Es una lástima —repuso Pete sin volverse, abriendo la puerta con la llave, entrando y cerrando aquélla tras él.

Cuando llegó a su apartamento, Carol le esperaba en el umbral, vestida con una leve bata de casa de color amarillo.

—He oído llegar el coche —dijo—. ¡Gracias a Dios que has vuelto! ¡Estaba tan preocupada por ti...!

—Gracias por haberme esperado —farfulló Pete. Pasó junto a Carol y se dirigió al cuarto de baño, donde se lavó las manos y la cara con agua fría.

—¿Quieres que te prepare algo de comer o beber? Es tan tarde...

—Una taza de café me vendría muy bien, gracias.

Carol, en la cocina, dispuso café para ambos.

—Hazme un favor, Carol —pidió Pete—. Llama a información de Pocatello y pregunta si el doctor E. R. Philipson se halla en la lista del videófono.

—Está bien. —Y Carol operó en el videófono. Estuvo hablando unos instantes con la frecuencia de los circuitos homeostáticos y después cerró la comunicación.

—Sí, lo está.

—Estuve en su consulta —dijo Pete—. Y me costó ciento cincuenta dólares. Su tarifa es demasiado cara. ¿Te ha dicho el circuito si Philipson es un terrestre?

—No me lo dijeron. Sólo me informaron de su número. —Carol le ofreció la lista de los centros informativos del videófono.

—Voy a llamar y a preguntar.

—¿A las cinco y media de la mañana?

—Sí. —Y marcó el número. Transcurrió algún tiempo, y el teléfono al otro extremo, llamaba una y otra vez. Finalmente, tras haber canturreado la canción de moda, Pete vio cómo se conformaba en la pequeña pantalla la cara del doctor Philipson.

—¿Doctor Philipson? —preguntó Pete.

—Sí. —El médico miró a Pete escrutadoramente y con cara de pocos amigos—. Ah, es usted...

—¿Me recuerda usted?

—Pues claro que sí. Usted es el cliente que Schilling me envió, le estuve viendo durante una hora al anochecer.

«Joe Schilling —pensó Pete—. Pues no lo sabía».

—Es usted un vug, ¿verdad?

—¿Y me llama para eso?

—Sí. Es algo muy importante.

—No soy un vug —respondió el médico, y cerró el circuito.

Pete se apartó del aparato.

—Creo que me iré a la cama. Estoy destrozado —dijo a Carol—. ¿Qué te parece? ¿Y tú, estás bien?

—Sí. Un poco cansada.

—Vámonos a la cama, pues.

Carol sonrió.

—Está bien. Me alegro de veras que hayas vuelto; ¿sueles hacer siempre cosas como esta de venir a casa a las cinco de la madrugada?

—No.

«Y nunca más volveré a hacerlo», pensó.

Al sentarse en el borde de la cama y quitarse los zapatos, Pete encontró algo, un forro de un sobre de fósforos colocado en su zapato izquierdo, en el empeine. Dejó el zapato en el suelo y tomó el sobre de las cerillas, colocando la cartulina bajo la lámpara para leer mejor lo que allí había escrito. Carol, al otro lado, se había acostado y aparentemente estaba dispuesta a dormirse inmediatamente.

Sobre la cartulina habían escritas a lápiz las siguientes palabras:

Estamos totalmente rodeados por esos chinches felpudos de los vugs.

Aquello estaba escrito por su propio puño y letra. Aquél había sido su gran descubrimiento de la noche. Su brillante descubrimiento. Lo escribió porque tuvo el temor de haberlo olvidado. Pero, ¿dónde lo había escrito? ¿En el bar? ¿De vuelta a la casa? Probablemente cuando lo descubrió, estando charlando con el doctor Philipson.

—Carol —dijo a su esposa—. Ya sé quién mató a Luckman.

—¿Cómo, quién? —dijo ella despertándose.

—Todos nosotros, sin duda —afirmó Pete—. Los seis que perdimos la memoria, Janice Remington, Silvanus Angst y su mujer, Clem Gaines, la mujer de Calumine y yo, sí, lo hicimos bajo la influencia directa de los vugs. —Y le mostró la cartulina de las cerillas a su mujer—. Lee lo que escribí yo mismo aquí, para el caso que no pudiese recordarlo, y que volvieran a bloquearme la mente.

Incorporándose en el lecho, Carol se fijó con detenimiento en el sobre de las cerillas y en la escritura.

—«Estamos totalmente rodeados por vugs». Perdona, Pete; pero tengo que reírme de esto.

Pete miró a su mujer, atónito.

—Ahora comprendo porque has llamado a ese médico de Idaho y le has preguntado eso. Pero no es un vug, ya lo viste tú mismo en la pantalla y le has oído.

—Sí, eso es cierto —admitió.

—¿Quién más es un vug? Ya que has escrito esto...

—Mary Anne Mc Claim. Creo que el peor de todos ellos.

—Oh, vaya —respondió Carol con un gesto—. Ya veo, Pete. Es con quien has estado esta noche. Ya trataba yo de imaginar quién sería, puesto que suponía que sería con alguien, con alguna mujer.

Pete operó en el videófono que tenía junto a la cama.

—Voy a llamar a los dos detectives. Ellos no están mezclados en este asunto. No me extraña que Patricia Mc Claim no quisiera dejarse inspeccionar por los telépatas policías.

—Pete, no lo hagas esta noche —dijo Carol alargando la mano y cortando el circuito.

—Pero pueden venir por mí esta noche. En cualquier momento...

—Mañana —insistió Carol—. Por favor...

—¿Podría llamar entonces a Joe Schilling?

—Hazlo si quieres. Creo que no deberías hablar con la Policía, ahora, en la forma en que te encuentras. Sólo te proporcionarías más disgustos todavía y meterte en un mayor aprieto.

Solicitó información y obtuvo el nuevo número que Joe Schilling tenía ahora en el Condado de Marin.

A los pocos instantes, el rostro soñoliento de Joe apareció en la pantalla, con su barba y sus cabellos desordenados.

—¿Sí? ¿Qué ocurre? Ah, Pete... Carol me llamó y me dijo que tenía buenas noticias, hablándome de la *suerte* que habían tenido. ¡Dios Santo! ¡Es fantástico!

—Oye, Joe, ¿me has enviado tú a un tal doctor Philipson en Pocatello?

—¿Quién?

Pete repitió el nombre y las facciones de Joe Schilling se cambiaban por momentos con el mayor asombro de lo que oía.

—Perdona, Joe —dijo Pete—. Te he despertado para una tontería. No pensé que lo harías.

—Espera un momento —dijo Joe—. Escucha, hace unos dos años, cuando estuviste en mi tienda de Nuevo México, tuvimos una cierta conversación. ¿Qué pasó sobre el particular? Me hablaste de algo relacionado con los efectos subsiguientes al uso del hidrocloruro de la metanfetamina. Me hablaste de ello y te llamé la atención sobre el particular; se había publicado un artículo en la revista *Scientific American* por un psiquiatra en Idaho; creo que se

trata de ese Philipson al que ahora te has referido. Recuerdo muy bien que afirmaba que las metanfetaminas pueden precipitar un episodio psicótico.

—Tengo muy mala memoria, Schilling.

—Recuerdo, además, que tu teoría, como réplica, era que estabas tomando *también* trifluoperazina, un dihidrocloruro de cierta especie que compensaba esos efectos colaterales de las metanfetaminas.

—Ya me he tomado esta misma noche un puñado de pastillas de metanfetamina de 7,5 miligramos, también.

—¿Y te has emborrachado?

—Sí.

—¡Por las barbas de Satanás! ¿Recuerdas lo que decía Philipson en su artículo sobre la mezcla de las metanfetaminas y el alcohol?

—Muy vagamente.

—El uno potencia al otro. ¿Has tenido algún episodio psicótico, esta noche?

—No demasiado importante. Tuve momentos de absoluta lucidez. Aquí lo tengo, Joe. Voy a leértelo. —Pidió a Carol que le diese la cartulina de las cerillas y leyó lo escrito relativo a los vugs—. Esto ha sido una revelación, Joe. Una experiencia mía. Sí, hay vugs que nos rodean por todas partes.

Schilling permaneció silencioso un momento.

—Oye, Pete. Quiero preguntarte algo más acerca de ese médico de Idaho. ¿Fuiste a verle? ¿Me has llamado por eso?

—Le pagué ciento cincuenta dólares por la consulta esta noche —dijo Pete—. En mi opinión, creo que mi dinero tiene más valor que todo eso.

Tras unos instantes de silencio, Joe volvió a decirle por el videófono:

—Te diré algo que te sorprenderá, quizá. Llama a ese detective, a Hawthorne.

—Eso es lo que quería hacer; pero Carol no quería que lo hiciera.

—Quisiera hablar con Carol —solicitó Joe.

Levantándose de la cama de forma que pudiera quedar frente a la pequeña pantalla, Carol habló a Schilling.

—Estoy aquí, Joe. Si consideras que Pete debiera llamar a ese detective...

—Carol, yo conozco a tu marido desde hace muchos años. Ha tenido depresiones suicidas, regularmente. De pronto, querida, puede aparecer como un maníaco depresivo, sufre efectivamente de una psicosis afectiva, periódicamente. Esta noche, a causa de la maravillosa noticia del niño, ha caído en una fase maníaca y creo que no es cosa de reprochárselo. Sé como piensa, es como si volviera a nacer. Quiero que llame a Hawthorne por una buena razón. Ese detective ha tenido más que hacer con los vugs que cualquier otra persona. Es inútil que yo hable de eso con Pete, yo no sé una maldita cosa sobre los vugs, puede ser que se encuentren rodeándonos por todas partes. No voy a discutir con tu marido de esa cuestión, especialmente a las cinco y media de la mañana. Y sugiero que tú hagas lo mismo.

—Está bien, Joe, gracias.

—Pete —dijo Joe a su amigo—, recuerda lo que voy a decirte cuando hables con Hawthorne. Cualquier cosa que digas, puede tornarse contra ti en el juicio emprendido. Hawthorne no es ningún amigo, pura y simplemente. Por tanto, ándate con cuidado. ¿Está claro?

—Sí —convino Pete—. Pero dime lo que piensas; ¿ha podido ser a causa de esa droga con el alcohol?

—Dime tú a mí otra cosa —respondió Joe a su vez, soslayando la pregunta—. ¿Qué fue lo que dijo el doctor Philipson?

—Una serie de cosas. Dijo, entre otras, que la situación estaba de forma que me matarían a mí como habían hecho con Luckman. Y que tuviese un cuidado especial de Carol. Y, además, dijo... —Pete se detuvo—. Hay poco que yo pueda hacer para cambiar las circunstancias.

—¿Parecía amistoso?

—Pues sí. Aun cuando es un vug.

Cortó la comunicación y esperó un momento hasta marcar el número de la Policía, en el servicio de urgencia. «Este puede ser un amigo, que pueda estar a mi lado», pensó.

A la Policía le llevó veinte minutos localizar a Hawthorne. Durante aquel tiempo, Pete tomó más café y fue volviéndose más lúcido.

—¿Hawthorne? —saludó, cuando la imagen de éste se formó en el aparato—. Lamento molestarle a usted tan tarde. Puedo decirle quién mató a Luckman.

—Señor Garden, nosotros ya sabemos quién lo hizo. Tenemos la confesión. Por esa causa he estado en nuestra oficina de Carmel.

—¿Quién, pues? ¿Uno de nuestro grupo?

—No fue nadie del Pretty Blue Fox. Dirigimos nuestras investigaciones hacia la costa oriental, desde donde Luckman había salido. La confesión ha surgido de un alto empleado de Luckman, llamado Sid Mosk. Con todo, aún no ha sido posible establecer el motivo. Estamos trabajando en el asunto.

Pete cortó la comunicación y se sentó en el mayor silencio.

Bien, ¿qué haría entonces? ¿Qué sería realmente lo que tendría que hacer?

—Acuéstate —dijo Carol, mientras ella hacía lo propio.

XI

Se despertó..., y vio junto a su cama a dos figuras, las de un hombre y una mujer.

—Quieto —ordenó Patricia Mc Claim, en voz baja, indicando a Carol.

El hombre que la acompañaba le estaba apuntando con una pistola de «agujas de fuego». Era un individuo al que no había visto jamás en su vida.

—Si hace la menor resistencia, la mataremos a ella —dijo, apuntando a Carol—. ¿Comprendido?

El reloj de la mesa de noche marcaba las nueve y media de una hermosa mañana, llena de sol y de luz que entraba a raudales por la ventana.

—Está bien —contestó Pete—. Está comprendido.

—Vamos, levántate y vístete —le ordenó Patricia Mc Claim.

—¿Dónde? ¿Aquí mismo frente a ustedes?

Mirando al hombre que la acompañaba, Patricia hizo un gesto.

—En la cocina. —Los dos le siguieron, desde el dormitorio hasta la cocina, y Patricia cerró la puerta—. Quédate ahí mientras se viste. Yo vigilaré a su mujer —dijo, sacando una segunda arma de agujas de fuego y volviéndose hacia la alcoba—. No ofrecerá resistencia alguna, si sabe que su mujer está en peligro; lo he recogido de su mente telepáticamente. Es un sentimiento altamente pronunciado.

Y mientras se vestía, aquel individuo totalmente desconocido vigilaba cuidadosamente a Pete Garden.

—Su esposa tuvo *suerte*, ¿eh?

Mirándole de reojo, Pete respondió:

—¿Es usted el marido de Pat?

—Eso es —repuso el individuo—. Allen Mc Claim. Me alegro de conocerle al fin, señor Garden. —Y le dirigió una breve sonrisa—. Pat me ha hablado mucho de usted.

Poco después, los tres caminaban por el corredor en busca del elevador del edificio.

—¿Llegó bien a casa su hija esta noche? —preguntó Pete.

—Sí —contestó Pat—. Muy tarde, desde luego. Lo que recogí de su mente, era muy interesante. Afortunadamente no se durmió enseguida, se quedó despierta bastante tiempo, pensando. Así pude conocerlo.

—Carol no se despertará todavía hasta dentro de una hora, al menos —dijo Allen Mc Claim—. Por tanto, no habrá problema en que informe de su desaparición. Lo menos hasta las

once, no lo hará.

—¿Cómo sabe usted que no se despertará? —preguntó Pete.

Allen permaneció callado.

—¿Es usted un premonitor?

Tampoco hubo respuesta. Pero resultaba obvio que lo era.

—No creo que intente escaparse —dijo Allen Mc Claim a su mujer—, al menos así lo indica el estado de su mente. Una probabilidad contra cinco, buena estadística, supongo.

Llegaron al elevador y presionaron el botón.

—Ayer estabas preocupada con mi seguridad, y ahora esto —dijo Pete a Patricia, haciendo un gesto hacia las pistolas de «agujas de fuego»—. ¿Por qué tal cambio?

—Porque mientras, saliste con mi hija —respondió Patricia—. Hubiera deseado que no hubiera sido así. Ya te advertí que era demasiado joven para ti y te advertí que te mantuvieras alejado de ella.

—Sin embargo —recalcó Pete—, como pudiste leer en mi mente, yo había encontrado a Mary Anne sorprendentemente atractiva.

El elevador llegaba en aquel momento y las puertas se abrieron silenciosamente a ambos lados. En la puerta apareció el detective Hawthorne, que en el acto intentó buscarse algo dentro de su chaqueta.

—El ser un premonitor es algo que ayuda siempre. Así nadie le sorprende a uno —dijo Allen Mc Claim, y con la pistola de agujas de fuego disparó a la cabeza de Hawthorne. El detective recibió el impacto en el cráneo, se tambaleó golpeándose contra una de las paredes del ascensor y después cayó pesadamente al suelo.

—Entra —ordenó Patricia a Pete. Tras él, entró ella y después su marido, y con el cuerpo del detective muerto en el suelo, llegaron a la planta baja.

Pete se dirigió al efecto Rushmore del elevador:

—Me han raptado a la fuerza y han matado a un detective. ¡Pida socorro!

—Cancele esa petición —ordenó inmediatamente Patricia—. No necesitamos ninguna ayuda. Gracias.

—Está bien, señorita —repuso obedientemente el efecto Rushmore.

Se abrieron las puertas del ascensor y los Mc Claim salieron tras Pete, pasando sobre el cadáver del detective, caminando rápidamente hacia la calle, y por la acera en dirección a donde tenían los coches estacionados.

Dirigiéndose a Pete, Patricia Mc Claim, dijo:

—¿Sabías por qué estaba Hawthorne en el ascensor, subiendo hasta tu piso? Te lo diré. Iba a detenerte.

—No —respondió Pete—. Me dijo en el videófono la pasada noche que acababan de saber quién era el asesino de Luckman, un individuo de la costa oriental.

Los Mc Claim se miraron el uno al otro, sin decir nada.

—Han matado a un hombre inocente —añadió Pete.

—No lo era ese Hawthorne. Hubiera deseado cazar al mismo tiempo a su compañero E. B. Black. Pero quizá lo hagamos más tarde.

—Esa condenada Mary Anne —dijo Allen, al llegar al coche estacionado en el bordillo—. Alguien debería retorcerle el cuello. —El coche alzó el vuelo ganando altura en la hermosa mañana de California—. Esa edad suya es terrible. Cuando se tienen dieciocho años, se cree saberlo todo, poseyendo la certidumbre de todas las cosas. Y después, al llegar a los ciento cincuenta, las cosas cambian con signo contrario.

—Tú no lo sabes aún, para opinar así —dijo Patricia, que se había sentado tras Pete teniéndole apuntado con el arma mortal.

—Quisiera hacer un trato con ustedes —dijo Pete—. Quiero estar seguro que Carol y el niño permanecerán seguros y que nada va a ocurrirles. Conmigo pueden hacer lo que quieran, si...

—Ya has hecho el trato —le interrumpió Patricia—. Carol y la criatura estarán seguras.

Por tanto, no tienes que preocuparte por ellas. De todos modos la última cosa que haríamos, sería molestarlos para nada.

—Así es —confirmó Allen, quien dirigiéndose a Pete le preguntó sonriente—: ¿Qué tal se siente cuando se tiene *suerte*?

—Ya debería saberlo —respondió Pete—: Ustedes han conseguido más hijos que cualquier otra pareja de California.

—Así es —dijo Allen—; pero han pasado ya muchos años desde la primera vez, sí, muchos años realmente. Pero usted se salió de rosca anoche, ¿verdad? Mary Anne dijo que estuvo en trance. Absolutamente ciego.

Pete calló. Mirando hacia abajo, trató de captar la dirección del coche volador. Parecía que se dirigía tierra adentro, hacia el cálido valle de la región central de California, con las sierras a lo lejos. Hacia las sierras totalmente desoladas y desérticas, donde no vivía un alma.

—Dinos algo más acerca del doctor Philipson —solicitó Patricia de Pete Garden—. Pude captar algunos pensamientos mal formados. Le llamaste anoche al llegar a casa, ¿no es así?

—Sí.

Dirigiéndose a su marido, dijo Pat:

—Pete llamó y preguntó si el doctor Philipson... era un vug.

—¿Y qué respondió?

—Dijo que no era ningún vug —continuó Patricia—. Después llamó a Joe Schilling, informándole y dándole la noticia que estamos totalmente rodeados por los vugs; así fue como Joe Schilling le sugirió que llamará a Hawthorne. Y eso fue lo que hizo. Por eso el detective llegó a verle esta mañana.

—Le diré a usted a quién debió haber llamado, en vez de a ese detective —dijo Allen—. A su abogado, Laird Sharp.

—Demasiado tarde ahora —opinó Patricia—. Aunque es posible que nos encontremos con Sharp en cualquier momento. Puedes hablar con él, Pete. Cuéntale todo lo sucedido, cómo y de qué manera somos como una pequeña isla rodeada por un mar poblado de criaturas no terrestres. —Y se puso a reír, al igual que su marido.

—Creo que estamos asustándole —insinuó Allen Mc Claim.

—No —afirmó Patricia—. He observado su mente y no está asustado, al menos de ningún modo como lo estaba anoche. —Dirigiéndose a Pete dijo—: Fue como una prueba para ti, ese viaje de vuelta a casa con Mary Anne, ¿verdad? Te apuesto a que jamás volverás a tener otro en toda tu vida. —Y volviéndose a su marido—: Sus dos esquemas de referencias mentales van de un lado a otro; primero ve a Mary Anne como a una atractiva chica de dieciocho años, y como terrestre, y después se le aparece como...

—¡Cállate de una vez! —restalló Pete salvajemente.

—Y pudo haber sido así —continuó Patricia—. Una amorfa masa de citoplasma dando vueltas en una red ilusoria... Pobre Pete Garden. Una bella ilusión para tus años... Primero no pudiste encontrar un bar en donde pudieran servir a Mary Anne y después...

—¡Ya está bien! —interrumpió su marido—. Ya es bastante. Esa rivalidad tuya por Mary Anne les hace daño a los dos. No deberías establecer competencia alguna con nuestra hija.

—Está bien... —dijo Pat, y silenciosamente encendió un cigarrillo.

Bajo el coche volador, las sierras se deslizaban lentamente. Pete observaba como iban quedándose atrás.

—Es mejor que llames —aconsejó Pat a su marido.

—De acuerdo. —Y manipuló en el transmisor—. Aquí es Dark Horse Ferry, llamando a Sea Green Lamb. Contesta, Sea Green Lamb. Contesta, Dave...

Una voz respondió en la radio.

—Aquí Dave Mutreaux. Estoy en el *Motel Dig Inn*, en Sparks, aguardando vuestra llegada.

—De acuerdo, enseguida estamos ahí. Dentro de cinco minutos. —Allen cerró la transmisión—. Todo arreglado —dijo a su mujer—. Creo poder preverlo. No habrá complicaciones.

—Espléndido —contestó Patricia.

—Y a propósito —dijo Allen dirigiéndose a Pete Garden—, Mary Anne estará allí, habrá venido directamente en su propio coche. Habrá otras muchas personas, a una de las cuales ya conoce usted. Eso será muy interesante para usted, Garden. Todas son psiónicas. Mary Anne no es una telépata, como su madre le dijo. A pesar de lo referido, se comportó irresponsablemente con respecto a ella. La mayor parte de lo que le contó fue un cuento chino. Por ejemplo, cuando le dijo...

—Ya es bastante —interrumpió enérgicamente Patricia.

Allen se encogió de hombros.

—Lo sabrá dentro de media hora, también lo preveo.

—Es que me pones nerviosa, eso es todo. Prefiero esperar hasta que lleguemos al *Motel Dig Inn*. —Y a Pete—: A propósito, hubiera sido muchísimo mejor que la hubieras besado anoche, según te lo había pedido.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—Te habrías enterado entonces de lo que era. De todas formas, ¿cuántas oportunidades tendrás en tu vida de poder besar a chicas tan impresionantes como ella? —Y su voz resultaba amarga y resentida como de costumbre.

—Te estás amargando la vida por nada —dijo Allen irritado—. ¡Diablos! Me molesta verte así, Pat...

—A lo mejor puedo hacerlo más tarde con Jessica, cuando sea mayor —dijo Pete.

—Me temo que sea una cosa muy difícil —afirmó Allen.

El coche estacionó en la fina arena de la pequeña explanada del exterior del *Motel Dig Inn*. Sin dejar de apuntarle con las mortales armas de las agujas de fuego, los Mc Claim obligaron a Pete a salir del auto-auto y dirigirse hasta el edificio, de una sola planta, construido con adobes al estilo español.

Un individuo de largos miembros, correctamente vestido y de mediana edad les estaba esperando y se aproximó a ellos saludando afectuosamente a los Mc Claim:

—¡Hola, Mc Claim! ¡Hola, Pat! —Y mirando a Pete, quiso saludarle igualmente en tono efusivo—. Ah, el señor Garden, propietario que fue de Berkeley. ¿Sabe usted? Estuve a punto de haberme puesto a jugar en su grupo, en Carmel. Pero, lamento decirlo, me asustaron demasiado con la amenaza del electroencefalógrafo. —Dejó escapar una risita entre dientes y continuó—: Soy David Mutreaux, antiguo componente del alto personal de Jerome Luckman. —Ofreció la mano a Pete Garden, que éste rehusó, sin una palabra—. Bien —continuó Mutreaux algo molesto—. Se ve que no comprende bien la situación, señor Garden. Con todo, yo estoy un tanto confuso sobre lo ocurrido y lo que pueda sobrevenir muy pronto. Serán los años, supongo. —Se dirigió entonces hacia la puerta del motel—. Mary Anne estará aquí dentro de unos minutos. Está bañándose en la piscina.

Con las manos en los bolsillos, Pat se dirigió hacia la piscina y permaneció observando a su hija.

—Si pudiera leerse en mi mente —dijo sin referirse a nadie en particular—, podría verse la presencia de la envidia. —Se volvió de la proximidad de la piscina y se dirigió a Pete Garden—. Ya sabes, Pete, cuando te encontré por primera vez, perdí algo de eso. Eres una de las criaturas más inocentes que jamás haya conocido en toda mi vida. Me ayudaste a purgar y esclarecer el lado en sombras de mi personalidad, como dicen Jung y también tu amigo Joe Schilling. A propósito, ¿qué tal está Joe? Me alegré de verle de nuevo la pasada noche. ¿Qué tal le ha caído despertarse a las tres y media de la madrugada?

—Me felicitó —dijo Pete —por la *suerte* que habíamos tenido.

—Ah, sí —intervino entonces Mutreaux jovialmente, dándole unas palmadas a Pete en la espalda—. Muchas felicidades y mis felicitaciones por ese embarazo de su esposa.

—Fue una desagradable advertencia la que hizo a Carol tu ex mujer, Freya Gaines, respecto a que «esperaba que fuera un niño» —dijo Patricia—, y esa hija mía pareció

afectarse por ello; de ahí proviene seguramente esa cruel segunda intención que emplea conmigo. Pero no hay que reprocharle mucho a Mary Anne por lo que dijo anoche, Pete, porque la mayor parte de lo que experimentaste estuvo muy lejos de ser por culpa de la chica; eso estaba en tu propia mente. Estabas alucinado. Joe Schilling tenía razón en lo que te dijo, las anfetaminas fueron las responsables. Tuviste sencillamente una oclusión psicótica de la mente.

—¿De veras?

Ella le miró fijamente.

—Sí, así fue.

—Lo dudo.

—Bien, pasemos al interior —dijo Allen Mc Claim. Y poniéndose las manos en forma de bocina, llamó—: ¡Mary Anne, sal ya fuera de la piscina!

Aproximándose al borde, la chica respondió:

—¡Vete al infierno!

Mc Claim se aproximó más a ella.

—Tenemos asuntos que tratar, vamos, entra ya. Eres mi hija.

Una bola de agua saltó de la piscina y, dando una vuelta graciosamente por el aire, cayó sobre la cabeza de Allen Mc Claim, mojándole la cara y el pecho. Allen saltó hacia atrás mascullando una serie de maldiciones.

—¡Vaya, creía que eras todo un premonitor! —dijo Mary Anne riendo a carcajadas—. Pensé que nadie podría tomarte por sorpresa.

La chica subió por la escalerilla de la piscina y apareció con su esbelto cuerpo mojado a la luz de aquella radiante mañana californiana. Se dirigió hacia una silla próxima y recogió una toalla de baño.

—¡Hola, Pete Garden! —saludó acercándose a él—. Da gusto verte otra vez sin sentirse malo del estómago; anoche tenías un color verdoso en la cara como si fuera de musgo. —Y sus blancos dientes resplandecieron al sonreír alegremente.

Allen Mc Claim, quitándose de encima el agua caída sobre su cara y el cabello, se dirigió hacia Pete.

—Son ya las once —dijo—. Me gustaría que llamara a Carol y le diga que se encuentra bien. No obstante, preveo que no querrá hacerlo, o al menos eso es lo más probable.

—En efecto, no quiero hacerlo.

Mc Claim se encogió de hombros con indiferencia.

—Bien, no puedo prever lo que ella hará, posiblemente llame a la Policía, o quizá no. El tiempo lo dirá. —Y se encaminaron hacia el interior del motel—. Un interesante elemento de las facultades psiónicas —continuó Allen— es que un intento suele invalidar otro. Por ejemplo, mi hija es psicokinética, como lo ha demostrado muy bien, y yo no puedo predecir sus actos. Cuando se produce la sincronicidad de Pauli en un acontecimiento conectivo acausal, una persona como yo queda enteramente descartada.

Patricia se dirigió a Mutreaux.

—¿Ha confesado ya Sid Mosk que mató a Jerome Luckman?

—Sí —respondió Mutreaux—. Rothman presionó sobre él, presionado a su vez por Pretty Blue Fox, y la Policía en California se ocupaba de comprobarlo a fondo, según tenemos entendido.

—Pero de aquí a un rato se darán cuenta que es falso —exclamó Patricia—. Ese vug, E. B. Black, conseguirá rebuscar en sus mentes telepáticamente...

—Espero que eso no importe mucho —dijo Dave Mutreaux.

En el interior del motel un acondicionador de aire zumbaba suavemente en el local, donde la gran sala de estar aparecía en la penumbra y con un frescor agradable. Sentados aquí y allá Pete comprobó la presencia de cierto número de individuos charlando entre ellos telepáticamente, sin duda, ya que no se oía una palabra. Le pareció por un instante que se hallaba en el local de La Partida, a media mañana; pero evidentemente aquello no era La

Partida. Aquella gente no eran jugadores. Se sentó a su vez, sombríamente, tratando de imaginarse qué sería lo que tendrían que decir. Algunos permanecían totalmente en silencio, mirando fijamente al vacío, como presos de la mayor preocupación. Telépatas, sin duda, comunicándose unos con otros. Parecían estar en mayoría. Los demás..., sólo pudo aventurar una suposición. Premonitores, como Mc Claim, psicokinéticos, como Mary Anne. Y Rothman, quienquiera que fuese. ¿Estaba allí Rothman? Sintió la idea intuitiva fuertemente arraigada en su mente, que el tal Rothman estaba allí presente y controlando la situación.

Mary Anne apareció surgiendo de una habitación lateral, vistiendo una camisa en forma de T, pantalón corto, sandalias y sin sostén, mostrando sus pequeños pechos firmemente tensos bajo la ligera camisa. Se sentó junto a Pete, frotándose vigorosamente los cabellos con una toalla, para secárselos.

—Vaya racimo de elementos reunidos aquí —le dijo en voz baja a Pete—. ¿No te parece? Ellos..., quiero decir mis padres, me hicieron venir. —Y la chica frunció el entrecejo—. ¿Quién es ése? —Otro individuo acababa de entrar y se quedó mirando a su alrededor—. No lo conozco. Probablemente será de la costa oriental, como Mutreaux...

—Tú no eres un vug, después de todo —dijo Pete a la chica.

—No, claro que no. Nunca dije que lo fuese, tú me preguntaste quién era y yo te lo dije, ya pudiste comprobarlo. Era verdad. Mira, Pete Garden, tú eres un telépata involuntario, estabas en estado psicótico a causa de esas drogas en píldoras que habías tomado, mezcladas con el alcohol, y tú pudiste captar mis pensamientos marginales, toda mi ansiedad. Lo que suelen llamar el subconsciente. ¿No te advirtió mi madre acerca del particular? Ella debe saberlo.

—Sí, sí que me lo dijo.

—Y antes que a mí, captaste también los temores del subconsciente del psiquiatra. Todos tenemos miedo de los vugs. Es natural. Son nuestros enemigos, hicimos una guerra terrible contra ellos, en la que no vencimos y ahora se encuentran aquí. ¿Lo ves? —Y con el codo le tocó en las costillas—. No pongas esa cara tan estúpida, ¿me estás escuchando, o no?

—Sí, te escucho.

—Bien, estás con la boca abierta como un bobo. Yo sabía anoche que estabas alucinado como un loco en un trance paranoico, respecto a las hostiles y amenazadoras conspiraciones de criaturas extrañas a la Tierra. Ello se interfirió con tus propias percepciones, pero afortunadamente, *estabas en lo cierto.* Ahora mismo estoy sintiendo ese temor, y volviendo a pensar en los mismos pensamientos. Los psicóticos viven en un mundo así constantemente. De todas formas, el intervalo en que captaste telepáticamente, fue desgraciado, porque ocurrió estando yo cerca de ti y yo me di cuenta. —La chica señaló hacia las gentes que ocupaban la gran sala de estar del motel—. ¿Ves? Todos son peligrosos. Creo que deberías ir ahora mismo y avisar a la Policía, tenemos que conseguirlo cuanto antes.

¿Podría Pete creer a la chica? La estudió cara a cara, observando su cordial expresión, reflejada en sus adorables facciones, y no pudo decidir qué hacer. Si había tenido alguna vez facultad telepática, en aquel instante se hallaba muy lejos de poseerla.

—Mira, Pete —continuó la chica—, todo el mundo tiene en potencia la facultad psiónica. En casos de enfermedad grave y de profunda regresión física... —Y se detuvo, cambiando el curso de sus ideas—. De todos modos, Pete Garden, tú te encontrabas en un estado psicótico, borracho, drogado y alucinado, pero básicamente tú percibías la realidad con la que nos estamos enfrentando, la situación que este grupo conoce y con la que tiene que contender inmediatamente. ¿Comprendes? —Mary Anne le sonrió chispeándole los ojos—. Ahora ya lo conoces.

Pete no lo veía; en realidad es que no *quería* verlo.

Petrificado, se apartó de ella.

—No quieres comprenderlo —dijo Mary Anne pensativa.

—Así es.

—Pero lo sabes ya. Es demasiado tarde para negarlo, e ignorarlo. —Y añadió en un tono de dureza y de inmisericordia—: Esta vez no estás enfermo, ni borracho, ni alucinado. Tus

percepciones no están distorsionadas. Por tanto, tienes que dar cara al asunto. Pobre Pete Garden. ¿Pasaste bien la noche?

—No.

—No irás a suicidarte por eso, ¿verdad? Porque eso no ayudaría a resolver nada. Para que sepas, nosotros formamos una Organización, Pete. Y tú tienes que unirte a ella; aunque no seas una persona psiónica, tendrás que seguirnos o te mataremos. Naturalmente, nadie quiere matarte. ¿Qué sería de Carol, entonces? ¿Irías a dejarla frente a Freya para que la atormentase?

—No, si puedo evitarlo.

—Ya sabes que el efecto Rushmore de tu coche te dijo que no era un vug, no comprendo por qué no le diste crédito, nunca se equivocan. —La chica dejó escapar un suspiro—. No, mientras funcionen adecuadamente, claro está, y no se toque a lo que no se debe. Así es como debes siempre comprobar la presencia de los vugs: preguntar al efecto Rushmore, ¿comprendes? —Y le sonrió alegremente—. Por tanto, las cosas no están tan malas. No se va a acabar el mundo por esto, tenemos el pequeño problema de conocer quiénes son nuestros amigos. Y ellos tienen a su vez idéntico problema; a veces todo esto suele mezclarse.

—¿Quién mató a Luckman? —preguntó Pete—. ¿Fuiste tú?

—No —repuso firmemente Mary Anne—. La última cosa que hubiera hecho es matar a un hombre con tanta *suerte*, con tantos descendientes. —La chica frunció el entrecejo.

—Pero anoche —dijo Pete con lentitud— te pregunté si tu gente lo había hecho. Y tú dijiste... —Se detuvo, tratando de pensar con claridad y de discernir bien los acontecimientos, suprimiendo la confusión existente en ellos—. Sí, dijiste: «Lo olvidé». Y dijiste también, al hablar del hijo que esperamos, que era una «cosa» y que no sería una criatura...

Mary Anne se le quedó mirando fijamente.

—No, Pete —murmuró sorprendida y pálida por la sorpresa—. Yo no dije semejante absurdo, estoy segura que no lo dije.

—Yo te oí claramente —insistió Pete—. Lo recuerdo muy bien, es algo incomprensible; pero lo juro y te doy mi palabra de honor. Esa parte de mi memoria está perfectamente clara.

—Entonces, es que *se hicieron conmigo...* —Y las últimas palabras resultaron casi inaudibles, Pete tuvo que inclinarse sobre ella para poder oírla. La muchacha continuó mirándole fijamente, desconcertada y atónita.

—Pete, ¿estás ahí? —dijo Carol abriendo la puerta de la soleada cocina del apartamento. Y miró con cuidado por todos los rincones.

Pete no estaba en la cocina. Llena de luz y cálida, aparecía vacía. Dirigiéndose hacia la ventana miró a la calle. El coche de su marido y el suyo estaban estacionados en el bordillo de la acera. Por tanto, no se había marchado en el coche volador. Abrochándose la bata de casa, se dio prisa para salir fuera del apartamento en busca del elevador. Tendría que preguntar al efecto Rushmore del aparato; el ascensor podría informarle seguramente. Presionó el botón y a poco el elevador llegó a su nivel, y se abrieron las puertas.

Carol lanzó un grito de terror.

En el piso del ascensor yacía el cuerpo de un hombre muerto. Era el detective Hawthorne.

—La señora dijo que no hacía falta ayuda ninguna —dijo el efecto Rushmore.

Con dificultad, tras reponerse del choque, Carol preguntó:

—¿Qué señora?

—La de los cabellos oscuros. —La afirmación parecía sincera.

—¿Se fue el señor Garden con ellos?

—Llegaron sin él; pero volvieron con el señor Garden, señora. El hombre, que no era el señor Garden, mató a esta persona que yace aquí. Entonces el señor Garden dijo: «Me han raptado a la fuerza y han matado a esta persona. ¡Pida socorro!».

—¿Y qué hizo usted?

—La señora del cabello oscuro dijo: «Anule esa petición. No necesitamos ninguna ayuda.

Gracias». Por tanto, no hice nada. ¿Obré mal? —preguntó el efecto Rushmore del ascensor.

—Muy mal —dijo Carol, en un susurro—. Tendría que haber conseguido ayuda de cualquier forma.

—¿Puedo hacer algo ahora?

—Sí, llame al Departamento de la Policía de San Francisco y dígales que envíen a alguien aquí. Dígales lo que ha sucedido. Ese hombre y esa mujer raptaron a la fuerza al señor Garden y usted no hizo nada...

—Lo siento mucho, señora Garden —se excusó el elevador.

Volviéndose, Carol caminó rápidamente hacia su apartamento y se sentó nerviosa y confusa a la mesa de la cocina. Aquellos estúpidos y locos circuitos Rushmore, que siempre habían sido tan inteligentes y ahora dejaban de serlo... Todo ello comportaba un trastorno fuera de lo usual, era algo insólito e inesperado. ¿Y qué había hecho ella? No se había comportado mucho mejor. Dormía mientras llegaron y se llevaron a su marido. Aquello olía a la pareja Mc Claim, pensó Carol más detenidamente. Una señora de cabellos oscuros... ¿Cómo podría saberlo, de todos modos?

Sonó el videófono.

Carol no tuvo fuerzas para contestar.

Mesándose los cabellos y la roja barba, Joe Schilling esperaba nerviosamente en el videófono la respuesta a su llamada. «Qué raro —pensó—; quizá esté durmiendo todavía. Pero...».

No sería aquello, no.

Dándose prisa, se puso la chaqueta rápidamente y salió de su apartamento en busca de Max, su viejo coche volador.

—Llévame al apartamento de los Garden —ordenó.

—Puede ir andando —rezongó el coche.

—Vamos, te pondré unas cortinas si eres buen chico, Max.

El viejo auto-auto, con cierta resistencia, se puso en marcha haciendo el camino por la calle. Schilling estaba nervioso, vigilando el lento pasar de los edificios uno por uno, hasta que al fin llegó a San Rafael.

—¿Satisfecho? —dijo el viejo Max.

Los coches de Pete y Carol aparecían estacionados en el bordillo de la acera, según pudo comprobar al salir del suyo. También se veían dos coches de la Policía. Tomando el elevador subió hasta el piso de sus amigos. Encontró la puerta abierta y sin vacilar, entró.

Un vug le salió al encuentro.

—Señor Schilling... —le preguntó el pensamiento radiado del vug.

—¿Dónde están Pete y Carol? —preguntó Joe. Entonces pudo ver a Carol sentada a la mesa de la cocina, con la cara del color de la cera.

—¿Está Pete bien?

—Yo soy E. B. Black —dijo el vug—; probablemente me recuerde usted, señor Schilling. No se preocupe. Capto de sus pensamientos una completa inocencia en todo esto; por tanto, no le molestaremos interrogándole sobre lo sucedido.

Carol levantó la cabeza y miró desolada a su amigo.

—Wade Hawthorne, el detective, ha sido asesinado, y Pete ha desaparecido. Un hombre y una mujer llegaron hasta nuestro apartamento y se lo llevaron, según lo que ha dicho el elevador. Ellos mataron a Hawthorne. Pienso que haya sido Patricia Mc Claim; la Policía ha investigado en su casa y allí no hay nadie. Su coche también falta.

—Pero..., ¿no tienes idea de por qué pudieron haberse llevado a Pete?

—No, no lo sé, ni siquiera sé quiénes son «ellos», realmente.

Emitiendo un pseudópodo, el vug mostró un pequeño objeto a Joe Schilling.

—El señor Garden escribió esta interesante inscripción —dijo el vug—: «Estamos rodeados de vugs por todas partes». Esto, no obstante, no es así, como lo atestigua la

desaparición del señor Garden. La pasada noche el señor Garden llamó a mi colega muerto, el señor Hawthorne, y le dijo que sabía quién había matado a Jerome Luckman. En ese momento, nosotros ya creíamos saber quién era el verdadero asesino, por lo que la noticia no nos interesó. Ahora comprendemos que estábamos en un error. El señor Garden no dijo el nombre del asesino, desgraciadamente; porque mi compañero se negó a escucharlo. —El vug se quedó callado unos instantes—. Mi compañero ha pagado bien cara su omisión.

—E. B. Black piensa que quien fuera el que mató a Luckman vino a apoderarse de Pete y en su huida se encontró a Hawthorne —dijo Carol.

—Así es, señora —confirmó el vug—. He obtenido una preciosa información de la señora Garden. Por ejemplo, he sabido a quién vio anoche el señor Garden. Un psiquiatra que reside en Pocatello, en Idaho, fue el primero. También a Mary Anne Mc Claim, a quien no hemos podido localizar, porque el señor Garden estaba borracho y confuso. Él le dijo a la señora Garden que el asesino del señor Luckman no era una persona, sino las seis personas del grupo Pretty Blue Fox, las que tenían la memoria defectuosa atacada de amnesia. Esto, naturalmente, le incluía a él mismo. ¿Tiene usted algún comentario que hacer, señor Schilling?

—No —repuso Joe.

—Esperamos que el señor Garden esté vivo —dijo finalmente el vug E. B. Black. Por la entonación de tales palabras, no parecía hallarse muy seguro.

XII

Patricia Mc Claim captó los aterrados pensamientos de su hija. En el acto se dirigió a Rothman.

—Rothman, estamos infiltrados por el enemigo. Mary Anne lo dice así.

—¿Es cierto? —preguntó Rothman, el tipo de ojos duros, de aspecto anciano y que tomaba asiento en el sitio principal, como jefe de la reunión.

Mirando en la mente de Pete Garden, Patricia captó la memoria de su visita al doctor Philipson y la extraña sensación de falta de peso y de falta de gravitación sufrida por Pete en la consulta de Pocatello cuando marchaba por el corredor.

—Sí —dijo Patricia—. Mary tiene razón. *Ha estado en Titán.*

Patricia se volvió a los premonitores del grupo allí reunido, David Mutreaux y su propio marido.

—¿Qué creen que puede ocurrir?

—Una situación variable —murmuró Allen preocupado—. Es algo borroso.

—Su hija se dispone a hacer algo que nos resulta imposible decir —dijo Mutreaux con voz ronca.

—Tengo que marcharme de aquí —anunció Mary Anne a todos. Se levantó con la mente invadida por el terror—. Estoy bajo la influencia de los vugs. Ese doctor Philipson... Pete tenía razón. Me preguntó lo que vi en el bar de Pocatello y pensé que estaba alucinado. Pero no era mi temor lo que estaba captando. Vio la realidad. —Y comenzó a caminar hacia la puerta del motel—. Debo marcharme lejos de aquí. Soy peligrosa para la Organización.

Conforme Mary Anne se dirigía hacia la salida, Patricia conminó con urgencia a su marido:

—¡La pistola de agujas de fuego! ¡Tírale con una carga baja para que no resulte herida! ¡Pronto!

—La detendré —dijo Allen apuntando cuidadosamente a la espalda de su hija. Mary Anne se volvió por un instante y vio el arma en manos de su padre.

De pronto, el arma se escapó de las manos de Allen, saltó por el aire y fue a estrellarse contra la pared.

—Un efecto poltergeist —dijo Allen atónito—. No podemos detenerla.

Patricia, que también había echado mano de la suya, sintió igualmente que su mano temblaba, luchó por retenerla y acabó por escaparse de sus dedos.

—¡Rothman! —exclamó apelando al jefe de la reunión—. Pídele que se detenga...

—Deje mi mente en paz —pidió Mary Anne a Rothman.

Pete Garden, que se había puesto de pie, echó a correr tras Mary Anne. La chica le advirtió en el acto.

—¡No! —gritó Patricia a su hija—. ¡No lo hagas!

Rothman tenía los ojos cerrados, concentrando su mente en Mary Anne. Pero súbitamente, Pete Garden comenzó a ascender por el aire, como un muñeco roto, trenzando en el espacio una fantástica danza, como si estuviese desprovisto de esqueleto. Fue elevado por el aire hacia la pared más próxima mientras Patricia gritaba a su hija. La figura suspendida en el aire vaciló y se introdujo en la pared, pasando a través de ella hasta quedar sólo los brazos fuera, proyectados de una forma absurda.

—¡Mary Anne! —gritó nuevamente su madre—. *¡Por amor de Dios, hazle volver!*

Mary Anne se detuvo en la puerta del motel, presa de pánico, vio lo que había hecho con Pete Garden, la expresión de las facciones de su madre y el horror de todos los componentes de la reunión. Rothman, enfocando todo su poder sobre ella, trataba de persuadirla. También pudo comprobarlo. Y entonces...

—Gracias a Dios —dijo Allen como en un respiro. De la pared donde estaba incrustado, Pete Garden volvió a salir nuevamente y cayó poco a poco hecho un ovillo sobre el piso; se incorporó casi en el acto y permaneció sacudiéndose la cabeza mirando a Mary Anne.

—Lo siento —dijo la chica, suspirando.

—Mantenemos aquí la posición dominante, Mary Anne, puedes creerlo —dijo Rothman—. Aun en el caso que ellos lo hayan conseguido. Examinaremos a todos los miembros de la Organización, persona por persona. ¿Qué tal si comenzamos por ti? —Y dirigiéndose a la madre, le dijo—: Intenta descubrir hasta que grado han penetrado en ella.

—Lo estoy haciendo —respondió Patricia—. Pero es en la mente de Pete Garden donde encuentro lo más importante de todo.

—Quiere marcharse con Mary Anne —dijeron casi al unísono Mutreaux y Allen.

Rothman se levantó dirigiéndose hacia donde se hallaba Pete Garden.

—Ya ve usted nuestra situación, nos hallamos en un desafío desesperado con los titanios y perdiendo terreno con ellos a pasos de gigante. Influya sobre Mary Anne para que se quede y volvamos a ganar lo perdido; debemos hacerlo, o todos estamos en peligro.

—Yo no puedo obligarla a nada —dijo Pete, pálido y temblando de pies a cabeza, casi incapaz de hablar.

—Nadie puede hacerlo —dijo Patricia, y su marido lo confirmó con un movimiento de cabeza.

—A ustedes, los psicokinéticos —dijo Rothman dirigiéndose a Mary Anne—, testarudos y voluntariosos, nadie puede decirles nada.

—Vamos, Pete —dijo Mary Anne—. Debemos marcharnos lejos de aquí; estamos de más tú y yo; ellos se nos han infiltrado peligrosamente, y es demasiado peligroso continuar en esta situación. —Y el rostro de la chica estaba marcado por la fatiga y el desaliento.

—Quizá tengan razón, Mary Anne —le dijo Pete—. Tal vez sea un error marcharse ahora. ¿No crearía eso una separación en vuestra Organización?

—Realmente ellos no me necesitan —contestó la joven—. Yo soy débil, esto lo demuestra. No puedo resistir a los vugs. Malditos vugs, los odio... —Y en los ojos de la chica aparecieron unas lágrimas de rabia e impotencia.

—Garden —dijo Mutreaux, el premonitor—, puedo predecir una cosa: si usted se marcha de aquí, solo o con Mary Anne, su coche será interceptado por la Policía. Sé que un policía se dirige hacia usted, su nombre es... —Mutreaux vaciló.

—E. B. Black —dijo Allen, también premonitor, acabando la frase iniciada por Mutreaux—. Es el compañero de Hawthorne, agregado a la División de Policía de la Agencia

de Refuerzo y Enlace de la Costa Occidental. Uno de los mejores elementos de los que disponen.

Rothman aprobó con un gesto.

—Llevemos este asunto con cuidado —dijo Rothman—. Vamos a ver, ¿en qué momento, precisamente, la autoridad vug ha penetrado en nuestra Organización? ¿Anoche, tal vez? ¿Anteanoche? Si podemos establecer este hecho, puede que podamos continuar adelante haciendo algo útil. No creo que hayan calado muy hondo, al menos a mí no han llegado ni tampoco a ninguno de los telépatas, de los cuatro que están ahora presentes en esta habitación, y un quinto se halla en camino. Nuestros premonitores también se hallan libres, al menos así parece.

—Está usted tratando de influenciarme, Rothman —dijo Mary Anne, quien de todos modos, acabó volviendo al lugar que antes había ocupado—. Puedo sentir como trabaja su mente.

Rothman se dirigió a Pete Garden.

—Yo soy una muralla contra los vugs, señor Garden, y les llevará mucho tiempo antes que puedan infiltrarse en mi persona. —Su cara de cuero arrugado, aparecía impasible—. Este es un temible descubrimiento hecho hoy aquí; pero nuestra Organización puede superarlo. ¿Qué le parece, Garden? Tendrá usted que necesitar nuestra ayuda. Para un individuo solo, la cosa es distinta.

Pete afirmó con un gesto, sombríamente.

—Tenemos que matar a E. B. Black —dijo Patricia.

—Sí —convino Dave Mutreaux—. Estoy de acuerdo.

—Con calma, señores —dijo Rothman—. Nunca hemos matado a un vug. Haber matado a Hawthorne ya es un problema suficientemente peligroso, aunque necesario. Tan pronto como destruyamos a un vug, a cualquiera de ellos, se les hará evidente, no sólo que existimos, sino cuáles son nuestras intenciones finales. ¿No les parece? —Miró a su alrededor buscando confirmación a sus palabras.

—Pero ellos ya están advertidos acerca de nuestra Organización —advirtió Allen Mc Claim—. Han podido infiltrarse profundamente en nosotros, sin conocer nuestra Organización. —Su voz era aguda, al borde de la exasperación.

La telépata Merle Smith habló desde el sitio que ocupaba en un rincón, por primera vez desde que comenzó la discusión.

—Rothman, he estado explorando la mente de cada una de las personas que se encuentran en este motel, y no existe indicación que nadie haya penetrado en nuestra Organización, incluyendo a Mary Anne y al no-psiónico Pete Garden, a quien ella deseó traer aquí, si bien existe un área particularmente inerte en la mente de Mutreaux, en la cual debería rebuscarse bien. Deseo que todos los demás telépatas lo hagan, y ahora.

Inmediatamente, Patricia dirigió toda su atención hacia Dave Mutreaux.

Descubrió que Merle estaba en lo cierto, existía una anomalía en la mente de Mutreaux, que implicaba un factor desfavorable a los intereses de la Organización.

—Mutreaux —dijo Patricia—, puede usted volver sus pensamientos hacia...

Resultaba difícil darle un nombre a aquello. Ella tenía en sus cien años de práctica de investigación telepática, una experiencia extraordinaria de tal facultad; pero jamás se había tropezado con un caso parecido. Embrollada y excitada por la intriga que le producía el fenómeno, rebuscó en los niveles profundos de la psique de Mutreaux, en los síndromes involuntarios y reprimidos del premonitor allí reunido con ellos, y que hubiesen sido excluidos como parte de su ego y de la parte autocontrolada de su subconsciente.

En su búsqueda telepática, se encontró en una zona de caminos ambivalentes, dentro de una nebulosa situación de deseos, ansiedades, dudas entremezcladas y deseos de su libido de naturaleza fantástica. No resultaba nada agradable tal zona de su mente, aunque ella ya estaba acostumbrada. Cada percepción u observación captada por Mutreaux, se hallaba allí, insertada como algo imperecedero, en una especie de otra media vida, alimentándose de su energía

psíquica.

Mutreaux no podía ser responsable de tal cosa. Era algo en contraposición con todas las cosas que el propio Mutreaux creía consciente y deliberadamente. Y en abierta oposición a los objetivos de toda su vida.

—Esa zona de su mente —concluyó Patricia— es algo que no es posible explorar. ¿Puede usted controlarla, Mutreaux?

—No puedo comprender qué está siendo discutido —dijo Dave con una expresión de asombro en sus facciones—. Todo en mí se halla abierto hacia ustedes, de lo que estoy seguro; yo no oculto nada en absoluto de forma deliberada.

En aquel momento, Patricia consiguió entrar en aquella zona misteriosa de la mente de Mutreaux, convirtiéndose así en una premonitora temporalmente; resultaba una fantástica sensación el sentirse dueña de tal facultad, además de la que le era usual. Pudo captar, como una serie de engranajes, secuencias viables de posibilidades-tiempo, cada una de ellas, impidiendo o evitando el juego de las otras. En algunas, Patricia pudo ver, aterrada, secuencias increíblemente sospechosas...

«Mi propia hija», pensó Patricia... Así es posible que también pudiera descubrir esto en ella. Posible, aunque poco probable. La mayoría de las secuencias mostraban un *acercamiento* con Mary Anne, y una tendencia a la separación y escisión del grupo, más bien que a su expansión. Por añadidura; vio en un instante, una escena en que los telépatas de la Organización penetraban en Mutreaux. Y sin duda, el propio Mutreaux estaba advertido de aquello, puesto que tal escena existía en su consciente. ¿Pero por qué? ¿Qué podría haber asegurado a Mutreaux sobre tal cosa? ¿O qué es lo que pudo descubrir?

Los pensamientos de Mutreaux se volvieron difusos, un instante después.

—Se está usted evadiendo —advirtió Patricia, mientras miraba con una señal a Merle y los otros telépatas de la reunión—. Es la llegada de Don —les dijo. Don era el telépata que faltaba a la cita, en camino al motel desde Detroit, y que podría llegar en cualquier momento—. En el área de premonición de Mutreaux existe una secuencia, en la cual, Don, cuando llegue aquí estará en condiciones de huronear lo que implica tal zona de evasión, pudiendo, por tanto, abrirla y explorarla a fondo. Y... —Patricia vaciló pero los otros tres telépatas recogieron su pensamiento, de todos modos.

«Y destruirá a Mutreaux por tal causa», pensó.

Pero..., ¿por qué? No existía nada que sugiriera el poder de los vugs acerca de él, era algo distinto, y que la tenía totalmente desconcertada.

¿Sería cierto que Don pudiera hacerlo? No, sólo probable. Y, ¿cómo se sentiría Mutreaux, sabiendo aquello, sabiendo que su muerte era inminente? *¿Qué haría un premonitor bajo tales circunstancias?* Pues lo mismo que otra persona cualquiera, descubrió Patricia, rebuscando en la mente de Mutreaux. Correr, escapar.

Mutreaux poniéndose en pie, dijo apresuradamente:

—Debo volver al área de Nueva York. Tengo miedo. —Sus modales eran tranquilos, aunque ocultaba lo contrario en su interior—. Lo siento, señores, no puedo continuar aquí —concluyó dirigiéndose a Rothman.

—Don es nuestro mejor telépata —comentó Rothman—. Tendré que rogarle que se quede hasta que venga. La sola defensa de nuestra Organización son nuestros cuatro telépatas, contra la penetración de la que hemos sido objeto. Ellos podrán profundizar en la cuestión y decirnos lo que ocurre. Por tanto, es preciso que se siente y espere, Mutreaux.

Y éste volvió a tomar asiento nuevamente.

Pete Garden escuchó, con los ojos cerrados, la discusión entre Patricia Mc Claim, Mutreaux y Rothman. Era algo terrible aquella Organización Secreta surgida entre ellos y la civilización titania, acerca de su dominación sobre los humanos y lo que implicaba, donde se perdían los pensamientos confusos de Garden, no repuesto todavía de la última noche, de la forma en que había sido raptado a la fuerza de su propia casa y de la muerte brutal y repentina

del detective Hawthorne... Deseó de todo corazón saber si Carol se hallaría bien, en aquellos momentos. «Dios —pensó Pete Garden—, es preciso salir de esta situación». Pensó en el momento en que Mary Anne con su facultad telekinética le había proyectado como un objeto flotante a través del muro y soltado después, por alguna razón que le resultaba desconocida, en el último momento. «Sí, siento horror de esta gente —se dijo a sí mismo—. De todos ellos y de sus facultades...».

En un momento determinado, Pete Garden abrió los ojos.

En la habitación del motel, discutiendo en voz casi inaudible, aparecieron sentados nueve vugs. Y sólo un ser humano sentado junto a ellos. Dave Mutreaux. Dave Mutreaux y él mismo en contraste con aquellos seres de otro mundo. Algo imposible y sin esperanza. Procuró no hacer ningún movimiento, mirando fascinado a los vugs.

Uno de los vugs —uno que hablaba con la voz de Patricia Mc Claim— dijo en forma agitada:

—¡Rothman! Acabo de captar un increíble pensamiento de Garden...

—Y yo también —dijo otro de los vugs, confirmándolo—. Garden nos percibe a todos, en este momento... —Y vaciló—. Nos está viendo, a excepción de Mutreaux, *como* vugs.

Se produjo un profundo silencio.

El vug que hablaba con la voz de Rothman, dijo entonces:

—Garden... Entonces es que la penetración en nuestro grupo ha sido completa excepto por parte de Mutreaux, al menos..., ¿no es cierto?

Pete calló.

—¿Cómo podemos considerarlo? —continuó diciendo el vug que se llamaba a sí mismo Rothman—. ¿Cómo podemos continuar así? Estamos perdidos, si han de creerse las percepciones de Pete Garden. Debemos tratar esto racionalmente, posiblemente haya alguna esperanza. ¿Qué dice usted, Mutreaux? Si Garden tiene razón, usted es el único y auténtico terrestre que hay entre nosotros.

—No comprendo nada de todo esto —dijo Mutreaux—. Pregúntenle a él, no a mí.

—¿Bien, señor Garden? —dijo el vug Rothman con calma—. ¿Qué tiene usted que decir?

—Responde, por favor —dijo Patricia, rogando—. Pete, en nombre de todo lo que hay de más sagrado...

—Pienso —dijo finalmente Pete Garden— que usted conoce de sobra, ahora, lo que hay en Dave Mutreaux y que sus telépatas no han podido acabar de explorar. Él es un ser humano y ustedes no lo son. Y cuando llegue ese último telépata...

—Destruiremos a Mutreaux —afirmó resueltamente la voz del vug Rothman.

XIII

—Deseo comunicarme con el abogado Laird Sharp —pidió Joe Schilling al circuito homeostático del videófono—. Debe hallarse en este momento en cualquier lugar de la Costa Occidental, es todo lo que sé.

Era pasado el mediodía en aquel momento. Pete Garden no había vuelto a casa y Joe Schilling creía comprender que no volvería. No había la menor probabilidad de tomar contacto con otros miembros del grupo Pretty Blue Fox, y Pete no estaba con ninguno de ellos. El que le hubiera raptado se hallaba fuera del grupo.

Si se había establecido ya la identidad de este problema, si es que lo hicieron los Mc Claim, pensaba Joe, entonces, *¿por qué?* Y el asesinato del detective Hawthorne, un error, cualesquiera fuesen sus razones. Nadie podría convencerle de la rectitud de tal acción. Yendo en busca de Carol, le preguntó:

—¿Qué tal te encuentras?

Carol estaba sentada junto a la ventana, observando la calle y ensimismada en sus pensamientos.

—Me encuentro bien, Joe.

El detective E. B. Black había salido temporalmente fuera del apartamento, y así Joe cerró la puerta del dormitorio. Se dirigió a Carol.

—Sé algo acerca de los Mc Claim, que la Policía desconoce.

—Dímelo, Joe —le rogó Carol levantando los ojos hasta él.

—Creo que Patricia Mc Claim está mezclada en alguna actividad extralegal, y que lo ha estado aparentemente desde hace algún tiempo. Esto tiene que ver, sin duda alguna, con el asesinato del detective Hawthorne. Estoy haciendo una suposición y creo que está íntimamente conectado todo esto con su personalidad de psiónica. Y su marido también. Aparte de esto, no puedo imaginar mucho más. No puedo imaginar por qué han matado a un policía. Considera ahora con lo que se enfrentan: a todo el país buscándoles sin tregua, mediante todas las agencias de la fuerza policial. Tienen que estar desesperados. —«O ser unos fanáticos», pensó—. No hay cosa que la Policía odie más que al asesino de uno de sus miembros. Es la cosa más estúpida que puede cometerse. Sí, una acción fanática y estúpida. Una mala combinación...

El videófono sonó y el circuito Rushmore avisó a Schilling.

—Al habla su llamada, señor Schilling. El abogado Laird Sharp.

Joe Schilling se situó frente a la pantalla.

—Laird —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el abogado.

—Tu cliente Pete Garden ha desaparecido. —Y le explicó con voz tensa y brevemente lo ocurrido en la mañana.

—Yo tengo personalmente una desconfianza intuitiva de la Policía —continuó Schilling—. Por alguna razón especial, creo que no intentan resolver este asunto. Puede ser que tenga la culpa el vug E. B. Black. —Allí se manifestaba sin duda la instintiva aversión a todo lo terrestre, pensó Joe.

—Hum... —respondió Sharp—. Vamos a Pocatello. ¿Cómo me dijiste que se llama ese psiquiatra?

—Philipson —respondió el viejo Schilling—. Es mundialmente famoso. ¿Qué esperas sacar en claro con él?

—No lo sé todavía. Pero tengo una sospecha fundamentada. Ahora mismo vuelo a San Rafael, espérame que estaré ahí dentro de pocos minutos. Ahora estoy en San Francisco.

—De acuerdo, te espero —dijo Joe, y cortó la comunicación.

—¿Dónde vas ahora, Joe? —preguntó Carol con miedo en la mirada de sus bellos ojos—. ¿Qué piensas hacer con el abogado de Pete?

—Por el momento voy a buscar una pistola —contestó Schilling.

Cerró la puerta tras él y salió precipitadamente. Con una tenía bastante, puesto que sabía que a Sharp nunca se le caía del bolsillo la suya.

—Anoche me dijo Pete unas cosas muy extrañas en el videófono —dijo Joe, mientras volaban hacia el nordeste en el coche volador de Sharp, el abogado—. Primero, que las cosas parecían encaminarse a matarle a él, en igual forma que lo habían hecho con Jerome Luckman. Y que había que tener un especial cuidado con su mujer. —Mirando a Sharp, continuó—: Y afirmó que el doctor Philipson es un vug.

—¿De veras? —dijo Sharp—. Hay vugs por todo el planeta.

—Pero sé algo más con respecto a ese doctor Philipson —siguió Schilling—. Leí muchos de sus artículos y de su técnica terapéutica. Nunca se ha hecho mención alguna que fuera un habitante de Titán. Hay algo que va mal en todo esto. No creo que Pete viese a Philipson, más bien creo que vio otra cosa o a otra persona. Un hombre como Philipson no está a la mano para verle en medio de la noche, como a otra persona cualquiera. ¿Y dónde pudo conseguir Pete los ciento cincuenta dólares que recordó perfectamente haber pagado a Philipson por su minuta? Yo sé que Pete nunca lleva dinero encima. Ningún Notario de Juego lo hace nunca,

ya que manejan títulos de propiedad y tienen crédito abierto especial en todas partes, y no dinero en efectivo. El dinero es sólo para nosotros, los no jugadores de La Partida.

—¿Dijo que había *pagado* a ese doctor? —preguntó Sharp—. A lo mejor tenía a mano unos billetes por tal suma de dinero, o más seguramente le fue presentada una factura por ese importe.

—No, Pete me dijo que le había pagado anoche y que su dinero había valido la pena. En las condiciones en que se encontraba Pete, borracho, estimulado por las drogas y bajo la influencia de una fase maníaca a causa del embarazo de su mujer, no hubiera podido saber nada de lo que hacía, ni recordar a nadie, ni el lugar en que hubiera podido hallarse. —Joe sacó la pipa y la bolsa del tabaco—. Todo este episodio suena a algo muy extraño. Pete pudo haberse hallado alucinado temporalmente; pero esos datos concretos pueden conducirnos a una pista muy interesante.

—¿Qué es lo que le echas a esa endiablada pipa, Joe? —preguntó el abogado—. ¿Todavía no te has decidido a emplear un tabaco decente?

—Ah..., es una nueva mixtura llamada «perro ladrador»; pero no te preocupes que no muerde.

Sharp se limitó, a hacer una mueca de buen humor.

La clínica psiquiátrica del doctor Philipson en Pocatello, estaba situada en las afueras de la ciudad, en un terreno amplio de forma rectangular rodeado de césped y árboles y en la parte trasera una rosaleda muy bien cuidada. Sharp hizo tomar tierra a su coche volador en el camino de grava que conducía hacia la puerta principal del edificio. El lugar, en calma y muy bien cuidado, aparecía desierto. Sólo se veía un coche estacionado, el del propio doctor Philipson.

Un lugar lleno de tranquilidad y de paz, pensó Schilling; pero enormemente costoso a juzgar por la apariencia. La rosaleda le atrajo y se dirigió hacia ella, aspirando el delicado perfume de las múltiples variedades allí cultivadas. Una máquina homeostática regadora paseaba lentamente por el inmenso jardín cuidando de su riego y conservación. Un lugar maravilloso para una cura de reposo, pensó Schilling, donde él debería seguramente venir por una temporada, si pudiera pagarlo. Se fijó en que a cierta distancia, un borriquito de pelaje gris estaba amarrado a un poste, sacudiendo lentamente la cabeza.

—Mira —le dijo al abogado—. Dos ejemplares de las rosas más bellas jamás obtenidas. La «Paz» y la «Estrella de Holanda». En el siglo XX fracasaron siempre al querer conseguir nueve puntos de color en los pétalos centrales —explicó a su amigo—. Y aquí la tienes... Es maravillosa. Aquí puedes ver esta otra, bautizada con el nombre de «Viajera del espacio» —dijo señalando a una de color naranja y blanco—. Y «Nuestra Tierra». —Aquella era una rosa roja tan oscura que parecía virtualmente negra con manchas de color más claro entre los pétalos.

Mientras se hallaban contemplando «Nuestra Tierra» se abrió la puerta de la clínica y apareció en ella un hombre calvo, de bondadosa mirada, y ya entrado en años.

—¿Puedo serles útil, caballeros? —preguntó amablemente.

—Veníamos en busca del doctor Philipson —dijo Sharp.

—Soy yo. Me temo que la rosaleda necesite de más cuidados. He podido ver ya varias grefi en algunos rosales. —Y señaló a un grupo de rosas de un arbusto próximo—. La grefi es una polilla procedente de Marte.

—¿Dónde podríamos tener el gusto de charlar con usted? —preguntó Joe Schilling.

—Aquí mismo —dijo el doctor Philipson.

—¿Vino a visitarle el señor Pete Garden la noche pasada?

—Sí, ciertamente —respondió el médico—. Y me llamó por el videófono después, a hora muy avanzada.

—Pete Garden ha sido raptado de su domicilio —explicó Schilling—. Sus raptores mataron a un policía mientras le sacaban a la fuerza de su apartamento, por lo que suponemos que la cosa debe ser muy seria.

La sonrisa que animaba la cara del médico se desvaneció, como por encanto.

—También eso... —Y el anciano doctor miró a uno y después al otro—. Yo estaba en cierta forma preocupado por algo de lo que le ocurría. Primeramente la muerte de Luckman, y ahora seguida por esa del detective. —Hasta entonces había tenido la puerta de la clínica abierta y repentinamente cambió de idea—. Quizá sea conveniente que hablemos sentados en el coche, mejor que en mi clínica —dijo—. Así nadie podrá oírnos. —Y el médico se dirigió al estacionamiento—. Hay diversos aspectos de esta cuestión que me gustaría discutir con ustedes.

Siguiendo al médico, Schilling y el abogado tomaron asiento en el coche volador del doctor Philipson.

—¿Cuál es su relación con el señor Garden? —preguntó a Schilling.

Joe se lo relató brevemente.

—Es posible que nunca vuelva a ver vivo a Garden. Lamento mucho tener que decir esto; pero es casi cierto que esto vaya a ocurrir. Traté de advertírselo.

—Ya lo sé, me lo dijo a mí —contestó Joe.

—Yo apenas si sabía nada de Pete Garden —continuó el médico—; nunca le había visto antes en mi vida, y me resultaba difícil establecer una adecuada historia de su pasado; porque anoche estaba completamente borracho, enfermo y asustado. Me telefoneó a casa, cuando yo me había ya acostado. Le encontré en la ciudad baja, en un bar. No recuerdo ahora como se llama ese bar. Era en el que se había detenido a beber y a emborracharse. Con él había una joven muy atractiva; pero ella no entró en mi consulta. Garden se hallaba en un creciente estado de alucinación y necesitaba una rápida ayuda psiquiátrica. Naturalmente, yo no podía suministrársela a medianoche y en un bar.

—Su temor, era de los vugs —comentó Schilling—. Pete creía que ellos se encuentran... rodeándonos muy de cerca por todas partes.

—Sí, ya pude comprobarlo. Me expresó tales temores. Varias veces y de diversos modos. Resultaba impresionante. Una de las veces, me mostró un trozo de cartulina que había escrito y que se había escondido en el zapato. —El médico miró a sus dos interlocutores—. ¿Qué es lo que ustedes saben en este momento de los problemas internos de Titán?

Tomado por sorpresa, Joe Schilling respondió:

—Pues lo cierto es que nada.

—La civilización actual de Titán —continuó el médico— está agudamente dividida en dos facciones. La razón, que yo sepa, es muy simple: ahora tengo en mi clínica a varios titanios, que ostentan cargos importantes en la Tierra. Son personas que siguen tratamientos psiquiátricos conmigo. Esto es algo, en cierto modo, poco ortodoxo; pero he descubierto que puedo manejarme con ellos bastante bien.

—¿Es por esta razón por la que ha querido hablar con nosotros dentro de su coche? —preguntó astutamente el abogado.

—Sí —dijo Philipson—. Aquí, nos hallamos fuera de su facultad telepática. Los cuatro que hay ahí dentro, son moderados, políticamente hablando. Es la fuerza dominante en los asuntos políticos de Titán y lo ha sido durante décadas. Pero existe también un partido partidario de la guerra, una facción de extremistas. Su poder ha ido creciendo; pero nadie, ni incluso los mismos titanios, saben hasta donde llega esa fuerza política actual. En cualquier caso, su política hacia la Tierra es hostil. Tengo una teoría sobre el particular. No puedo demostrarlo; pero lo he apuntado en diversos trabajos realizados. Creo..., sólo es una suposición, naturalmente, ténganlo en cuenta, que los titanios, bajo la instigación del partido amante de la guerra, están atacando nuestro índice de fertilidad humana. Haciendo uso de cierta técnica avanzada, los titanios son los responsables de mantener bajo el índice terrestre de la natalidad.

»Por lo que respecta a Luckman —continuó el médico—, supongo que fue asesinado directa o indirectamente por los titanios; pero no por las razones que pueden creerse a primera vista. Es cierto que intentaba apoderarse de California, tras haberlo hecho con la costa oriental del país, y que esto hubiera terminado en una absoluta dominación económica en la costa del

Pacífico como ya lo hizo en Nueva York. Pero esa no es la causa de haber sido eliminado por los titanios. Probablemente han tratado de hacerlo desde hace ya muchos meses, quizá años, habiéndolo logrado ahora al abandonar su seguro refugio y viniendo a Carmel a La Partida, donde ya no cuenta con un equipo de personas de talento psiónico que le protegiera.

—Bien, pero en concreto, ¿por qué le mataron? —preguntó Joe Schilling.

—A causa de su *suerte* —replicó el médico—. Por su extraordinaria fertilidad. Su gran habilidad para tener hijos. Eso es lo que seriamente amenaza a los titanios, y no sus éxitos económicos en La Partida, los cuales les importaban un ardite.

—Ya veo —murmuró el abogado, pensativo.

—Y cualquier otro ser humano que tenga *suerte*, sería tenido igualmente en cuenta para ser hecho desaparecer de igual manera. Y ahora, escuchen. *Algunos humanos saben esto o lo sospechan.* Existe una Organización, basada en los prolíficos Mc Claim de California, de los que quizá ustedes habrán oído hablar; son Patricia y Allen Mc Claim. Tienen tres hijos. Por tanto, sus vidas están en grave peligro. Pete Garden ha demostrado su facultad de tener hijos también y pone así a su reciente esposa en la picota, y, por tanto, le advertí a tiempo. Le advertí que tuviese cuidado porque tendría que encararse con una situación en la que muy poco tiene que hacer personalmente. Yo lo creo así firmemente. Y... —La voz del doctor Philipson se hizo más tensa—. Creo que la Organización formada alrededor de los Mc Claim es inútil y poco peligrosa. Es muy posible que ya esté penetrada por las autoridades titanias de la Tierra, que resulta altamente eficaz en esta suerte de asuntos. Trabaja a su favor su facultad telepática, resultando casi imposible ocultarles cualquier cosa, ya sean secretos militares, políticos o de carácter patriótico. Es difícil, como digo, mantener tales secretos guardados por mucho tiempo.

—¿Se halla usted en contacto con la facción moderada? —preguntó Joe Schilling—. A través de sus pacientes, quiero decir.

El médico vaciló antes de responder.

—Pues..., en cierto modo, sí, dentro también de escasos límites. En general he discutido tal situación algunas veces, con ocasiones de sus tratamientos terapéuticos.

—Creo haber descubierto lo que veníamos buscando —dijo Joe al abogado—. Sabemos ahora donde se encuentra Pete, quién le raptó y quién mató al detective Hawthorne. Es la Organización Mc Claim, se llame como se llame. Y dondequiera que se encuentre.

—Sus explicaciones han sido interesantes en extremo, doctor —apuntó astutamente el abogado—. Hay otra cuestión que considero del mayor interés, igualmente y que aún no ha surgido hasta el momento.

—¿De qué se trata? —preguntó Philipson.

—Pete Garden creyó que usted era un vug —dijo firmemente Sharp.

—Sí, ya me di cuenta —dijo en respuesta el médico—. Traté de explicarle en cierta forma la alucinación sufrida. A un nivel intuitivo de su subconsciente, Pete Garden percibió la peligrosa situación de la que hemos hablado. Sus percepciones, sin embargo, estaban distorsionadas, constituyendo una mezcla de telepatía involuntaria y de proyecciones mentales, añadiendo a esto su estado particular de ansiedad...

—¿Es usted un vug? —preguntó Sharp a quemarropa.

—Por supuesto que no —respondió el médico bruscamente.

El abogado se dirigió al efecto Rushmore del coche volador y le preguntó en el acto:

—¿El doctor Philipson, es un vug?

—El doctor Philipson es un vug, en efecto —contestó el aparato.

La respuesta la había dado el propio coche del médico.

—Doctor —dijo Schilling—. ¿Tiene usted algo que objetar a esto? —Y le apuntó con un viejo pero eficiente revólver del 32—. Me gustaría oír su comentario, por favor.

—No hay duda que ha sido una falsa declaración establecida por el circuito Rushmore del coche —explicó Philipson—. Pero admito que hay algo más de cuanto les he referido. Yo soy

parte de la Organización formada alrededor de los Mc Claim.

—¿Es usted un psiónico? —preguntó Joe.

—Así es —afirmó Philipson con un movimiento de cabeza—. Y la chica que estaba anoche con Pete Garden es también miembro, Mary Anne Mc Claim. Ella y yo conferenciamos brevemente en relación con la política a seguir con Pete Garden. Ella fue quien arregló las cosas para que yo le viera, pues a tales horas de la noche, yo suelo estar...

—¿Cuál es su facultad psiónica? —preguntó a su vez Sharp, también apuntándole con su pistola del 22.

El doctor Philipson miró a uno y después al otro.

—Pues del tipo más bien fuera de lo usual. Se sorprenderán cuando se lo diga. Está bastante relacionada con la que posee Mary Anne, una forma de psicokinesis, aunque bastante especializada, en comparación con la suya. Yo soy uno de los extremos de la conexión de dos cabos establecida entre Titán y la Tierra. Los titanios vienen a la Tierra y en ciertas ocasiones algunos terrestres son transmitidos allá, a Titán. Este procedimiento es una mejora en el sistema corriente de vuelo espacial y un método en el que no hay fallos de tiempo. —Y sonrió con benevolencia mirando a sus dos interlocutores—. ¿Puedo mostrarlo a ustedes?

—Dios... —murmuró Sharp—. Mátale.

—¿Lo ven?

La voz del doctor Philipson llegó a oídos de Schilling y Sharp; pero en aquel instante no pudieron distinguir de donde procedía; una cortina de irrealidad se extendió ante sus ojos, privándoles de la conciencia de las imágenes reales de todos los objetos existentes a su alrededor. Como millones de pequeñas pelotas de tenis, en una brillante cascada de puntos blancos, lo fantástico reemplazó a la realidad substancial de las formas habituales. Era, como pensó Joe, una ruptura del acto de la propia percepción. A despecho de sí mismo, se sintió aterrado.

—¡Le tiraré yo! —dijo la voz de Sharp, oyéndose a continuación la descarga sucesiva de una pistola en rápida sucesión—. ¿Le he alcanzado, Joe? Yo... —La voz de Sharp se desvaneció en el vacío y se hizo el más completo silencio.

—Estoy aterrado, Sharp —dijo la voz de Schilling—. ¿Qué nos sucede?

Sin comprender nada, movió las manos en la nada envolvente, rebuscando y palpando con ellas en un inútil esfuerzo la corriente de subpartículas parecidas a las de una desintegración atómica que surgía por todas partes. ¿Sería aquello la infraestructura del Universo? El mundo, al margen del espacio y el tiempo, más allá de todo medio de conocimiento...

Repentinamente, apareció a sus ojos una enorme extensión plana, donde los vugs, inmóviles, aparecían sentados en lugares fijos. ¿O sería que se moverían a una velocidad increíblemente lenta? Era una espantosa sensación de angustia hallarse en aquella nueva situación. Los vugs daban la impresión de intentar moverse; pero el tiempo parecía tener otra categoría distinta a la conocida en la Tierra y continuaban aparentemente en el mismo lugar. ¿Aquello sería para siempre, tal vez? Joe creyó ver incontable número de vugs, sintiéndose incapaz de determinar la extensión de aquella superficie sin horizontes.

—*Esto es Titán* —dijo una voz dentro de su cabeza.

Sin peso, totalmente ingrávido, Joe comenzó a moverse liberado de toda fuerza de gravedad, haciendo desesperados esfuerzos para estabilizar su propio cuerpo. «¡Maldita sea! Aquello era absurdo, él no debería encontrarse allí en semejante situación...».

—¡Auxilio! —gritó en el vacío que le rodeaba—. ¡Sáquenme de aquí! ¿Dónde estás, Sharp? ¿Qué nos ha ocurrido?

Ninguna respuesta. Sus palabras se perdieron en la nada.

Entonces creyó sentirse caer con una mayor celeridad. Nada detenía su caída, con referencia a lo usual; pero no obstante, allí estaba, comprobando tan increíble experiencia.

A su alrededor se formó el enorme hueco de una gigantesca cámara, una vasta extensión cerrada de carácter nebuloso y en toda su extensión, frente a él, de cara a un enorme tablero, aparecían sentados los vugs. Contó hasta veinte de ellos, y dejó de contar; los vugs se

hallaban por todas partes frente a él, silenciosos y sin movimiento; pero, no obstante, haciendo algo. Le pareció que se movían constantemente, no pudiendo imaginarse al principio que sería realmente lo que estaban haciendo. Pocos instantes después lo comprendió.

—*Juegue* —le ordenó una onda telepática de los vugs.

El tablero de juego era tan enorme, que sus dimensiones le dejaron petrificado. Sus extremos se desvanecían en la distancia, perdidos en la infraestructura de la realidad en que Joe se hallaba. Pero con todo, directamente frente a él se hallaban los mazos de cartas, claramente distinguibles. Los vugs esperaban, le tocaba jugar su turno.

«Por fin —pensó Joe—, estoy en condiciones de jugar de algún modo y sabiendo como jugar». Aquella partida parecía tan fantástica que no importaba su duración, ni su principio ni fin. ¿Desde cuándo se estaría celebrando? No había forma de saberlo. Tal vez los mismos vugs lo ignoraban también. No, no podría recordarlo.

Joe tiró una carta y resultó ser un 12.

Entonces, era llegado el momento que constituía el corazón de La Partida. El momento de tirarse un farol o dejarlo pasar, y en el cual tendría que avanzar su pieza del tablero o bien doce espacios o ninguno. Pero los vugs podrían leer su pensamiento... ¿Cómo podría jugar La Partida contra ellos? ¡Imposible un juego limpio en tales condiciones!

Pero tenía que jugar, de todos modos.

—*Te hemos esperado mucho tiempo* —le dijo una voz misteriosa en su cerebro—. *Por favor, no continúes haciéndonos esperar más todavía...*

Joe no sabía que hacer. ¿Cuál sería su parte en la banca? ¿Dónde estaban sus títulos de propiedad? Miró a su alrededor y no vio el lugar de la banca, ni nada parecido. Una partida de envite fantástica en que los telépatas participaban con apuestas que no existían... ¡Qué absurda mascarada! Era preciso escapar de allí a toda costa. Pero, ¿habría alguna salida? Imposible hallar respuesta alguna.

Aquello era la reproducción a gigantesca escala del juego de La Partida establecido en la Tierra, para que jugasen los terrestres, comprendió Joe. Pero el comprenderlo, no podía ayudarle en nada, puesto que no existía forma de salir de allí.

Recogió su pieza y comenzó a avanzarla, casilla por casilla, doce espacios adelante. Leyó la inscripción correspondiente:

> *«¡Un filón de oro en tus terrenos! ¡Has ganado cincuenta millones de dólares de beneficio en dos minas productivas!».*

No era preciso el farol, se dijo a sí mismo Joe Schilling. Qué casilla..., la más fabulosa que jamás hubiera podido imaginar. Nunca habría existido tal casilla en los tableros de La Partida, allá en la Tierra...

Colocó la pieza en la casilla y volvió a su lugar.

¿Iría alguno de los vugs a desafiarle? ¿A solicitar la declaración de haberse tirado un farol? Aguardó unos instantes, pero nadie se movió en la infinita fila de jugadores vugs. Ni el menor movimiento. Bien. Estaba dispuesto. Adelante, pues.

—*Es un farol* —dijo una voz.

A Joe le resultó imposible identificar de donde procedía el desafío, le pareció que tal declaración había partido de todos al unísono. ¿Habría fallado la facultad telepática de los vugs en aquel preciso momento? ¿O sería que tal facultad de adivinación se habría puesto de su lado para jugar La Partida?

—Se ha equivocado usted —dijo Joe, mostrando la carta boca arriba.

La carta no era un 12.

Aparecía claramente un 11.

—*Es usted un farolero* —le dijo la corporación de vugs reunida—. *¿Es ésa la forma en que suele usted jugar La Partida?*

—Debo hallarme bajo la tensión nerviosa del momento —explicó Joe—. He debido ver

mal la carta. —Se sentía furioso consigo mismo y aterrado—. Hay algo de falso en todo esto —continuó—. De todos modos, ¿qué es lo que se apuesta en esto?

—*En esta Partida, la ciudad de Detroit* —le respondió la voz conjunta de los vugs.

—No veo el título de propiedad en ningún sitio —respondió Joe, mirando al tablero en todas direcciones.

—*Mire de nuevo* —le ordenó la voz misteriosa.

En el centro de la mesa, vio lo que parecía ser una bola de cristal como un prensapapeles. Alguna cosa compleja y brillante, *viva*, se removía en su interior. Joe se inclinó sobre el globo transparente para comprobarlo de cerca. Era una ciudad en miniatura. Edificios y calles, casas, fábricas...

Era realmente Detroit.

—*La necesitamos inmediatamente* —dijeron a coro los vugs.

Alargando la mano, Joe Schilling movió la pieza una casilla menos.

—Aquí fue donde realmente puse la pieza —dijo.

La Partida explotó.

—He sido estafado —dijo Joe—. Así es imposible jugar. ¿Cómo pueden ustedes garantizarlo? He hecho naufragar La Partida.

Algo le golpeó sobre la cabeza y cayó instantáneamente en la inconsciencia gris de lo desconocido.

XIV

La próxima sensación de Joe Schilling fue la de encontrarse de pie en un desierto, sintiendo la fortificante gravedad de la Tierra sobre su cuerpo una vez más. El sol, cegándole con su luz, le envolvía por todas partes, calentándole físicamente en la manera habitual. Se puso la mano en los ojos tratando de proteger su vista de los cegadores rayos del astro rey.

—No se detenga —dijo una voz.

Abrió los ojos y vio, marchando a su lado a través de la escabrosa arena, al doctor Philipson, el viejo, extraño y pequeño médico psiquiatra de Pocatello, que le sonreía.

—Vamos, continúe marchando —le dijo con voz agradable y en tono familiar—. Siga o moriremos aquí. Supongo que no le gustará la perspectiva.

—¿Quiere explicarme lo sucedido? —preguntó Joe sin salir todavía de su sorpresa, pero caminando como le había indicado el médico. El doctor Philipson, a su vez, caminaba con largos pasos por el desierto arenoso.

—Pues que ciertamente hizo usted saltar La Partida —le dijo Philipson con una risita entre dientes—. La verdad es que nunca se les pudo haber imaginado a ellos que usted cometiera una trampa.

—Ellos me la hicieron primero. ¡Me cambiaron el valor de una carta!

—Para ellos, eso es algo legítimo, como movimiento básico en La Partida. Es un juego favorito para los jugadores titanios, el ejercer sus facultades extrasensoriales sobre la carta, ya que se supone que existe una contienda entre ambos bandos; el que tira la carta lucha para mantener su valor constante, ¿comprende? Al admitir el valor alterado, usted perdió; pero al mover su pieza de conformidad con ella, usted destrozó La Partida.

—¿Y qué ha ocurrido con la banca?

—¿Detroit? —El doctor Philipson soltó una carcajada—. Continúa puesta en la banca, sin que la reclamen. Para que sepa, los titanios creen ciegamente en la correcta continuación de las reglas del juego. No podrá usted creerlo, pero es cierto. Con las reglas, todo, sin ellas, nada. Ahora yo sé lo que harán, continuarán esperando indefinidamente de nuevo para volver a jugar contra usted, aunque supongo que no querrán hacerlo después de lo sucedido. Ha debido ser algo físicamente enervante para ellos. Transcurrirá mucho tiempo antes que se recobren.

—¿Qué facción representaban? ¿La de los extremistas?

—¡Oh, no! Los jugadores titanios de La Partida son excepcionalmente moderados en su pensamiento político.

—¿Y qué hay con respecto a usted mismo?

—Yo admito ser un extremista —dijo el doctor Philipson—. Esa es la causa por la que estoy en la Tierra. —Y a la cegadora luz surgió brillando su arma disparadora agujas de fuego—. Ya casi hemos llegado, señor Schilling. Una colina más y lo verá. Está construido en terreno bajo, para no llamar la atención.

—¿Todos los vugs de la Tierra son extremistas? —preguntó Joe.

—No.

—¿Qué ocurre respecto del detective E. B. Black?

El médico calló.

—No es de su partido —decidió Joe.

El doctor Philipson continuó en silencio.

—Debí haberlo creído cuando tuve la oportunidad —dijo Joe Schilling.

—Tal vez sí —dijo por fin el médico.

Algo más adelante, en la distancia, Joe pudo comprobar la existencia de un edificio de estilo español de tejado bajo y adobes de color amarillento bien ornamentado exteriormente. El *Motel Dig Inn*, pudo leer Joe Schilling en el anuncio de neón, entonces inerte y apagado.

—¿Está aquí Laird Sharp? —preguntó Joe.

—Sharp está en Titán —contestó el doctor Philipson—. Quizá debí haberlo hecho regresar, pero no por ahora, ciertamente. Es una criatura brillante, de cerebro ágil, ese Sharp. —Con un inmaculado pañuelo de hilo blanco, el médico se enjugó la frente, conforme se adentraban ya por la empedrada explanada del exterior del motel—. Debo admitir que no me preocupa mucho, ni tampoco la trampa que ha hecho usted allá en La Partida de Titán. —Pareció entonces tenso e irritado, y Joe se preguntó cual sería la causa.

La puerta del motel estaba abierta y el doctor Philipson se asomó tratando de ver el interior.

—¿Rothman? —preguntó en voz vacilante.

En su lugar apareció la figura de una mujer. Era Patricia Mc Claim.

—Lo siento, llego tarde —comenzó a decir el doctor Philipson—. Pero este individuo y su compañero mostraron tal...

—Ella está fuera de control —dijo Patricia Mc Claim—. Allen no pudo evitarlo. Consiguió escapar. —Y corriendo junto a ellos, pasó de largo y se dirigió hacia el estacionamiento en busca de su coche volador. Segundos después había desaparecido. El doctor Philipson refunfuñó, lanzó una serie de maldiciones y retrocedió de la entrada del motel como si se hubiera sentido aplastado por algún peso misterioso.

En la altura y en pleno cielo de mediodía, vio una mancha blanquecina como un punto brillante subiendo y desapareciendo hacia lo invisible. Subía y subía, lejos de la Tierra, hacia donde nadie pudiera volverla a ver. La cabeza le dolía por el resplandor de la luz y el esfuerzo y se volvió hacia el doctor Philipson.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?...

—Mire —le dijo el médico. Y apuntó con su arma proyectora de agujas de fuego hacia la entrada y la recepción del motel. Joe Schilling se aproximó y miró al interior, sin ver momentáneamente hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad reinante en el salón.

En el suelo yacían retorcidos una serie de hombres y mujeres, mezclados conjuntamente y lanzados allí como monstruos multiformes, y como si hubieran sido descuartizados y apilados en confuso montón, en un imposible revoltijo. Mary Anne Mc Claim estaba sentada en un rincón, acurrucada y con la cara entre las manos. Pete Garden y un hombre de mediana edad, bien vestido y de buena apariencia, a quien Schilling no conocía, estaban de pie a su lado, silenciosos y con los rostros blancos, recubiertos de mortal palidez.

—Rothman —llamó Philipson, mirando fijamente a uno de aquellos cuerpos

desarticulados. Se volvió hacia Pete Garden—. ¿Cuándo? —preguntó.

—Ella lo hizo —murmuró Pete Garden.

—Tuvo usted suerte —dijo el hombre que acompañaba a Pete Garden—. Si hubiera estado aquí, le habría matado igualmente. Es usted afortunado con haber llegado tarde.

El doctor Philipson, temblando de pies a cabeza, levantó su arma de agujas de fuego y apuntó inciertamente a Mary Anne Mc Claim.

—¡No lo haga! —gritó Pete Garden—. Ellos también lo intentaron, y al final...

—Mutreaux —dijo Philipson—. ¿Por qué no hizo ella...?

—Él es un terrestre —dijo Pete Garden—. El único de ustedes que lo es. Por eso, ella no le tocó.

—Lo bueno del asunto —dijo Mutreaux—, y la mejor cosa posible para cualquiera de nosotros, es no hacer nada. Moverse lo menos posible, eso es lo más positivo. —Y mantuvo fija la mirada en Mary Anne—. Ni siquiera erró contra su padre, aunque su madre consiguió escapar. No sé lo que le habrá ocurrido.

—La chica lo ha conseguido también —dijo Philipson—. Hemos esperado, pero no comprendimos bien. —Arrojó el arma, que rodó por el suelo hasta chocar contra una pared. Su rostro estaba gris—. ¿Es que no comprende lo que ha hecho?

—Sí que lo comprende —respondió Pete Garden—. Ella sabe la peligrosidad de sus facultades y de ningún modo quiere volver a emplearlas de nuevo. —Dirigiéndose hacia Joe Schilling, Pete continuó—: Parece ser que no consiguieron controlarla. Ejercieron sobre ella cierta fuerza parcial, que supo eludir. Presencié la lucha, que ha estado desarrollándose aquí, en las últimas horas, hasta que llegó el último miembro de la reunión. —Y apuntó hacia uno de los cuerpos desarticulados y esparcidos por el suelo, un hombre con gafas y cabellos rubios—. Don, según le llamaban ellos. Creyeron cambiar el curso de las cosas, pero Mutreaux lanzó toda su facultad contra ellos. Todo ocurrió rápidamente: en un momento determinado, todos estaban sentados ahí en esa mesa, y al momento siguiente comenzaron a desintegrarse como muñecos rotos. No fue nada agradable presenciarlo; pero, de todos modos, así es como ha ocurrido.

—Es una espantosa pérdida —farfulló el doctor Philipson.

Dirigió a Mary Anne una mirada cargada de odio.

—Bruja... Inmanejable... Nosotros lo sabíamos, pero por culpa de sus padres la aceptamos tal y como era. Bien, tendremos que comenzar desde el punto de partida. Por supuesto, no tengo personalmente nada que temer de ella; puedo volver a mi situación primitiva en Titán cuando lo desee. Presumiblemente, su poder no se extiende hasta tan lejos, y de ser así, es muy poco lo que podemos hacer. Correré el riesgo. Debo hacerlo.

—Creo que podría dejarle en el sitio, si lo deseara en este momento —dijo Mutreaux—. Mary Anne —dijo llamando a la chica que continuaba en el rincón con las mejillas bañadas en lágrimas—, ¿tienes que hacer alguna objeción si este último vug vuelve a Titán?

—No lo sé —respondió desconsolada.

—Tienen a Sharp allá —intervino Joe Schilling.

—Ya comprendo —dijo Mutreaux—. Bien, eso cambia las cosas. —Dirigiéndose a la joven le rogó—: No permitas que Philipson se marche.

—Está bien —contestó la chica.

Philipson se encogió de hombros.

—Es un tanto en favor de ustedes. Bien, esto me gusta. Sharp volverá a la Tierra y yo me iré a Titán. —Su voz tenía una entonación calmosa, pero sus ojos aparecían opacos con la tensión del momento.

—Arregle eso ahora mismo —ordenó Mutreaux.

—Por supuesto que sí —convino Philipson—. No quiero permanecer en modo alguno cerca de esa chica, eso debe resultarle obvio incluso a ustedes. Y puedo decirles que no les envidio ni a ustedes, ni a sus congéneres, dependiendo de un poder tan brutal y errático como ése; algo que puede volverse contra ustedes mismos en cualquier momento. —Dejó escapar

un suspiro y añadió—: Sharp se encuentra de vuelta de Titán. En este momento está en mi clínica, en Pocatello.

—¿Podemos comprobarlo? —preguntó Mutreaux a Joe.

—Llame desde su coche, si lo desea —dijo Philipson—. Tiene que estar bien cerca, ahora mismo.

Saliendo al exterior Joe Schilling se dirigió a uno de los coches estacionados.

—¿A quién perteneces?

—Al señor y la señora Mc Claim —respondió el efecto Rushmore del coche.

—Necesito usar tu videófono. —Schilling se sentó frente al aparato del coche volador y operó una llamada para su propio coche situado en la clínica del doctor Philipson allá en Idaho, en las afueras de Pocatello.

—¿Qué diablos quiere ahora? —contestó la voz cascada del viejo Max, su coche, tras una corta espera.

—¿Está por ahí Laird Sharp?

—Cualquiera se preocupa de eso ahora...

—Escucha —comenzó a decir Joe, pero en el acto el rostro de Sharp se dibujó en la pantalla—. ¿Te encuentras bien, Sharp?

Sharp aprobó brevemente con un gesto.

—¿Viste a los jugadores titanios de La Partida, Joe? ¿Cuántos había allí? No podría decir su número... —dijo el abogado.

—No solamente les vi, sino que les eché a perder el juego. Así, se precipitaron en hacerme volver de nuevo. Toma a Max, ya sabes, mi coche y vuelve a San Francisco. Te encontraré allí. —Dirigiéndose a su viejo coche, le recomendó—: Max, tienes que cooperar con Laird Sharp, diablos.

—¡Está bien! —respondió Max, irritado—. ¡Ya lo estoy haciendo!

—He oído su conversación con el abogado —dijo Mutreaux—. Podemos dejar que Philipson se marche.

Schilling miró a su alrededor. Así había sucedido. No se advertía el menor signo del médico vug.

—Esto no se ha terminado —comentó Pete Garden—. Philipson vuelve a Titán y Hawthorne ha muerto.

—Pero su Organización ha sido destruida —dijo Mutreaux—. Mary Anne y yo somos los únicos que quedamos. No pude creerlo cuando vi que aniquilaba a Rothman. Éste era el pivote sobre el que giraba toda la Organización. —Y se inclinó sobre el cadáver del vug Rothman, tocándolo.

—Bien, ¿cuál es la medida más sabia que podemos tomar, dadas las circunstancias? —dijo Joe a Garden—. No podemos perseguirlos hasta Titán, ¿no es así? —La verdad era que no deseaba volver a enfrentarse con los jugadores titanios; pero con todo...

—Debemos contar con E. B. Black —opinó Pete Garden—. Es lo único que pienso puede ayudarnos ahora. De lo contrario estamos liquidados.

—Podemos confiar en E. B. Black, ¿no es cierto? —preguntó Mutreaux.

—El doctor Philipson dio a entender que así era, en efecto —dijo Schilling—. Sí, yo voto por que corramos ese riesgo.

—Y yo también —convino Pete, y Mutreaux, tras unos instantes de reflexión, acabó aprobando con un gesto de la cabeza—. ¿Qué te parece a ti, Mary?

Pete volvió los ojos hacia la chica, que continuaba acurrucada y rígida en el rincón.

—No lo sé, realmente —dijo finalmente—. No sé a quién creer, ni en quién volver a confiar, incluso no sé si debo creer en mí misma...

—Es preciso hacerlo —dijo Schilling a Pete—. En mi opinión, cuanto antes. Debe estar buscándote, y debe estar con Carol ahora. Si no quiere cooperar...

—Entonces, se hará con Carol —concluyó Pete, con voz sombría.

—Seguramente.

—Llámale —dijo Pete—. Desde aquí mismo.

Juntos salieron hacia el coche estacionado de los Mc Claim. Joe Schilling llamó al apartamento de San Rafael. «Si estamos cometiendo un error —pensaba Pete— ello implicaría la muerte de Carol y de nuestro futuro hijo. Quisiera saber lo que será. ¿Un chico, o una niña? Ahora tienen medios de averiguarlo y pueden decirlo tras la tercera semana de embarazo». Pete, por supuesto, aceptaría de buen grado una cosa o la otra. Sonrió ante la feliz perspectiva.

En la pantalla se formó la imagen del vug detective y Pete reflexionó que se semejaba, o al menos era imposible decir lo contrario, a cualquier otro vug titanio. Así parecía el propio doctor Philipson. La idea resultaba alucinante.

—¿Dónde se encuentra usted, señor Garden? —transmitió el altavoz del aparato—. Ya veo que tiene usted ahí al señor Schilling también. ¿Necesita usted algo de la Policía de la Costa Occidental? Estamos dispuestos a despachar inmediatamente una nave en su busca, donde y cuando lo deseen ustedes.

—Vamos a volver ahí —dijo Pete—. No necesitamos la nave voladora, gracias. ¿Cómo está mi esposa?

—La señora Garden está ansiosa de tener noticias suyas; físicamente está en condiciones muy satisfactorias.

—Aquí hay nueve vugs muertos —anunció Pete Garden.

El detective vug reaccionó instantáneamente.

—¿Son tal vez del Wa-Pei-Nan? ¿Del partido extremista?

—Así es. Uno ha vuelto a Titán, se hallaba aquí también, como el doctor Philipson, de Pocatello, Idaho. Ya sabe usted, ese psiquiatra mundialmente famoso. Le requerimos con urgencia, para que ocupe su clínica inmediatamente, sabemos que hay otros que la ocupan en este momento.

—Enseguida nos ocuparemos de eso, señor Garden —contestó E. B. Black—. ¿Se encuentran entre los muertos los asesinos de mi colega Wade Hawthorne?

—Sí —repuso Joe Schilling.

—Es un alivio, al menos —dijo Black—. Denos su localización justa y enviaremos a un compañero para que tome las medidas necesarias.

Pete le suministró la información precisa.

—Bien, eso es todo —concluyó Schilling y la pantalla se apagó.

No sabía que pensar. ¿Habrían hecho lo mejor? No tardarían mucho tiempo en comprobarlo, de todas maneras. Y nuevamente juntos, volvieron hacia la habitación principal del motel, escenario de la pasada tragedia, sin decir una palabra.

—Si nos ha captado —dijo Pete a la puerta del motel—, sigo diciendo, no obstante, que hicimos lo mejor que pudimos. Es imposible conocerlo todo. Y nada más —concluyó con un gesto vago—. Esto es como una pesadilla, cosas y personas yendo de un lado a otro. Esto es fantástico, Joe. Tal vez no me haya recobrado todavía de la última noche.

—Pete, *yo he visto con mis propios ojos a los jugadores de Titán* —afirmó rotundamente Schilling—. Eso debe bastarte.

—¿Y qué deberíamos hacer ahora?

—Dar vida nuevamente al grupo Pretty Blue Fox —afirmó Joe.

—¿Y después, qué?

—Jugar.

—¿Contra quién?

—Contra los jugadores titanios —dijo Schilling—. Tenemos que hacerlo, procurarán no dejarnos otra elección posible, acuérdate de lo que te digo.

Sin otras palabras entraron de nuevo en el motel.

Mientras volaban de regreso a San Francisco, Mary Anne dijo con voz débil:

—Ahora no siento su control sobre mí tan fuertemente como antes lo sentía. Parece

Librodot

haberse desvanecido.

—Esperemos que así sea —dijo Mutreaux, mirándola. Dave parecía también terriblemente fatigado—. Preveo —dijo a Pete Garden— que su grupo volverá a cobrar vida como antes. ¿Quiere saber el resultado?

—Desde luego.

—La Policía se encargará de protegerlo. Para esta misma noche, contarán ustedes legalmente con la autorización para La Partida, al igual que antes. Se encontrarán ustedes en el local común de Carmel y planearán la estrategia a seguir. Al llegar a este punto, se produce una divisoria paralela en el futuro. Discutirán ciertas medidas. Si su grupo lo permite, Mary Anne podría ser un buen elemento nuevo en La Partida.

—¿Cuáles son las futuras separaciones? —preguntó Pete al premonitor.

—Puedo ver uno de los aspectos, sin ella, muy claramente. Digamos sencillamente que no es muy bueno. El otro..., aparece confuso porque Mary es una variable y no pueden predecirse sus acciones dentro de los cálculos causales, puesto que ella tiene la facultad de introducir el principio causal de la sincronicidad. —Mutreaux permaneció silencioso durante unos instantes—. Yo creo, sobre la base de mis premoniciones, que sería mejor que la atrajesen hacia su grupo. *Aunque ello sea ilegal.*

—Está bien —convino Joe Schilling con un gesto—. Está estrictamente contra la reglamentación legal de las corporaciones de juego de La Partida. No es posible admitir a ninguna persona psiónica, de ningún género. Pero nuestros antagonistas no son humanos no psiónicos, son titanios y telépatas, todos. Comprendo el valor que ella puede representar. Con ella en el grupo, el factor telepático está equilibrado. Por otra parte, ellos gozan de unas enormes ventajas. —Y recordó la alteración de la carta que había tirado y su repentino cambio de un 12 en un 11. No era posible vencer contra tal fuerza. Pero tal vez con Mary...

—Yo seré admitido, también, si es posible —continuó Mutreaux—. Aunque nuevamente nos enfrentemos con el problema legal. Pretty Blue Fox necesita estar en condiciones de comprender los acontecimientos que se le presenten. No se trata de un cambio de títulos de propiedad ni una competición entre jugadores para ver quién es el mejor. Es nuestra lucha contra un enemigo común, renovada tras todos estos años. Si es que cesa alguna vez...

—Creo que no cesará nunca —opinó Mary Anne—. Nosotros lo sabíamos, y la gente de nuestra Organización. Tanto los vugs como los terrestres, todos estábamos de acuerdo en eso.

—¿Qué puede usted predecir de la asistencia procedente de E. B. Black y de la Fuerza de Policía? —preguntó Pete a Mutreaux.

—Puedo prever un encuentro entre el Comisionado de la zona, U. S. Cummings, y E. B. Black. Pero no su resultado. Existe algo en lo cual U. S. Cummings está implicado introduciendo otra variable futura. Quisiera saber si U. S. Cummings es también un extremista. ¿Cómo se le llama a ese Partido?

—El Wa-Pei-Nan —informó Joe Schilling—. Así es como lo ha llamado E. B. Black. —Nunca antes había oído tales palabras, hasta que el detective vug las pronunciara, y desde entonces no habían dejado de rodar en su mente, tratando de desentrañar su significado y su alcance. Pero le resultaban impenetrables, como algo cerrado y secreto para él. Y era una lástima, pensó Joe, el no poder aproximarse a aquella Organización Secreta Política y mezclarse en ella, colocándose en su lugar para poder predecir, con la ayuda de sus premonitores, un inmediato futuro... Schilling no se sentía muy confiado, pero no dejó traslucir su estado de ánimo a sus compañeros de viaje en el coche volador. Bien, pronto aumentaría el número de jugadores del grupo Pretty Blue Fox, y harían su primer movimiento contra los titanios. Contarían, seguramente, con la ayuda de Mary Anne y Mutreaux. Pero Mutreaux, no podía prever mucho y era difícil poder contar con Mary Anne, según había hecho resaltar Philipson. Y, con todo, estaba contento de tenerla con ellos. Sin la chica, Pete Garden y él habrían quedado para siempre en aquel motel perdido en el desierto de Nevada, aplastados por la estrategia de los titanios...

—Estaré encantado de contribuir a vuestros títulos de propiedad —dijo Pete Garden

dirigiéndose a Mary Anne y a Mutreaux—. Mary, tú puedes disponer de San Rafael y usted, Mutreaux, de San Anselmo. Con tales títulos pueden sentarse a la mesa de La Partida. Así lo espero.

Ninguno hizo el menor comentario, ni pareció sentirse optimista.

«¿Contra quién te echarás un envite de farol? ¿Contra los telépatas?», se preguntó Pete Garden. Buena pregunta. En realidad, era la cuestión sobre la que dependía todo. Y ninguno de ellos podía responderla. Ellos no podían alterar el valor de las cartas que tiraban, pensó Schilling, pero tendrían a Mary Anne para ejercer la contrapresión necesaria.

—Si tenemos que desarrollar una estrategia —dijo Pete en voz alta—, necesitaremos la mente colectiva de todos en Pretty Blue Fox. Entre todos, creo que obtendremos la idea que nos resulte útil.

—¿Lo crees así? —preguntó Schilling.

—Pronto lo veremos.

XV

A las diez de la noche, se reunieron de nuevo en la sala de juego del grupo, en el apartamento de Carmel. Primero llegó Silvanus Angst, quizá por primera vez en su vida, sobrio y silencioso; aunque como siempre llevando una botella de «whisky» envuelta en una bolsa de papel. Se sentó a la mesa, tras lo cual llegaron Pete Garden y Carol Holt.

—No veo porqué haya de colocarse en nuestro grupo a gente psiónica —murmuró Angst—. Quiero decir que puede hacer que La Partida se vuelva algo imposible para siempre.

—Esperemos a que todos estén aquí —dijo Calumine secamente, y el tono de su voz respecto a Silvanus resultaba inamistoso—. Quiero conocer a ambos —dijo a Pete Garden— antes de decidir. Sí, quiero conocer a esa chica y a ese premonitor, del que tengo entendido fue un alto empleado de Jerome Luckman en Nueva York. —Aunque Calumine había sido destituido como interventor de La Partida, en las nuevas circunstancias había vuelto automáticamente a asumir la posición anterior de autoridad en el grupo. «Y quizá sería lo mejor», pensó Pete Garden.

—Está bien —murmuró Pete, ausente. Se fijó en el «whisky» que Angst había llevado a La Partida. Un «whisky» del Canadá esta vez, y de excelente calidad. Pete tomó un vaso y solicitó un poco de hielo del refrigerador, se mezcló una bebida y se volvió de espaldas a la habitación mientras la tomaba, oyendo poco a poco las voces de los que se iban reuniendo.

—¡Y no un psiónico, sino dos!

—Sí; pero está implicada nuestra suerte futura, es algo patriótico...

—Ya lo veremos. En cuanto lleguen los psiónicos, La Partida termina...

—También puede darse el caso que se conviertan en los banqueros, o que se anulen para siempre en cuanto fracasemos contra..., ¿cómo les llaman? ¿El Woo Poo Non? El *«Chronicle»* de esta tarde les llama algo así. De cualquier modo es el nombre de guerra de los vugs. Ya lo sabes.

—¿Leíste ese artículo? De lo que dice el *«Chronicle»* se infiere que esos jugadores del Woo Poo Non son los responsables de la baja natalidad que hemos venido sufriendo...

—De todos modos, en mi opinión, y sin discusión alguna, nuestro deber es permitir a esas dos personas psiónicas que entren en Pretty Blue Fox. Ese detective vug, E. B. Black, nos informó que sería nuestra ventaja nacional para...

—¿Y tú lo has creído? ¿De un vug?

—Es un buen vug. ¿No estás de acuerdo conmigo? —dijo entonces Stuart Marks tocando a Pete Garden en el hombro—. Ese es el problema fundamental que tú estabas tratando de plantearnos, ¿no es cierto?

—Pues no lo sé —repuso Garden—. Realmente no lo sé. —Pete estaba deshecho. Que le dejaran tomarse su «whisky» en paz. Se volvió de espaldas nuevamente alejándose de la

charla existente con tan contradictorias opiniones. Deseó que Joe Schilling llegase cuanto antes.

—Dejémosles sentarse, digo yo. Es para nuestra propia protección. No vamos a jugar *uno contra otro*, sino que todos estaremos ahora en un lado para luchar contra los vugs, en el lado de enfrente. Y ellos pueden leer nuestras mentes y ganar automáticamente, a menos que podamos emplear contra ellos algo nuevo. Y ese algo nuevo, sólo puede derivar de la mente de dos personas con facultades psiónicas, ¿no tengo razón? ¿De dónde, si no, podríamos obtener esa ayuda?

—No podemos jugar contra los vugs. Se reirán de nosotros. Acuérdate que influyeron en seis de nosotros, en esta misma habitación, para constituir un grupo y matar a Jerome Luckman, y si son capaces de hacer eso...

—A mí no. Yo no formaba parte de esos seis.

—Pero pudiste haber sido. No fuiste, simplemente, porque no se les ocurrió utilizarte.

—De todas formas, si has leído ese artículo en el periódico, ya sabes lo que significan *negocios* para los vugs. Aniquilaron a Luckman y al detective Hawthorne y raptaron a la fuerza a Pete Garden y, además...

—Los periódicos exageran siempre.

—Bah, es inútil hablar contigo —concluyó Jack Blau alejándose y yendo al encuentro de Pete Garden—. ¿Cuándo llegan esas dos personas psiónicas?

—En cualquier momento —respondió Pete Garden.

En aquel momento, llegó Carol, quien, poniéndole un brazo alrededor, le preguntó:

—¿Qué estás bebiendo, cariño?

—«Whisky» canadiense.

—Todos me han felicitado —dijo Carol— por el niño que viene. Menos Freya, por supuesto. Yo creo que también habría deseado hacerlo, excepto...

—Excepto que no puede soportar tal idea —concluyó Pete por su mujer.

—¿Sigues creyendo que han sido los vugs, o al menos una fracción de ellos, los culpables de nuestra baja natalidad?

—Sí.

—Por tanto, si les ganamos, el coeficiente de natalidad aumentará.

Pete aprobó con la cabeza.

—Y nuestras ciudades tendrán algo más que millones de circuitos Rushmore diciendo mecánicamente «Sí, señor» «No, señor».

—Y si no ganamos —dijo Pete—, bien pronto la cifra de natalidad habrá terminado absolutamente en todo el planeta. Y nuestra raza se extinguirá.

—Oh...

—Es una enorme responsabilidad —dijo Freya, a su espalda—. Oírtelo decir, incluso.

Pete se encogió de hombros.

—Joe estuvo en Titán, también. ¿Estuvieron ambos?

—Joe, yo y el abogado Laird Sharp.

—De forma instantánea...

—Sí.

—Fantástico...

—Márchate —le dijo Pete Garden.

—No voy a votar para que se admita a esas dos personas psiónicas —dijo Freya—. Ahora te lo digo, Pete.

—Es usted una idiota, señora Gaines —dijo Laird, que había estado escuchando por allí cerca—. Yo también se lo puedo decir, al menos. De cualquier forma, me imaginé que usted permanecería al margen de la votación.

—Están luchando contra toda una tradición —argumentó Freya—. No puede echarse a la gente tan fácilmente tras cien años.

—¿Ni siquiera para salvar la especie? —le preguntó Sharp.

—Nadie ha visto esa partida de titanios excepto Pete Garden y usted con Joe Schilling. Incluso Pete no está muy seguro de haberlos visto...

—Pues sepa bien que existen. Y sería mejor que lo creyera usted. Porque usted irá pronto a verlos también.

Con el vaso en la mano, Pete paseó por la gran estancia y se asomó a respirar el aire fresco de la noche californiana, permaneciendo en pie junto a un balcón, tomando a pequeños sorbos su bebida y esperando. No sabía porqué. ¿La llegada de Joe Schilling y Mary Anne? Tal vez fuese por aquello. O quizá sería por otra cosa más, por algo con menos significado para él que aquello. Sí, estaba esperando que empezara La Partida. La última partida, quizá, que los terrestres pudieran jugar.

Esperaba que llegaran los jugadores titanios.

«Patricia Mc Claim está muerta —pensó Pete—; pero en cierto sentido ella no ha existido realmente nunca... Lo que yo vi fue un simulacro, una ficción de la realidad. De lo que yo me enamoré, si era ésa la palabra apropiada..., no existió realmente en absoluto, por tanto, ¿cómo podría decir que lo he perdido? Es preciso poseer una cosa, para saber después que se ha perdido realmente». De todos modos, lo mejor sería dejar de preocuparse por aquello, siguió pensando Pete en sus reflexiones. Había otras muchas cuestiones más importantes de las que preocuparse. El doctor Philipson había dicho que los jugadores titanios pertenecían al sector moderado, y resultaba una ironía que tuvieran que pensar en vencer no a la facción extremista, sino al grupo centro. Quizá sería mejor así, puesto que podría afectar a la propia medula de la civilización vug, vugs muy distintos de E. G. Philipson, si bien parecidos al tipo de E. B. Black. Los únicos respetables, los que jugaban siguiendo las reglas y la ley. Aquello era lo que contaba, el hecho que los jugadores estaban ligados a una situación legal. Si no lo fueran, si fuesen como los Mc Claim o como Philipson..., sería imposible encararse con ellos a través de una mesa de juego en La Partida. Matarían a sus oponentes, simple y llanamente, como habían matado a Luckman y a Hawthorne, y asunto terminado.

En aquel momento descendía un coche volador con las luces de posición encendidas, y estacionó en el bordillo de la acera junto a los demás. Se abrió la puerta apareciendo un hombre que se dirigió inmediatamente hacia Pete.

¿Quién sería?, quiso saber Pete Garden. Por más esfuerzos que hacía no veía la forma de conocerlo.

—¡Hola! —dijo el individuo—. Acabo de caer por aquí, tras haber leído el artículo en el periódico homeostático. Esto resulta interesante. No hay por aquí sino amigos, ¿no es cierto?

—¿Quién es usted? —preguntó Pete.

—¿Es que no me reconoce? —contestó fríamente—. Pensé que sería reconocido en todas partes. ¿Puedo tomar asiento con ustedes en el grupo por esta noche? Amigos, amigos todos, sé que me divertiré mucho. —Extendió la mano hacia Pete y dijo—: Soy Nats Katz.

—Por supuesto que puede usted tomar asiento —dijo Calumine—. Es un honor para nosotros, señor Katz. —Y agitó la mano hacia todo el grupo creando un instante de momentáneo silencio—. Aquí tienen al renombrado y mundialmente famoso cantor Nats Katz, a quien vemos tan frecuentemente en la televisión. Ha solicitado jugar con nosotros esta noche. ¿Hay alguna objeción?

El grupo permaneció callado, incierto en reaccionar.

¿Qué era lo que había dicho Mary Anne sobre Katz?, se preguntó Pete. Era algo así como que *Katz era el centro de todo aquello...* Sí, ella lo había afirmado.

—Espere —dijo Pete Garden.

Bill Calumine se volvió rápidamente.

—Seguramente que no existirá razón válida para objetar en contra de la presencia del señor Katz entre nosotros. No puedo pensar seriamente que tú...

—Espera hasta que Mary Anne llegue —dijo Pete—. Dejemos que ella decida sobre Katz.

—Ella no forma parte todavía del grupo —objetó Freya.

Se produjo un silencio embarazoso de unos instantes.

—Si se sienta —dijo Pete— yo me marcho.

—¿Y a dónde? —preguntó Calumine.

Pete permaneció callado.

—Una chica que todavía no forma parte de nuestro grupo... —comenzó a decir Calumine.

—¿En qué se basa para oponerse? —preguntó Stuart Marks—. ¿Es algo razonable? ¿Algo que esté en condiciones de poder expresar? —Todo el grupo les miraba interesado, tratando de saber cual sería tal razón.

—Nos hallamos en una posición mucho peor de la que cualquiera de ustedes pueda suponer —comentó Pete—. Existe una remota esperanza que podamos ganar a nuestros oponentes.

—¿Y eso? —preguntó Marks—. ¿Qué es lo que le hace decir tal cosa?

—Pues pienso... que Katz está de la otra parte —afirmó Pete.

Tras un instante de sorpresa, Katz se puso a reír a carcajadas. Era un tipo varonilmente hermoso, de correctas facciones, unos gruesos labios sensuales y unos ojos inteligentes.

—¡Vaya, otra más! —dijo con aire divertido—. He sido acusado de todo, prácticamente; pero jamás de semejante cosa. Soy un terrestre, señor Garden. Nací en Chicago, puedo asegurárselo. —El rostro de Katz irradiaba simpatía y buen humor y no parecía ofendido en absoluto, más bien algo sorprendido—. ¿Qué quiere ver usted, mi certificado de nacimiento? Yo soy conocido por todas partes, y no comprendo semejante sospecha. Si fuese un vug ya hubiera surgido a la luz bastante antes, ¿no lo cree usted?

Pete acabó de tomarse la bebida y las manos le temblaban ligeramente. «*¿He perdido el contacto con la realidad?* —se preguntó—. Tal vez sí. Quizá no me haya recuperado nunca de mi interludio psicótico. ¿Estaré en condiciones y seré yo la persona que tenga que juzgar a Katz? ¿Debía estar aquí? Quizá esto sea el fin para mí —se dijo—. No para ellos, sino para mí mismo».

—Me marcho fuera. Volveré más tarde —dijo en voz alta al grupo.

Y volviéndose, dejó el vaso sobre una vitrina y descendió los escalones de la residencia hasta el porche y se dirigió rectamente hacia su coche, donde entró, cerrando fuertemente la puerta. Quizá constituía un detrimento para el grupo más bien que un elemento valioso, se dijo, pensativo. Encendió un cigarrillo, que al momento tiró bruscamente en el dispositivo de caída del coche volador. Por todo lo que entonces reflexionó, quizá Nats aportase a la partida la idea que necesitaban.

Alguien se había asomado al porche llamándole; la voz le resultó familiar:

—¡Eh, Pete! ¿Qué está haciendo? ¡Vamos, vuelva enseguida!

Pete puso el coche en marcha.

—Vamos —ordenó al circuito Rushmore.

—Sí, señor Garden.

El coche arrancó hacia delante, enseguida alzó el vuelo y a los pocos instantes volaba sobre los tejados de la ciudad y por último se dirigió en vuelo hacia el Pacífico, a un cuarto de milla hacia el oeste.

«Todo lo que tengo que hacer es disponer la toma de tierra. Dentro de un par de minutos estaré sobre el mar», dijo Pete, hablando consigo mismo.

¿Obedecería el circuito Rushmore semejante cosa? Probablemente.

—¿Dónde estamos? —preguntó al dispositivo.

—Sobre el océano Pacífico, señor Garden —contestó el efecto Rushmore.

—¿Qué harías si te ordenase descender sobre el agua?

Se produjo un momento de silencio.

—Llamaría al doctor Macy en... —El dispositivo vaciló, se oyó el rápido engranaje de su cerebro electrónico en sucesivos intentos de combinaciones diversas y repuso finalmente—: Me dejaría caer. Según se me ordena.

Ya había elegido. ¿Deseaba hacerlo? «No debería hallarme tan deprimido —se dijo

nuevamente Pete—, no debería actuar en esta forma, realmente es estúpido y nada razonable». Pero lo había decidido.

Durante unos instantes quiso ver el aspecto de las oscuras aguas del océano bajo el aparato. Y repentinamente, tocó el dispositivo de nuevo, haciendo que el coche volador surgiera hacia arriba trazando un amplio arco, en dirección a tierra. No, aquello no era para él, continuó reflexionando. En el mar, no. Recogería algo en su apartamento, algo que pudiera ingerir, un tubo de barbitúricos, tal vez. O de emfital.

Voló sobre Carmel, en dirección norte, y a poco el coche volaba sobre la parte sur de San Francisco. Pocos minutos más tarde llegaba al Condado de Marin. San Rafael se encontraba más hacia delante, en línea recta. Dio las instrucciones necesarias al circuito Rushmore para estacionar en la puerta de su apartamento y esperó.

—Ya hemos llegado, señor —dijo el circuito, frenando y abriendo automáticamente la puerta.

Pete salió, llegó a la puerta del edificio y la abrió. Al llegar a su apartamento encontró la puerta abierta y penetró en el interior. Las luces estaban encendidas. En la sala de estar, se encontraba una persona de mediana edad, bien vestida, sentada en el centro de un diván con las piernas cruzadas, leyendo el *«Chronicle»*.

—Olvidó usted —dijo dejando el periódico a un lado— que un premonitor previene cualquier posibilidad de lo que haya de ocurrirle después. Un suicidio de su parte, sería absurdo. —Y Dave Mutreaux se puso en pie con las manos en los bolsillos, sintiéndose completamente en su casa—. Esto sería algo totalmente desafortunado en esta ocasión, amigo Garden.

—¿Por qué?

—Porque si desiste de hacerlo se encuentra usted ahora, precisamente, en el momento exacto de encontrar la respuesta al problema de La Partida. La respuesta de cómo poder jugar con una raza de telépatas. Yo no puedo dársela a usted, sólo usted puede averiguarlo. Pero es preciso ir a La Partida. Y no muriéndose de aquí a diez minutos. —Mutreaux señaló con la cabeza en dirección al cuarto de baño, donde estaba el botiquín—. Me he permitido efectuar un pequeño *raid* por mi cuenta, y mientras esperaba a usted, he hecho desaparecer todas esas drogas. El botiquín, pues, está vacío.

Pete se dirigió hacia el sitio indicado y miró.

No había quedado ni una sola aspirina. Pudo ver el botiquín totalmente en blanco. Se dirigió irritado al circuito Rushmore:

—¿Le has permitido hacer tal cosa?

—Me dijo que era por su propio bien, señor Garden —repuso en son de excusa—. Ya sabe usted como se encuentra cuando está deprimido.

Cerrando con fuerza la puerta del cuarto de baño, Pete volvió a la sala de estar.

—Se ha hecho usted conmigo, Mutreaux. Al menos con lo que tenía en la imaginación...

—Puede usted hallar otro camino, si insiste, naturalmente —dijo Mutreaux—, pero emocionalmente usted siempre se inclina al suicidio por medios orales. Venenos, narcóticos, sedantes, hipnóticos y así por el estilo. —Dave sonrió—. Existe siempre una resistencia a hacerlo con medios diferentes. Por ejemplo, tirándose de cabeza al Pacífico.

—¿Puede usted darme alguna otra solución para el problema de La Partida?

—No —respondió Mutreaux—. No puedo. Esto es enteramente una cuestión suya.

—Gracias —repuso Pete sardónicamente.

—Le diré algo, sin embargo. Algo que le afectará. Una cosa que puede que le alegre o tal vez no. No puedo preverlo porque usted no está en condiciones de mostrar visiblemente sus reacciones. Patricia Mc Claim no ha muerto.

Pete se le quedó mirando fijamente.

—Mary Anne no la destruyó. La dejó con vida. No me pregunte porque ni donde está, por qué lo ignoro. Pero preveo la presencia de Patricia en San Rafael dentro de las próximas horas. En su propio apartamento.

Pete prefirió no decir nada y seguía mirando sin pestañear al premonitor.

—¿Lo ve? —continuó Dave—. Ninguna reacción apreciable de ninguna especie. Tal vez sea usted ambivalente. Ella estará aquí poco tiempo, tiene que marcharse a Titán. Y no con los medios psiónicos del doctor Philipson, sino en una nave interplanetaria.

—Ella está realmente de parte de ellos, naturalmente. De eso no existe la menor duda.

—Oh, sí, claro está —afirmó Mutreaux—. Ella está de su parte, pero no será causa que la detenga en su intención de volver a su mundo.

—No —dijo Pete, y comenzó a salir del apartamento.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó Mutreaux.

—¿Para qué?

—Para evitar que se suicide.

—¿Es eso realmente, de veras? —dijo Pete tras un corto silencio.

—Así es, y usted lo sabe. Usted observó como dispararon y mataron a Hawthorne.

—Bien. Venga conmigo. Gracias. —Resultaba difícil decir tal cosa.

Dejaron juntos el apartamento, Pete ligeramente delante de Mutreaux.

Al llegar a la calle, dijo Pete:

—¿Sabía usted que Nats Katz, ese grabador de discos modernos, apareció esta noche en Carmel, en La Partida?

—Sí, me encontré con él hace una hora y estuvimos hablando. Me lo advirtió. Ha sido la primera vez que he hablado con él, aunque desde luego, había oído hablar mucho de su persona. Precisamente a causa de Nats me he interpuesto.

—¿Interpuesto?

Pete Garden se detuvo y se volvió hacia Mutreaux que caminaba tras él. Y de una forma increíble e inesperada, se encontró frente a una pistola de agujas de fuego.

—Sí, con Katz —dijo Mutreaux con calma—. Era demasiada presión la ejercida sobre mí, Garden. No pude resistirla. Nats es extraordinariamente poderoso. Ha sido elegido para jefe del Wa-Pei-Nan, aquí en la Tierra, por una poderosa razón. Vamos, sigamos nuestro camino hacia el apartamento de Patricia Mc Claim. —Y le apuntó con la pistola.

—¿Por qué no me dejó que me suicidara por mi cuenta? —preguntó Pete tras unos momentos—. ¿Por qué tienen que intervenir también en esto?

—Porque usted tiene que venir con nosotros, Garden —contestó Mutreaux—. Podemos hacer un buen uso de usted. El Wa-Pei-Nan no aprueba la solución al juego de La Partida; una vez que hayamos conseguido penetrar en Pretty Blue Fox por mediación de usted, podremos hacernos con ella a partir de ahora. Ya lo hemos discutido con la facción moderada de Titán, y ellos están determinados a jugar; a ellos les gusta jugar y gozan con la controversia existente entre dos culturas tan distintas, que debería resolverse dentro de una estructura legal. No es preciso decir que el Wa-Pei-Nan está en total desacuerdo. El propósito final es cancelarla definitivamente.

Ambos hombres continuaron a lo largo de la oscura acera, en dirección al apartamento de los Mc Claim, yendo Mutreaux ligeramente tras Pete Garden.

—Tuve que haberlo imaginado —murmuró Pete—. Cuando Katz se dejó mostrar en La Partida tuve una intuición; pero no supe actuar de acuerdo con ella.

Sus enemigos habían penetrado en La Partida y al parecer, directamente, en el grupo suyo, por su propia mediación. Entonces lamentó no haber tenido el valor suficiente para haberse tirado de cabeza al mar con el aparato volador; había tenido razón y aquello hubiera sido mucho mejor para todos.

—Cuando empiece La Partida —siguió Mutreaux— yo estaré allí y usted también, Pete Garden, y ambos declinaremos el jugar. Quizá, mientras tanto, Nats se las haya arreglado para disuadir a los demás que lo hagan. No puedo prever lo que sucederá después; las alternativas que siguen son oscuras para mí, por razones que no puedo dilucidar.

Llegados al apartamento de los Mc Claim, encontraron a Patricia ocupada empaquetando

dos maletas, y apenas si se detuvo para saludarles.

—He captado sus pensamientos cuando entraban —dijo mientras acarreaba un brazado de ropa hacia las maletas, procedente del armario de su dormitorio.

En sus facciones, al mirarla Pete, se reflejaba el desánimo y el temor, y se comprendía que estaba derrotada totalmente tras lo ocurrido en el motel, contra su hija Mary Anne. Se afanaba febrilmente para completar su equipaje, como si luchara contra algo inexorable.

—¿Adónde vas, Pat? ¿A Titán? —le preguntó Pete.

—Sí —contestó Patricia—. Tan lejos de esa chica como pueda ir. Allí no puede alcanzarme y estaré segura. —Pete vio que le temblaban las manos y fallaba al querer cerrar las maletas.

—Ayúdame, ¿quieres? —pidió a Mutreaux.

Dave la complació en el acto.

—Antes que te marches, permíteme hacerte una pregunta: ¿cómo juegan los titanios en La Partida, siendo telépatas?

—¿Crees que eso es algo de lo que tengas que preocuparte? —respondió Patricia, mirándole con el rostro intensamente pálido—. Y sobre todo, después que Katz y el doctor Philipson están sobre ti.

—Sí, ahora me preocupa y quiero saberlo —insistió Pete—. Ellos han estado jugando La Partida durante mucho tiempo, por lo que evidentemente han descubierto una forma de incorporar sus facultades, o...

—Ellos la traban, Pete —le interrumpió Patricia.

—Sí, ya comprendo. —Lo cierto era que no comprendía nada. ¿Trabar, cómo? ¿Y hasta qué extremo?

Leyendo sus pensamientos, Patricia continuó:

—Por medio de la ingestión de drogas. El efecto es similar a lo que la fenotiazina produce sobre los terrestres.

—Fenotiazinas —dijo Mutreaux—. En grandes dosis como las que se dan a los esquizofrénicos se convierte en un medio antipsicótico.

—Disminuye las quimeras de los esquizofrénicos —dijo Patricia—, porque obtura el sentido telepático involuntario y suprime de raíz la respuesta paranoica a la búsqueda del subconsciente hostil en los demás. Los titanios poseen una medicación que actúa en la misma forma sobre ellos, y en las reglas de La Partida, cuando la practican, exigiéndose ellos la pérdida de su facultad o al menos suprimirla hasta ciertos límites.

—Él deberá llegar en cualquier momento, Patricia —dijo Mutreaux tras un vistazo a su reloj—. Seguramente que tendrás que esperarle.

—¿Por qué? —repuso ella, mientras continuaba afanosa recogiendo cosas de un lado a otro del apartamento—. No deseo quedarme a ningún precio, sólo deseo marcharme lejos y cuanto antes. Antes que suceda algo más. Algo más que tenga que ver con *ella*.

—Necesitamos estar los tres para ejercer suficiente influencia sobre Pete Garden —recalcó Mutreaux.

—Puedes salir al encuentro de Nats Katz. ¡Ya te he dicho que no me quedaré ni un minuto más de lo preciso!

—Pero Nats Katz está ahora en Carmel —dijo Mutreaux pacientemente— y necesitamos llevarnos a Pete Garden cuando lleguemos allí.

—No puedo ayudarles —dijo Patricia, sin prestar atención—. Escucha, Dave, te lo digo honradamente, bajo mi palabra, sólo hay una cosa que me importe: no volver a intentar nada parecido a lo que ya sucedió en Nevada. Tú estabas allá, y ya sabes lo que estuve diciendo. La próxima vez, ella no fallará contigo, porque ahora estás de nuestra parte. Realmente te advierto que te marches también y cuanto antes, deja que Philipson lleve este asunto de las manos, puesto que resulta inmune a ella. Pero en fin, es tu vida la que se pone en juego y eso es cosa tuya. —Y continuó su frenética rebusca de objetos de valor o personales, mientras que Mutreaux continuaba amenazando con la pistola de agujas de fuego, esperando que apareciese

el doctor Philipson.

«Trabarla», pensaba Pete Garden. Trabar las facultades psiónicas en ambas partes de La Partida, como Patricia había dicho. Podría existir un acuerdo con ellos; de parte de los terrestres podría ingerirse la fenotiazina y que ellos usaran el medicamento al que estuviesen acostumbrados. Así, ellos habían engañado cuando leían su mente. Y volverían a hacerlo. No podrían confiar en que se inhibieran a sí mismos. Los titanios parecían sentir que sus obligaciones morales terminaban cuando se enfrentaban a los terrestres.

—Así es —dijo Patricia, leyendo en la mente de Pete—. Ellos no se traban la mente cuando juegan con ustedes, Pete. Y ustedes no pueden forzarles porque con vuestras propias estipulaciones, no reconocen tal derecho en el juego; no pueden mostrar, pues, ninguna base legal de vuestra parte para exigirles tal cosa.

—Podemos demostrar que nunca hemos permitido que los dotados de facultades psiónicas se sienten a la mesa de juego —dijo Pete.

—Pero lo hacen ahora. Tu grupo ha acordado que mi hija y Dave Mutreaux se incorporen a La Partida, ¿no es así? —Patricia le sonrió de forma glacial, con sus bellos ojos opacos y casi sin expresión—. Así están las cosas, Pete Garden. Es una lástima. Al menos tú lo has intentado.

Lanzando faroles. Telépatas. Trabándose por medio de medicamentos que actuaban como inhibidores del tálamo, obnubilando el área extrasensorial del cerebro, pensó Pete. Existía una obnubilación de diversos grados, drogándose hasta cierto límite; pero no totalmente, obteniendo una serie de gradaciones que dependía del uso y cantidad de la medicación. Diez miligramos de fenotiazina, obnubilaría el cerebro; sesenta, producían una completa obliteración. «Entonces..., supongamos que no miramos a las cartas que sacamos. Entonces no existiría nada en nuestra mente que los titanios pudieran leer, ya que no sabríamos el número que habríamos obtenido en la tirada...».

Patricia se dirigió a Mutreaux.

—Está casi a punto de dar con el secreto, Mutreaux. Olvida que no va a jugar del lado de los terrestres, sino que tiene que seguirnos a nosotros en cuanto llegue a La Partida de Carmel. —Y Patricia sacó finalmente un bolso de mano que se apresuró a cargar con diversos objetos de valor.

«Si tuviésemos a Mutreaux —pensó Pete Garden—, y si pudiésemos volver a ganarlo de nuestra parte, podríamos vencer. Porque ahora sé como hacerlo, finalmente».

—Lo sabes —dijo Patricia respondiendo en voz alta a sus íntimos pensamientos—. Pero, ¿cómo va a ayudarte ahora?

Pete dijo en voz alta:

—Podríamos obnubilar su facultad premonitoria hasta un grado predeterminado y así se volvería imposibilitado de predecir nada.

Sí, aquello sería posible con el uso de la fenotiazina en comprimidos, que actuaría durante un período de horas, a dosis variable. El propio Mutreaux no sabría si se echaba faroles o no, ni cuan exacta pudiera ser su premonición. Sacaría su carta y sin mirarla, movería su pieza. Si su facultad premonitoria se hallase operando al máximo en aquel instante, su suposición sería acertada, y no sería un farol. Pero si en el instante en que la medicación tuviese su mayor efecto, en vez del menor sobre él..., entonces resultaría un farol. Y el propio Mutreaux no lo sabría. Pero aquello podría arreglarse fácilmente, alguien podría preparar la correcta dosificación de las grageas de fenotiazina para que surtiesen un efecto correctamente normal.

—Pero Dave no está al lado de ustedes en la mesa, Pete —dijo Patricia.

—Sin embargo, yo tengo razón —respondió Garden—. Así es como podríamos jugar contra los jugadores telépatas de Titán y ganar.

—Sí, podría ser —aprobó Patricia con un gesto.

—Lo ha descubierto, al fin, ¿verdad? —preguntó Mutreaux a Patricia.

—En efecto, así es. Lo siento mucho por ti, Pete, por haberlo conseguido pero demasiado tarde. Tu gente se divertiría mucho, ¿verdad? Preparando la medicación y usando toda clase

de complejos preparados y fórmulas para que actúen en la medida precisa.

Pete Garden se dirigió a Mutreaux.

—¿Cómo puede estar ahí sentado y traicionarnos? Usted no es un ciudadano de Titán, es un terrestre.

—Los dinamismos psíquicos son reales, Pete —repuso Dave—, tan reales como la expresión de cualquier otra fuerza. Yo pronostiqué mi encuentro con Nats Katz y lo que iba a ocurrir; pero no pude evitar que así ocurriera. Yo no le busqué, él me encontró a mí.

—¿Y por qué no nos avisó con tiempo? —insistió Pete—. Cuando aún se encontraba de nuestra parte, en La Partida.

—Podrían ustedes haberme matado —dijo Mutreaux—. También tuve la premonición de tal particular alternativa futura. En ciertos aspectos, lo dije. Y... —Mutreaux se encogió de hombros—. No tengo nada que reprocharle, es lógico que usted adopte esa postura. Mi pase a los titanios determina el éxito de La Partida. El habernos hecho con usted lo prueba.

—Pete deseó —dijo Patricia— que le hubieras dejado intacta su reserva de medicamentos en el cuarto de baño, para haberlos tomado. Pobre Pete, siempre un suicida potencial, ¿no es así? Siempre, que yo recuerde, es ésa tu última salida. La única solución para todas las cosas...

—Bien, el doctor Philipson dijo que llegaría aquí de un momento a otro —dijo Mutreaux, inquieto—. ¿Estás segura que se hicieron las cosas en debida forma? ¿No habrán secuestrado sus servicios los moderados?

—El doctor Philipson no estará nunca con los cobardes. De sobra conoces su actitud —dijo Patricia, secamente y con energía.

—Pero no se encuentra aquí —dijo Mutreaux—. *Algo va mal.*

Los dos se miraron recíprocamente en silencio y con preocupación.

—¿Qué es lo que prevés? —preguntó Patricia.

—Nada —respondió Dave con la faz pálida.

—¿Por qué no?

—Si pudiese hacerlo lo haría, ¿no resulta evidente? —dijo Mutreaux—. No lo sé y me gustaría conocer la causa. —Se levantó y se asomó a una ventana para mirar al exterior del apartamento. Por un momento se olvidó de la presencia de Pete, sosteniendo el arma mortífera de las agujas de fuego en la mano descuidadamente, preocupado de escudriñar más bien en las tinieblas de la calle. Le volvió la espalda a Pete y éste se lanzó sobre él.

—¡Dave! —gritó Patricia, cayéndosele al suelo un paquete de libros que tenía en las manos.

Mutreaux se volvió y del arma que sostenía en la mano surgió una descarga que le pasó rozando a Garden, y de la cual pudo sentir los efectos periféricos, que habrían resultado mortales más cerca.

Levantando los brazos, Pete golpeó a Mutreaux con ambos codos en la garganta al descubierto. La pistola se le cayó de las manos y Patricia Mc Claim, sollozando, se agachó a recogerla.

—¿Por qué? ¿Por qué no pudiste haber previsto esto? —dijo señalando al arma, frenéticamente.

Con la cara ensombrecida y los ojos cerrados, Mutreaux cayó en un colapso físico, haciendo esfuerzos sobrehumanos únicamente por la necesidad de sobrevivir a la asfixia.

—Voy a matarte, Pete —restalló Patricia, volviéndose hacia él, mientras le apuntaba con el arma. El sudor le perlaba la frente, los labios le temblaban y las lágrimas le rebosaban mientras no apartaba sus ojos de Pete Garden—. Yo puedo leer lo que hay en tu mente —dijo— y sé muy bien lo que harás si no actúo. Han conseguido disponer de Mutreaux para que esté a su lado en la mesa y vencer en La Partida, ahora es de ustedes.

Dando un rápido salto de costado, evitó nuevamente otra descarga del arma de Patricia, que se perdió en el vacío. Sus dedos se afianzaron sobre un libro que le arrojó; pero el libro falló el objetivo y cayó a los pies de Patricia como un objeto inútil.

—Dave se recobrará todavía —farfulló Patricia—. Si lo has matado, quizá no importe

mucho; así no podrán disponer de él para sus propósitos, y nosotros...

Se interrumpió súbitamente. Volvió la cabeza al instante y escuchó sin respirar.

—La puerta —dijo.

El pestillo giró lentamente. Patricia levantó la pistola. Poco a poco, su brazo se dobló, retorciéndose hasta que el cañón del arma apuntaba a su propia cara. Patricia miraba fascinada al arma, incapaz de apartar los ojos de ella.

—Por favor, te lo suplico..., no lo hagas... Te puse en el mundo... Te lo ruego...

Sus dedos, contra su voluntad, apretaron el gatillo. El rayo mortífero le alcanzó entre los ojos.

Pete apartó la mirada de la horrible escena.

Cuando volvió a mirar, la puerta del apartamento estaba abierta. Mary Anne se destacaba de la oscuridad del exterior, delineándose su silueta, y avanzaba despacio con las manos profundamente hundidas en los bolsillos de su abrigo. Su cara carecía de expresión.

—Dave Mutreaux está todavía vivo, ¿verdad? —preguntó a Pete.

—Sí —contestó Pete sin mirar al informe montón que yacía en el suelo y que en vida había sido Patricia Mc Claim—. Le necesitamos; por tanto, déjale solo, Mary —dijo a la chica. El corazón le latía horriblemente y parecía querer salírsele del pecho.

—Ya pude comprobarlo —respondió la chica.

—¿Cómo pudiste saber... esto?

—Cuando llegué a la sala de juego de La Partida, en Carmel, con Joe Schilling —dijo Mary tras una pausa—, vi a Nats y lo comprendí todo en el acto. Yo sabía que Nats era el superior absoluto de toda la Organización. Estaba a mayor altura aún que Rothman.

—¿Qué hiciste allí? —preguntó Garden.

En aquel instante, con la cara roja por la tensión, entró en el apartamento Joe Schilling, que se aproximó a Mary Anne, poniéndole una mano en el hombro y apartándola a un lado. Mary permaneció a la expectativa.

—Cuando ella llegó —explicó Schilling— Katz, estaba preparándose un «whisky». Y ella...

—Hice que el vaso cambiara de lugar —dijo entonces Mary Anne, con voz apagada—: El vaso que tenía en la mano, se movió cinco pulgadas de distancia, eso es todo.

—El vaso está en el interior del cuerpo de Nats —continuó Joe Schilling—. Le cortó el corazón lisa y llanamente. Hubo un terrible derramamiento de sangre.

Joe y la muchacha permanecieron silenciosos.

En el suelo, Dave Mutreaux continuaba luchando por evitar la asfixia y roncando paroxísticamente, tratando de conseguir aire para sus pulmones. Se había quedado ya inmóvil y con los ojos abiertos; pero no parecía darse cuenta de cuanto le rodeaba.

—¿Y qué ha sucedido con éste? —preguntó Schilling.

—Con Patricia muerta y Nats también, Philipson... —Pete Garden comprendió, en aquel instante, porque el doctor Philipson había evitado aparecer allí—. Sabía que vendrías —dijo a Mary Anne—. Y tenía miedo de marcharse a Titán. Philipson se salvó a sí mismo, a costa de los demás.

—Supongo que sí —murmuró Mary Anne.

—Apenas si puedo reprochárselo —comentó Joe.

—¿Se encuentra bien ahora? —preguntó Pete a Mutreaux, inclinándose en el suelo para hablarle.

Con un gesto mudo, Mutreaux asintió.

—Es preciso que aparezca en La Partida y de nuestra parte. Usted ya sabe porqué, ya sabe lo que intento llevar a cabo.

Mirándole fijamente, Mutreaux asintió nuevamente con un gesto.

—Yo me ocuparé de él —dijo entonces Mary Anne—. Me tiene demasiado miedo para que haga nada por ellos, ¿verdad? —y con el pie sacudió el cuerpo caído de Dave Mutreaux.

Éste, todavía atontado, se las arregló para asentir con la cabeza.

—Dele gracias a Dios que aún está vivo —dijo Schilling.

—Sí que lo está —dijo la chica. Y dirigiéndose a Pete—: ¿Querrá hacer algo por mi madre?

—Por supuesto que sí. —Y miró a Joe Schilling un instante—. ¿Por que no te vas al coche y esperas un momento? —pidió a la joven—. Vamos a llamar a E. B. Black y no te necesitaremos durante un rato.

—Gracias —dijo Mary Anne. Y volviéndose se encaminó lentamente hacia la calle, mientras los dos hombres la observaban.

—Por ella venceremos en La Partida —dijo Joe Schilling.

Pete asintió silenciosamente con la cabeza. Por ella y porque Mutreaux vivía todavía. Vivo y ya no más en situación de actuar bajo la autoridad de los titanios.

—Hemos tenido suerte —dijo Schilling—. Alguien dejó abierta la puerta de la sala de juego y ella vio a Nats antes que éste la viese a ella. Ella estaba todavía fuera y Nats no pudo hacer nada contra la chica, hasta que fue demasiado tarde. Creo que contaba con la facultad premonitoria de Mutreaux, olvidando o no comprendiendo que ella es de un poder variable en su facultad psicokinética. Se encontró desprovisto de la protección de la facultad premonitoria de Mutreaux, como si éste realmente no hubiera existido.

«Y así nos encontramos ahora nosotros —pensó Pete—. Desguarnecidos de igual forma». Pero no era cuestión de preocuparse más. La Partida estaba allí, para seguir su curso contra los titanios, y no necesitaba la ayuda de ningún premonitor para verlo. Todo lo que había que hacer, era esperar.

—Tengo completa confianza en ella —dijo Joe Schilling—. No me importa lo que pudo hacer, Pete.

—Esperemos que tengas razón, Joe —respondió Garden. Se inclinó sobre el cuerpo muerto de Patricia Mc Claim. Era la madre de Mary. Y su hija había hecho aquello. Con todo, dependían de Mary Anne, Joe tenía razón. No tenían elección posible.

XVI

—Esto es lo que tiene usted que aceptar y con lo que debe enfrentarse —dijo Pete Garden a Mutreaux—. Cuando juguemos, Mary Anne estará en la mesa al lado de usted, en todo momento. Si perdemos, Mary le matará, no lo olvide.

—Ya lo sé —murmuró Mutreaux sombríamente—. Era obvio, tan pronto como murió Pat, que mi vida depende del triunfo de ustedes. —Y se dio un masaje en la garganta mientras se tomaba una taza de té caliente—. Y más indirectamente, las vidas de ustedes también lo están.

—Así es —convino Joe Schilling.

—Ellos llegarán a la Tierra en cualquier momento, dentro de la próxima media hora, si he comprendido bien —dijo Mary Anne, sentada en un extremo de la cocina del apartamento de los Mc Claim, mientras que en la sala de estar el detective vug E. B. Black estaba entretenido consultando con los otros miembros de la policía terrestre de la Costa Occidental que le habían acompañado.

—Debemos comenzar en Carmel —dijo Pete.

Llamó por el videófono y tuvo una entrevista con su psiquiatra, el doctor Macy, en Salt Lake City para que se preparasen los comprimidos de fenotiazina, los cuales deberían ser llevados hacia Carmel, por mediación de una de las casas de productos farmacéuticos de San Francisco hasta la sala de juego del grupo Pretty Blue Fox, y recibidas por Bill Calumine, en representación del grupo, como siempre lo había sido.

—¿Qué tiempo se lleva la fenotiazina para actuar? —preguntó Joe Schilling a Pete.

—Una vez ingeridas, casi inmediatamente —respondió Pete Garden.

Los cuatro, una vez entrevistados por el detective E. B. Black y hechas las oportunas declaraciones, salieron de San Rafael en dirección a Carmel en el viejo coche cascarrabias de

Joe Schilling, siguiendo tras él iba el de Pete Garden a poca distancia. Mary Anne miraba como ausente por una de las ventanillas del coche volador. Dave Mutreaux aparecía también silencioso y ocasionalmente tocándose su garganta dolorida. En los asientos delanteros iban Pete Garden y Joe Schilling. El coche de Garden, venía a la zaga, vacío.

Quizá fuese el último viaje que hiciera, pensó Pete. Llegaron a Carmel bastante pronto en el recorrido y Pete estacionó el coche y apagó el motor y el viejo circuito Rushmore. Los cuatro tripulantes salieron al exterior.

De pie en la oscuridad de la noche, un grupo de personas aguardaban su llegada. De alguna forma extraña, la presencia de aquellas figuras les produjo un escalofrío. Había cuatro. Lanzándoles un rayo de luz desde la acera con los faros de Max, comprobaron su presencia. Tras una pausa, Joe Schilling murmuró:

—Ahora comprendo.

—Así es —añadió Dave Mutreaux—. Así será exactamente como habrá que jugar. Espero que puedan ustedes continuar adelante.

—Pues claro que sí podremos —afirmó Pete Garden.

Las cuatro figuras silenciosas que aguardaban, eran simulacros de titanios.

De ellos mismos. Un vug Pete Garden, otro Joe Schilling, otro vug Mary Anne y otro igualmente Dave Mutreaux. El último, ligeramente escondido tras los tres primeros, era el de la chica y no parecía tan substancial como los demás. Mary Anne era, sin duda, un problema para los titanios. Incluso en aquel aspecto.

Pete Garden se dirigió hacia los cuatro simulacros.

—¿Y si perdemos? —preguntó.

El vug que respondía a su propia figura, dijo en el mismo tono preciso:

—Si pierde usted, señor Garden, su presencia ya no será requerida por más tiempo en La Partida y será reemplazado. La cosa es bien sencilla.

—Canibalismo... —murmuró Joe Schilling.

—No —le contradijo el vug Joe Schilling—. El canibalismo tiene lugar cuando un miembro de cualquier especie viviente se alimenta de los otros de su misma especie. Nosotros no somos de la misma especie que ustedes. —Y el vug Joe Schilling sonrió, con la misma sonrisa que tan bien conocía Pete Garden desde años. Resultaba una soberbia imitación.

Y el grupo que habría del Pretty Blue Fox, ¿tendría también cada uno de ellos su propio simulacro, entre los que se hallaban arriba, en la sala de juego?, se preguntó Pete.

—Así es —respondió el vug Pete Garden—. Por tanto, podemos comenzar. La Partida comenzará inmediatamente, no existe razón alguna para demorarla. —Y comenzó a subir la escalera hacia el piso de La Partida, conociendo el camino perfectamente.

Existía algo terrible en aquello, pensó Garden. El celo y la oficiosidad con que el vug subía la escalera y que le hizo sentirse enfermo. Era la certidumbre absoluta de lo que hacía, como si ya lo hubiera hecho antes mil veces más. Parecía realmente un terrestre, en su propio hogar y acostumbrado a moverse con la normal facilidad de un ser humano. Pete observó que los otros tres simulacros se comportaban de igual modo.

Se abrió la puerta y el vug Pete Garden entró en la sala de juego de Pretty Blue Fox.

—¡Hola! —le saludaron los componentes del grupo.

Stuart Marks —¿o sería el simulacro de Marks?—, le miró con horror y después dijo:

—Supongo que ya estamos todos, bienvenido.

—Saludos a todos —dijo Pete Garden lacónicamente.

Se miraron unos a otros a través de la mesa de juego, con los simulacros titanios a un lado y la gente de Pretty Blue Fox, además de Mutreaux y Mary Anne, al otro.

—¿Un cigarro? —dijo Joe Schilling a Pete.

—No, gracias —murmuró éste.

En el otro lado, el simulacro de Joe Schilling repetía el mismo ofrecimiento, al de Pete:

—¿Un cigarro?

—No, gracias —repuso el vug Pete Garden.

Dirigiéndose a Bill Calumine, Pete Garden le dijo:

—¿Ha llegado el encargo hecho desde San Francisco, con esos medicamentos? Los necesitamos antes de comenzar. Espero que no haya disputa sobre el particular...

El vug Pete Garden le respondió:

—Una idea valiosa la que han tenido para valerse de su aparato sensorial psiónico. Tienen un perfecto derecho a hacerlo, así se confrontarán nuestros verdaderos poderes. —Miró sonriendo al grupo Pretty Blue Fox y después de un lado a otro de la mesa de juego—. No tenemos objeción ninguna que hacer a la llegada de esos medicamentos que piensan tomar, nos parece natural.

Calumine se aproximó:

—No es preciso esperar, señores. Los medicamentos están aquí, en la cocina.

Levantándose de su silla, Pete Garden se dirigió en compañía de Mutreaux hacia la cocina. En el centro de la mesa y junto a botellas de licores, hielo y aperitivos, había un paquete sin abrir, sellado con un precinto.

—Pensemos por un momento —indicó Mutreaux mientras Pete Garden desenvolvía el paquete— lo que le ocurrió a Patricia y a los otros de la Organización, allá en Nevada. Creo que es lo que me ocurrirá a mí. —Parecía relativamente en calma, no obstante—. No siento el absoluto desprecio de todos los órdenes que había en el Wa-Pei-Nan —continuó Mutreaux—, con el doctor Philipson y todos los demás. —Pete Garden se tomó una píldora de fenotiazina—. Si usted conoce las fases del tiempo encerradas dentro de ese producto, los vugs estarán en condiciones de...

—No lo sé —repuso Pete Garden mientras se bebía un vaso de agua—. La casa preparadora ha informado que el alcance de su efecto varía desde un actuar instantáneo, hasta diversas secuencias en gradación precalculada, según las circunstancias. He tomado una gragea al azar; resulta igual a las demás, en su aspecto exterior, aunque interiormente estén diversamente dosificadas. —Y le mostró la gragea a Mutreaux.

Éste se la tomó con un poco de agua, con un gesto resignado y fatalista.

—Le diré una cosa —dijo Mutreaux— para su propio gobierno. Hace ya algunos años, y a título de experimento, me tomé un derivado de la fenotiazina. Produjo un efecto colosal sobre mi facultad premonitora. —Y sonrió débilmente a Pete Garden—. Como le dije con anterioridad a la visita a Patricia Mc Claim, esta idea suya es una adecuada respuesta a la solución de nuestros problemas, por lo que yo puedo calcular. Le felicito.

—¿Dice usted eso cordialmente por estar de nuestra parte, o por verse forzado a estarlo en el juego?

—No lo sé muy bien —dijo Mutreaux—. Me encuentro en un período de transición. El tiempo lo dirá. —Y volviéndose, salió a la sala de estar, sin añadir otro comentario, dirigiéndose hacia La Partida y la gran mesa de juego.

El vug Bill Calumine se puso en pie y anunció:

—Sugiero que nuestro bando tire antes que el suyo. —Y tomando el bombo lo hizo girar con gran energía.

El indicador se detuvo en el 9.

—Está bien —respondió Calumine, encarándose con su simulacro vug, y él a su vez tiró en el bombo, haciéndolo rodar suavemente. El indicador comenzó a detenerse, llegó hasta el doce, parecía querer detenerse allí y pasó al 1.

Dirigiéndose hacia Mary Anne, Pete Garden le dijo:

—¿Estás resistiendo cualquier esfuerzo que hagan ellos sobre tu poder psiónico-kinético?

—Sí —respondió la chica, concentrándose en el indicador, que apenas se movía.

El indicador se detuvo finalmente en el 1.

—Es correcto —dijo Mary Anne, con voz apenas audible.

—Bien, ustedes, titanios, comienzan el juego —concedió Pete, esforzándose por contener la decepción que sufría en aquel momento.

—Muy bien —dijo el vug simulacro que tenía enfrente, sonriéndose con burla—.

Procederemos, pues, a transportar el campo de alteración de la Tierra, a Titán. Confiamos en que ustedes, terrestres, no tengan objeción ninguna que hacer.

—¿Qué? ¡Esperen un momento! —gritó Joe Schilling. Pero la acción transformadora había dado ya comienzo y era demasiado tarde para detenerla.

La habitación pareció temblar y comenzó a volverse neblinosa. Los simulacros, sentados en la parte opuesta, comenzaron a alterar su forma, según pudo apreciar Pete Garden. Era como si se dislocara su estructura y los contornos físicos, hasta entonces terrestres, se distorsionaran y como si sus arcaicos y mal conformados esqueletos estuvieran en aquel momento inmersos en un extraño proceso de reconformación progresiva. Su propio simulacro, sentado justamente frente a él, apareció a los pocos instantes con un aspecto horrible y repelente. La cabeza le colgaba desmayadamente y los ojos quedaron desprovistos de luz, como vacíos y sin vida, recubiertos de una película membranosa. El simulacro tembló ligeramente y por el costado, de pies a cabeza, se abrió una rendija, por la cual intentaba salir el cuerpo de la verdadera criatura allí encerrada temporalmente. El mismo fenómeno ocurría con los demás simulacros de los miembros terrestres del grupo.

Al fin surgió la masa protoplasmática del organismo viviente al exterior. El vug, ya en su auténtica forma real, no necesitaba por más tiempo continuar apareciendo en forma humana, ni soportar más la envoltura terrestre. Allí aparecía a la luz amarillenta del lejano sol. Los demás vugs fueron igualmente suprimiendo su envoltura terrestre y apareciendo en su forma titania. Al quedar liberados de su encierro pasajero, los vugs parecían flotar, ingrávidos como jirones de niebla y casi sin color apreciable. En el aire flotaban algunas pequeñas partículas de la envoltura que habían llevado hasta entonces y que como pequeñas escamas repelentes cayeron sobre la mesa de juego. Pete Garden se apresuró a apartarlas con asco y horror.

Por fin aparecían los jugadores titanios de La Partida en su auténtica forma. Allí estaba latente el gran asunto de La Partida, y el fraude de sus formas terrestres abolido, ya no había necesidad de tal cosa, porque La Partida ya no se jugaba en la Tierra.

Se encontraban en Titán.

Con una voz que procuró ser lo más calmosa posible, Pete dijo:

—Todas nuestras tiradas las hará Dave Mutreaux. Aunque deseemos sacar las respectivas cartas que nos corresponde a cada uno en La Partida.

Los vugs, difundiendo sus pensamientos telepáticos, contestaron con una carcajada general y despectiva, carente de sentido.

«¿Por qué?», se preguntó Pete a sí mismo. Era como si al quedar los titanios en su verdadera forma viviente, la comunicación entre los dos bandos hubiera sufrido un sensible cambio.

—Joe —dijo Pete a Schilling—. Si a Bill Calumine no le parece mal, me gustaría mover nuestras piezas.

—Muy bien —contestó Joe aprobando con un gesto.

Unos tentáculos de niebla gris se extendieron sobre la mesa de La Partida y los vugs que se sentaban en la parte opuesta quedaron inmersos en una relativa oscuridad. Era como si los titanios se retirasen, rehuyendo el contacto con los terrestres tanto como les fuese posible. No parecía ninguna animosidad, sino más bien una espontánea retirada.

«Quizá —pensó Garden— nosotros estemos condenados a este encuentro desde el principio y que este resultado estuviese absolutamente determinado desde el primer contacto de nuestras distintas culturas». Se sintió vacío y deprimido. Pero reaccionó instantáneamente, más determinado que nunca a vencer en La Partida ante sus oponentes titanios.

—Saque una carta —dijeron los titanios, con sus propagaciones telepáticas, como si todo el grupo titanio hablase por una sola voz, como formado por un gigantesco organismo, resultante de todos los demás. Un organismo macizo..., e inteligente.

Pete Garden sintió odio y temor al mismo tiempo.

Mary Anne dijo en voz alta:

—¡Están empezando a ejercer influencia sobre las barajas!

—Está bien —le advirtió Pete—. Continúa manteniendo tu atención, en la mayor medida que te sea posible.

Pete comenzó a sentirse cansado. ¿Sería acaso que habrían perdido ya? Sintió algo parecido, como si hubiesen estado jugando una partida eterna, sin descanso, y apenas si la habían comenzado.

Bill Calumine alargó la mano y sacó una carta.

—No la mires —le advirtió Pete Garden.

—Ya comprendo —dijo Bill, irritado. Deslizó la carta, sin ser observada, hacia David Mutreaux. Éste, a la escasa media luz reinante, contempló la carta, concentrándose en ella.

—Siete cuadrados —anunció.

Joe Schilling, a una señal de Calumine, movió la pieza hacia delante, siete cuadrados o casillas. La que tenía que ocupar tenía la siguiente leyenda:

Alza en los costos del combustible: Pagar cincuenta dólares a una Compañía de Servicios Públicos.

Levantando la cabeza Joe Schilling miró a la autoridad titania que se sentaba al extremo lejano de La Partida. Nadie pidió que se mostrase farol. Los titanios habían decidido dejar pasar el movimiento, no creyeron que lo hubiera.

Mutreaux se volvió hacia Pete Garden:

—Hemos perdido, es decir, vamos a perder; lo he previsto absolutamente, ello está en cualquier futura alternativa.

—Pero su capacidad —resaltó Schilling—, ¿es que la ha olvidado? Será que estará ahora altamente reducida. Es una nueva experiencia para usted y está desorientado, ¿no es cierto?

—Pero el caso es que no siento que se haya debilitado —contestó Mutreaux en tono claudicante.

La autoridad titania se encaró con el grupo terrestre.

—¿Desean retirarse de La Partida?

—De ningún modo —respondió Garden, pálido y sorprendido, mientras Calumine confirmaba con un gesto tal decisión.

«¿Qué es esto?, pensó Pete Garden. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo? *¿Es que David Mutreaux, a despecho de la amenaza de Mary Anne, les estaba traicionando?».*

—Hablo en voz alta —dijo Mutreaux—, porque ellos... —Y señaló a los oponentes vugs—. Ellos pueden leer en mi mente de todas formas.

Sí, aquello era cierto, se dijo Pete a sí mismo, trabajando su mente con febril actividad. ¿Qué podría salvarles de aquella situación? Pete trató de controlar su pánico interno y su intuición de completa derrota a manos de los vugs.

Joe Schilling encendió un cigarro y se arrellanó en su asiento.

—Creo que lo mejor es que continuemos —dijo.

El viejo Joe no parecía demasiado preocupado, pero con todo era seguro que debía estarlo. Como jugador veterano, pensó Pete, no dejaba traslucir sus emociones, ni capitulaba de ninguna forma. Joe seguiría hasta el fin y el resto de ellos también. Porque tenían que hacerlo. La cosa era tan simple como aquello.

—Si ganamos —dijo Pete al vug oponente— obtendremos el control de Titán. Ustedes tienen mucho que perder, y puesto en el juego tanto como nosotros.

El vug se incorporó un tanto, tembló ligeramente y dijo con laconismo:

—Jueguen.

—Le toca a usted tirar —le recordó Schilling.

—Es verdad. —Sorprendido, el vug tiró de su carta. Se detuvo, y entonces, sobre el tablero, su pieza avanzó una, dos, tres..., hasta nueve casillas en total. La casilla rezaba así:

Planetoide rico en tesoros arqueológicos. Descubierto por sus exploradores: Gana

setenta mil dólares.

¿Sería un farol? Pete Garden se volvió hacia Schilling y Bill Calumine se inclinó para conferenciar. Los otros, a su vez, también se reunieron murmurando.

—Yo pediría farol —insinuó Schilling. De un extremo a otro del equipo terrestre corrió el rumor y la vacilación en realizar una votación para decidirlo. La votación se inclinaba decididamente.

—Farol —declaró en voz alta Joe Schilling.

La carta de los vugs se mostró cara arriba. Era un nueve.

—Ha sido correcto —dijo Mary Anne—. Lo siento, pero es así; no ha existido ninguna fuerza psiónica que yo haya podido detectar en tal jugada.

—Preparen su pago, por favor —dijo el vug. Y de nuevo surgió la risa burlona, o al menos así le pareció a Pete Garden, aunque no pudo estar muy seguro.

En cualquier caso, resultaba un duro golpe para Pretty Blue Fox. El lado vug había ganado setenta mil dólares de la banca por haber llegado a la casilla correcta, y otros setenta mil dólares adicionales de los fondos del grupo, debido a la inadecuada llamada de farol; ciento cuarenta mil dólares en total. Abrumado, Pete trató de esforzarse en mantener una postura conveniente, al menos en lo exterior.

—Nuevamente —dijo el vug—, solicito de ustedes que pueden retirarse.

—No, no —dijo Schilling, mientras que se contaban los fondos necesarios y se pagaba al grupo ganador de los titanios.

—Esto es una calamidad —comentó Calumine.

—¿No ha sobrevivido usted a tales pérdidas en La Partida con anterioridad? —preguntó Joe Schilling con voz ligeramente irritada.

—¿Y usted? —rebatió Calumine a su vez.

—Sí.

—Pero no hasta el final —dijo Calumine—. Al final, Schilling, no sobrevivirá usted, al final será derrotado. Exactamente igual a como está usted perdiendo aquí por todos nosotros.

Joe permaneció silencioso. Tenía las facciones pálidas.

—Continuemos —dispuso Pete Garden.

—Fue idea tuya traer aquí a este tipo —dijo Calumine—. No tendríamos tan mala suerte sin él. Como interventor...

—Pero ya dejaste de serlo —intervino la señora Angst en voz baja.

—Juego —restalló la voz tensa de Stuart Marks.

Tiró su carta que pasó sin leer a Dave Mutreaux, esperó y entonces, lentamente, movió su pieza a once casillas de distancia. La casilla decía:

Un gato doméstico guarda un álbum de sellos antiguos en un ático. Gana usted tres mil dólares.

El vug dijo sin vacilar:

—Es un farol.

Dave Mutreaux, tras una pausa, dio la vuelta a la carta. Era ciertamente un 11; el vug había perdido y tenían que pagar. Se oyó un prolongado murmullo. La suma no tenía mucha importancia, pero probó a Pete que los vugs no eran infalibles y que se equivocaban.

El preparado de fenotiazina actuaba ya rápidamente. El grupo Pretty Blue Fox tenía una oportunidad.

Entonces el vug tiró otra carta y su pieza se movió hacia delante en nueve casillas. El lugar de descanso rezaba así:

Devolución por error de antiguos impuestos. Garantizado por el Gobierno Federal en ochenta mil dólares.

El vug se estremeció un poco convulsivamente, oyéndose un débil y extraño ronquido que se escapaba de él. Aquello debía ser un farol, calculó Pete. Si lo era y no se reclamaba, en vez de perder tal suma, la percibiría el grupo terrestre. Todo lo que se precisaba era hacer que la carta se volviese y que mostrase no ser un 9.

Pero la votación de Pretty Blue Fox fue la de dejar el turno, sin reclamar farol.

—Declinamos reclamar el farol —declaró Schilling.

Con cierta repugnancia, el vug pagó de sus fondos los ochenta mil dólares a la banca. No había sido farol, realmente, y Pete respiró con alivio. Los vugs habían perdido ahora la mitad de lo ganado anteriormente. Evidentemente, no eran jugadores infalibles. Y al igual que las gentes de Pretty Blue Fox, los vugs tampoco llegaban a sellar tan íntimamente sus sentimientos. No eran humanos, pero sí seres vivientes de otra especie, con sus objetivos, sus deseos y ansiedades. Eran mortales, en suma. Instintivamente, Pete sintió compasión por el vug que acababa de perder.

—Es una pena que gasten ustedes su lástima —dijo el vug—, si es que tienen piedad de mí. Todavía soy superior a ustedes, terrestres.

—Por ahora —respondió Pete Garden—. Pero están implicados en un proceso de decadencia. El proceso de perderlo todo.

Pretty Blue Fox tiró otra carta que, como las anteriores, fue pasada sin ver a manos de Dave Mutreaux. Éste pareció inmóvil por un lapso de tiempo que parecía interminable.

—¡Cante, vamos! —restalló finalmente Calumine.

—Tres —murmuró Mutreaux.

La pieza terrestre fue movida por Joe Schilling. Pete leyó:

Un deslizamiento de barro amenaza los cimientos de una casa. Honorarios de reconstrucción: catorce mil dólares.

El vug no se movió; tras unos instantes, declaró:

—No se pide farol.

Dave Mutreaux miró a Pete Garden. Tomó la carta y la mostró.

No era un 3. Era un 4.

El grupo había ganado y no perdido catorce mil dólares. El vug había fallado al no reclamar farol.

—Es sorprendente —comentó el vug— que tal desventaja de ustedes les permita ganar, no obstante.

Entonces tiró a su vez, salvajemente, otra carta, y sobre la marcha colocó su pieza a siete casillas de distancia. Esta decía:

Cartero herido frente a su puerta. Reclamación ganada frente a los Tribunales: trescientos mil dólares.

¡Dios de los Cielos!, pensó Pete Garden. Era una cantidad de dinero colosal. Hizo un detenido escrutinio del vug, como lo hicieron todos los demás componentes del grupo Pretty Blue Fox, tratando de descubrir la menor indicación. ¿Era un farol, o no?

«Si dispusiéramos de un simple telépata», pensó Pete con amargura. Pero no. Nunca dispondrían de Patricia, que como Hawthorne, había muerto. Pero aun habiéndolo tenido, la autoridad vug lo habría neutralizado, aquello era evidente. Ambas partes de La Partida habían jugado siempre sobre aquellas mismas bases: ambas estaban preparadas. «Si perdemos —siguió Pete reflexionando— me mataré yo mismo antes que caer en manos de los titanios». Se rebuscó en los bolsillos, tratando de averiguar lo que tendría en ellos. Solamente un par de comprimidos de metanfetamina, quizá las únicas que se salvaron de la *razzia* cometida por Mutreaux en su cuarto de baño. ¿Cuánto tiempo llevarían allí? ¿Un día? ¿Dos? Le parecía que

debería hacer meses. En otro mundo distinto.

Hidrocloruro de metanfetamina.

Aquel producto podría transformarle en un telépata temporal, no de largo alcance, pero ciertamente facultado en un grado decisivo. La metanfetamina era un estimulante del tálamo, su efecto era el opuesto al causado por las Fenotiazinas. Lo pensó*: ¡Sí!*

Se las tragó de un golpe, con la propia saliva.

—Esperen —ordenó al grupo—. Escuchen, quiero hacer yo mismo la decisión de esta jugada. —Sería preciso que esperasen al menos diez minutos para que la droga hiciese su apetecido efecto.

—Creo que hay juego sucio de vuestra parte —declaró el vug oponente—. Uno de sus miembros ha ingerido drogas estimulantes.

Joe Schilling le salió al paso enérgicamente:

—Ustedes aceptaron previamente las Fenotiazinas, y, desde luego, el uso de medicación en esta Partida.

—Pero no estoy preparado para tratar con una facultad telepática que emane de su grupo —contestó el vug—. Investigué mentalmente a todos ustedes y no se mostraba ninguna evidencia, ni plan alguno para obtener tal facultad telepática.

—Eso parece un agudo error de su parte —objetó Joe Schilling. Y volviéndose hacia Pete, a quien observaban ansiosamente todos los miembros del grupo, preguntó—: ¿Bien?

Pete Garden continuaba esperando, con los puños cerrados, a que la droga hiciese su efecto. Pasaron cinco minutos, durante los cuales nadie habló una palabra. El único sonido audible era el que hacía Schilling chupando de su cigarro mexicano.

—Pete —dijo bruscamente Bill Calumine—. No podemos esperar tanto tiempo, resulta imposible soportar esta tensión.

—Es cierto —confirmó Joe Schilling, mordiendo su cigarro. Tenía la cara perlada de sudor—. Vamos, toma tu decisión, aunque esté equivocada.

—Ha sido un farol —dijo Pete en aquel instante. Tenía que ser, o el vug habría dejado de hacer cualquier comentario. Dirigiéndose hacia el vug, declaró—: Reclamamos que es farol por su parte.

El vug no se estremeció. Finalmente, volvió la carta boca arriba.

La carta era un 6.

Y había resultado, ciertamente, un farol.

—Me dejé enajenar —declaró Pete loco de alegría—. Y las anfetaminas no me ayudaron para nada, el vug puede decirlo, puesto que puede leerlo en mi mente, así soy muy feliz al proclamarlo en voz alta. No disponía de suficiente droga, ni en mi organismo existe alcohol alguno. No se ha desarrollado ningún sistema telepático en mi personalidad. Realmente no sé como conocerlo.

El vug, temblando y coloreado de un oscuro matiz, pagó billete tras billete los trescientos mil dólares al Pretty Blue Fox. El grupo terrestre estaba muy cerca de vencer y ganar en La Partida. Lo sabían y sus oponentes también. Era algo para no ser dicho con palabras.

—Si no hubiera perdido el nervio —comentó Joe Schilling mientras encendía otro de sus cigarros mexicanos—, hubiera tenido al menos un cincuenta por ciento de oportunidades. Primero se mostró avaro y después asustado. —Sonrió a sus compañeros del grupo—. Una mala combinación para este juego. Era la combinación que, ya hace muchos años, me ayudó a quedar barrido de La Partida. Cuando jugué en la partida final contra Jerome Luckman.

—Creo que tengo perdida esta partida contra ustedes, los terrestres, por todo lo que puedo calcular —anunció el vug.

—¿No desea continuar? —demandó Joe Schilling, quitándose el cigarro de la boca y mirando con detenimiento al vug, que parecía totalmente fuera de control. Su rostro aparecía duro y tenso hasta el máximo. Y el vug, mirándole, dijo a continuación:

—Sí, deseo continuar.

Todas las cosas parecieron explotar ante los ojos de Pete Garden, el tablero se disolvió y

sintió un horrible dolor al mismo tiempo que se daba cuenta de lo sucedido. El vug estaba muriéndose y en su agonía había intentado destruirlos a ellos, al mismo tiempo. Aquello continuaba, pero en otra dimensión diferente. Todo sucedía en otro mundo distinto de la Tierra. Estaban sobre Titán.

Su suerte había sido mala en tal respecto.

Decisivamente mala.

XVII

La voz de Mary Anne le llegó fresca y apacible:

—Están intentando manipular con la realidad, Pete. Usan la misma facultad con que nos trajeron hasta Titán. ¿Deberé hacer lo que pueda?

—Sí —le suplicó Pete. No podía verla, se sentía yacente en una profunda oscuridad, como sumergido en un estanque, donde no existiese materia alguna, sino más bien su total ausencia. ¿Dónde estaban los otros? Esparcidos seguramente por todas partes, tal vez sobre millones de millas del espacio vacío, en un vacío carente de significado. O quizá sobre milenios de espacio-tiempo.

Se produjo un gran silencio.

—Mary —llamó Pete en voz alta.

No obtuvo ninguna respuesta.

—¡Mary! —gritó desesperadamente, tratando de asirse a algo en la oscuridad—. ¿Has desaparecido también? —Siguió escuchando, pero sin la menor respuesta a su llamada.

Transcurrido un tiempo que no pudo calcular, le pareció, al menos, oír alguna cosa. En la oscuridad, un ente vivo se dirigía hacia él. Como si percibiese de algún modo una extensión sensorial de aquel ser viviente, o un dispositivo que siguiese su camino. Pete Garden creyó estar seguro que alguien se le aproximaba, en una forma misteriosa e incomprensible. Era algo más viejo y antiguo que el vug contra el que había estado jugando. «Debe ser algo que existe entre nuestros dos mundos», pensó Pete. Entre el límite de la realidad que marcaba la diferencia entre los hombres y los vugs. «Vete, aléjate de mí», dijo, afanándose para repeler aquella cosa de algún modo, o al menos huir de su presencia.

Aquella criatura se había aproximado mucho más.

—¡Joe Schilling! ¡Ayúdame! —gritó.

—Yo *soy* Joe Schilling —dijo la misteriosa criatura. Y se dirigió hacia él más de prisa aún—. Ambición y temor —dijo—. Una mala combinación.

—¡Al diablo con que tú eres Joe Schilling! —gritó Pete en el colmo del terror, rodando o tratando de hacerlo para escapar de allí.

—La ambición por sí sola —continuó diciendo aquella cosa— no es en sí tan mala, es el primer motor que impulsa al ser, psicológicamente hablando.

Pete cerró los ojos. ¡Santo Dios! Era Joe Schilling. ¿Qué habían hecho los vugs con él? ¿Qué había sido de él y de Joe en aquella oscuridad? ¿Lo habrían hecho los vugs? ¿No sería en su lugar la verdadera forma en que se aparecía?

Se inclinó, encontró el pie y febrilmente se desató un zapato, que se sacó arrojándolo con toda su fuerza contra el espectro que tenía delante.

—¡Humm! —dijo aquella cosa—. Tendré que pulverizarlo de una vez. —Y se retiró.

Jadeando, presa del terror más absoluto, aguardó su retorno.

Tenía la seguridad que lo haría.

Joe Schilling, dando traspiés en aquel inmenso vacío, rodaba de todas las formas posibles; parecía que iba a caer a un abismo y se recuperaba nuevamente. Sin soltar el cigarro que llevaba encendido, luchaba por respirar y tomar aliento.

—¡Pete! —gritó en voz alta. Escuchó. No existía dirección determinada, ni la sensación de

aquí o allá, ni el menor sentido de quién era o dejaba de ser, ninguna división entre el yo y el no-yo.

Silencio.

—Pete Garden —dijo de nuevo, y esta vez creyó sentir algo, aunque aún no lo oía realmente perceptible—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo —respondió Pete Garden.

Pero, con todo, no lo era.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Joe—. ¿Qué maldita cosa nos hace esto? Estamos cayendo a una milla por minuto, ¿no es cierto? Pero conseguiremos volver a la Tierra, tengo fe en que encontraremos el camino de vuelta. Después de todo, vencimos en La Partida, ¿verdad? —Escuchó de nuevo. Se oyó la voz de Pete:

—Acércate más.

—No —respondió Joe—. Por cierta condenada razón, yo... no me fío de ti. De todos modos, ¿cómo puedo acercarme más? No hago más que dar vueltas en el vacío... ¿Y tú también?

—Acércate más —repetía la voz monótonamente.

«No», se dijo Joe a sí mismo. No creyó en la voz, se sentía aterrado.

—¡Márchate! —gritó, y como paralizado, aguardó. La voz no se alejó.

Envuelta en la oscuridad reinante, Freya rumiaba furiosa: «Nos han traicionado... Hemos vencido, hemos ganado La Partida y no hemos conseguido nada... Aquel bastardo organismo... Nunca debimos haber confiado, ni poner fe alguna en la idea de Pete Garden para jugar con él. Suya ha sido la culpa y de Joe Schilling. Los mataré a los dos. —Con las manos intentó encontrar algo a que asirse pensando en que ya podía matar a alguno de ellos—. *¡Quiero matar!*».

Mientras, Mary Anne, en idéntica situación, trató de llamar a Pete Garden:

—Escucha, Pete, nos han desprovisto de cualquier forma de aprehender la realidad. Somos nosotros los que hemos cambiado. Estoy segura. ¿Puedes oírme?

Ninguna respuesta. Ni el menor sonido.

«Nos han atomizado —siguió pensando Mary—, como si nos hallásemos cada uno de nosotros en estado de una extrema psicosis, aislados de todo lo demás y de cualquier atributo en nuestros métodos de percibir la sensación de tiempo y espacio. Este es un espantoso y terrible aislamiento... Tiene que ser eso. ¿Qué otra cosa, si no? Pero no puede ser real... Tal vez ésta sea la realidad fundamental, la que existe bajo las capas conscientes de la psique, quizá éste sea el modo en que nosotros somos, realmente. Ellos están haciendo que nos mostremos así, y nos están matando con la verdad acerca de nosotros mismos..., con su facultad telepática y su capacidad de moldear y reformar la mente, de introducirse en ella infusamente...».

Pero Mary Anne reaccionó huyendo de tales pensamientos.

Y entonces, bajo ella, vio algo que vivía y se movía.

Eran unas criaturas encanijadas, extrañas, fantásticas, aplastadas por enormes fuerzas en unas formas miserables, mal conformadas y distorsionadas. Hundidas allá abajo hasta aparecer diminutas y ciegas. Mary Anne miró con detenimiento. La luz de un enorme sol poniente iluminó la escena hasta que pocos momentos después, se fue diluyendo en una roja oscuridad y finalmente en la negrura de la noche. Ligeramente luminosos, como organismos de una vasta profundidad, las encanijadas criaturas seguían viviendo. No era agradable contemplar aquello.

Mary Anne las reconoció:

«Sí, somos nosotros, los terrestres, tal y como nos ven los vugs. Cerca del Sol, sujetos a fuerzas inmensas de la gravitación».

Mary Anne cerró los ojos.

«Sí, ahora comprendo —continuó pensando la chica—. No es de extrañar que nos

combatan; para ellos, somos una raza vieja y decrépita a la que hay que forzar a abandonar la escena, pues su época ya pasó». Después, allí estaban los vugs. Unas criaturas resplandecientes, sin apenas peso, llevadas a un nivel más lejano, más allá del peso aplastante de la fuerza de la gravedad, sobre una pequeña Luna, muy lejos del viejo Sol. «Quieren mostrarnos así... Así es como realmente aparecemos ante ustedes».

—¿Es de esta forma como quieren atraparnos? —preguntó Mary Anne a la presencia resplandeciente y ligera que como una espiral se contorneaba frente a ella; la de un titanio—. ¿La vista de la situación debe ser igual para nosotros? Vuestra apreciación no puede reemplazar a la nuestra. ¿O sí ha de ser? ¿Es esto lo que desean?

La joven esperó la respuesta, con los ojos cerrados por el miedo.

—Idealmente —dijo en forma telepática un pensamiento que le llegó claramente—, ambas visiones pueden coincidir. Sin embargo, en la práctica, la coincidencia verdadera es imposible.

Abriendo los ojos, vio una enorme burbuja de protoplasma gelatinoso, ostentando ridículamente una etiqueta de color rojo sobre la frente que decía: «E. B. Black».

—¿Qué? —preguntó Mary Anne, y miró a su alrededor.

El vug E. B. Black radió a la joven sus pensamientos.

—Existen dificultades. No hemos terminado de resolverlas, de aquí las contradicciones existentes dentro de nuestra propia cultura. He prevalecido sobre los jugadores contra los que han luchado ustedes en su grupo. Usted se halla en este momento en la Tierra, en el apartamento de su familia, en San Rafael, donde también estoy yo, dedicado a mis investigaciones criminales.

La luz y la fuerza de la gravedad terrestre, actuaban rápidamente sobre Mary Anne. Se incorporó trastornada todavía por la reciente experiencia.

—Vi... —comenzó a decir.

—Usted vio lo que nos tiene obsesionados —interrumpió el vug—. Es algo que no podemos desechar. —El vug se aproximó más a la joven, ansioso porque sus pensamientos se hicieran más claros para Mary Anne—. Nos damos cuenta que esto es parcial y que no es lícito para nosotros, los terrestres, soportarla, ya que a vuestro turno, tienen también una visión diferente de nosotros. Sin embargo, nosotros continuamos percibiendo de los terrestres la misma visión que acaba de experimentar. Habría sido injusto permitir que hubiesen ustedes continuado teniendo esa visión de referencia tan extraña para sus módulos de comprensión.

—Vencimos en La Partida, contra ustedes —dijo Mary Anne.

—Nuestros ciudadanos lo saben. Nosotros repudiamos los esfuerzos punitivos de nuestros jugadores derrotados. Lógicamente, habiendo vencido, ustedes tendrían que retornar a la Tierra. Cualquier otra cosa sería inimaginable. Excepto, claro está, para nuestra facción de extremistas.

—¿Sus jugadores?

—No serán castigados. Están demasiado altamente situados en nuestra cultura. Dese por contenta de encontrarse aquí, señorita Mc Claim —concluyó el vug bruscamente.

—¿Y los otros miembros del grupo nuestro? —preguntó la joven—. ¿Dónde están en este momento? —No se hallaban en San Rafael, por supuesto—. ¿Están en Carmel?

—Se hallan esparcidos —dijo E. B. Black con tono irritado. Mary Anne no pudo distinguir si la rabia era contra ella, contra los miembros del Pretty Blue Fox o contra sus conciudadanos, los vugs. La situación general, en sí, era lo que parecía tenerle molesto—. Les verá de nuevo, señorita Mc Claim. Ahora vuelvo a mis investigaciones...

El vug se aproximó y ella se retiró, sintiendo horror de algún contacto físico con la criatura de Titán. E. B. Black le recordaba mucho al *otro*, aquel vug contra el que había jugado y ganado y después falseado su victoria.

—No han falseado nada —dijo telepáticamente el vug E. B. Black, contradiciéndola—. Su victoria ha sido simplemente... retirada de ustedes. Sigue perteneciéndoles y de hecho la disfrutarán..., a su debido tiempo. —En la voz del vug se notaba un cierto regusto especial. E.

B. Black no aparecía entristecido en absoluto por la suerte de los miembros del Pretty Blue Fox ni por el hecho que sus componentes estuviesen esparcidos, aterrados y confusos. En el caos.

—¿Puedo ir a Carmel? —preguntó la joven.

—Por supuesto que puede usted ir a donde le plazca, señorita Mc Claim. Pero Joe Schilling no está en Carmel. Tendrá usted que ir a buscarlo a cualquier otra parte.

—Sí que lo haré. Le buscaré hasta encontrarle, y a Pete Garden también.

«Hasta que el grupo se encuentre reunido de nuevo —pensó la joven—. Como cuando nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa de La Partida, frente a los titanios, y como lo estaba en Carmel, hasta hacía tan poco tiempo atrás».

Tan poco tiempo y parecía una eternidad... Mary Anne salió decididamente de su apartamento, sin volver la cara atrás.

Una voz quejumbrosa pareció aguijonear a Joe Schilling, y éste trató de huir de ella; pero finalmente la tuvo literalmente encima.

—Oh, oiga, señor Schilling, espere un momento. —En la oscuridad en que se hallaba le pareció flotar más cerca, siempre más cerca hasta toparse con ella, hasta sentirse incapaz de respirar—. Le retendré un rato. ¿De acuerdo? —Se produjo una pausa—. Bien —dijo aquella voz resumiendo—. Le diré a usted lo que me gustaría. Puesto que está aquí, visitándonos, ello supone realmente un honor distinto, ya comprenderá. No es fácil verle en Portland.

—Márchense lejos de mí —repuso Schilling. Intentó servirse de las manos pero le pareció que se le enredaban en unas redes pegajosas de materia invisible.

La voz continuó:

—Uh... He aquí lo que Es y yo queremos preguntarle. Por casualidad, ¿tiene usted el disco de Erna Berger de..., cómo se llama...? Ah, sí, *«Die Zauberflote»*, ya sabe usted.

Respirando pesadamente, Joe Schilling respondió:

—El aria de *«La Reina de la Noche»*.

—¡Sí, eso es! —Y con la alegría de haber hecho un importante descubrimiento la voz seguía presionando de cerca inexorablemente, pareciendo que nunca se apartaría de su lado.

—Da dum-dum DUM da-di di, da-da dum dum —cantó otra voz, esta vez la de una mujer a coro con la del hombre.

—Sí, lo tengo —contestó Joe—. Es una grabación suiza de *«La Voz de Su Amo»*. Las dos arias de *«La Reina de la Noche»*. Por ambas caras.

—¿Podemos comprarla? —dijeron ambas voces casi al unísono.

—Sí.

La luz, gris y fragmentada comenzó a fluir ante sus ojos, y trató por todos los medios de incorporarse. ¿Estaba en su tienda de discos de Nuevo México?, se preguntó a sí mismo. No. Las voces aquellas habían dicho que estaba en Portland, en Oregon. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? ¿Por qué el vug le dejaría caer en aquel sitio? Y miró a su alrededor. Se encontró en una sala de estar desconocida, perteneciente a un viejo edificio, con suaves pisos de madera, frente a un antiguo diván tallado a mano en el que se sentaban dos figuras familiares, pequeñas y achaparradas, las de un hombre y una mujer que le miraban con ansiedad.

—¿No tiene actualmente ese disco, por casualidad? —preguntó Es Sibley. Junto a él, los ojos de su mujer, Les Sibley, brillaban excitados.

En un rincón un fonógrafo tocaba a todo volumen *«The Cherrey Duet»*; Joe Schilling, por una vez en su vida, hubiera deseado ponerse los dedos en los oídos y suprimir aquellos espantosos ruidos. Resultaban demasiado chillones, demasiado estridentes; le producían dolor de cabeza y tomó aire profundamente para salir del estado de atontamiento en que se hallaba.

—No —dijo al fin—. Está en mi tienda. —Sintió un terrible deseo de tomarse un buen café o una taza de té.

—¿Se encuentra bien, señor Schilling? —preguntó Es Sibley.

—Sí, gracias. —Joe pensó en aquel instante, qué habría sido del resto del grupo, disperso y precipitado como hojas secas sobre las llanuras de la Tierra. Así habría sucedido, con toda seguridad. Pero de ser así, el grupo estaba de regreso. La Partida había terminado.

—Escuchen —dijo Joe Schilling remarcando las palabras—. Mi coche..., ¿está ahí afuera? —Esperó que así fuese y rogó para que fuese cierto.

—No —contestó Les Sibley—. Le recogimos y le trajimos hasta aquí, ¿es que no lo recuerda?

—Seguramente es que no recuerda haber llegado hasta aquí —dijo entonces la mujer, mostrando sus raros dientes y riendo a la par que su marido.

—Quisiera llamar a Max —dijo Schilling—. Tengo que irme. Lo siento. —Se puso en pie con aire de despedida—. Hasta la vista.

—¡Pero..., y el disco de Erna Berger! —protestó Es Sibley, decepcionada.

—Lo enviaré por correo. —Se dirigió hacia la puerta de la casa. Le pareció ya tener una vaga idea de donde se encontraba—. Tengo que encontrar un videófono y llamar a Max.

—Puede usted llamar desde aquí —le dijo Es Sibley conduciéndole a través de la entrada—. Si quiere, podría descansar un rato y...

—No, gracias. —Y acercándose al aparato marcó el número correspondiente.

—¿Sí? —Era la voz de su viejo coche auto-auto Max.

—Soy Joe Schilling. Ven a recogerme.

Joe le dio la dirección y entonces volvió de nuevo a la sala de estar mientras llegaba su famoso coche volador. Se acomodó en un butacón, pensando en la experiencia pasada, e intentó en forma optimista poder encontrar alguno de sus «delicados» mexicanos o su pipa. La música continuaba más fuerte aún.

Se sentó y aguardó. Cada minuto que transcurría le hacía sentirse mejor, y darse cuenta de cuanto le había sucedido.

De pie en un boscaje de eucaliptos, Pete Garden comprendió enseguida en que lugar se hallaba. El vug que le había soltado allí, debió comprender bien sus intenciones. Estaba en Berkeley. En su vieja y antigua circunscripción, que había perdido frente a Walt Remington, quien a su vez la pasó a manos de *Pendletton Associates*, y de aquí a manos de Jerome Luckman.

En un banco rústico, de piedra, se hallaba sentada una mujer joven y rubia que le miraba sin hacer el menor movimiento. Era su esposa, Carol Holt.

—Carol, ¿te encuentras bien?

—Sí, Pete —aprobó con un gesto, pensativamente—. Estoy aquí desde hace bastante tiempo, pensando en tantas cosas como tengo en la cabeza. Ahora comprendo que tuvimos mucha suerte con tener a nuestro lado a esa chica, Mary Anne Mc Claim.

—Sí, tienes razón —convino Pete. Se dirigió hacia ella, vaciló, y terminó por sentarse a su lado. Se hallaba realmente contento de volver a verla.

—¿Tienes idea de lo que ha podido sucedernos, de haber sido una criatura malevolente respecto a nosotros? Te lo diré, Pete. Nuestro hijo hubiera podido morir en mi seno. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sí, es verdad —admitió Pete Garden, y en aquel instante sintió que el corazón le latía con fuerza inusitada, asaltado por el temor y la duda.

—No tengas miedo, Pete —dijo ella—. Mary Anne no lo hará. Ya no es ningún peligro para nosotros dos. En muchos aspectos, creo que esa chica es más sensible de lo que lo somos nosotros. Y muy razonable y madura. He pensado mucho en eso, mientras estaba aquí. Me ha parecido que han transcurrido años.

Pete golpeó cariñosamente el hombro de su mujer, y después se inclinó y la besó.

—Espero que puedas conseguir que te restituyan Berkeley de nuevo, Pete. Supongo que Dotty Luckman lo tiene ahora; pero no será muy difícil recuperarlo. Ella no es muy buena jugadora.

—Espero que Dotty se ponga en situación de perderlo. Ahora está en posesión de todos los títulos de propiedad que Jerome Luckman le dejó al morir.

—¿Crees que podremos retener a Mary Anne en el grupo?

—No.

—Es una vergüenza. —Carol miró a su alrededor, por el alto y copudo conjunto de árboles que les rodeaban—. Es delicioso estar aquí, en Berkeley. Me doy cuenta de por qué te has sentido tan desgraciado al perderlo. Luckman no gozó realmente al ganarlo, por la ciudad en sí; yo creo que fue solamente el placer de ganarlo frente a ustedes. —Carol hizo una breve pausa—. Pete, estoy pensando que ahora que se ha vencido a los titanios, el coeficiente de natalidad en nuestro mundo progresará abiertamente...

—Dios nos ayude —repuso Pete—, si no ocurre así...

—Tiene que ser —afirmó Carol—. Algo me dice el corazón que así será. Yo soy la primera de muchas mujeres. Llámale talento psiónico o premonición de mi parte, pero sé positivamente que sucederá de esa forma. ¿Cómo le pondremos a nuestro hijo?

—Creo que eso dependerá, según sea chico o chica.

—Puede que sean un par de mellizos —sonrió Carol.

—Entonces, Freya tuvo razón, a su manera esquizoide, cuando dijo que esperaba que fuese una criatura, implicando con ello que no estaba segura que fuese cierto.

—Muy bien podrían ser gemelos. ¿Cuándo ha sido el último caso de unos gemelos?

Pete se sabía la respuesta de memoria.

—Hace cuarenta y dos años —dijo—. En Cleveland. Los señores Toby Perata.

—Nosotros muy bien podríamos ser los próximos —insinuó Carol.

—No es probable.

—Pero hemos ganado, ¿recuerdas?

—Sí que lo recuerdo. —Pete puso los brazos alrededor del cuerpo de su mujer y la abrazó.

Dando tumbos en la oscuridad, sobre lo que parecía ser el bordillo de una acera, Dave Mutreaux llegó hasta la calle principal de una pequeña ciudad de Kansas, en donde se había encontrado tras la experiencia sufrida en Titán. Delante de él vio las luces de la ciudad, suspiró con alivio y se dio prisa por llegar.

Lo que necesitaba era un coche, no quería molestarse en llamar al suyo. Dios sabría donde estaría en aquel momento y cuánto debería esperar hasta que llegase, presumiendo que pudiera tomar contacto con él. En su lugar se adentró en la ciudad y por la calle única y más importante, hasta llegar a una agencia de coches voladores. Alquiló uno, salió con él y se detuvo un momento sentado en el interior, haciendo acopio de su energía.

Se dirigió al efecto Rushmore del coche y le preguntó:

—Escucha bien esto: ¿soy un vug o un terrestre?

—Veamos —respondió el circuito Rushmore—. Usted es el señor David Mutreaux, de la ciudad de Kansas. Es usted un terrestre, señor Mutreaux. ¿Responde esto bien a su pregunta?

—Gracias a Dios —dijo Mutreaux con un suspiro de alivio—. Sí, es una respuesta magnífica.

Puso el coche volador en marcha, y alzó el vuelo hacia la Costa Occidental y con dirección fija a Carmel, en California.

«Será para mí lo más seguro volver con ellos —reflexionó Mutreaux—. Sí, estaré seguro con las gentes del Pretty Blue Fox. Quedaré libre de toda autoridad titania, ya que el doctor Philipson está en Titán y Nats fue aniquilado por el poder telekinético de Mary Anne Mc Claim. La Organización, subvertida desde su comienzo, ha quedado reducida prácticamente a cero. Nada tengo que temer. De hecho, yo ayudé a ganar La Partida. Y creo que lo hice bastante bien».

Trató de imaginarse la recepción que le harían. Sí, allí volvería a encontrarles, con tema de conversación para mucho tiempo, de la experiencia pasada, todos reunidos periódicamente y destapando de tanto en tanto una botella de buen «whisky» canadiense. Le pareció, conforme

se aproximaba a Carmel, que ya oía las voces de sus compañeros, saludándole afectuosamente y gustando de la victoria obtenida. Todos estarían allí. Al menos, casi todos. Era suficiente para él.

Dando tumbos por el inmenso desierto de Nevada, Freya Gaines se dio cuenta que le llevaría mucho tiempo llegar hasta el apartamento conjunto de La Partida en Carmel.

«De todas formas —pensó—, ¿qué importancia tenía la cosa? ¿A quién tenía especial interés en encontrar?». Su mente estaba todavía confusa por los pensamientos de lo ocurrido en la gran Partida contra los titanios. «Yo no repudiaré estos sentimientos», se dijo a sí misma, llena de veneno. Pete ya tenía a su mujer embarazada, ya nunca volvería a poner su atención en ella, por mucho tiempo que viviera.

En el bolsillo encontró una tira de papel-conejo; sacándolo, lo despojó de su delicada envoltura y lo masticó. Con la luz de su cigarrillo comprobó el color y lo tiró rabiosamente lejos de sí. Nada. Siempre había sido igual para ella. La culpa era de Pete; lo que había hecho con Carol Holt, pudo muy bien haberlo hecho con ella. Dios bien sabía cuántas veces lo intentaron, debió ser varios miles de veces. Evidentemente, es que Pete nunca deseó tener éxito con ella.

Un par de focos le alumbraron desde lejos y hacia el frente. Se detuvo con precaución, con la respiración alterada, imaginando quién podría ser el que se acercaba.

Un coche volador tomó contacto con el suelo suavemente, con sus luces de posición luciendo intermitentemente.

Se abrió la puerta.

—¡Señora Gaines! —le saludó alegremente una voz. Mirando con cuidado, Freya se aproximó al coche. Tras el volante, se sentaba un viejo de agradable aspecto.

—Me alegro de haberla encontrado —le dijo—. Suba y salgamos de este espantoso desierto. ¿Adónde quiere ir exactamente? ¿A Carmel?

—No, no quiero volver a Carmel. Jamás volveré por allá.

—¿Dónde, entonces? ¿Qué tal le parece venir a Pocatello, en Idaho?

—¿Por qué Pocatello? —preguntó Freya.

Pero entró en el coche volador, era infinitamente mejor que continuar caminando por aquel espantoso desierto sin fin en la oscuridad, sin nadie que pudiera ayudarla, y, desde luego, nadie del grupo. A ellos nada les importaría lo que pudiese haberle ocurrido.

El conductor se presentó a sí mismo:

—Soy el doctor E. G. Philipson —dijo con una cortés sonrisa.

Ella se le quedó mirando fijamente. Ella conocía, positivamente, quién era. O mejor dicho, lo que *aquella cosa* era.

—¿Quiere quedarse aquí, por ventura? Si lo prefiere, puedo dejarla nuevamente aquí...

—No, claro que no —murmuró Freya, y se recostó en el asiento.

El doctor Philipson, tras mirarla detenidamente, se dirigió a ella:

—Señora Gaines, *¿en qué forma le gustaría trabajar para nosotros, como un cambio en su vida?* —Y su expresión apareció entonces totalmente desprovista de humor.

—Es una proposición interesante —contestó Freya—. Pero es algo que me gustaría considerar bien. No puedo decidirlo en este momento.

«Algo muy interesante, sí», pensó en aquel instante.

—Tiene usted todo el tiempo que quiera, señora —dijo Philipson—. Somos pacientes. Puede decidirlo cuando mejor le convenga.

Freya, por toda contestación, le miró sonriendo.

Y sintiéndose seguro de sí mismo, el doctor Philipson condujo su coche hacia Idaho, atravesando rápidamente el oscuro cielo de la noche de la Tierra.

FIN